

Historia de la Defensa Nacional

La Dictadura

Oligárquico Cívico-Militar



Jorge Luis Bernetti

1976-1983
LA DICTADURA OLIGÁRQUICA CÍVICO-MILITAR

Índice

1976-1983. La Dictadura Oligárquica Cívico-Militar	4
Galtieri y la Guerra de Malvinas	131
Bignone. El hundimiento del proceso	270

LA DICTADURA OLIGÁRQUICA CÍVICO-MILITAR

“La Patria no hace al soldado para que la deshonoré con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta, cuando es creada para conservar el orden, afianzar al poder de las leyes y dar fuerza al gobierno para ejecutarlos y hacerse respetar de los malvados que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares. La Patria no es abrigadora de crímenes”. General José de San Martín (Código de Honor del Ejército de los Andes)

“Usted leyó El Proceso, me dice Tardewski. Kafka supo ver hasta en el detalle más preciso cómo se acumulaba el horror. Esa novela presenta de un modo alucinante el modelo clásico del Estado convertido en instrumento del terror. Describe la maquinaria anónima de un mundo donde todos pueden ser acusados y culpables, la siniestra inseguridad que el totalitarismo insinúa en la vida de los hombres, el aburrimiento sin rostro de los asesinos, el sadismo furtivo. Desde que Kafka escribió este libro el golpe nocturno ha llegado a innumerables puertas y el nombre de los que fueron arrastrados a morir como un perro, igual que Joseph K., es legión” (Ricardo Piglia, Respiración Artificial).

Videla

El 24 de marzo de 1976, la Junta Militar integrada por los todavía comandantes generales -pronto volverían a autodenominarse "comandantes en jefe"- el teniente general Jorge Rafael Videla, el almirante Eduardo Emilio Massera y el brigadier general Ramón Orlando Agosti, derrocaron al gobierno de Isabel Martínez de Perón y comenzaron la más sanguinaria y totalitaria dictadura que haya sufrido la Argentina en su historia. No fue solamente un golpe "militar" y no precisamente "cívico-militar", aunque civiles fueron determinantes en su desarrollo. El "proceso de reorganización nacional" fue una dictadura oligárquica de matriz militar y fuerte participación de los dirigentes económicos e intelectuales del bloque dominante en la Argentina. Comprometió totalmente a las instituciones militares. Lo hizo con una ideología reaccionaria y un discurso ramplón que se reveló en su primera proclama. Todos los lugares comunes de la derecha estaban en ese texto. En primer lugar, el del "vacío de poder", porque "agotadas todas las instancias del mecanismo constitucional (es decir, la renuncia de la Presidente o su juicio político, JLB) superada la posibilidad de rectificaciones dentro del marco de las instituciones y demostrada, en forma irrefutable, la imposibilidad de la recuperación del proceso por sus vías naturales, llega a su término una situación que agravia a la Nación y compromete su futuro".

Las generalidades quedaban superadas cuando el texto hablaba de "la falta de una estrategia global que, conducida por el poder político, enfrentara a la subversión".

Luego se refería a la marcha general del país y allí le cuestionaba al gobierno peronista "la carencia de soluciones para problemas básicos de la Nación cuya resultante ha sido el incremento permanente de todos los extremismos; a la ausencia total de los ejemplos éticos y morales que deben dar quienes

ejercen la conducción del Estado; a la manifiesta irresponsabilidad en el manejo de la economía que ocasionara el agotamiento del sistema productivo; a la especulación y la corrupción generalizada, todo lo cual se traduce en una irreparable pérdida del sentido de grandeza y de fe; las Fuerzas Armadas en cumplimiento de una obligación irrenunciable han asumido la conducción del Estado”.

Por supuesto, se trataba de “terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo”. A continuación, los golpistas trataban de tomar distancia de la acusación de gorilismo. El golpe “no supone, por lo tanto, discriminaciones contra ninguna militancia cívica ni sector social alguno, rechaza por consiguiente, la acción disolvente de todos los extremismos y el efecto corruptor de cualquier demagogia”. Para que nadie tuviera dudas prometieron que “la conducción del proceso se ejercitará con absoluta firmeza (Verbitsky, H., 1987: 147-149).

La Junta suscribió un Acta en donde fijó los “objetivos básicos del Proceso de Reorganización Nacional”. Los “propósitos” eran: “restituir los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado (...) erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y participación responsable de los distintos sectores, a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia, republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del pueblo argentino”. Es decir, no se trataba de instaurar ningún “comunitarismo” al estilo Onganía, sino de organizar la democracia liberal según pautas conservadoras con la instauración de “los pesos y balances” típicos del modelo conservador liberal norteamericano. No había modelo fascista, entre otras cosas, porque siempre habían sido las FFAA las conductoras de este proceso político. Nunca ni éste ni otros golpes consideraron la

responsabilidad de asumir el diagrama del fascismo. Salvo el fugaz momento de Uriburu prontamente conjurado, la mayoría militar nunca había visto bien el desarrollo de un partido de masas, plebeyo, que fijara el rumbo a los uniformados. Del fascismo habían adoptado los comportamientos represivos, pero a su modelo convenía más el nacional catolicismo y la conducción castrense directa, sin delegaciones comprometedoras. Los nueve "objetivos básicos" del golpe eran "la concreción de una soberanía política basada en el accionar de instituciones constitucionales revitalizadas" (...) la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser humano. Vigencia de la seguridad nacional, erradicando la subversión y las causas que favorecen su existencia. Vigencia plena del orden jurídico y social (sic). Concreción de una situación socio-económica que asegure la capacidad de decisión nacional (...) y brinde a la iniciativa y capitales privados, nacionales y extranjeros, las condiciones necesarias para una participación fluida en el proceso de explotación nacional de los recursos (...) obtención de un adecuado sentido de justicia social (...) desenvolvimiento de las estructuras empresariales y sindicales ajustadas a sus fines específicos. Conformación de un sistema educativo que (...) consolide los valores y aspiraciones culturales del ser argentino y ubicación internacional en el mundo occidental y cristiano" (Verbitsky, H., op.cit.: 145-146). La toma del poder había sido protocolizada mediante un acta ante el escribano "autorizante" a las 10:40 horas del 24 de marzo y en ella, Videla, Massera y Agosti procedieron a destituir a la Presidenta (a la que llamaban "Presidente"), de los gobernadores, de los interventores federales; disolver el Congreso Nacional, las legislaturas provinciales, la Sala de Representantes de la Ciudad de Buenos Aires; remover a la Corte Suprema de Justicia de la Nación, al Procurador General de la Nación y a los

Tribunales Superiores provinciales, y al Procurador General del Tesoro. Luego indicaron que iban a “designar, una vez efectivizadas las medidas anteriormente señaladas al ciudadano que ejercerá el cargo de presidente de la Nación”. Todo ello se hizo en el edificio Libertador, Comando General del Ejército, modificando el modelo del golpe de 1966 que se había instalado en la Casa de Gobierno (Verbistky, H., op. cit.: 142-144).

El Comandante en Jefe del Ejército, Videla, fue nombrado Presidente de la República. Era el “ciudadano” prometido por el acta de escribanía levantada en el edificio Libertador. Videla retuvo la Comandancia de su Fuerza porque, aunque el poder del primer mandatario militar quedaba acotado por el de la Junta, el Ejército no iba a quedarse sin el bocado mayor de la torta. Los debates sobre el “cuarto hombre”, es decir, un militar que desempeñara la Presidencia sin conducir una Fuerza iban a darse en los años por venir e iban a culminar en la salida de Videla del comando con retención de la presidencia y su sucesión por el general Viola sin el atributo de conducir a su Fuerza. Pero eso duró muy poco tiempo.

Un solo militar se opuso al golpe. Fue un joven oficial, el teniente primero Gregorio Pomar^[1], un infante que era de la especialidad comando y también paracaidista. Descendiente del militar radical revolucionario en la Década Infame, pidió su “baja” (...) -no el retiro- al comandante general del Ejército el 22 de marzo de 1976. En su solicitud el joven militar se atrevía a señalar que “la toma del poder por parte de las FFFA es adoptar una actitud política ajena todas las funciones y misiones de las mismas (...) La Nación necesita a su ejército cumpliendo con las misiones específicas para las que ha sido creado, respaldando el poder civil sin distinción de partidos, apoyando los dictámenes de la Constitución, que es el poder de donde emana el poder de todas las instituciones democráticas, incluidas las FFAA”. Pomar

reconocía que “la fuerza con que hasta este momento contó el Ejército para combatir a la subversión con el éxito que lo hizo, emana justamente del hecho de estar combatiendo en defensa de un sistema democrático, que lo encuadra legalmente en esa lucha y que evita que se lo vea enfrentado en la misma a un pueblo oprimido. No sería así en un gobierno de fuerza donde se le daría a la izquierda armada argumentos reales y bandera que hace tiempo busca para captar al pueblo en su favor (...) Nuestra historia registra una serie innumerable de miembros de las FFAA que han desempeñado con reconocida eficacia en cargos de jerarquía de nivel nacional, pero ninguno de los que hoy honramos, lo hizo por decisión de las FFAA formando de un gobierno de facto y mucho menos, respaldándose en la razón que da la fuerza de las armas” (Muiño, O., 2011:349-350). El jefe de la IV Brigada, coronel Juan Sasiañ, posteriormente convertido en uno de los generales más crueles del proceso, lo arrestó por ocho días, por presentar la solicitud de baja “con fundamentos que encierran un juicio crítico a la conducción superior del Ejército”. Pomar en 1983 se afiliará a la Unión Cívica Radical, militará en el sector renovador de la Junta Coordinadora Nacional, principal impulso de Ricardo Alfonsín y será el candidato más votado para gobernador, aunque no electo por el Colegio Electoral en los comicios de 1987. En 1976, había salvado, solitariamente, el honor de una corriente minoritaria pero presente en la Fuerza.

La intervención norteamericana

El gobierno de los Estados Unidos en manos del republicano Gerald Ford dio su apoyo al golpe según lo señalaba la información revelada por el propio elenco oficial. Están como testimonio, en primer lugar, las conversaciones entre el canciller de la dictadura, el contralmirante Guzzetti y Henry Kissinger, cuando el jefe de la diplomacia norteamericana exhortaba a los flamantes dictadores a “realizar una rápida limpieza de elementos subversivos” (Novaro, M., 2011:25).

“Kissinger desde un comienzo -señaló Novaro- desde un comienzo y hasta el final de su gestión se mostró decidido a colaborar con la represión, ignorando e incluso desestimando las denuncias hasta que se lograra una total derrota de las organizaciones guerrilleras” (Novaro, M., op. cit.:25-26).

Un impresionante diálogo transcrito de las conversaciones entre Kissinger y Rogers, encargado del departamento de Asunto Interamericanos, ilustró acerca de la posición del gobierno norteamericano en sus vínculos con la naciente dictadura argentina, Rogers afirmaba respecto de la situación que “debemos esperar un nivel considerable de represión, probablemente mucha sangre en Argentina en el corto plazo... aunque ahora tienen buena prensa (los militares, JLB) el punto es que en este momento no debemos apresurarnos y apoyar al nuevo régimen, que tres, seis meses después será considerablemente menos popular con la prensa”. A ello, contesta Kissinger que: “tampoco deberíamos hacer lo opuesto”. Rogers señalaba a continuación que “esta mañana vamos a enviar una nota formal en respuesta a su pedido de reconocimiento, como han hecho casi todos los países de América Latina. Pero más allá de eso, Hill (el embajador en Buenos Aires, JLB) mantendrá la boca cerrada”. Pero Kissinger insistía: “Sí, pero ¿qué significa eso concretamente? Tengan la posibilidad que tengan, van a necesitar un poco de

estímulo de nuestra parte. ¿Qué les está diciendo?”. Rogers respondía: “¿Qué? Ah, nada...los generales que están ocupando cargos ministeriales están temporalmente, probablemente por una semana, hasta que la Junta tome su decisión final sobre a quién van a designar”. El secretario Kissinger seguía preocupado: “¿Pero puedo ver algunas de las instrucciones que le vas a dar a Hill si alguien se acerca ... porque quiero animarlos. No quiero darles la idea de que son acosados/hostigados por Estados Unidos”. Rogers lo tranquilizaba: “No. Por lo que estaba preocupado era por la postura pública”. Kissinger coincidía: “Estoy de acuerdo”.(Novaro, M., op.cit.:37-38)

La guerra clandestina

Lo que ocupaba a las FFAA en aquel momento de instalación era el desarrollo en plenitud de la “guerra contra la subversión” que ya había comenzado incluso con la instalación de Centros Clandestinos de Detención (CCD) y la generalización del secuestro, la tortura y la desaparición de personas como se aplicaba en Tucumán contra el ERP. Es decir, esa era la primera parte, porque como afirmara el general Genaro Díaz Bessone “el motivo del derrocamiento del gobierno peronista en marzo de 1976 no fue la lucha contra la subversión(...) nada impedía eliminar a la subversión bajo un gobierno constitucional(...) la justificación de la toma del poder fue clausurar un ciclo histórico” (Balza, M.,2016: 142).El ciclo histórico era el del peronismo, pero también cualquier otra especie estatista, nacionalista popular o progresista enquistada en el Estado o en la Sociedad. Aquella acción había nacido jurídicamente de los decretos 2770, 2771 y 2772 de 1975 firmados por los presidentes peronistas Isabel Perón e Ítalo Luder. El primero había dispuesto crear el

Consejo de Seguridad Interior, integrado por el Presidente, los ministros y los comandantes de las Fuerzas Armadas. También se creaba el Consejo Nacional de Defensa, encabezado por el Presidente e integrado por los tres Comandantes, la ejecución de las operaciones militares y de seguridad para "aniquilar" a la "subversión". Pero además, como de paso, esos dos decretos hacían depender de las FFAA a todas las Fuerzas de Seguridad e Información como la Policía Federal, la Prefectura Naval, la SIDE, el Servicio Penitenciario y hasta la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia que quedaban bajo la dirección del Consejo que, en la práctica fue la dirección de los tres comandantes de las FFAA. Nada tuvo que "legislar" la nueva dictadura militar. (Ragendorfer, R. 2016: 64) De acuerdo con el general Genaro Díaz Bessone, uno de los teóricos contra revolucionarios del nuevo régimen, "el Estado Nacional está desde ese momento (pleno gobierno peronista, JLB) en guerra contra la subversión" y en la legislación mencionada por Díaz Bessone "se usan términos tales como `ejecutar operaciones militares y de seguridad' y que están desarrollados en los reglamentos militares de esa época, como el RC-8-2 ("Operaciones contra las fuerzas irregulares" tomo III, Guerra Revolucionaria) y el RC-8-3 ("Operaciones contra la subversión urbana"), vigentes desde 1968"(Díaz Bessone, R. G., 1986: 249). El general, fugaz ministro de Planeamiento de la dictadura, insistía en la persistencia de las reglamentaciones militares vigentes, nacidas muchas de ellas en los años '60 pero, subraya el citado, que se mantuvieron con los gobiernos de Cámpora, Lastiri, Perón e Isabel.

La oscuridad de las reglamentaciones -varias de ellas además explícitamente secretas- no tuvieron o no pudieron tener la mirada del propio aparato de los gobiernos civiles que delegaban en sus mandos militares, la especificidad de temas de alta responsabilidad jurídica y moral, amén de la específicamente militar. Las

propias afirmaciones de Díaz Bessone ratifican, si hiciera falta, la continuada política en la materia de las Fuerzas Armadas. "Desde fines de los años '50 el Ejército Argentino se venía preparando para la Guerra Revolucionaria. Se fueron elaborando planes de empleo cuyo primer director fue el general Carlos J. Rosas, desde sus diversos cargos, primero como coronel Jefe de Operaciones en el Estado Mayor General (EMGE) y luego como Director en la Escuela Superior de Guerra (...) estos trabajos tuvieron como base un cuerpo doctrinario constituido por numerosos reglamentos militares, que fueron aprobados y tuvieron vigencia durante dichos gobiernos de "facto" o de "iure", éstos últimos los de Arturo Frondizi, Arturo U. Illia, Juan D. Perón y María Estela de Perón. Estos reglamentos podían ser adquiridos por cualquier persona en el Instituto Geográfico Militar (excepto los "reservados"), a punto que los guerrilleros los tenían (Díaz Bessone, R.G., op. cit.:256)". Es decir que, para la conducción militar, los reglamentos elaborados por ella misma, nunca revisados por el Congreso Nacional, pese a que "cualquiera podía comprarlos en el IGM", eran la patente jurídica para emprender el "aniquilamiento", concepto que el propio Díaz Bessone declinaba explícitamente analizar y simplemente remitía al clásico "De la Guerra" de Clausewitz que no parecía haber comprendido completamente.

Mucho antes del golpe se había establecido el mecanismo de operación de las FFAA. aprovechando aquella legislación amplísima que cambiaba el orden de las cosas en el Estado, el 17 de octubre de 1975, el comandante general del Ejército, es decir, Videla, había enviado al jefe del Batallón de Inteligencia 601 (es decir, que dependía de la Jefatura II -Inteligencia- del Estado Mayor General del Ejército, EMGE), coronel Alberto Alfredo Valín^[2] la "Directiva del Comandante General del Ejército No. 404/75, conocida en el argot castrense desde entonces como "la Peugeot", en alusión al modelo "404" del prestigioso coche francés fabricado en la Argentina.

El Ejército tendría el papel central en la lucha represiva y sería el Batallón 601 de Inteligencia, como órgano ejecutivo de la Jefatura II del EMGE, clave en esa "guerra de inteligencia", la "guerra de información", como había sido definida en los documentos militares. El 601 de Inteligencia coordinaría a los otros servicios de informaciones y tendría el contacto con los Centros Clandestinos de Detención (CCD), sin eufemismos, los campos de la muerte, los "chupaderos".

Afirmó Mittelbach que, en rigor, la "guerra sucia" estuvo, en casi en forma exclusiva, en manos de una élite -despreciable, criminal, pero élite al fin- los servicios de inteligencia de cada una de dichas fuerzas (las 3 FFAA, Gendarmería, Prefectura Nacional y la Policía Federal y las provinciales, JLB), bajo el mando de quienes conformaron las sucesivas juntas de comandantes en jefe y de quienes ejercieron los comandos de zona y de subzonas y las distintas jefaturas de área. Paralelamente, en una suerte de los que damos en llamar desdoble funcional en el ejercicio del mando, el personal de oficiales, suboficiales y tropa, de los cuarteles, las bases y otros organismos militares y los de seguridad y policiales, prácticamente sin excepciones, cumplían con la rutina diaria desde el toque de diana hasta al de silencio (...) la nocturnidad caracterice el momento de las desapariciones (62 % de los casos- Informe CONADEP). Así, mientras los cuadros duermen en sus domicilios o en los casinos y la tropa lo hace en las cuadras, "las patotas" salen a "operar", secuestrando, saqueando, y "tabicando" a las víctimas. Luego, en el piso o el baúl de algún Falcon sin patente el ingreso a "las tumbas": los centros clandestinos de detención. Allí, la tortura, la violación, las horas de espanto en el terrible cautiverio y, por último, en la mayoría de los casos, el frío asesinato. Y, en esa nocturnidad, los comandantes de zona y de subzona y los jefes de áreas, han mudado sus apacibles aspectos de Dr. Jekyll por la máscara siniestra de Mr. Hyde" (Mittelbach, F., op.cit., 13)".

Al analizar los servicios de inteligencia, Mittelbach observó que fue al comenzar la década del 60, y no azarosamente, cuando los servicios comenzaron a adquirir su más alto grado de desarrollo. En efecto y remitiéndome al solo ejemplo del Ejército, que es el más voluminoso, allí aparecen en la organización de los estados mayores y de las planas mayores, las siguientes funciones: en el Estado Mayor General, la llamada Jefatura II (J-II Inteligencia); en los estados mayores de cuerpos y brigadas, los llamados G-2 al frente de los departamentos de Inteligencia, símiles -a escala menor- del J-II del EMGE; en las planas mayores de las unidades (regimientos, destacamentos, agrupaciones, batallones y grupos) los denominados G-2 (Inteligencia)". El autor revela, "con vergüenza", que "la letra G significa G-Man (en EEUU, el agente indagador o detective del Departamento de Justicia). Mi vergüenza no para aquí. ¿Saben que significa la S asignada al oficial de inteligencia de las planas mayores? También debo decirlo: viene de staff officer (oficial de estado mayor). Y aquí va una perla más, signo de nuestra colonización castrense: los formularios para radiograma en uso actual por el Ejército (en la época del gobierno de Alfonsín, JLB) no dicen "De" refiriéndose al remitente. Dicen "Fm" (m del inglés "from"). Tampoco dicen "a", en alusión al destinatario. Dicen, obviamente, "to" (Mittelbach, F., op.cit.: 131).

Las Fuerzas Armadas operaron durante la dictadura procesista ejecutando la "Orden General de Batalla" dictada el 24 de marzo de 1976 que definió las características generales de las operaciones contra la "subversión", que fueron ordenadas específicamente por la mencionada Directiva nro. 404 y complementadas por la "Orden Parcial 405/76" suscripta el 21 de mayo de 1976 por el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, general Roberto Viola. El jefe del EMGE del Ejército era entonces la segunda jerarquía de la Fuerza debajo del comandante general, denominación que fuera reemplazada por la restaurada "comandante en jefe".

“Por esa orden quedaron bajo control operacional de su arma (sic) casi doscientos mil hombres organizados y armados pertenecientes a las tres Fuerzas Armadas, policías Federal y provinciales, Prefectura, Gendarmería, servicios penitenciarios y delegaciones de la SIDE. Como hemos visto, el oponente armado no pasaba, en ese momento, de 600 personas distribuidas en todo el país” (D’Andrea Mohr, J.L., 1998: 44).

El propio Viola suscribió el 17 de diciembre de 1976 dos reglamentos secretos que fueron impresos en los talleres gráficos del Instituto Geográfico Militar (situado en Palermo). “Estos ejemplares fueron distribuidos solamente entre comandantes de zonas, sub zonas, áreas y jefaturas y comandos de las otras fuerzas armadas” (D Andrea Mohr, J.L., op. cit: 45).

De estas órdenes, el mencionado autor extrae “aquellos acápi-tes que por su criminalidad resultan casi increíbles de ser parte de reglamentos de un ejército actual”.

Así se citan disposiciones relativas para:

a) “Operaciones contra elementos subversivos (R-C-9-1)”. En ellas el punto 4003-i ordena: “aplicar el poder de combate con la máxima violencia para aniquilar a los delincuentes subversivos donde se encuentren. La acción militar se siempre violenta y sangrienta... El delincuente subversivo que empuñe armas debe ser aniquilado, dado que cuando las FFAA entran en operaciones no deben interrumpir el combate ni aceptar rendición”. 4008: el ataque se ejecutará: a) mediante la ubicación y aniquilamiento de los activistas subversivos. 4003: También se podrá operar en forma semiindependiente y aún independiente, como fuerza de tarea. 5007:h) las órdenes: como las acciones estarán a cargo de las menores fracciones, las órdenes deben aclarar, por ejemplo, si se detiene a todos o a algunos, si en caso de resistencia pasiva se los aniquila o se los detiene, si se destruyen bienes o se procura preservarlos, etc. 5013: Emboscada: esas oportunidades

de lograr el aniquilamiento no deben ser desaprovechada y las operaciones serán ejecutadas por personal militar, encuadrado o no, en forma abierta o encubierta”.

b) “Instrucciones para operaciones de seguridad” (RE-10-51): 3002:8. Elementos a llevar: capuchones o vendas para el transporte de detenidos a fin de que los cabecillas detenidos no puedan ser reconocidos y no se sepa dónde son conducidos .3004: Los tiradores especiales podrán ser empleados para batir cabecillas de turbas o muchedumbres. 3021: La evacuación de detenidos se producirá con la mayor rapidez, previa separación por grupos: jefes, hombres, mujeres y niños (sic) inmediatamente después de la captura. 4004: Informantes: deberán ser inteligentes y de gran carácter y deberán tener una razón para serlo (creencia, odios, rencores, política, ideología, dinero, venganza, envidia, vanidad, etc.) (D’Andrea Mohr, J.L., op.cit.:45)”.

Lo notable de estas órdenes es la fijación en el aniquilamiento como política operativa. Basados en los decretos firmados por Isabel Perón e Ítalo Luder, donde la “aniquilación” de las organizaciones subversivas ingresaba, supuestamente por la teoría de Clausewitz, los líderes militares del “proceso” derivaron su doctrina. Ella pasaba de la ruptura de “la voluntad de lucha” del enemigo, su dispersión o rendición, y llegaba hasta la muerte inexorable de los sometidos, a través de la tortura coronada por la desaparición de los cuerpos.

Las claudicaciones del poder político del gobierno peronista en la redacción de los decretos y la falta de intervención del Congreso Nacional, dejaron abiertas las puertas para que, por encima de la Convención de Ginebra y del propio Código de Justicia Militar de entonces o, de la aplicación del Código Penal, se secuestrara, torturara, violara, asesinara, y desapareciera a los cuerpos de los enemigos y se raptaran niños para robarlos a sus familias. También que se tomaran o destruyeran bienes de los

vencidos. Tal la aplicación de la "doctrina de guerra" francesa y norteamericana estudiada y utilizada, bajo entrenamiento específico nacional como dijera en célebre confesión un general de la dictadura. Órdenes por fuera de las normas legales de la República, de las propias normas militares y de la doctrina religiosa que decían asumir fervorosamente sus mentores. El horror por escrito. Sobre la "teoría del aniquilamiento" señaló Mittelbach que "se procura justificar la espantosa represión ordenada por las altas jerarquías militares a propósito de la lucha antisubversiva. Según esta novedosa (que lo es) e hipócrita (que lo es más) interpretación de los hechos, todo lo allí perpetrado por estas doctrinas, no serían otra cosa que la consecuencia de la ejecución de una "orden de operaciones" -decretada por Isabel Perón, a comienzos de 1975- que disponía emprender acciones militares contra la acción guerrillera hasta su aniquilamiento. A partir de ello, se pretende hacer suponer que, en la terminología militar, aniquilar posee idéntico significado que el de exterminio físico del enemigo, con lo cual se estaría cumpliendo el bárbaro aforismo que sostiene que "no hay mejor enemigo que el enemigo muerto".^[3](...) En rigor, el aniquilamiento, en términos de conducción militar, es la fase que sigue a otra llamada la persecución y que procura quebrar la voluntad de lucha del adversario. Se trata, pues, de aniquilar esa voluntad de lucha, que se materializa en la rendición del adversario. Lo expresa magníficamente J.F.C. Fuller^[4], cuando dice: "El objeto de la guerra no es asesinar ni devastar, sino persuadir al enemigo a cambiar de idea". (Mittelbach, R. (s/f: 120)

También Balza dijo lo suyo sobre el tema: "El término aniquilar, militarmente, tiene un claro alcance: busca quebrar la capacidad de lucha del adversario y someterlo a nuestra voluntad. No necesariamente el aniquilamiento es físico, en muchos casos es moral. No significa hacerlo desaparecer o reducirlo a

la nada, sino quitándole la esperanza. Un reconocido militar alemán, Colmar von der Goltz, dijo: "No se vence al enemigo destruyéndolo en la victoria" (Balza, M., op.cit.: 134).

La nueva doctrina militar argentina había ido configurándose a partir de la influencia norteamericana posterior a la Segunda Guerra Mundial, que se había desarrollado y extendido a partir de la Conferencia Naval Interamericana realizada en 1959 en Panamá, la Conferencia de Ejércitos Americanos concretada también en Panamá desde agosto de 1969 y, para completar el banquete, la Conferencia de Comandantes de las Fuerzas Aéreas Americanas. Todas estas reuniones institucionales cumplieron, de acuerdo con Ernesto López dos funciones: influir sobre las modalidades operativas antisubversivas y proyectar a los militares hacia la esfera política y el control del aparato del Estado (López, E., op.cit., 148-149:70).

La doctrina local, como ya se consignó, nacía en los teóricos de la Escuela Superior de Guerra (ESG), entre los cuales se destacaba en 1956 su subdirector, el entonces coronel Carlos Jorge Rosas, quién era discípulo de la "escuela francesa" de contra-insurgencia. Rosas escribió entonces en un artículo publicado por la revista de la ESG que "el ejército argentino tiene como misión específica: 1) defender el honor, la integridad del territorio y las leyes nacionales contra cualquier agresión interna o externa" y 2) participar en la defensa de América en el marco de la OEA". E. López comentó que, "como quién no quiere la cosa, el citado coronel proponía un viraje de una significación profundísima, que una vez consumado tendría múltiples aspectos adversos para la sociedad argentina" (López, E., op.cit.:146).

De la copiosa bibliografía que acompañó los textos liminares de Rosas y de los profesores franceses que llegaron en esa época para sembrar la teoría y práctica de la contra subversión en la guerra de Independencia de Argelia que llevaba a cabo su Frente

de Liberación Nacional (FLN) y su Ejército de Liberación Nacional (ELN), nacieron los manuales y reglamentos de los años '70.

“El país fue subdividido en zonas a cuyo frente estuvieron los comandantes de cuerpos de ejército entonces existentes y de Institutos Militares (hoy Dirección General de Institutos Militares). Tales zonas definían ámbitos jurisdiccionales para operar militarmente. Sobre la base de los elementos orgánicos de la fuerza Ejército, integrantes de aquellos comandos, la Marina y la Aeronáutica asignaron elementos propios en los términos de apoyo que ya se han enunciado” (Mittelbach, F. op. cit:8).

Los términos de apoyo nacieron de las disposiciones de la ley 16.970 que dispuso la creación del Comité Militar integrado por la Junta de Comandantes en Jefe “a quién le compete: a) planear la estrategia militar y la conducción estratégica de las operaciones; b) asignar responsabilidades operativas y logísticas a cada Fuerza Armada, de acuerdo con la planificación estratégica; c) establecer comandos conjuntos y específicos. El Comité Militar dispondrá como organismo de trabajo de un estado mayor que se denominará Estado Mayor Conjunto y dependerá de la Junta de Comandantes en Jefe” (Mittelbach, F. op.cit: 8)[5].

Para efectuar la represión, la organización castrense se formateó a través de la “cuadriculación” del territorio nacional a partir de la división del territorio nacional vigente en 1976 con la existencia de cinco Cuerpos de Ejército. De cada Cuerpo dependió una Zona que cubrió la jurisdicción respectiva. [6]

El Cuerpo de Ejército I abarcaba la Ciudad de Buenos Aires, casi toda la provincia de Buenos Aires - salvo la zona sur con cabecera en la ciudad de Bahía Blanca y la provincia de La Pampa.(El Cuerpo I-Zona I, 7 Subzonas, entre ellas la Subzona 16, a cargo de la 1ra. Brigada Aérea de El Palomar; y 31 Áreas, entre ellas el Área I a cargo de la Policía Federal. Las áreas III y VI estaban a cargo de la Armada. En la Subzona 1, áreas 160, 161,

162, y 163 a cargo de la Fuerza Aérea. En la Subzona 11, Área F.T.4 (Zárate) y F.T. 5 (Berisso y Ensenada), las dos a cargo de la Armada. En la Subzona 14: Área F.T.6 (Base Naval de Mar del Plata) y Área F.T., Fuerza Aérea, base de Mar del Plata).

El Cuerpo de Ejército II, en ese entonces con Comando en Rosario, extendía su jurisdicción sobre las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones, contenía una Zona, 4 Subzonas y 28 Áreas.

El Cuerpo de Ejército III que comprendía las provincias de Córdoba, Santiago del Estero, Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, San Luis, y Mendoza. (El 1 de enero de 1982 fue creado el Cuerpo de Ejército IV, con jurisdicción en Mendoza, San Juan, San Luis, La Pampa y Neuquén. Ello provocó el cambio de la denominación de las zonas: el Cuerpo IV tuvo desde entonces a su cargo la Zona 4. (El Comando de Institutos Militares, situado en la guarnición de Campo de Mayo, cambió su denominación por Zona 6, operando en los partidos bonaerenses en que lo venía haciendo: Escobar, General Sarmiento, General San Martín, Pilar, San Fernando, Tigre, Tres de Febrero y Vicente López).

El Comando de Institutos Militares (Campo de Mayo) abarcaba 1 Zona y 8 Áreas.

El Cuerpo de Ejército V, que cubría el territorio de la zona suroeste de la provincia de Buenos Aires y de las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, tenía a su cargo 1 zona, 19 Subzonas y 117 Áreas, dada su enorme extensión y dispersión de las poblaciones.

Señaló E. López en su estudio de la doctrina francesa enseñada en la ESG en la década del 50 y del 60, con clases y artículos publicados en la Revista de la institución educativa superior del Ejército, las orientaciones del coronel de Naurois. Éste escribía entonces que toda la conducción de la guerra subversiva está a cargo de una "organización político- militar"^[7]. Naurois señalaba

que para oponerse a las acciones subversivas debería conformarse un "comando único político-militar" dotado de un estado mayor. Señalaba de Naurois que el éxito de las operaciones "reside en las informaciones .. la adaptación de las tropas a esa forma de guerra .. y su perfecto conocimiento del terreno, de la población y del ambiente". Y comentaba acertadamente E. López que "dónde si no aquí hurgar la genealogía de la cuadrícula del país en Zonas, Subzonas y Áreas de Seguridad, de la designación de jefes de las mismas, de la autonomía operativa de las fuerzas y de la centralización de su comando, de la constitución de grupos de tareas operantes dentro de cada celda de la cuadrícula". López señalaba que la única condición distintiva que planteaba de Naurois era la de la información. "¿Cómo se consigue esa información?" se preguntó López. Se contestó que "el teniente coronel francés, por supuesto, nos ahorra los detalles. Pero Gillo Pontecorvo, en su afamada película "La batalla de Argel" mostró sin tapujos cuáles eran los métodos que se usaron en Argelia. Aquí, en Argentina, el juicio a las Juntas de Comandantes en Jefe durante el "Proceso", nos confirmó jurídicamente algo que ya, de todos modos, sabíamos: entre nosotros, como en Argelia, se usó la tortura como instrumento principal - aunque no fue ésa su función exclusiva - para la obtención de información" (López, E., op.cit.: 148-149).

Los centros clandestinos de detención (CCD)

Los CCD funcionaron como instalaciones clandestinas de las FFAA, como unidades de detención ilegales, espacios de torturas, violaciones y asesinatos y "cuarteles" de los Grupos de Tareas (GT) o "patotas" donde se planeaban las operaciones y se concentraban los que intervenían en ellas. Según Mittelbach "la inmensa mayoría de los CCD funcionaron en lugares e instalaciones nomilitares.

(...) casi el 70 % revestía esa condición, distribuidos así: instalaciones policiales 48.9 % ; unidades penitenciarias 7.8 %; otros lugares 10 % y SIDE y Prefectura Nacional 1.1 %. El porcentaje restante se compone de 23.3 % para Ejército, 5.6 % para Marina y 2.2 % para Aeronáutica" (Mittelbach, F., op.cit.: 23).

Es necesario destacar, empero, por sus dimensiones y la cantidad de detenidos desaparecidos que los atravesaron, la enorme importancia de los centros como Campo de Mayo-PBA- (Ejército) y EMSA (Armada) -Capital Federal-, situados en guarniciones militares, amén de la importancia de la instalación de "La Perla", casi un anexo del Cuerpo III en Córdoba.

Los CCD fueron en la Zona I, en el comando de subzona de Capital Federal: El Olimpo, el Grupo de Defensa de Artillería de Defensa Aérea, el Logístico 10 (en Villa Martelli), la mencionada ESMA, la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal, el Garaje Azopardo, el Club Atlético y Automotores Orletti.

El Comando de Subzona 11 estaba situado en los partidos bonaerenses de La Matanza, Esteban Echeverría, Lomas de Zamora, Almirante Brown, Lanús, Avellaneda, Quilmes, Almirante Brown, Florencio Varela, Berazategui y La Plata. Allí los CCD fueron: Puesto Vasco, Pozo de Quilmes, Pozo de Banfield, Brigada nro.2 de Investigaciones de Lanús, Pozo de Arana, La Calesita, Comisaría 5ta. de la Plata, Guardia de Infantería de Seguridad de La Plata, La Cacha, El Sheraton, El Banco, El Vesubio, Brigada de Investigaciones de San Justo, Casa del Cilindro, Los Plátanos, Batallón de Infantería de Marina 3.

El Comando de Zona Z 1 (subzona 12) comprendía los partidos bonaerenses de: Pellegrini, Trenque Lauquén, Caseros, Pehuajó, Carlos Casares, Hipólito Yrigoyen, Bolívar, Olavarría, general Lamadrid, Laprida, Tapalqué, general Alvear, Azul, Juárez, Tandil, Rauch, Ayacucho, Las Flores, Saladillo, Roque Pérez, general Belgrano, Pila, general Guido, Maipú, Tordillo, Dolores,

Castelli, Chascomús y Magdalena. Los CCD de esta su zona fueron: La Huerta, Delegación Regional de la Policía Federal en Azul, Brigada de Investigaciones de la policía de la provincia de Buenos Aires en Las Flores, Monte Pelone o Sierras Bayas, Comisaría de Trenque Lauquén.

La Subzona 15 abarcó los partidos de general Lavalle, general Madariaga, Mar Chiquita, general Pueyrredón, Balcarce, general Alvarado, Lobería, Necochea, San Cayetano. Los CCD correspondientes fueron: la base Naval de Mar del Plata, la Escuela de Suboficiales de Infantería de Marina en Mar del Plata, la base Aérea de Mar del Plata, el Grupo de Artillería de Defensa Aérea 601 y el Grupo de Artillería de Defensa Aérea 602, ambos situados en Camet. También el Cuartel de Bomberos de Mar del Plata, la comisaría 4ta. de Mar del Plata, el destacamento de policía de Buenos Aires en Batán.

El Comando de Subzona 16 comprendía los partidos de Moreno, Merlo, y Morón en el Gran Buenos Aires. Los CCD correspondientes fueron: comisaría 3ra. de Morón, la Mansión Seré, la VII Brigada Aérea, el Hospital Nacional "Doctor Alejandro Posadas", la Casona, la comisaría 2da. de Haedo y el Grupol de Vigilancia Aérea.

El Comando de Zona 2 comprendía las provincias de Santa Fé, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones. El área 211 comprendía los departamentos Capital de Santa Fé, San Lorenzo, Iriondo, Belgrano, Caseros, Constitución y general López. Los CCD fueron: batallón de Comunicaciones Comando 121, Fábrica Militar de Armas Portátiles "Domingo Matheu", Servicio de Informaciones de la policía de Santa Fe, Brigada de Investigaciones de la Policía de Santa Fe (D-2), Guardia de Infantería Reforzada de Santa Fe, Comisaría 4ta. de Santa Fe, Unión Docentes Argentinos. El área 212 tenía jurisdicción sobre los departamentos Capital, Las Colonias, Castellanos, San Cristóbal, San Justo y Garay en la provincia de Santa Fe.

El Comando de Subzona 22 fue integrado por el área 221 del departamento Paraná; el área 222, departamentos de Tala y este de Nogoyá; área 223, departamento de Tala y este de Nogoyá; área 224, departamentos de Villaguay y Colón; área 225, departamentos Concordia y Federal; área 226, departamentos Federación y Feliciano. En la subzona funcionó, brevemente, un CCD el regimiento de Caballería de Tanques 6.

El Comando de subzona 23, con cabecera en la ciudad de Corrientes, estaba integrado por las áreas 231 (departamentos Capital, San Cosme, San Luis del Palmar, Empedrado, en la provincia de Corrientes; el área 232, integrada por la provincia de Misiones; el área 233, por la provincia de Chaco; el área 234, por la provincia de Formosa y el área 235, por el departamento de Goya en la provincia de Corrientes. Los CCD correspondiente a la Subzona 23 fueron: el regimiento de Infantería 9; la delegación de la Policía Federal de Corrientes; la delegación de la Policía Federal de Posadas; el D-2 de la policía de Misiones; la comisaría 1ra. de Posadas; "La Casita" o "Escuelita para Mudos"; escuadrón de Gendarmería nro.8 "Alto Uruguay"; brigada de Investigaciones de Resistencia; regimiento de Infantería de Monte nro. 29; "La Escuelita" o "Capilla", destacamento policial de Capiella San Antonio; "El Hípico" ó "Campo Hípico de Goya".

El Comando de Zona 3 comprendió las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero, La Rioja, San Juan, San Luis, Mendoza y Córdoba. Dependían de éste las áreas 311, 312, 313 con un total de 40 CCD. El área 331 incluía: la división Informaciones de la policía de Córdoba; la prisión militar de encausados "Córdoba": la unidad Penitenciaria Provincial nro. 1; unidad penitenciaria "Buen Pastor"; cárcel de Encausados; hospital militar "Córdoba"; "La Perla" o "La Universidad"; "Malagueño" o "La Perla Chica"; "Casa Hidráulica" o "Dique San Roque"; Comisaría de Unquillo; subcomisaría de Salsipuedes; Destacamento Caminero de Pilar.

El comando de Subzona 32 con asiento en Tucumán comprendía las áreas 321 (Tucumán), 322 (Salta) y 323 (Jujuy). En el área 321 los CCD fueron: Jefatura Central de policía de Tucumán; cuartel de Bomberos de Tucumán; Comando Radioeléctrico de policía de Tucumán; Escuela de Educación Física de la Universidad de Tucumán; "El Reformatorio"; la escuela "República del Perú"; penitenciaría de Villa Urquiza, "sección E"; "El Motel"; en la zona de Operaciones del "Operativo Independencia": Ex ingenio Lules, "Los conventillos de Fronterita", "Escuelita de Famaillá"; ingenio "Nueva Baviera"; ingenio "Bella Vista", comisaría de Monteros; jefatura de policía de Jujuy; penitenciaría de Villa Gorriti; "Guerrero" en la escuela de Policía "Manuel Belgrano".

El Comando de Subzona 33 tenía bajo su mando las áreas 331 (Mendoza), 332 (San Juan) y 333 (San Luis). En el área 331 existieron los CCD: Liceo Militar "General Espejo"; Compañía de Comunicaciones de Montaña 8; Jefatura de policía de Mendoza; "La Penitenciaría"; "El Chalecito"; seccional nro.7 de Godoy Cruz; seccional policial nro. 25 de Villa Nueva; "El Refugio" (en la compañía de Telecomunicaciones 141); jefatura de Policía de San Luis. También habían funcionado otros CCD en el regimiento de Infantería de Montaña 22 de San Juan y en la penitenciaría de Chimbas, en San Juan.

El Comando de Zona 4, a cargo del Comando de Institutos Militares, comprendía la jurisdicción de los partidos bonaerenses de la zona norte del Conurbano de Pilar, general Sarmiento, Tigre, San Fernando, San Isidro, Vicente López, general San Martín y Tres de Febrero. Los CCD del mismo fueron: "El Campito", "La Casita", prisión militar de Encausados de Campo de Mayo; Hospital Militar de Campo de Mayo; comisaría de Tigre, "El Tolueno" (en la Fábrica Militar de Tolueno Sintético); comisaría de Zárate; Prefectura de Zárate; Arsenal Naval de Zárate; subprefectura de Tigre; comisaría 1ra. de San Martín; comisaría de Villa Martelli.

El Comando de Zona 5 comprendía el sur oeste de la provincia de Buenos Aires -con epicentro en Bahía Blanca- y las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y el entonces territorio de Tierra del Fuego. Los CCD de la subzona 51 fueron: "la Escuelita" o "El Galpón"; Centro de Comunicaciones Fijo (CECOF) del Ejército; cárcel de Villa Floresta; base aeronaval "Almirante Espora"; batería nro.2 de la Base Naval de Puerto Belgrano. Los CCD de la zona 52 fueron dos: uno en una unidad militar, "La Escuelita" y el otro en dependencias de la Policía Federal en Neuquén. En la subzona 53 funcionó, como CCD, la Unidad Penal Nro.6 de Rawson.

Los altos mandos militares responsables de estas áreas, zonas y subzonas y de los CCD operativos en ellas y, por ende, de los delitos cometidos en ellos fueron, además de los sucesivos Comandantes en Jefe de las tres FFAA, los siguientes generales: Antonio Domingo Bussi, Adolfo Sigwald, Juan Bautista Sasiañ, Edmundo René Ojeda, Alfredo Oscar Saint Jean, Alberto Pedro Barda, Aldo Carlos Maspero; brigadieres Rodolfo Fajardo, Hipólito Rafael Mariani y Oscar Caeiro; generales Ramón Genaro Díaz Bessone, Leopoldo Fortunato Galtieri, Cristino Nicolaides, Eugenio Guañabens Perello, Luciano Benjamín Menéndez, José Antonio Vaquero, Fernando Humberto Santiago, Jorge Antonio Maradona, Acdel Edgardo Vilas, Luis Santiago Martella, Santiago Omar Riveros, José Montes, Abel Teodoro Catuzzi, Osvaldo Jorge García.[8]

Los campos de la muerte

La “guerra contra la subversión” tuvo muchos “escenarios” pero ninguno tan peculiar como los denominados oficialmente por las FFAA como “centros de reunión de detenidos” y en su expresión más vulgar, “chupaderos”, la descendencia de “chupar” (secuestrar) en la jerga represiva que se hizo extensiva al lenguaje cotidiano. Fueron nominados jurídicamente en la vigencia de las normas democráticas como “centros clandestinos de detención” (CCD). De acuerdo a los registros fueron identificados 340, aunque es posible que funcionaran algunos más durante espacios de tiempo más breves.

En los CCD se instalaron los “cuarteles de la noche” de los Grupos de Tareas o “patotas” que en la mayor parte de los casos operaban nocturnamente para secuestrar “subversivos”, a los integrantes o colaboradores de las organizaciones guerrilleras, pero también a un conjunto amplio de opositores a la dictadura militar.

En los CCD se procedía a ejecutar la detención ilegal (secuestro) de las víctimas de la represión militar. De inmediato, se producía la tortura sistemática del desaparecido y en muchas ocasiones su violación. Luego su permanencia por tiempo indefinido en horribles condiciones: encapuchados, engrillados, sometidos al silencio y a la inmovilidad absolutos, al hambre, a las deplorables condiciones de higiene, a la amenaza de nuevas sesiones de torturas, a la humillación como condición constante, a la privación de su nombre y su reemplazo por un número como identificación, al aislamiento absoluto en tiempo y espacio del mundo circundante. Las embarazadas debían parir en terribles condiciones. Casi siempre sus hijos fueron robados y entregados a familias de vínculos con los represores. El finalera, casi siempre de todos, el “traslado”, la muerte, en el no-lenguaje orwelliano del universo represor.

En su importante trabajo sobre éste, el aspecto más siniestro y característico de la dictadura del proceso, Pilar Calveiro^[9] –ella

misma una prisionera en campos de la dictadura- analizó el universo concentracionario. Así distinguió las patotas, los grupos de inteligencia, los guardias y los desaparecedores de cadáveres.

"La patota" -describe Calveiro- era el grupo operativo que "chupaba" es decir que realizaba la operación de secuestro de los prisioneros, ya fuera en la calle, en su domicilio o en su lugar de trabajo" (Calveiro, P, 2019: 34.)

La ó las personas a las que secuestraba, el objetivo, era denominado "el blanco", en terminología militar. La determinación de éste llegaba desde el espacio de inteligencia y "la patota" recibía una orden para proceder a operar en un lugar y a una ó varias personas. Lo hacía tratando de padecer el menor riesgo posible y disparaba si "el blanco" estaba armado. "Si en cambio se planteaba un combate abierto podía pedir ayuda y entonces se producían los operativos espectaculares del Ejército, helicópteros y decenas de soldados saltando y apostándose en las azoteas (Calveiro, op.cit:34)". Contando con la reserva abrumadora de las tres FFAA y la dependencia de las fuerzas policiales, de seguridad y penitenciarias sometidas al comando conjunto de aquellas, el jefe de la subzona respectiva solicitaba "zona liberada" a las fuerzas mencionadas y brindaba de ser necesario el apoyo a "la patota". Desconocían la razón del operativo, pero se aseguraban de tomar como "botín de guerra" los bienes que se encontraban en los domicilios invadidos. En segundo lugar, existían los "grupos de inteligencia", que podían ser militares en actividad o en retiro, o civiles, pero todos ellos integrados al servicio de inteligencia dependiente de la Fuerza respectiva de la que dependía el campo. El "grupo de inteligencia" realizaba el "interrogatorio" sobre la base de la tortura que ya se había convertido en un instrumento habitual frente a los delincuentes comunes. El instrumento más habitual para ello era "la picana eléctrica" puesta en funcionamiento, como ya

se vio oportunamente, a partir del golpe de Uriburu y la creación de la Sección Especial -a cargo de Leopoldo Lugones hijo- de la entonces Policía de la Capital. Pero esta invención criolla había sido perfeccionada por los aportes de la represión francesa en Argelia y el desarrollo de cursos de "interrogatorio" que se desarrollaron en la Escuela de las Américas, administrada por el Ejército de los Estados Unidos en la todavía ocupada Zona del Canal de Panamá, aportando las prácticas yanquis en la guerra de Vietnam. Un apologista de la "guerra sucia", el ex teniente coronel Aldo Rico justificaba así la tortura: "Yo capturo a un guerrillero. Sé que pertenece a una organización que está operando y ha preparado un atentado terrorista en, por ejemplo, un colegio [10]. Mi obligación es obtener rápidamente la información para impedirlo. ¿Cuál es la alternativa que me queda? ¿Hacerlo hablar o permitirle que se ampare en la Constitución?" (Grecco, J. y González, G., 1990:138). Es decir, ¿la Constitución y sus derechos derivados constituían una subordinada frente a las supuestas demandas de una operación policial?

El equipo de inteligencia, el que manejaba la picana y el "interrogador", siempre un oficial del servicio, producía un informe del acto de tortura que, eventualmente, podía dar paso a nuevas acciones en una cadena sistemática: "ellos eran un eslabón, si no aséptico, profesional de especialistas eficientemente entrenados" (Calveiro, P., op.cit.:36).

"Los guardias internos no tenían conocimiento de quiénes eran los secuestrados ni porqué estaban allí. Tampoco tenían capacidad alguna de decisión sobre su suerte" (Calveiro, P., op.cit.:37). Ellos también creían que todos los capturados eran "subversivos". Esta categoría había ingresado al vocabulario de la "guerra contra revolucionaria" desde 1958 a partir de la definición del coronel francés De Naurois en el texto "Guerra subversiva y guerra revolucionaria". En este texto, el especialista en contrainsurgencia galo

afirmaba que debía separarse el uso indistinto realizado hasta entonces entre los conceptos "subversivo" y "revolucionario". Éste último término podía aplicar a los integrantes de la Resistencia Francesa, que habían luchado contra la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. En cambio, "subversivo" debería referirse a quienes buscaban instaurar "formas totalitarias de poder" (López, E., op.cit, p.147).

Según Calveiro, los guardias como todos los integrantes de los equipos del CCD "necesitaban creer que los "chupados" eran subversivos, es decir, menos que hombres (según palabras del general Camps "no desaparecieron personas, sino subversivos"), verdadera amenaza pública que era preciso exterminar en aras de un bien común incuestionable; sólo así podían convalidar su trabajo y desplegar en él la ferocidad de que dan cuenta los testimonios" (presentados por los sobrevivientes de los campos en los juicios posteriores a la dictadura, JLB) (Calveiro, P., op. cit.: 37). Los "desaparecedores" cumplían con la tarea de asesinar y ocultar el cadáver de la víctima bajo formas diversas. La más utilizada fue la de ejecutar los "traslados" a partir de inyectar somníferos a los prisioneros y transportarlos desde el Aeroparque porteño, a los que estaban secuestrados en la ESMA y desde el campo de aviación militar de Campo de Mayo a quienes lo en esa guarnición del Ejército, en aviones de la Aviación Naval y de la de Ejército, para arrojarlos al río de La Plata o al océano Atlántico. En Campo de Mayo se utilizó también el mecanismo de la sepultura clandestina en la zona. En La Perla (Córdoba) los prisioneros eran transportados en camiones hacia zonas donde estaban cavadas fosas donde se los fusilaba y luego se incineraban los cuerpos en los huecos excavados. También hubo otras formas como la de incinerar los cadáveres, por ejemplo, en la propia ESMA o transportarlos para su incineración clandestina en cementerios públicos.

Las tareas de los grupos represivos estaban fragmentadas para evitar trasiego de información y acentuar la falta de responsabilidad porque cada sector participante cumplía una parte de la directiva recibida que se cumplía por "obediencia debida". La burocratización del asesinato en serie constituía una característica del proceso concentracionario y ya había sido aplicada por el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

El Ejército y las fuerzas policiales, junto a la Fuerza Aérea cumplieron una tarea de aniquilación sistemática. En la Armada que, sin duda, ejerció con la misma saña su accionar represivo, se verificó una singular operación política de siniestra perversión que, fue aprovechada por un conjunto de militantes para lograr, sin convertirse en delatores de sus compañeros, su libertad. Las ambiciones políticas del almirante Massera y de sus oficiales estrechamente adictos, precisamente los de la ESMA, lo llevaron a apoyar una operación de llamada de "recuperación" de prisioneros. Un grupo de militantes montoneros fueron congregados en un espacio de la ESMA, denominado la "pecera" para que pudieran constituir una oficina de prensa y análisis de contenidos de prensa y de preparación de trabajos sobre cuestiones político estratégicas como, por ejemplo, la cuestión del Beagle y la soberanía en las islas Malvinas. El capitán de navío Acosta, el "Tigre", jefe del Grupo de Tareas convenció a Massera que sería útil aplicar la inteligencia de cuadros políticos para apoyar el proyecto político del almirante. Juan Gasparini, sobreviviente de la ESMA, testimonió que para Acosta "el plan consistía en utilizar como mano de obra intelectual al servicio de su carrera política, enlazada con la del almirante Massera. Éste, un marino que creyó que podía ser como Perón, estaba empeñado en ocupar el sillón de Rivadavia burlando los designios del Ejército, que siempre ubicó a los suyos en ese sitio. El capitán Acosta Aubone, que me mostró

su árbol genealógico que remontaba hasta Manuel Belgrano, tenía sus fantasías: ministro del Interior de Massera presidente, la rampa hacia el almirantazgo”(Gasparini, J., 1988: 107).

Los torturadores de la ESMA y Massera resultaron burlados. Los colaboradores de la “pecera”, salieron de la ESMA entre 1978 y 1979 y testimoniaron en los juicios por los delitos de lesa humanidad: probaron el plan sistemático de secuestro, tortura, violación y asesinato de la dictadura.

La represión utilizaba también otros métodos más toscos. Montaba escenarios de fugas de prisioneros. Claro que en estos casos no podía denunciar escapes de los campos clandestinos. Lo que hacía era montar supuestas fugas de presidios como los de Olmos, donde fue asesinado, entre otros, Dardo Cabo, el jefe montonero, periodista y líder de la Operación Cóndor de aterrizaje en Malvinas por militantes peronistas en 1966. Y la cruel “Masacre de Margarita Belén” ejecutada en el Chaco en la localidad homónima, donde 22 reclusos políticos detenidos en la cárcel de la ciudad de Resistencia fueron asesinados en ocasión de un presunto traslado a otras instalaciones de detención. (El secretario de gobierno de la provincia del Chaco en ese momento era el coronel Ricardo Brinzoni, futuro jefe del Estado Mayor del Ejército durante el gobierno del presidente De la Rúa). En todos los casos lo burdo del montaje se revelaba cuando la cuenta de bajas daba 100 % de muertos a los presos “en traslado” y 0 % en bajas de cualquier tipo de los guardia cárceles y tropa de custodia.

La economía militar: Martínez de Hoz

El 2 de abril, fecha que 6 años después se también se haría histórica por otras razones, la dictadura nombró a su ministro más importante, el de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz. Integrante de una familia patricia, pero cuyo fundador en estas tierras no había dudado en colaborar con los ingleses durante las Invasiones en 1806. Martínez de Hoz había desarrollado una carrera pública amén de sus muchos trajines en los directorios de las grandes empresas. Se había desempeñado como ministro de Economía en la provincia de Salta durante la libertadora en 1955. Durante el interinato de Guido hasta la llegada de Illia al gobierno, fue ministro de Economía (Muleiro, V., 2011:135-136). Martínez de Hoz, Joe para sus amigos, integraba al momento del golpe de 1976 el directorio de la Compañía Ítalo Argentina de Electricidad (CIADE), una de las más poderosas empresas extranjeras y actuaba protagónicamente en el Consejo Empresarial Argentino (CEA), un lobby empresarial que fue uno de los soportes oligárquicos del golpe.

El programa ultra-conservador que encaró Martínez de Hoz se encolumnó en las políticas de Pinochet y las que iban a desarrollar en los países centrales Thatcher y Reagan en el auge del neo liberalismo nacido de los discípulos del doctrinario Von Hayek y su cenáculo de Mount Pellerin en Suiza. Martínez de Hoz "promovió la inversión extranjera (ley 21.382) con amplias ventajas para el capital foráneo, la desprotección arancelaria para la industria local (...) el manejo especulativo del tipo de cambio y al estrategia de atraso cambiario habilitaron un esquema de especulación en detrimento de la moneda y la industria nacional y de la inversión en la economía real (la "tablita cambiaria" y la "bicicleta financiera") (Muleiro, op.cit.: 137-138).

El gobierno de la dictadura ejecutó de inmediato una operación de control sobre la prensa planteando una serie de medidas de

control sobre la misma de carácter no público. Desarrolló también clausuras parciales sobre los medios de todo tipo y acciones de censura sobre diversas empresas culturales: Héctor Ricardo García, director de "Crónica" y otros medios fue detenido el mismo día 24 de marzo porque la emisora de su propiedad, Radio Colonia, informaba desde Uruguay, sobre los sucesos argentinos; fue clausurado por 72 hs. a comienzos de abril el diario "La Arena" de Santa Rosa (La Pampa); fue cerrado también en abril por 24 hs. el diario "El Independiente" de La Rioja; fue allanada la editorial Siglo XXI y suspendido por dos días el diario "Crónica" de Comodoro Rivadavia.

El 22 de abril "Clarín" informó que, luego de una reunión en la Secretaría de Prensa de la Nación controlada por la Armada "no se ejercerán más controles sobre la prensa. Este fue en realidad una resolución pour la gallerie. Sin embargo, un comunicado sin membrete o firma de la Secretaría de Prensa del gobierno afirmaba que "a partir de la fecha-22/4/76- queda prohibido informar, comentar o hacer referencia a temas relativos a hechos subversivos, aparición de cadáveres y muertes de elementos subversivos y/o integrantes de las FFAA y de seguridad, por estos hechos a menos que sea informado por fuente oficial responsable. Incluye a secuestrados y desaparecidos".

La dictadura continuó y profundizó la lista de desapariciones, asesinatos, prisión y exilio de cientos de periodistas, e intervino sus organizaciones gremiales.

El 29 de abril, en el Regimiento de Infantería Aerotransportada 14, en Córdoba, se procedió a quemar libros capturados en procedimientos antisubversivos, en una imitación de la quema de libros conducida por el ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, en la puerta de la Universidad de Berlín. En Córdoba, el día 11 fueron secuestrados 10 alumnos del prestigioso Colegio Manuel Belgrano.

El 12 de mayo, Videla se reunió con 163 directivos de diarios provinciales: "Recalco lo de objetividad- afirmó- porque lejos de nuestro ánimo y espíritu estaría pensar en tener una prensa complaciente y no objetiva" (sic).

El 19 de mayo, cuatro escritores prestigiosos se reunieron a almorzar en la Rosada con Videla. Eran Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Eduardo Ratti -presidente de la Sociedad Argentina de Escritores- y el padre Leonardo Castellani. Al salir del ágape, Sábato declaró- reiterando sus errores de 1966 frente al golpe militar que derrocara a Illia- que "el general me dio una excelente impresión. Se trata de un hombre culto, modesto e inteligente. Me impresionó la amplitud de criterio y la cultura del Presidente". Borges fue más escueto, pero no menos adulator: "Es todo un caballero", afirmó. Ratti y Castellani, en cambio, preguntaron por la suerte de su colega Haroldo Conti y el titular de la SADE entregó a Videla en un aparte, una lista de 10 escritores desaparecidos.

El caso de Eudeba

Un capítulo singular y expresivo de las operaciones contra la cultura lo constituyó la drástica intervención militar a la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), dependiente de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Aunque éste fue intervenida, como todas las universidades públicas, la acción militar represiva no esperó designación alguna de las nuevas autoridades de Viamonte 430, sede del rectorado de la UBA. El 25 de marzo de 1976, un capitán de navío, comandando a dos suboficiales y tropas ingresó en la sede central de Eudeba, por entonces la mayor editorial en volumen de edición en lengua castellana. Tomó posesión sin mayores explicaciones ni acto jurídico alguno. Durante tres meses condujo Eudeba pistola al

cinto. Introdujo a un civil del que solamente se conoció apellido Salas que, aparentemente, funcionó como su asesor fundamental en la censura de las ediciones de la empresa. Por medio de un memo se ordenó "retirar de la venta" 15 libros de o sobre autores argentinos y latinoamericanos^[11]. En la breve gestión del marino apareció la figura de otro militar, en este caso, la del coronel Juan Carlos Walther^[12], un oficial superior retirado del Ejército que ejerció la función de Director Ejecutivo. Era un autor de la Eudeba bajo el peronismo de Isabel Perón que había publicado "La conquista del desierto", premiado en 1948 por la Comisión Nacional de Cultura en el rubro "Historia, Arqueología y Filología" y también en el de "Estímulo a la literatura militar argentina". Walther inauguró y dirigió entre 1976 y 1980 la colección "Lucha de fronteras" de la que se ha escrito que "su análisis acerca de las relaciones entre los indios y los blancos, sobre la ocupación de los territorios patagónicos y respecto de los indios buenos y los indios malos; su uso de expresiones como "escarmiento", "reducir", "eliminar", etc. debería ser motivo de una lectura detenida y especializada" (Invernizzi, H.,2005: 48-49). La colección contaba con un importante número de libros^[13] desarrollaba la línea apologética de la ocupación militar genocida de territorios asentamiento de pueblos originarios en la Pampa, la Patagonia y el Chaco, lo que iba de la mano con la cancelación de ventas de libros históricos de inspiración revisionista, lo que marcaba la orientación ultra liberal de los censores y nuevos editores. Walther era "profesor del Colegio Militar, de la Escuela de Gendarmería y de la Escuela "General Lemos" (del Ejército) y su idea en la colección "parecía ser la de vincular guerra, defensa del territorio, seguridad y progreso, modalidad que parecía cada día más posible (especialmente luego de la caída de Goulart en Brasil (1964). Asimismo parecía presentarse y legitimarse, un

actor alternativo al profesional, intelectual o científico, como lo era el oficial del Ejército como nuevo garante del desarrollo (De Sagastizábal, L., "Eudeba, la lejanía del pasado reciente", en "Todo es Historia nro. 280, octubre de 1990, citado por Invernizzi, H, op.cit.:50-51). En el directorio de Eudeba que finalmente se instaló se congregaron como presidente el filósofo Jorge Luis García Venturini, como vicepresidente el abogado Eugenio C. Aramburu (hijo del dictador general Pedro Eugenio Aramburu), como director ejecutivo, el dirigente del partido Socialista Democrático Luis Pan y el profesor especialista en Derecho Romano, Angel Lapieza Elli. Pan calificó a una cantidad de libros como "fuera de comercio" y envió una carta al comandante del Primer Cuerpo de Ejército, el general de división Carlos Suárez Mason para que los retirara, lo que ocurrió en un tiempo dilatado en un disparatado operativo que incluyó tropas y el uso de coches Ford Falcon, todo ello bajo el comando del teniente primero Xifra^[14]. Pan no se privó de formar un Consejo Consultivo invitando a prominentes intelectuales a sumarse a la empresa^[15]. En Eudeba se produjeron secuestros como el del empleado Daniel Jacobovich que reapareció y se exilió, el del editor Carlos Pérez que nunca volvió a la vida y el de la empleada Francoise Dauthier que continuó sin aparecer hasta el presente. En 1978 se registró el regreso de la intervención militar porque el rector interventor de la UBA, el ingeniero Alberto Constantini nombró como delegado ejecutivo al general de brigada (retirado) Arturo Amador Corbetta, terminando la misión de Luis Pan. Corbetta, que además de oficial superior del Ejército era abogado, protagonizó actos ilegales de notoria dimensión. Firmó un convenio secreto con el ministerio del Interior a cargo del general de división Harguindeguy, como él integrante del arma de Caballería. En este convenio, Interior "se propone articular un sistema de publicación que asegure

a la población el acceso a las creaciones de la cultura de Occidente". El convenio, que no fue comunicado a la UBA de la que dependía Eudeba, permitía a Interior publicar por la editorial universitaria los libros que quisiera sin que formaran parte de una colección en particular ni que fueran mencionados como originados en dicho convenio. Es decir que el autor ignoraba completamente las condiciones de publicación. Pero superando las condiciones de editor y censor unió las mismas, publicando mutiladas por su propia mano las "Memorias" del primer ministro de Salud Pública y prestigioso sanitarista, Ramón Carrillo y "Las Constituciones Argentinas" del redactor de la Constitución de 1949, Arturo Sampay. A obras de estos dos ilustres peronistas, el general Corbetta las tijereteó suprimiendo referencias al justicialismo y a la oligarquía, sin requerir la opinión de los sucesores de ambos autores. En julio de 1981, en medio del breve gobierno del general Viola, Corbetta se fue de Eudeba sin manifestar razones. A los contratos de publicación suprimidos por razones arbitrarias o sin manifestar, se sumaron los secuestros mencionados, los despidos, el increíble convenio con el ministerio del Interior y la publicación mutilada de obras, todo un récord para una actuación castrense[16]. Todo ello, hecho en combinación articulada con un notable conjunto de intelectuales destacados de notoria raíz antiperonista.

La violencia de la represión

El 3 de junio, el ex presidente boliviano, general Juan José Torres, fue asesinado en San Andrés de Giles a 160 km. de Buenos Aires, por agentes de la dictadura del presidente general Banzer con la cobertura de los servicios de inteligencia de la dictadura argentina.

En la misma jornada, el 17 de junio, también murieron violentamente el poeta y periodista, Francisco Urondo, dirigente montonero, en una emboscada en Mendoza y el general Cesáreo Cardoso, jefe de la Policía Federal, por una bomba colocada debajo de su cama.

El 26 de junio el gobierno estableció la pena de muerte por fusilamiento para quienes maten personal militar u otros miembros de los poderes estatales. Esta medida nunca se aplicó públicamente, porque el régimen recurrió a la represión clandestina, clave en su doctrina represiva.

El 2 de julio, una bomba colocada por Montoneros en el comedor del Departamento de Policía, dejó 18 muertos y 66 heridos. Dos días después, fueron asesinados en la sede de su iglesia en Belgrano (Buenos Aires), los padres palotinos Alfredo Leaden, Pedro Duffau y Alfredo Kelly y el 18 de julio otros dos sacerdotes católicos, Gabriel Longueville y Carlos de Dios Murias fueron eliminados en Chamental (La Rioja).

Al día siguiente, el Ejército se apuntaba una importante victoria, cuando al allanar una vivienda en Villa Martelli (norte del Gran Buenos Aires), fueron muertos los dos máximos jefes del ERP, Mario Roberto Santucho y Benito Urteaga. Semanas antes, Santucho y Domingo Mena otro prominente dirigente del ERP habían celebrado una larga reunión con Roberto Perdía, de la conducción nacional de Montoneros para poner en funcionamiento la "Organización para la Liberación de la Argentina" (OLA) a semejanza de la OLP palestina (Perdía, R. 2013: 479).

Pese a las detenciones y desapariciones de muchos periodistas y las clausuras temporales y definitivas de muchos medios, el presidente de ADEPA y directivo eminente del diario "La Nación", Juan S. Valmaggia proclamó el 31 de julio que "existe libertad de prensa en la Argentina"; lo afirmó mientras tres días atrás los periodistas Conrado Ceretti y Diana Guerrero eran secuestrados

en sus domicilios. En tanto, el realizador de cine Octavio Getino era procesado el 2 de agosto por haber autorizado, cuando se desempeñaba como titular del Instituto de Calificación Cinematográfica, la exhibición de la película "Último tango en París" de Bernardo Bertolucci.

El periodista y sindicalista Héctor Demarchi, que había integrado como candidato a secretario general adjunto la lista Naranja- una coalición de montoneros y clasistas- en las suspendidas elecciones de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA) era secuestrado el 5 de agosto frente al edificio de "El Cronista Comercial", el diario donde había trabajado hasta hacía pocos días. El 6 de agosto murió en México el banquero argentino David Graiver cuando su avión privado que volaba de Nueva York a Acapulco se precipitó a tierra. Se sospechó que la caída del avión fue causada por la inteligencia militar argentina con la cooperación de otro servicio extranjero, posiblemente la CIA. La muerte abriría paso al "caso Papel Prensa", la propiedad de la fábrica argentina de papel para diarios, cuya violenta cesión arrancada a su familia mediante secuestros, amenazas y torturas implicó el pase de la propiedad de la misma a las empresas "Clarín", "La Nación" y "La Razón".

El 12 de agosto, la detención y desaparición de Luis Daniel García, un soldado conscripto en Campo de Mayo, inauguraba un ciclo de episodios similares contra jóvenes llamados por ley a filas militares y enfrentados con operaciones realizadas por sus propios superiores. Según una precisa investigación realizada por un oficial pasado a retiro primero y dado de baja después, la cifra de soldados conscriptos desaparecidos alcanzó la cifra de ciento veintinueve (D Andrea Mohr, J.L., 2005; Obiols, G.:2003). El vespertino "La Tarde", propiedad de la empresa que editaba también "La Opinión", controlada por Jacobo Timerman, anunciaba su cierre, en tanto que los periodistas Eduardo Suárez

y su compañera Patricia Villa, también periodista, fueron secuestrados y estallaba una bomba en la imprenta cooperativa COGTAL, habitual impresora de medios gráficos de sindicatos, fuerzas de izquierda y nacionalistas.

El 19 de agosto, se ejecutó una terrible acción represiva: la "Masacre de Fátima", en la que los cuerpos destrozados de 20 hombres y 10 mujeres fueron encontrados luego de la explosión dinamitera de un horno de ladrillos en la localidad de Fátima (Pilar, provincia de Buenos Aires). Se entendió como una réplica policial al estallido de la bomba en el Departamento Central de Policía.

El 19 de agosto fue asesinado a balazos en Wilde el general Omar Carlos Actis que estaba a cargo de la conducción del Ente Autárquico Mundial 78. Se sospechó de un crimen ejecutado por los grupos de tareas de la Armada por órdenes del almirante Massera.

Al día siguiente, fue secuestrado, el dirigente nacional montonero Roberto Quieto, quién nunca apareció. El episodio generó una fuerte polémica en Montoneros, quién lo acusó de "indisciplina" y "traición" y lo condenó a muerte, acción que en realidad ejecutó la propia dictadura que lo había desaparecido.

El día 23 de agosto la planta del diario "Crónica" fue allanada por la infantería de marina, mientras se anunciaba que varios directivos del diario encabezado por Héctor Ricardo García eran sobreseídos definitivamente por publicaciones realizadas en setiembre de 1974.

Cínicamente, el dictador Videla aseguraba en una comida de la Asociación de la Prensa Extranjera celebrada el 31 de agosto que "todas las fuentes de información están abiertas".

El 3 de septiembre, la policía provincial allanó el diario "Época" de la familia del ex gobernador peronista Julio Romero y, mientras tanto, ADEPA, saludaba "un cambio" en la relación entre gobierno y prensa.

El 12 de septiembre, la explosión de un coche bomba mataba a 9 policías y dos transeúntes en Rosario.

El día 16 de septiembre ocho estudiantes secundarios de La Plata fueron secuestrados, torturados y asesinados en La Plata en la llamada "Noche de los lápices".

El 29 de septiembre, se produjo el "combate de la calle Cobo" en el barrio de Villa Luro (ciudad de Buenos Aires) en el que rodeados por numerosos soldados del Ejército, al mando del coronel Roualdes, fueron muertos el dirigente montonero Ismael Salame y la periodista montonera Vicky Walsh, hija del escritor y también militante montonero, Rodolfo Walsh.

El 30 de septiembre, el ministro Martínez de Hoz anunció que el FMI concedía un crédito de 1300 millones de dólares para "reestructurar su deuda externa" (sic).

El 2 de octubre, el contralmirante César Augusto Guzzetti, canciller argentino, fue cuestionado por el periodismo sobre la cuestión de los desaparecidos que ya se había convertido en un tema mundial.

El 4 de noviembre el demócrata Jimmy Carter ganaba la presidencia de los Estados Unidos. Iba a desarrollar una política de derechos humanos que crearía un problema a la dictadura argentina.

El 20 de noviembre fue muerto, durante un allanamiento, Marcelo Kurlat, jefe de la que poderosa Columna Norte de Montoneros. Cinco días después, el gobernador de Tucumán, general Domingo Bussi, afirmaba que "la subversión" estaba "erradicada" de la provincia y a "punto de desaparecer del territorio nacional".

El 2 de diciembre, la dirigente montonera y participante en el "aramburazo", Norma Esther Arrostito fue declarada muerta en un enfrentamiento con fuerzas de seguridad. En realidad, iba a permanecer secuestrada en la ESMA, donde tenazmente rechazó colaborar con sus captores y fue allí asesinada, meses después.

El 13 de diciembre en Resistencia 22 prisioneros fueron sacados de la cárcel de la capital del Chaco y ultimados en lo que se conoció como la "Masacre de Margarita Belén". El coronel Ricardo Brinzoni, luego jefe del EMGE en la presidencia De la Rúa, era el secretario de Gobierno en la administración provincial.

El día 15 de diciembre, 14 personas fueron asesinadas por la explosión de una bomba en el microcine del ministerio de Defensa, atentado que reivindicó Montoneros.

Cuatro días después, el diario "La Opinión", dirigido por Jacobo Timerman, que había propiciado el golpe militar afirmaba que, además del terrorismo de las organizaciones guerrilleras, había otro de orientación opuesta.

Los restos del teniente general Perón fueron trasladados el 19 de diciembre de la residencia de Olivos al cementerio de la Chacarita.

Mientras que el 26 de septiembre fue secuestrado y desaparecido el dirigente sindical Jorge Di Pasquale del Peronismo de Base. Tres días después Montoneros mataba al coronel Francisco Bonifacio Castellanos.

La dictadura hizo trascender a la prensa el 31 de diciembre, mediante informaciones extraoficiales, que la guerrilla había sufrido en ese 1976, más de 4 mil bajas.

Año 1977

En El Palomar, provincia de Buenos Aires fue secuestrada y asesinada la ciudadana sueca-argentina Dagmar Hagelin, por un grupo de tareas de la ESMA comandado por el teniente de fragata Alfredo Astiz, un caso que tuvo gran y larga repercusión.

El día 29 de enero, el gobierno clausuró por dos días al diario "La Opinión" (dec. 210/77) por haber publicado el artículo "La Iglesia

y los derechos humanos" del sacerdote jesuita Vicente Pellegrini. Por decreto 269/77, el Poder Ejecutivo prohibió el libro para chicos "Cinco dedos", traducción de una obra alemana. El editor Daniel Divinsky y su esposa Ana María Milev fueron detenidos durante dos meses.

El 11 de febrero fue secuestrado el secretario general del poderoso sindicato de Luz y Fuerza, Oscar Smith. Nunca apareció. El operativo criminal fue, al parecer, obra de los grupos de tareas de la ESMA o de los grupos operativos del Ejército del Cuerpo I, en represalia por la acción reivindicativa del gremio. Continuaron en febrero, las acciones de censura: la Policía Federal allanó la redacción de la revista "La Semana" de la editorial Perfil; el diario "El Independiente" fue clausurado por cinco días y efectivos del Ejército, procedieron a incautar textos políticos de EUDEBA.

En marzo, la Conferencia Episcopal transmitió al gobierno dictatorial su "inquietud", debido a las numerosas denuncias acerca de desapariciones de personas.

El 25 de marzo, tras un tiroteo en la esquina de San Juan y Entre Ríos, fue herido de muerte el escritor y militante montonero, Rodolfo Walsh, cuyo cuerpo fue trasladado a la ESMA por el grupo de tareas que lo emboscó. El día anterior había enviado a las redacciones de los medios su "Carta Abierta a la Junta Militar".

El conflicto con Chile

En marzo de 1977, el régimen dictatorial se había notificado ya de un rotundo fracaso diplomático sobre la cuestión fronteriza del canal de Beagle y sus adyacencias en el extremo sur del continente. Cuando se hizo conocer el fallo del Tribunal Arbitral Británico, fijado por el acuerdo de Chile y Argentina,

éste rezaba en su parte dispositiva que “por unanimidad a)

1. Decide:

(I) que las Islas Picton, Nueva y Lennox, junto con sus islotes y rocas inmediatamente adyacentes, pertenecen a la República de Chile.

(II) que la línea roja trazada en la carta adjunta, titulada “Carta con la línea del Límite” - la que forma parte integrante de la presente Decisión (Compromiso del 22 de julio de 1971, Artículo XII (1). Constituye el límite entre las jurisdicciones marítima y terrestre de las repúblicas de Argentina y Chile, respectivamente, dentro de los límites del área deslindada por las líneas rectas que unen los puntos coordinados ABCDEF especificados en el Artículo I (4) de dicho Compromiso y conocido como el “Martillo” (Decisión, parágrafo 1).

(III) que dentro de esta área el título a todas las islas, islotes, arrecifes, bancos y bajíos, si están situados en la parte norte de la mencionada línea roja, es atribuido a la República Argentina, y si están situados al sur, a la República de Chile.

2. Determina: (Compromiso, Artículo XII (3) - que en tanto que algunas medidas especiales sean necesarias para la ejecución de la presente Decisión, serán tomadas por las partes, y la Decisión será ejecutada, en un período de 9 meses desde la fecha en que, después de la ratificación por el Gobierno de Su Majestad Británica, sea comunicada por este último a las Partes, que junto con la Declaración constituyen el Fallo especificado en el Artículo XIII (1) del Compromiso” (CARI, 1995: 1975-1976).

La historia señalaba que “tres principales islas- Picton, Nueva y Lennox -amén de otras secundarias e islotes cercanos al Canal de Beagle, se hallan en litigio entre Argentina y Chile. El protocolo Rodríguez Larreta-Vergara Donoso que hacía -salvo en dos puntos- la división a medio canal de las aguas y adjudicaba a cada país las islas e islotes que se hallaban en él no fue ratificado, pero

estableció desde el 25 de julio de 1905, un "modus vivendi al respecto(...) el litigio surgió en la ubicación del Canal en sí y su boca oriental; para Chile el canal Moat, o sea una de las tres bocas de acceso al Beagle, sería la boca oriental, sosteniendo la Argentina que si se aplicara ese criterio, tendríamos un canal con una sola orilla. Si bien las mencionadas islas presentan escaso valor económico, presentan cierto interés estratégica, por el tema de la eventual proyección chilena hacia el Atlántico. Un tratado suscrito en Buenos Aires el 28 de junio de 1915, que no llegó a ratificarse, sometía la cuestión a la decisión de Su Majestad Británica y un Convenio firmado en Santiago el 4 de mayo de 1938 tampoco ratificado, lo defería al del procurador de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos" (Moreno Quintana, L. 1966: 28-29). Hubo otro protocolo suscrito en 1960 que, acordando algunos de los territorios en disputa a la Argentina y otros a Chile, sometía el resto de la cuestión a la Corte Internacional de Justicia. Nunca fue ratificado. Fue finalmente el acuerdo de 1971 entre los presidentes Allende y Lanusse, quién dio para al arbitraje de la Corona Británica cuya decisión de produjo 6 años después. No es que hubiera habido antecedentes de resolución de problemas por vía de la mediación. En 1899, el ministro plenipotenciario de EEUU en la Argentina, William Buchanan, fue designado árbitro sobre la diferencia en la Punta de Atacama entregando la mayor parte del territorio a la Argentina. En 1966, Chile recurrió al arbitraje de la Corona Británica por la disputa fronteriza de la región de Palena. El fallo adjudicó la zona de California, poblada por chilenos a Chile y la zona de Valle Hondo y la parte superior del río Engaño a la Argentina (Cavalla, A., 1979: 23-24).

El fallo arbitral las otorgaba por cierto a Chile islas en disputa en el Beagle, pero según una interpretación -no favorable a los militares argentinos- los jueces "metieron sus narices y emitieron dictámenes explícitos respecto de espacios marítimos que

ninguna de las partes había llevado al tribunal (...) con o sin buenas razones jurídicas en estos puntos, lo cierto es que al adentrarse en ellos el tribunal actuó objetivamente sobre una base política, no jurídica; y le dio en todos la razón a Chile" (Novaro, M. y Palermo, V., op.cit.: 249).

Se sucedieron reuniones y comunicaciones diversas para lograr un acuerdo antes de llegar a una guerra. Videla y Pinochet se vieron cara a cara dos veces. El 20 de febrero de 1978 firmaron el Acta de Puerto Montt. En ella señalaban en su parte dispositiva que ambos gobiernos "han impartido órdenes" a fin de evitar acciones o actitudes contrarias al espíritu de pacífica convivencia que debe mantenerse entre ambos países". Se establecía "un sistema de negociaciones" que se llevaría a cabo por Comisiones. Éstas estudiarían "las condiciones de armonía y equidad"; las "cuestiones de la delimitación de las jurisdicciones en la zona austral, la explotación de recursos en la Antártida y "cuestiones" relacionadas con el estrecho de Magallanes" (CARI, op. cit.: 177). Las comisiones no llegaban a acuerdo alguno. El único punto de contacto era acudir a un mediador. El que se llevaba todas las fichas era el Vaticano. Pero el problema era ¿de qué se iba a ocupar específicamente esta mediación papal?

Tres personajes fueron claves para que la misma pudiera poner en marcha la misma: el embajador de EEUU en Buenos Aires, Raúl Castro; el cardenal Primatesta, primado de los obispos católicos argentinos y el nuncio apostólico vaticano en Buenos Aires, Pío Laghi. Solamente Videla apoyaba la posición de recurrir al Papa de todos modos, pero los tres comandantes de las Fuerzas, Viola, Lambruschini y Agosti estaban en contra. Solamente cuando Videla amenazó con renunciar, Viola se dio vuelta e hizo viable la posición del presidente (Novaro, M. y Palermo, V., op.cit.: 254).

Según Balza "tres fueron las posturas en el gobierno militar: los sectores más duros planteaban el descabezamiento directo del

laudo; una postura intermedia postulaba aceptar la soberanía chilena solo en las islas sin proyección marítima y una tercera opción (sostenida por la Fuerza Aérea y la Cancillería) propugnaba la aceptación de la resolución del Tribunal que libremente se había sujetado la Nación durante el gobierno de Lanusse en 1971" (Balza, M., op.cit., 149).

Chile rechazó de manera total las propuestas argentinas, aunque su desprestigio internacional era igual o peor que el argentino. Pinochet jugó la carta del nacionalismo chileno acosado por el expansionismo argentino y movilizó sus profesionalizadas fuerzas armadas hacia el Sur dispuesto a dar batalla a sus colegas en ferocidad y represión. Toda la flota chilena fue hacia el sur junto con los 10 mil infantes de marina trasandinos.

La flota argentina navegó hacia la zona austral, mientras un imprevisible general de división Leopoldo Galtieri, comandante por entonces del Cuerpo III del Ejército, procedió, por su cuenta, a cerrar por unos días la frontera con Chile, misión que evidentemente no le competía pero era la marca de su estilo, a propósito además, de un episodio menor como la detención por unos días de dos oficiales y sus esposas de visita en la tierra del vecino país. ("Me calenté", dio como explicación en privado)

La enfermedad y muerte del papa Paulo VI en agosto de 1978 perturbó la intervención del Vaticano, incertidumbre que se continuó con el deceso de Juan Pablo I que fuera su fugaz reemplazante. El Papa sucesor, Juan Pablo II, se comenzó a ocupar del espinoso tema para frenar la intransigencia de las dictaduras.

La perspectiva de una acción militar continuó todo el año 1978. El régimen militar argentino tenía mayoritarias simpatías castrenses por la opción de guerra. Jugando con la aspereza vigente en aquellas aguas, el entonces comandante de operaciones navales, contralmirante Jorge Anaya, capturó y llevó a puerto a pesqueros soviéticos y polacos que, además de violar

leyes nacionales al pescar dentro de las 200 millas marítimas argentinas, eran parte del enemigo campo socialista.

La represión continúa

El 1 de abril de 1977 fue secuestrado el periodista Edgardo Sajón, quién fuera secretario de Prensa del dictador Lanusse y estaba a cargo de la planta impresora del diario "La Opinión". Pocos días después el 15 de abril, el director y propietario de "La Opinión", Jacobo Timerman, fue secuestrado por el Ejército, en un operativo a cargo del Cuerpo I y operado por el jefe de policía bonaerense, general Ramón Camps.

El 18 de abril, el arquitecto Adolfo Pérez Esquivel quién dirigía el grupo católico "Paz y Justicia" fue detenido, en una prisión primero y luego en su casa.

En una curiosa resolución la Corte Suprema de Justicia delegó, impropiamente, el 20 de abril en el Poder Ejecutivo la tarea de resolver 400 recursos de habeas corpus por personas desaparecidas.

El día 21 de abril se produjo la primera de las rondas de las que serían "Madres de Plaza de Mayo", mujeres de entre 40 y 60 años de edad, madres de desaparecidos que todos los días jueves iban a marchar en la Plaza de Mayo para reclamar información y aparición con vida de sus familiares.

El 22 de abril, en Roma, los Montoneros -con su conducción ya en el exilio- constituyeron el Movimiento Peronista Montonero (MPM), con una dirección en la que se combinaron jefes militares de la organización y militantes políticos de diversos sectores sociales. A la cabeza figuraba Mario Firmenich, acompañado por los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano, el ex rector de la UBA, Rodolfo Puiggrós, el que fuera delegado de

la Juventud Peronista Rodolfo Galimberti, el poeta Juan Gelman y el periodista Miguel Bonasso, entre otros. Era el intento, que sería fallido por constituir una organización alternativa al peronismo, que compitiera por su dirección y, sobre todo, por sus masas. Su fracaso se debió a que era, en realidad, la misma organización guerrillera con un nombre modificado y su dirección quedó en manos de la organización-partido. De allí nacerían acciones militares (las "contraofensivas"), no movilizaciones políticas.

Fue detenido por un día el director del diario "Buenos Aires Herald", Robert Cox, por infringir las normas que prohíben informar sobre actividades "subversivas" salvo con información oficial sobre el tema.

El dibujante Héctor Oesterheld, creador de "El Eternauta" fue secuestrado junto a sus cuatro hijas y yernos. El horrible episodio culminó con todos ellos desaparecidos.

El 11 de mayo fue secuestrado y desaparecido el abogado laboralista Carlos Alberto Moreno en Olavarría por efectivos del Ejército. En Jujuy, el 13 de mayo fue también desaparecido Luis Ramón Arédez Sagues, el ex intendente del pueblo de Libertador General San Martín y médico del Ingenio Ledesma.

El día 30 de junio, el secretario general de la Presidencia, general Villareal, informaba a las Madres de Plaza de Mayo que el presidente Videla no las recibiría y las derivó a su ministro del Interior, el también general Harguindeguy.

El 6 de julio, Amnesty International denunció la desaparición de Rafael Perrotta, ex propietario del diario "El Cronista Comercial". Estaba vinculado al ERP.

El 20 de julio, el embajador argentino en Venezuela, el dirigente radical Héctor Hidalgo Solá, fue secuestrado mientras estaba de visita en Buenos Aires, en un operativo posteriormente atribuido a los grupos de tareas de la ESMA, por orden de Massera, adversario de Hidalgo Solá en la construcción de una "salida política" para la dictadura.

El 10 de agosto, la funcionaria del Departamento de Estado de los EEU, Patricia Derian, se entrevistó con Videla por el tema de la represión causada por la dictadura. Derian fue convertida en un enemigo significativo por el régimen militar.

El 14 de septiembre, en Estados Unidos, Videla presentó por primera vez la tesis de la "guerra sucia" con la que pretendió justificar el modelo represivo del régimen castrense.

El 5 de octubre el diario ultra liberal "La Prensa" de Buenos Aires publicó la primera solicitada de familiares de desaparecidos.

El 6 de noviembre, el diario "Buenos Aires Herald" informó que el gobierno nacional implantó la censura previa en semanas recientes para frenar las críticas a la política económica. El día 19 Radio Mar del Plata fue clausurada por la policía, de manera temporal y sin justificaciones.

El 8 de diciembre fue secuestrada la monja francesa, Alice Domon de las Misiones Extranjeras de Paris, en la Iglesia de Santa Cruz. Junto a Alice Domon también fue desaparecida Ángela Aguado. Al día siguiente, en la misma iglesia, otro grupo operativo de la ESMA, secuestró a Azucena Villaflor, fundadora de las Madres de Plaza de Mayo. En la jornada posterior, Leone Renée Duquet, también monja de la misma congregación que Domon fue desaparecida en Ramos Mejía por los grupos operativos de la Armada y llevada a la ESMA. El operativo fue adjudicado al teniente de fragata Alfredo Astiz, subrayado "operativo" del grupo de tareas de la ESMA.

Una operación en las Sandwich

En diciembre de 1976, se ejecutó una operación que sería un anticipo de lo que vendría en abril de 1982. La Armada instaló una base científica en el archipiélago de las islas Sandwich del Sur, el extremo oriental del arco que forman las Malvinas y las Orcadas, un proyecto que poseía el objetivo de ir construyendo acciones que fortalecieran la discusión por la soberanía en el territorio. El proyecto tenía ya su tiempo, porque había sido presentado por el capitán de navío Lombardo, nombrado en 1974 director nacional de Política del Ministerio de Defensa a cargo de Adolfo Savino. Con la instalación de la dictadura Lombardo iba a ser el jefe del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS) en la guerra del Atlántico Sur en 1982. Era una forma de tantear al gobierno de Gran Bretaña, entonces en manos de los laboristas. Hubo la previsible protesta británica pero el incidente no escaló por el lógico interés argentino de mantener la operación en la mayor sordina posible y los laboristas porque procuraban entenderse con el nuevo gobierno. El éxito de este operativo estimularía en 1982 una acción de mayor audacia sobre las islas Georgias como prólogo de la Guerra de Malvinas (Cardoso et al, 1992).

La definición del Beagle

Todo el transcurso de 1977 presencié el desarrollo del conflicto diplomático por el Beagle que derivaba hacia el choque militar por el empecinamiento del régimen militar procesista en rechazar el fallo que habían llegado a dictar los jueces designados por Gran Bretaña para aplicar el acuerdo de 1971 entre la Argentina gobernada por el dictador Alejandro Lanusse y el Chile dirigido por el socialista constitucional Salvador Allende.

Las relaciones entre Argentina y Chile después de las Independencias de ambos países habían sido complejas, en determinados momentos pero nunca habían llegado al conflicto militar abierto. Después del Tratado firmado con Chile en la primera presidencia del general Julio Roca, continuaron muchas derivadas de la interpretación y la aplicación del mismo. En ambos países creció la perspectiva nacionalista radical con el énfasis de la afirmación territorial. Con miradas mesiánicas, religiosas o laicas, el principio de que la "tierra es sagrada y se defiende con la sangre", se hizo superior a la concepción de que la patria está en primer lugar vinculada con la gente que la habita, la población de una determinada pertenencia cultural.

Este clima creció en Chile y en Argentina. Se manifestó en especial sobre las tierras sureñas patagónicas en donde ambos países habían desarrollado, a fines de siglo la culminación de un proceso de conquista sobre territorios ocupados por pueblos preexistentes a la llegada de la conquista española, llamados araucanos o mapuches. A ellos, las oligarquías blancas de ambos países, les quitaron sus tierras y asesinaron o capturaron miles de sus integrantes. A esta acción militar de tipo genocida, se llamó en la Argentina "la Conquista del Desierto". Con criterios similares se procedió en Chile.

Luego, los gobiernos oligárquicos de ambos países disputaron la frontera más sureña, al tiempo que quedaban pendientes diferendos en la parte media de la Patagonia y en el norte en la desolada Punta de Atacama. Habría conflictos ardorosos pero "no solo eso, sino que alimentarían una serie de dislates en la que ni argentinos ni chilenos se quedarían cortos. Expertos chilenos, por ejemplo, acuñarían la noción de "costa seca", que debía transformar la ciudad de Ushuaia en una urbe cuyas orillas lindarían con la nada.

La situación internacional de la Argentina era desfavorable en el plano internacional dado que rechazaba el fallo de un tribunal

al que se había sometido voluntariamente. Entre las absurdas razones para rechazar la decisión se esgrimía, en tono bajo, pero con empeño, que el acuerdo entre Argentina y Chile de 1971 no había sido aprobado por el Congreso Nacional y dado que era una cuestión de límites... El pequeño problema era que los militares, que habían pactado con Allende en la anterior dictadura, habían cerrado el Palacio Legislativo en su transcurso y, consecutivamente casi cinco años, después las mismas FFAA lo habían vuelto a clausurar.

El 25 de enero, el gobierno argentino declaró la nulidad del laudo arbitral sobre el Canal de Beagle.

El envío secreto de un vicealmirante a Chile, lo que se conoció después como "misión Torti" constituyó un rotundo fracaso."Chile no solo rechazó todos los términos, sino que además las propuestas y las argumentaciones de Torti serían tomados y esgrimidos por Chile, en la Cassina de Pio V, en el Vaticano, para sustentar la tesis chilena en la mediación de diciembre de 1978, por la Argentina no solo perdía una porción de territorio sino también la prevalencia del principio bioceánico" (Balza, M, op.cit.: 150).

La "Operación México" de Galtieri

A fines de 1977 un grupo operativo clandestino del Ejército Argentino secuestró frente a la tienda "Los Gallegos" de la ciudad de Mar del Plata al militante montonero Tulio Valenzuela, a su mujer también militante y a su pequeño hijo. Se trataba de una patota operativa de la Inteligencia del comando del II Cuerpo de Ejército con sede en Rosario. Ocurría que Valenzuela, Tucho, era oficial mayor del Ejército-Partido Montonero y el jefe de la castigada columna montonera de esa ciudad santafesina. Valenzuela y familia fueron llevados a Rosario a una casa de fin

de semana, la Quinta de Funes, que era un Centro Clandestino de Detención. Allí militantes montoneros secuestrados eran mantenidos en estado de interrogación y tortura permanentes para luego ser asesinados o convertidos algunos de ellos en colaboradores del Ejército. Fue en esa ocasión que a un integrante del aparato represivo del Cuerpo II se le ocurrió que Valenzuela podría ser parte de una muy arriesgada operación clandestina: asesinar a la cúpula de la conducción montonera que había sido establecida en México donde hasta tenía una sede pública en la colonia (barrio) Nápoles.^[17] El comandante del cuerpo II era el general de división, Leopoldo Fortunato Galtieri. Éste, pese a la negativa de su segundo, el general de brigada, Luciano Jaúregui que se opuso a la intentona, impuso su criterio que era “terminar la guerra” con una victoria fundamental -golpear decisivamente la conducción montonera- antes del Campeonato Mundial de Fútbol que se desarrollaría en Argentina en el mes de junio de 1978. Valenzuela simuló emprender el operativo, sabiendo que dejaba a su mujer y a su hijo como rehenes del Cuerpo II. El 13 de enero de 1978, Galtieri viajó a Buenos Aires y le propuso al teniente general Videla, su comandante en Jefe, realizar el operativo, lo cual fue aprobado por el entonces Presidente de la dictadura.

A México partieron el 14 de enero tres integrantes de la Inteligencia Militar del II Cuerpo, un montonero secuestrado colaborador del Ejército y el propio Valenzuela. Viajaron hacia México con escala en Río, en donde si los viajeros tenían “algún problema” debían comunicarse al Ministerio de Agricultura de Brasil, con el teniente coronel Ricardo Bastos Huerta -una identidad camuflada- contacto militar represivo entre los ejércitos de Argentina y Brasil. El 16 de enero, el grupo operativo llegaba a México y sus integrantes se alojaron por separado en dos hoteles de la capital mexicana.

Valenzuela tuvo que tomar contacto con Montoneros en su sede de la casa de la calle Alabama 17 de la ciudad de México y entonces reveló la conspiración. Los Montoneros realizaron una conferencia de prensa en la que Valenzuela denunció la operación y la grabación de su testimonio fue entregada a la Secretaría de Gobernación (Ministerio del Interior) del gobierno mexicano. La Dirección Federal de Seguridad (policía política) de Gobernación procedió a detener a todos los otros participantes en la operación. Ellos fueron deportados a la Argentina. Todo el suceso fue denunciado por el diario progresista "Uno más Uno" y el columnista político Manuel Buendía en el diario "El Sol de México". Hubo una fuerte protesta privada de Gobernación a la embajada argentina. El suceso agravaba las relaciones entre los dos gobiernos porque en la sede de la embajada mexicana en Buenos Aires estaban aislados el ex presidente Héctor Cámpora y su hijo y el ex secretario general del Movimiento Peronista, Juan Manuel Abal Medina, al quienes la dictadura negaba brindar sus salvoconductos para abandonar el país^[18] (Bonasso, M., 1991:167,178,181 y ss). El aventurerismo de Galtieri, más allá de su vocación criminal, era el de quién iba a ser en poco tiempo más, comandante en jefe del Ejército, tercer presidente de la República impuesto por la dictadura y responsable del desembarco en Malvinas. México fue su antecedente, pese a su fracaso.

Subversión en el ámbito educativo

El 28 de octubre de 1977 el ministro de Educación, Juan José Catalán, dictó la resolución ministerial nro. 538, "un panfleto de aproximadamente 80 páginas denominado " Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo" y que debía ser distribuido en todos los establecimientos educativos del

país y dado a difusión a su personal docente y administrativo, y a los alumnos en caso de considerárselo necesario (Pineau, P. et al, 2006:65). ¿Cuál era el objetivo? Era "lograr que los docentes conozcan mejor a los enemigos de la Nación y (...) que las generaciones venideras pueda decir de los educadores de hoy que cumplieron con su deber, erradicar la subversión del ámbito educativo y promover la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad de ser argentino". Al texto general se le sumaron tres anexos: "estrategia global del oponente", "sinopsis histórica del movimiento estudiantil en las universidades" y el "accionar del oponente en los niveles preescolares, primario, medio y superior". El trabajo no presentaba ninguna firma, pero se señalaba que "la autoría y origen del trabajo garantizan la información que contiene (...) por provenir de una fuente insospechable". El texto de Pineau et al, afirmaba que esa fuente provenía de "los organismos de inteligencia y espionaje vinculados al general Ramón Genaro Díaz Bessone, por ese entonces ministro de Planeamiento de la Nación" (Pineau et al, op.cit.:66). La revista ultra tradicionalista católica "Cabildo" se desbordó al calificarlo como "el mejor documento oficial jamás redactado por el Estado Argentino". No pudo descartarse la colaboración de civiles, incluso pedagogos y docentes, en un producto que expresó la amplia colaboración civil militar en la dictadura. El documento hacía una exposición minuciosa acerca de la forma en que estimaba que la "subversión" desarrollaba su acción en el ámbito educativo, exponiendo que el activismo trabajaba con consignas como: "por el retiro de la policía de la universidad", "por la libertad de los obreros y estudiantes presos", "que tal profesor no aprobó a tantos alumnos", "que nose realizan cursos nocturnos para los que trabajan", "repudio a la dictadura" o "exigir nuevo examen". Catalán era titular de un área reservada a la influencia de la

Armada, por lo que la participación del Servicio de Informaciones Navales (SIN) no podía descartarse, lo mismo que la de la SIDE a cargo del general Otto Paladino entre 1976 y 1977 y del general Carlos Alberto Martínez^[19] entre 1978 y 1983. Martínez habían ocupado el cargo de Sub Jefe II (Inteligencia) del EMGE, del que dependía el Batallón de Inteligencia 601, principal instrumento operativo de la represión del Ejército.

Catalán había nacido en Tucumán en 1932. Se recibió de abogado y fue ministro de Economía de su provincia durante la dictadura de la revolución argentina entre 1967 y 1968. Cuando se desempeñó como ministro de Educación anunció en septiembre de 1977 un plan de reducción de universidades públicas -que no llegó a concretarse- porque estimaba que eran demasiadas, ocasionaban gastos excesivos al Estado y contribuían a formar subversivos. En 2001 le fue quitada su jubilación de privilegio por su participación en la dictadura del proceso. No sufrió procesos judiciales y murió, por suicidio en 2012.

Hubo reacciones imprevistas ante el documento, como la generada por el general de brigada (retirado) Lino Domingo Montiel Forzano^[20], gobernador militar de Tucumán que había sucedido al general Domingo Bussi hasta el 29 de marzo de 1981, momento en que se retiró junto a la salida de Videla de la Presidencia. Por medio de una nota "confidencial y secreta"^[21] elevada al general de división Albano Harguindeguy, ministro del Interior de Videla, el gobernador efectuaba una serie de puntualizaciones sobre el documento. En esa nota realizaba observaciones sobre el término "comunismo" y se preocupaba por proponer que el documento solo fuera utilizado por "aquellos que tienen un entrenamiento previo -como los integrantes de las fuerzas de seguridad- y no dentro del sistema educativo"(sic) (Pineau et al, op.cit.:67).

Montiel Forzano se preocupaba porque estimaba que ese material podía ser utilizado "para efectuar proselitismo partidario

comunista" (sic). El general gobernador hacía el siguiente cálculo: "Ante un efectivo aproximado de educadores en la República de 462.467, suponiendo que sólo el 5 % pudieran aprovechar esta circunstancia para desvirtuar el espíritu de la medida en lugar de educar para evitar el comunismo y procedan a efectuar el proselitismo partidario comunista, se habrá dado permiso a 23.123 adoctrinadores para trabajar la mente de los educandos argentinos (Pineau et al, op.cit.:68).

Harguindeguy, seguramente alarmado por la original observación de Montiel Forzano que calculaba la audacia de los militantes comunistas, envió la nota al coronel Jorge Méndez^[22] de la Secretaría de Publicaciones, quién trabajó el material con sus asesores. El informe que Méndez elevó a Harguindeguy afirmaba que "el suscripto entiende que tal como está presentado, este manual pese a disponer de elementos que funcionen como antídoto contra la subversión en el ámbito educativo, dichos elementos no son suficientes, ni adecuados a sus destinatarios. El manual presenta un defecto de método. Este defecto consiste en ofrecer en la mayor parte de páginas la descripción de la actividad subversiva en el campo educativo, sin el inmediato y suficiente elementos de recría, en cuyo caso podría ser usado como instrucciones a seguir" (Pineau et al, op.cit.: 68).

El dossier se cerró con una nota "S" (secreta) elevada por Méndez al ministro Catalán el 29 de junio de 1978 en la que le solicitaba que la edición fuera revisada y, en caso contrario, que se la retirara de circulación. Aparentemente, Catalán -de acuerdo con Pineau- siguió la sugerencia, cortando la entrega de nuevos ejemplares, pero sin retirar los ya colocados en el sistema educativo. "La nota de "Cabildo" ya citada -señaló Pineau- denuncia su falta de distribución en los claustros universitarios y agrega que "sin duda su edición se hizo por compromiso, y que, una vez lanzada se la hizo desaparecer bien rápido. (Ahora contestan que

el folleto está agotado" (Pineau et al, op.cit.: 69). El tono conspirativo de "Cabildo" se empalmaba con el retorcido cuidado del gobernador Montiel Forzano, los asesores de Harguindeguy y el propio criterio de Catalán. Una combinación ejemplar de articulación civil y militar de la dictadura procesista, con hondos cimientos en la sociedad argentina.

La represión a la prensa y a los periodistas

El 18 de abril se inauguró el complejo hidroeléctrico Futaleufú en la provincia de Chubut.

El día 23, el gobierno clausuró por tres días a los diarios "Crónica" y "La Opinión" por informar sobre discrepancias en las FFAA. El 1 de junio de 1978 comenzó el Campeonato Mundial de Fútbol en la Argentina.

El día 4 de junio, Julián Delgado, editor de la revista "Mercado" y el diario "El Cronista Comercial" fue desaparecido probablemente por grupos de tareas de la Armada, en tanto que, dos días después, el contralmirante Rubén Franco, anunciaba en un irónico y siniestro informe, que se levantaban restricciones a la publicación local de noticias del exterior.

El día 22, Videla declaró a la BBC sobre el tema de los desaparecidos que podían "haber sucedido en algunos casos", pero su canciller, el contralmirante Oscar Montes, declaraba en la OEA que "en la Argentina no se violan los derechos humanos".

El día 25, la Argentina celebró su victoria en el Campeonato Mundial de Fútbol celebrado en el país, torneo en el que la dictadura puso todo su empeño por lograr mejorar su imagen ante la opinión pública.

El 31 de junio de 1978, el teniente general Roberto Viola asumió el comando en jefe del Ejército, dado que se vencía el plazo

máximo de tres años para ejercer sus funciones para todos los comandantes de las Fuerzas y Videla estaba obligado a cumplirlo entonces primero que sus colegas.

El 2 de agosto, Montoneros ejecutó un atentado en el domicilio del almirante Armando Lambruschini, a raíz del cual murió la hija del marino y dos personas más.

El 11 de agosto, Patricia Derian, funcionaria del Departamento de Estado de los EEUU, declaró que en la Argentina existía un “problema grave” de derechos humanos.

El 28 de agosto, el periodista Horacio Agulla, director de la revista Confirmado fue asesinado en el centro de Buenos Aires por un grupo comando presuntamente de uno de los servicios militares.

La “Operación Claridad”

La represión ideológica tuvo una impronta patológica subrayada en el ámbito educativo en todos sus niveles. En 1978, alentada por el documento mencionado (“La subversión en el ámbito educativo”), se llevó a cabo la “Operación Claridad”. La ejecutaban el Área de Recursos Humanos y la Asesoría de Comunicación Social. Bajo la responsabilidad directa del general Roberto Viola, entonces jefe del EMGE, segundo por lo tanto de Videla, el coronel Agustín Camilo Valladares^[23], compañero de promoción de Viola, fue convocado por éste, extrayéndolo de su posición de retiro para actuar en el Ministerio de Educación. Para descubrir a la subversión educativa desde Educación, Valladares comandaba los vínculos entre Interior, la SIDE, y la empresa de Correos (Encotel). Investigaban profesores, estudiantes y directivos, aplicando sanciones, cesantías, y escalar a detenciones y desapariciones. Una ficha firmada por el propio Viola indicaba como debía seguirse para encontrar bibliografía subversiva. Allí

debía anotarse "el título del texto y la editorial; materia y curso en el cual se utiliza; el establecimiento educativo en que se detectó; el docente que lo impuso o aconsejó; de ser posible se agregará un ejemplar del texto (...) cantidad aproximada de alumnos que la emplean; todo otro aspecto que considere de interés" (Pineau et al, op.cit.:55).

La represión no se limitaba a la elaboración de fichas, sino a la intimidación directa a los docentes. El profesor Rubén Cucuzza dio testimonio acerca de las reuniones de Valladares con directivos de establecimientos educativos en 1978, en el salón de actos del colegio San José de la Ciudad de Buenos Aires. A pesar de que el salón estaba a oscuras por las hendijas de luz del retroproyector se podía ver que el coronel estaba con uniforme de fajina y con anteojos oscuros. En el salón, los rectores y rectoras de la enseñanza privada en su gran mayoría monjas y sacerdotes, escucharon en silencio al coronel cuando agitando una revista "Redacción" lanzó improperios contra su director Hugo Gambini^[24], acusándolo de marxista, subversivo y otras del mismo tenor. El coronel estaba exasperado. En una rápida revisión retrospectiva de la historia de las idas en occidente fustigó a Mao, a Marx y a Freud, al racionalismo dieciochesco, a Descartes por haber inventado la duda, a Santo Tomás por atreverse a fundar la fe en la razón y se quedó en San Agustín, en el concepto de "la guerra santa" y en el de "la guerra justa" que enarbolaron los conquistadores españoles para imponer la encomienda y la evangelización. El coronel estaba furioso porque desde la primera reunión en 1977, no había recibido ninguna denuncia a pesar de que había dado no sólo los teléfonos del Ministerio sino los de su domicilio particular. ¿Quiere decir que ni siquiera sospechan? -espectaba enojado y agregaba- Mientras ustedes están en la tranquilidad de sus despachos nosotros hemos matado, estamos matando y seguiremos matando. Estamos de

barro y sangre hasta aquí- dijo señalando sus piernas más arriba de su rodilla" (Pineau et al, op.cit.:56-57). Especial preocupación tenía el organismo represor por el rumbo de la literatura infantil donde caía hasta "El Principito" de Antoine de Saint-Exupery y consideraba "impropios, peligrosos y amorales" conceptos como: libertad sexual, sindicalización, liberación, lucha de clases, burguesía, proletariado, América Latina, explotación, injusticias sociales, feminismo, métodos anticonceptivos, Tercer Mundo, vientre". Preocupados por la formación docente, el régimen dictatorial prohibió el uso de la obra de Paulo Freire, por el expediente 52887/78 que tuvo el privilegio de firmar como titular interino de Educación, el general Albano Harguindeguy. La represión generaba contradicciones en la política oficial porque "las propuestas monetaristas y neoliberales no precisaban la conformación de un sujeto ascético y tradicionalmente moral -como proponía la propuesta fundamentalista- sino un sujeto individualista, "dinámico" y hedonista, que concibiera al mercado como el mejor rector social y consideraba al consumo, la especulación, y la acumulación de riqueza y su disfrute como rectores de su conducta" (Pineau et al, op.cit.:75).

El retiro de Massera

El 15 de septiembre de 1978, el almirante Massera pasó a retiro y fue reemplazado como comandante en jefe de la Armada por el almirante Armando Lambruschini.

El 20 de septiembre, el papa Juan Pablo I -Albino Luciani- publicó una carta dirigida a las conferencias episcopales de Argentina y Chile exhortándolas a procurar la paz entre los dos países.

El 24 de octubre fue detenida la cantante Mercedes Sosa, acusada de interpretar canciones críticas hacia el gobierno. El 1

de noviembre, se prohibió por decreto del PEN la novela "La Tía Julia y el Escribidor" de Mario Vargas Llosa, probablemente por sus alusiones incestuosas.

Al borde de la guerra

El 13 de diciembre, Argentina y Chile iniciaron la semana más crítica de su relación histórica por el conflicto del Canal de Beagle. La Argentina preparó una opción militar bautizada como "Operación Soberanía". "Las Fuerzas Armadas se movilizaron para un conflicto convencional, sin estar debidamente preparadas, como consecuencia de tantos años de estar volcadas a participar de la política interna" (Balza, M., op.cit.:150).

La posibilidad cierta de la guerra externa no disminuía la "guerra sucia". El 20 de diciembre fue secuestrada, y luego apareció asesinada la diplomática argentina, firme partidaria de Videla y familiar de Lanusse, Elena Holmberg. La autoría del crimen se atribuyó a los grupos operativos de la Armada, Fuerza que estaba inquieta por las revelaciones de la acción del Centro Piloto establecido por esa Fuerza en París para desarrollar su "proyecto político".

El juicio de Balza fue categórico sobre el plan de acción de la Junta. La Argentina se proponía atacar en el sur ocupando las islas en conflicto y la ciudad de Punta Arenas -de 20 mil habitantes con una brigada de 5 mil soldados- en tanto que el Ejército se proponía cortar en dos al territorio chileno. Según Balza los generales Antonio Vaquero y Juan Carlos Trimarco dispusieron que "los viejos tanques Sherman fueran enterrados en distintas posiciones, lo que les impediría emplear la maniobra, velocidad y versatilidad propia de los blindados para combatir en amplios frentes y grandes espacios (...) los tanques se trasladaron sin transportadores más de 1000 kilómetros. Un tanque,

aclaremos, -subrayó Balza- es comparable a una máquina de Fórmula 1, se desplaza sobre un vehículo que lo transporta y se baja de él para combatir, como el auto de competición lo hace para correr un gran premio" (...) Lo más grave era que los medios más poderosos, los también tanques livianos AMX-13, iban a ser empleados -por impericia del general Luciano Benjamín Menéndez- en la zona de Pino Hachado en la provincia de Neuquén, donde penetrarían en un área conocida como La Horqueta por la boca ancha de un embudo, para terminar saliendo encolumnados y desfilando por la parte angosta de él, por un desfiladero limítrofe montañoso que permitiría al adversario destruir con facilidad nuestros blindados, empleando efectivos de poca magnitud dotados de armas anti-tanques[25] (...) la soberbia de Menéndez lo llevó a expresar: "Cruzaremos los Andes, les comeremos las gallinas, violaremos a las mujeres, y mearé en el Pacífico" (Balza, M., op. cit., 151-152).

El balance de fuerzas militares era favorable por un margen moderado a la Argentina. Con 27 millones 710 habitantes, la Argentina tenía un contingente activo de 132.800 hombres en armas. El Ejército disponía de 83.500 efectivos distribuidos en 14 brigadas. La Armada Argentina encuadraba 32.000 efectivos, con 40 buques de guerra y un cuerpo de infantería de marina y otro de aviación naval. La Fuerza Aérea estaba integrada por 17.000 hombres y dotadas de 115 aviones de combate. Las FFAA disponían de 4.8 hombres en armas por cada 1000 habitantes.

Chile con más de 11 millones de habitantes y casi 80 mil hombres en armas disponía de 7.4 hombres en armas por 1000 habitantes, la proporción más alta en Sudamérica. El Ejército contaba con 45 mil hombres organizados en 6 divisiones, más pequeñas que las divisiones clásicas. La marina chilena tenía enrolados 23 mil hombres y la fuerza aérea disponía de 10.800 efectivos y 67 aviones de combate.

En el balance de equipamiento Chile disponía de 276 tanques y la Argentina 320; en submarinos Chile tenía 3 y la Argentina 4. Argentina disponía de un portaaviones y Chile carecía del mismo. Chile disponía de 3 cruceros y Argentina de 2. Chile tenía 6 destructores y la Argentina 9. Chile sumaba 11 patrulleras, lanchas cañoneras, dragadores y la Argentina 24. Los aviones de combate de Chile eran 97 y los de Argentina 184. Ambos países disponían de medios modernos para la época con tecnologías usadas por las fuerzas convencionales de la OTAN. Argentina había comprado entre 1974 y 1977, 50 aviones, 142 helicópteros y 2 destructores, en tanto que Chile adquirió en ese lapso, 64 aviones, 6 helicópteros y 2 destructores. "En términos generales, Argentina superaba a Chile en el balance de armamentos de las tres ramas, siendo su predominio más definitivo en el mar y en el aire que en el ejército de tierra"(Cavalla, A. op.cit., 39:42).

La isla Grande de Tierra del Fuego, aunque periférica de los centros neurálgicos de ambas naciones, era el foco del conflicto. Si bien militarmente, lo que allí sucediera bien podía ser secundario en una guerra, se consideraba relevante al momento del cese del fuego, por las posibilidades de negociación posteriores.

Las ciudades principales del teatro de operaciones eran las ciudades de Ushuaia y Río Grande en la Argentina y Punta Arenas y Puerto Williams para Chile; las pequeñas islas Picton, Nueva y Lennox -el corazón de la disputa- y los pasos interoceánicos del Estrecho de Magallanes y el Pasaje de Drake. La Base Naval de Ushuaia era un punto estratégico argentino.

Los efectivos terrestres argentinos situados en Tierra del Fuego eran la totalidad de la Infantería de Marina, reforzada por secciones del Ejército y la Prefectura Naval Marítima lo que llevaba el total a más de 15 mil hombres". La operación planteada se iniciaría con la ocupación de islotes secundarios y luego se tomarían las tres islas centrales de la disputa: Picton, Nueva y Lennox.

Por su parte, el Ejército operaría a través del V Cuerpo de Ejército, dirigido por el general José Antonio Vaquero que debía avanzar desde la provincia de Santa Cruz para tratar de tomar las ciudades chilenas de Puerto Natales y Punta Arenas. Luego debería apoyar al III Cuerpo de Ejército girando hacia el norte, en el caso de que las cosas le fueran favorables, en Chile por Puyehue, hacia Osorno y Puerto Montt. El III Cuerpo, como ya se ha mencionado debería avanzar por los pasos de Puyehue, Libertadores y Maipo para tratar de tomar los alrededores de Santiago y Valparaíso. Pero todos estos diseños castrenses quedaron en eso cuando la operación anfibia en Tierra del Fuego y adyacencias, que debía comenzar todo el operativo fue detenida al recibir su comandante el mensaje cancelatorio: "No puedo proveerle víveres" (Gianola Otamendi, A., op.cit.: 31-35).

Como se ha visto, Balza cuestionó duramente la estrategia que plantó el Ejército en el llamado "Operativo Soberanía", cuya conducción había sido confiada al general de división Luciano Benjamín Menéndez. Balza participó de varias deliberaciones militares acerca de la planificación estratégica del Operativo. En octubre de 1978 viajó a Chile en un recorrido supuestamente privado, acompañado por el sub director de la Escuela Militar de Montaña Carlos Rito Burgoa, el jefe de un regimiento de Infantería, teniente coronel Roberto Felipe Domínguez y otro coronel. Su tarea era obtener información mucho más precisa de las condiciones geográficas de las regiones que se pensaba invadir. Estuvieron dos días en Chile y a su regreso se reunieron con Menéndez en San Carlos de Bariloche para precisar los movimientos de la "Agrupación Las Heras", una de las previstas para la invasión. Menéndez pensaba atacar desde una línea que se proyectaba entre Zapala y Las Lajas y cruzaría la frontera por el paso de Pino Hachado para desde allí llegar al Pacífico y cortar en dos a Chile. Aparentemente, la "Agrupación

Las Heras”, habría tenido un diseño donde sería encabezada por un destacamento de exploración (tanques livianos, con ruedas o con orugas), tres unidades de infantería motorizada y un grupo de Artillería con cañones SOFMA de 155 mm. arrastrados por camiones. Balza cuestionó la estrategia porque los cañones, de una tonelada de peso debían ser desplazados por camiones pesados. Tenían que atravesar el río Gol-Gol, un río con un cauce profundo. Dos puentes en esa zona necesitaban ser capturados previamente porque su voladura por las fuerzas chilenas produciría el impedimento para el cruce de los cañones imprescindibles para el apoyo del ataque. Menéndez planteó a Balza si no podía vadearse el río con los cañones, lo que artillero rechazó de plano por el peso de este tipo de artillería. También Balza estimó que la travesía de las columnas invasoras por el paso de Pino Hachado acarrearía peores inconvenientes, porque el terreno se convertía a partir de Las Lajas en un embudo que dejaría a los tanques y demás blindados sometidos al fuego letal antitanque de una unidad no muy importante del ejército adversario. La planificación del Operativo se hacía 30 días antes de la fecha señalada como Día D, lo que confirmaba la desprofesionalización del Ejército y el aventurerismo de la empresa. Chile, a la defensiva, estaba mejor plantado que Argentina y a esta razón militar sumaba su ventaja política. Eran dos dictaduras, pero la Argentina había rechazado un laudo arbitral al que se había sometido voluntariamente- en otro régimen dictatorial militar- y se iba a convertir en fuerza agresora sin ningún respaldo doctrinario internacional (Soprano, G., 2019: 323-328). El 23 de diciembre, la Argentina aceptó la mediación papal en el conflicto con Chile, en el borde del estallido de la guerra cuando tropas argentinas se habían desplegado ya en territorio vecino. Al día siguiente arribó a Buenos Aires, el cardenal Antonio Samoré, delegado personal del papa Juan Pablo II, un

infatigable negociador del tema. La mediación había sido ofrecida por el Vaticano. Videla no la había solicitado, bloqueado por la mayoría de generales ultra duros y la Armada, entusiasmados todos ellos por los vientos de guerra. Impuesto de hecho, el peso de la Iglesia Católica no pudo ser desechado por los retóricamente católicos militares argentinos. Casi milagrosamente, la guerra se había sido eludida, aunque su sombra permanecería hasta 6 años después cuando el acuerdo definitivo se lograra con la presidencia de Alfonsín.

Entonces fue que el 8 de enero de 1979, Argentina y Chile suscribieron el "Acuerdo (o Acta) de Montevideo" por la que establecieron pautas para negociar el conflicto entre los dos países. Allí los cancilleres, el argentino brigadier Carlos Washington Pastor[26] y el chileno Hernán Cubillos Sallato, reconocieron la actitud del papa Juan Pablo II por su mensaje del 11 de diciembre de 1978 que precipitó que los dos países andinos se sentaran a la mesa de negociaciones. Acordaron solicitarle actuar como "mediador" con la finalidad de "guiarlos" en las negociaciones. Después de suscribir los 11 puntos del Acuerdo, las partes se comprometían en la parte final a asumir "el compromiso de que los dos Estados no recurrirán a la fuerza en sus relaciones mutuas, realizarán un retorno gradual a la situación militar existente al principio de 1977 y se abstendrán de adoptar medidas que puedan alterar la armonía en cualquier sector"(CARI, op.cit.:178-180).

El comienzo del misil Cóndor

En el verano de 1979, apenas concluidas las densas negociaciones que cancelaron la posibilidad de una guerra por el canal de Beagle, era la Fuerza Aérea Argentina (FAA) la que comenzaba un proyecto de equipamiento militar que iba a tener significativa presencia en la política de defensa argentina y en su política internacional. Fue entonces que el comodoro José García, destacado en la ciudad de Munich como enlace entre aquella fuerza y la fábrica alemana Dornier, subsidiaria de la MBB (Messerschmitt Bolkow-Blohm), recibió una orden significativa. Debía iniciar "negociaciones secretísimas" con esta empresa a los efectos de sondear su interés en desarrollar un proyecto militar de alto nivel industrial (Barcelona, E. y Villalonga, J., 1992: 20).

Esas negociaciones marcharon bien para la Fuerza Aérea porque en el invierno, el 10 de agosto de 1979, el entonces comandante en jefe de ésta, el brigadier general Omar Rubens Graffigna, de un documento firmó cinco copias que, insertadas en las correspondientes carpetas con el sello "estrictamente confidencial y secreto" y con el inocente rótulo de "Plan de Satelización, daba inicio al proyecto del misil Cóndor, "la iniciativa tecnológico-militar más osada y controvertida de la historia argentina" (Barcelona, E. y Villalonga, J, op. cit.:20).

De acuerdo con esta esclarecedora investigación sobre el misil Cóndor la construcción de las instalaciones donde se montaría la fábrica de propulsante sólido para aquél comencó en la localidad cordobesa de Falda del Carmen, en un terreno donado por un hacendado de la zona que lo hizo con el único fin específico de construir el citado complejo.

El consorcio suizo-alemán Consen fue encargado de desarrollar el proyecto que reunía a la Fuerza Aérea Argentina y al gobierno de Egipto. En su origen, el proyecto Cóndor o Falda del Carmen dependió de la Comisión Nacional de Investigaciones

Espaciales de la Fuerza Aérea (CNIE) y “estaba vinculada al IIAE (Instituto de Investigaciones Aeronáuticas y Espaciales), la rama de la Fuerza Aérea dedicada específicamente al desarrollo satelital” (B-V-Con: 21).

Desde su nacimiento el Cóndor tuvo un carácter dual militar y civil. Desde el primero podía ser operado como misil con cabeza de guerra (atómica, química o convencional) o, como lanzador de satélites de uso militar; en el plano civil, podía ser utilizado como lanzador para poner en órbita satélites de comunicaciones o de investigación (B-V-Con:20).

Los dos años anteriores a la Guerra de Malvinas no lograron poner a punto el proyecto, pero hicieron que algunos militares pensaran de otra manera la perspectiva de la defensa. El comodoro Sthal afirmó en una entrevista periodística especializada que “después del conflicto, una especie de revisión total tuvo lugar. Durante muchos años la tendencia fue de comprar, porque siempre se pensó que comprar lleva menos tiempo: se sabe exactamente que se tiene en manos; mientras que con estos programas de desarrollo nunca se puede decir con exactitud cuál será su costo en tiempo y dinero y cuál será el resultado”. Barcelona y Villalonga cuestionaron “la ingenuidad del que cree que desarrollarse en un área puede ser bien visto por el resto de las naciones del globo (...) Argentina había perdido una guerra en 1982 contra la OTAN y seguía sin aprender la lección” (B-V-Con: 22). En realidad, la primera ingenuidad del aeronáutico era creer que, cuando uno compra, armas o tallarines, sabe lo que tiene en mano. Los programas en desarrollo autónomo tienen esa ventaja, pero requieren largo plazo. En cuanto a los que B. y V. señalaron acerca de la derrota en Malvinas era necesario entender entonces (y ahora) que lograr independencia relativa es difícil, pero no imposible, salvo que no se la procure.

El terreno donde se construyó la fábrica fue propiedad de un hacendado que lo donó con el fin específico de la construcción del

complejo aeronáutico. La construcción civil la realizó la empresa italo-luxemburguesa Techint por orden de la compañía suizo-alemana Consen, la que ejecutó el proyecto "Còndor" en asociación con la Fuerza Aérea Argentina y el gobierno de Egipto.

Otro Cóndor: la exportación de la represión

Las dictaduras del Cono Sur de América Latina pactaron en la época la coordinación de operativos represivos transfronterizos al que denominaron "Operativo Cóndor". Originado de los intercambios de la DINA chilena y el Batallón 601 del Ejército argentino, sumó la colaboración de casi todos los regímenes dictatoriales. Un antecedente de sus acciones fue la colaboración de las fuerzas represivas argentina cuando, en el gobierno de Isabel Perón, apoyaron a los represores chilenos que asesinaron al ex comandante en jefe del Ejército chileno durante la presidencia socialista de Salvador Allende, el general Carlos Prats y a su esposa. Se produjeron secuestros y asesinatos de refugiados políticos en los diversos países. "Entre los ciudadanos de países limítrofes asesinados en la Argentina cabe destacar por su notoriedad al ex presidente de Bolivia, general Juan José Torres, al ex senador uruguayo Zelmar Michelini, al ex presidente de la Cámara de Diputados del Uruguay. Los desaparecidos latinoamericanos se cuentan por centenares. Sólo de uruguayos -hombre, mujeres y niños- se han constatados más de 150 secuestros". Se generó una "política de coordinación represiva y como extensión de la Doctrina de la Seguridad Nacional, fue delineándose por parte de las fuerzas Armadas argentinas una nueva doctrina de la Seguridad Continental, de asistencia recíproca, no ya frente a las agresiones externas contempladas en el TIAR, sino frente a las resistencias nacionales a

los regímenes dictatoriales sirvientes de la política imperialista de los EEUU en América Latina" (Duhalde, E., 2013:316-317). Duhalde señalaba también que había sido el propio comandante en jefe del EA, Roberto Viola, quien en la 13ª. Conferencia de Ejércitos Americanos realizada en Bogotá en 1979 expuso lo que desde entonces se conoce como la "Doctrina Viola", la necesaria y legítima intervención de las FFAA de otros países, frente a la "agresión interna".

Esa doctrina, como afirmara el general Balza, tuvo una rápida aplicación "en la aplicación argentina en el golpe sangriento del general Luis García Meza en 1980, en Bolivia, que llevó al poder a éste último, depuso a la presidenta Lidia Gueiler y evitó que Hernán Siles Suazo asumiera la presidencia, pese a haber ganado las elecciones dos semanas antes" (Balza, M., op. cit.: 155). Ese golpe militar fue calificado como el de "los coca-dólares" por Gregorio Selser dada la fuerte vinculación de sus autores con el tráfico ilegal de cocaína.

Fue también Balza quien refirió que "en abril de 2000, el ex gobernador de Río de Janeiro, Leonel Brizola, denunció 'que los ex presidentes de Brasil, Joao Goulart y Juscelino Kubitschek, fueron asesinados en el marco del Plan Cóndor, simulándose un ataque cardíaco y un accidente, respectivamente, y que ello debe ser investigado'. El general (retirado) brasileño Agnaldo del Nero Augusto reconoció la participación brasileña en el citado plan 'nosotros no matábamos. Deteníamos y entregábamos (...) Brasil se limitó a colaborar con informaciones, a entrenar agentes extranjeros y vigilar subversivos" (Balza, M., op.cit.:155). Balza también describe las actividades de un departamento de la SIDE argentina, OT-18, en la ciudad de Buenos Aires. Éste grupo represivo tenía una directa conexión con los CCD. En el denominado "Automotores Orletti" operaba, en 1976 y 1977, una patota integrada por el general Paladino (titular de

la SIDE), los tenientes coroneles Rubén Víctor Visuara y Juan Ramón Nieto Moreno y el mayor Marcos A. Calmón. A ellos se agregó, por un corto período, el entonces capitán del Ejército, Eduardo Rodolfo Cabanillas. Compartían sus actividades con oficiales de los ejércitos de Chile, y de Uruguay, y de la Policía Federal Argentina” (Balza, M., op. cit.: 156).

Junto a éstos operaba un grupo de civiles comandados por un supuesto “coronel Silva” que no era otro que Aníbal Gordon quién, condenado, murió en prisión en 1986.

“El entorno de esos años del lobo correspondía a una verdadera red de dictaduras en el Cono Sur y en América Latina”, señaló Stella Calloni (Calloni, S., 1999: 15).

Los gobiernos de la región sudamericana fueron responsables de estos hechos y sus gobiernos dictatoriales estaban encabezados por Jorge Rafael Videla, Héctor Suárez Banzer (Bolivia), Ernesto Geisel (Brasil), Augusto Pinochet (Chile), Alfredo Stroessner (Paraguay) y Aparicio Méndez (Uruguay). Afirmó Balza que “el presidente del Perú, general Francisco Morales Bermúdez, colaboró pasivamente”. El ex jefe del EMGE, Balza, mencionó como “ligados al Cóndor” a numerosos generales argentinos como Suárez Mason, Paladino, Harguindeguy, Menéndez, Galtieri, Díaz Bessone, Riveros, Nicolaidis, Martínez, Valín y Ojeda y los coroneles Carlos Alberto R. Tepedino y José Osvaldo Riveiro. También recordó que algunas reuniones del Cóndor se celebraron durante el gobierno constitucional de María Isabel Martínez de Perón.

“El descenso del Cono Sur al salvajismo tuvo sus raíces en una crisis geopolítica y en una ideología común, compartida por los gobiernos militares de la región. La Guerra Fría suministró el contexto global de un anticomunismo patológico. Y Estados Unidos proporcionó la instrucción militar e ideológica a sus aliados latinoamericanos. Las FFAA de la región – salvo escasas excepciones. Fueron muy receptivas a estos planes y desarrollaron –previa

instrucción desde el note- una visión totalitaria con las terribles consecuencias que dejaron esos años del lobo (...) La CIA promovió una mayor coordinación entre los servicios de inteligencia de la región (...) La CIA también actuó como intermediaria en las reuniones entre los dirigentes de los escuadrones de la muerte brasileños y los argentinos y uruguayos (...) la división de servicios técnicos de la CIA suministró equipos de tortura eléctrica a brasileños y argentinos, y ofreció asesoramiento sobre el grado de shock que el cuerpo humano puede resistir (...) Un exiliado político podía ser secuestrado, tomado como rehén y llevado a través de las fronteras, torturado y desaparecido, sin ninguna autorización judicial (...) La cooperación de la CIA fue muy valiosa para todas las dictaduras militares desde el final de la Segunda Guerra Mundial, pero el gobierno (norteamericano de James) Carter comenzó a tener reservas ante los pedidos de colaboración después de muchos escándalos" (Calloni, S., op.cit.:17).

Operación Charly

El régimen militar argentino desplegó sus esfuerzos represivos en una fuerte escala en varios países centroamericanos en los que se verificaba una fuerte lucha revolucionaria contra regímenes oligárquicos y antidemocráticos donde regían las estructuras militares como fuerzas de gobierno y control. Así fue en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Honduras. A esta exportación de la represión en modo activo en Centroamérica y Bolivia la denominó "Operación Charly". Esta acción desarrollada ya durante la presidencia norteamericana de Ronald Reagan implicó que "durante 1981 se sucedieran las visitas de jefes y misiones militares norteamericanas a la Argentina, en el marco del levantamiento de la enmienda Humphrey-Kennedy

sobre prohibición de venta de armamentos a la dictadura y la reformulación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca" (Duhalde, E., op.cit., 317-318).

Duhalde realizó una prolija enumeración de estas visitas. "Estuvieron en Buenos Aires en misiones sucesivas, el general Edward Meyer, jefe del Estado Mayor del Ejército de los EEUU, quién manifestó: "la guerrilla y la subversión son síntomas que ha comenzado la tercera guerra"; el jefe de la Escuela de Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, brigadier Richard Ingram, el almirante Harry Train, comandante en jefe de la Flota del Atlántico; el consejero especial del secretario adjunto de Asuntos Latinoamericanos de los EEUU, Gordon Summer (integrante del "Comité de Santa Fé"); y en noviembre de 1981, el vicealmirante Thomas Bigley, jefe del Estado Mayor Conjunto norteamericano. Sin embargo, la misión clave fue la realizada en agosto de 1981 en Buenos Aires por el asesor de Ronald Reagan, quién expuso las condiciones de la administración de los Estados Unidos a los militares argentinos: "la acentuación de la ayuda al régimen de El Salvador y disposición de integrar una fuerza interamericana que deberá actuar en territorio de esa nación si las circunstancias lo aconsejan, lo que sería petitionado por Napoleón Duarte (presidente de El Salvador) en el marco del tratado de defensa mutua de Río de Janeiro". (Duhalde, E., op.cit.: 318)

Todas estas visitas no fueron causa de enfrentamiento entre las diversas fracciones de las FFAA que se disputaban ferozmente el poder dentro del gobierno. Aquí no hubo duros ni blandos, corporativistas o políticos. La guerra anti subversiva fue clave para la política interna y la política exterior. Así, tanto el teniente general Viola en marzo de 1981 y el teniente general Galtieri, uno antes de asumir su corta presidencia y el otro, también a poco de tomar las riendas de la dictadura viajaron a EEUU y se entrevistaron con el presidente Reagan, el secretario de Estado,

general Alexander Haig y el secretario de Defensa, Caspar Weinberger. Los tiempos de los derechos humanos del presidente Carter habían pasado y la Casa Blanca, del Departamento de Estado y el Pentágono practicaban una común política que hacía de la "guerra antisubversiva" la etapa final de la "guerra fría" en un celoso resguardo del patio trasero latinoamericano.

En Nicaragua, en 1977, el dictador Anastasio Somoza condecoró al teniente general Viola y al almirante Massera, comandantes del Ejército y de la Armada, que se odiaban y disputan el poder. Allí eran iguales y en tal condición reciprocaron a sus anfitriones condecorando al tirano y a su hijo. La Argentina de la dictadura dio un préstamo de 10 millones dólares al régimen somocista que nunca fue devuelto. El régimen del proceso procedió a adiestrar a oficiales de la Guardia nacional somocista en la Escuela de Suboficiales "Sargento Cabral" y en los primeros meses de 1979, brindó cursos de inteligencia en contra subversión a oficiales nicaragüenses en el lugar más apropiado, la Escuela de Mecánica de la Armada.

El 25 de febrero, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general de división José Antonio Vaquero anunció explícitamente la decisión de asesorar militarmente al gobierno de El Salvador. Lo hizo en ocasión de condecorar en Buenos Aires a su par salvadoreño, el coronel Rafael Flores Lima, al que Eduardo L. Duhalde calificó como "feroz". Desde fines de 1981 ya existía una misión militar argentina en El Salvador que intervenía en la represión en zonas rurales del país. Se estimaba que el número de efectivos militares argentinos llegaba al centenar.

En Guatemala, un país afectado por una feroz represión. Era el país latinoamericano donde se comenzó la práctica de arrojar prisioneros vivos desde aviones militares. Un militante del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), una de las fuerzas revolucionarias guatemaltecas que estuviera infiltrado en el gobierno de ese país

como Director de Prensa del Ministerio del Interior, denunció la participación de efectivos militares argentinos en la creación de fuerzas paramilitares como "el Ejército Secreto Anticomunista y el Escuadrón de la Muerte (Duhalde, E., op. cit.: 324).

El puesto de comando de las fuerzas intervencionistas argentinas en Centroamérica fue instalado en Honduras. "Un oficial de inteligencia argentino, Héctor Francés, integrante de esa misión militar, desertó e hizo importantes declaraciones sobre las actividades realizadas. Dijo el ex represor que había sido enviado por el Ejército argentino como asesor de los grupos contra revolucionarios con el objeto de provocar en Nicaragua "un estado de subversión generalizada, de terror", como paso previo a la ofensiva para derrocar al gobierno sandinista". Fueron señalados el general Mario Davico y el coronel Alberto Valín, como responsables del comando instalado en Tegucigalpa la capital de Honduras (Duhalde, E., op.cit.: 326).

En 1980, en Honduras ese comando seguía en manos de los generales (ahora retirados) Valín y Davico, "de quienes dependía un estado Mayor instalado en ese país integrado por el coronel José Hoyos u Ollas^[27], (a) Santiago Villegas, quién se desempeñaba como jefe militar y logístico y el coronel Osvaldo Riveiro (a) Balita, responsable del aparato político. Ese Estado Mayor argentino estaba coordinado con otro hondureño y un tercero de los contrarrevolucionarios nicaragüenses y todos ellos supervisados y parcialmente financiados por la CIA (...) Los contrarrevolucionarios hacían el curso básico en Buenos Aires y luego refrescaban conocimientos y recibían misiones específicas en la Quinta Escuela, que los argentinos regentaban en Tegucigalpa" (Verbitsky, H., 1984:92-94).

Las operaciones en Latinoamérica del Ejército argentino eran parte de la política exterior real de la dictadura para lograr prestigio y posición de poder frente a los regímenes ayudados. Al

mismo tiempo, constituían una demostración de su cooperación ante el gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, esta última consideración fue desproporcionadamente valorada por los líderes de la dictadura procesista. Ellos estimaron absurdamente que aquellas acciones bastaban para que, por ejemplo, los Estados Unidos abandonaran a su principal aliado en la OTAN, Gran Bretaña; una consideración estratégica disparatada en la Guerra de Malvinas. Cuando el presidente Viola visitó Estados Unidos a punto de asumir la Presidencia sucediendo a Videla, Viola "se refirió al conflicto limítrofe con Chile y (el secretario de Estado) Haig opinó que si la explosiva situación centroamericana llegara a producir el cierre del Canal de Panamá, tanto las embarcaciones comerciales como las militares deberían dirigirse al Atlántico Sur, de modo que una guerra allí resultaría desastrosa para Washington (...) Según la United Press "Reagan y Viola coinciden en que la seguridad hemisférica es vital en la estrategia geopolítica global" (Costa Méndez, op.cit.: 97).

No solamente en Centroamérica iba a actuar la dictadura. En Bolivia, después de tres elecciones consecutivas (1979, 1980, 1981), una coalición de nacionalistas revolucionarios de izquierda, izquierdistas revolucionarios y comunistas estaba tomando el poder en La Paz. El jefe del Ejército, Luis García Meza, encabezó un anunciado golpe con evidente apoyo argentino. Un crédito de 250 millones de dólares llegó a las arcas de los golpistas que fueron auxiliados por una fuerza calculada entre 50 y 100 especialistas en represión. Entre ellos se contaban el coronel Julio César Durand^[28], quién fue asesor del Ministerio del interior, el coronel Muschietti Molina quién fue señalado como responsable de la toma del local de la Confederación Obrera Boliviana (COB) donde fue asesinado el ministro nacionalizador del petróleo, Marcelo Quiroga Santa Cruz; el coronel Viscarra, asesor de Inteligencia, el coronel Fernández, el mayor Víctor Carreto^[29] y el teniente Jorge

Lynch Jiménez. Éste último trabajó como asesor del ministerio del Interior, junto con el narcoterrorista Pier Luigi Pagliai y el ex jefe de la Gestapo en Lyon, Klaus Barbie (Verbitsky, H., op.cit.:77-78). Esa era la contribución terrorista de la dictadura al desarrollo de su política exterior. En realidad, era su política exterior.

Las disputas políticas

¿Qué tipo de régimen político era el establecido por el pomposamente denominado "Proceso de Reorganización Nacional" y que tipo de régimen político iba a establecer para el futuro? Muy claro, una dictadura militar. ¿De qué tipo?

No lo era como las surgidas en 1930, 1943, 1955 y 1962, las que con sus perfiles diferenciados fueron reaccionarias, con la observación evidente sobre la de 1943 que pudo transformarse en un gobierno de reforma social y nacional que, por la vía electoral culminó en el proceso transformador del peronismo. Pero en todas ellas hubo contradicciones, disidencias, rebelión contra los altos mandos y la llegada hasta la lucha armada, como ocurriera en septiembre de 1962 y abril de 1963.

En 1966 y en 1976, los golpes fueron institucionales. Las tres FFFAA, a partir de sus conducciones tomaron el poder con una operación militar total y organizada, con tal poder de fuego que no tuvieron ningún tipo de resistencia. Se propusieron, a diferencia de las anteriores que manifestaron su vocación por reinstaurar un gobierno de características fraudulentas o proscriptivas, con la mencionada excepción de 1943, un objetivo de largo desarrollo con metas temporales indefinidas y auto proclamados fines de transformación profunda de la Nación, expresado todo ello en una retórica ambigua que permitía diversas alternativas e interpretaciones.

Hubo una diferencia notoria entre 1966 y 1976. En el primer año mencionado, la Junta Militar que tomó el poder nombró como presidente a Juan Carlos Onganía, un militar afortunado, que por haber disciplinado al Ejército y también a la Armada en dos enfrentamientos, sin que el país conociera su voz, ni sus proyectos políticos, ni su biografía, fue elevado a la Presidencia con la suma del poder público, sin límite de tiempo. Entre las características que se pueden atribuir a este suceso político, está la de curioso. Onganía dejó, forzosamente, el poder por la decisión de sus colegas castrenses y guardó un silencio casi completo salvo muy intrascendentes intervenciones públicas.^[30]

Éste poder era absoluto e hizo confluír progresivamente en su contra a mayoría de la opinión pública, hasta que sus políticas reaccionarias y torpes lo llevaron al estallido del Cordobazo que marcó el signo del comienzo del fin de su reinado. Sin ser, en manera alguna, un líder carismático, ni tampoco un intelectual castrense, ni un político diestro, Onganía cayó como había llegado. Ignoto antes de septiembre de 1962, pasó después de 1970 al olvido total.

En cambio, el golpe de 1976 tenía un origen institucional como el de 1966, con sus carpetas de planes y órdenes militares (en lucha contra la subversión) y sus líneas económicas. Pero se definió por al antipersonalismo: el presidente y los comandantes de las FFAA tendrían mandato de tiempo fijo y las FFAA compartirían el poder con las reglas aritméticas del 33 % de distribución de los cargos para cada una de ellas. A ello se sumaron las reglas burocráticas de la "compatibilización" de las posiciones de las Fuerzas. Y, por encima de todo, y de manera permanente, la vigencia de la Junta Militar que se reunía regularmente para fijar, vigilar y discutir la aplicación de las grandes líneas.

El problema de 1966 y 1976 era el mismo en un punto clave: ¿qué régimen sucedería a la Revolución Argentina y al Proceso

de Reorganización Nacional? Onganía procuró por un brumoso "comunitarismo" diseñar una sociedad que superara la representación partidaria. El proceso pensó diversas y complejas y brumosas fórmulas para, olvidándose de las desprestigiadas alquimias de Onganía, formular un "régimen republicano, representativo y federal", pero con las "garantías" que impidieran que se saliera de cauce. Es decir, en todas las variables que se diseñaron en muchos documentos, artículos, libros y discursos que derivaban entre la mística, la brumosidad, el mesianismo y alguna propuesta concreta, se propuso institucionalizar el papel de las FFAA como un poder de control. Lo que habían intentado inútilmente Lanusse en los años de comienzos de los '70. Lo que fue la dictadura del proceso superó todos los antecedentes represivos de sus antecesoras: un mundo del horror para enfrentar a la subversión y convertir ese método de la represión clandestina de la noche, con la secuencia de secuestro, desaparición, tortura, asesinato y ocultamiento final de los cuerpos sufrientes, en una línea maestra, lista para ser aplicada en cualquier momento de volver a ser necesario.

En lo que el régimen militar no se convirtió fue en un régimen nazi fascista. Porque los jefes militares y sus manos instrumentales directas fueron los protagonistas del PRN, sus militantes siniestros. Nunca quisieron organizar un partido fascista, porque temieron siempre al olor plebeyo que podría surgir de él y de sus previsibles organizaciones de masas y porque el "Occidente blanco y cristiano" propiciaba la república conservadora. Reclamaron la virtud de un modelo liberal conservador que Alberdi y Roca habían diseñado. Estimaron que había una "república de los republicanos" y hasta "una democracia de los democráticos". Enemigos cervales del comunismo soviético, chino, vietnamita y cubano, tuvieron un adversario más cercano e inaprensible: el populismo. El odio al populismo comenzaba con el peronismo, pero se extendía hacia toda doctrina o programa apologético del Estado de

Bienestar, del laicismo, propugnador del cambio de costumbres sociales, sexuales o religiosas. Había contribuciones laterales del fundamentalismo católico a la lucha por la definición del régimen. Para éste "las FFAA expresan la voluntad de ser de la Patria (...) son la única institución que queda en pie; más aún en un continente cuya característica no es la eficiencia, ellas son gracias a su disciplina profesional, casi la única cosa organizada y eficiente" y lo decían cerca de Malvinas (Gorostiaga, M.R., 1977:527). El tradicionalista católico repetía con su lúgubre pronóstico (las FFAA "son la única institución que queda en pie") la famosa catilinaria de Lugones en 1924: "el Ejército es la última de las aristocracias". Mientras cuestionaba la capacidad gerencial de las FFAA ("las empresas estatales en manos de militares no son un ejemplo de eficiencia ni del servicio del bien común") subrayaba que ellas eran, en cambio, "herederas de la antigua aristocracia, con su sentido de servicio y su culto del honor y de las virtudes caballerescas (Lo opuesto del caballero, en concepción de la vida, no es el obrero, sino el financiero" (sic). Pero salvo en su intensa contribución para alimentar los prejuicios discriminatorios de todo tipo, esta orientación ideológica pro medieval no se logró volver dominante en los cuarteles. Contribuyó, eso sí, a la represión con su aliento y la justificación religiosa de la crueldad.

El problema seguía siendo el mismo de 1966, pero ampliado. ¿Cómo lograr una democracia custodiada por expertos, las propias Fuerzas Armadas?

Éste fue el problema de un reducido grupo de personas: los generales de división, vicealmirantes y brigadieres mayores; de generales de brigada, contralmirantes y brigadieres y, por supuesto, de los tenientes generales al mando de las Fuerzas y de la Presidencia de la República. En ellos estallaron las diferencias ideológicas sutiles y, sobre todo, las feroces apetencias de poder y los diversos mesianismos que consagraran como mística

militar la ferocidad perversa de los campos o el delirio, entre infantil y criminal, de iniciar una guerra como las de las Malvinas para conseguir un objetivo político: que la sucesión, la cría o la herencia del proceso fuera encabezada por uno de aquellos oficiales superiores integrantes de un Senado con galones.

Por ello, la figura típica del proceso oscila entre el estilo burocrático, engominado y contenido de Videla a la expansividad grosera y mesiánica de Galtieri, cultor de los grandes golpes de efecto que procuraban enaltecer su figura delictiva.

Ellos, y sus camaradas Viola y Bignone, y sus adictos, en otro tono, pero con la misma vocación de Onganía lustros atrás, detentaban una vocación fundadora. Extraña vocación porque para ellos la Patria, la Nación ya habían sido fundadas de una vez y para siempre -en rigor lo estaban en el cielo místico que se desplegó en la Historia- para no cambiar jamás. Pero, al mismo tiempo, necesitaban fundar o refundar la República liberal conservadora de 1852 a 1916.

Sus teóricos civiles compartían el juicio del jurista y politólogo alemán Carl Schmitt: "La dictadura soberana ve ahora en la ordenación total existente la situación que quiere eliminar mediante su acción. No suspende una Constitución existente valiéndose de un derecho fundamentado en ella y, por tanto, Constitucional, sino que aspira a crear una situación, a la que considera una Constitución verdadera. En consecuencia, no apela a una Constitución existente, sino a una Constitución que va a implantar" (Quiroga, H. 1994:28).

Así se procedió en 1976, con el antecedente de 1966, en donde la Constitución estaba subordinada al Estatuto implantado por ambas Juntas Militares que permitía, cambiar o suspender a voluntad, artículos de la Constitución Nacional. El fracaso del proceso fue tal en este aspecto que, pese a su desbordada y siniestra violencia no pudo modificar un artículo de la Constitución

liberal de 1853, lo que sí pudo lograr el maniobrero Lanusse en 1972 al reducir el mandato presidencial, la forma de elección del presidente llevada a un mecanismo directo y a doble vuelta como también el de los senadores.

“La Junta Militar de 1976 -anotó Quiroga- se arroga igualmente el poder constituyente, aunque ya no se autotitula “revolucionaria” como ya lo había hecho en 1966 “la Revolución Argentina”, la que en una fórmula similar había invocado anteriormente el poder constituyente. La Junta Militar de 1976 se auto invistió, en el mismo día de la intervención, de un Supra Poder, en el órgano supremo de la Nación de acuerdo al art. 1 del Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional (...) En el vértice de la pirámide jurídica se ubica el Acta y el Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional y toda otra disposición originada en el gobierno de facto. La Junta está investida del poder constituyente, porque sus Actos y Normas tienen prioridad y están por encima de la Constitución Nacional” (Quiroga, op. cit.:29).

Como sus camaradas de 1966, los de 1976 también hablaban de tiempos (que no definían) sino de objetivos, algunos visibles, que ya se vería cuando se alcanzarían. Por eso, no es compartible la afirmación de que “los procesistas de 1976 no hablaban, como los “revolucionarios argentinos” de la década anterior, de tiempos, sino de objetivos”. (Quiroga, op.cit.:43) En ambas dictaduras, en sus primeras épocas, Onganía y Videla se mencionaban reiteradamente los “objetivos” que son lo que importan y rechazaban la fijación de tiempos que contemplaban como las exigencias del retorno a las urnas del gobierno civil de los políticos culpables de mucha parte de la situación que el proceso ha venido a rectificar.[31]

Videla, al comienzo de su tiempo, llegó a afirmar en un reportaje periodístico que “por eso creo que si esta convocatoria que hacen las Fuerzas Armadas para lograr la unión nacional detrás

de objetivos trascendentes... se van a producir modificaciones sustanciales en los agrupamientos políticos argentinos, es muy probable que ya no se pueda o no se tenga que hablar de peronismo o antiperonismo. Otras son las agrupaciones..." (Quiroga, H., op.cit.:56).

La dictadura del proceso, en sus kafkianos documentos liminares y las retorcidas reformas de los mismos, introduciendo organismos y procedimientos de una burocracia de abogados mediocres, siempre buscó esa forma constitucional que le permitiera evitar el acceso al poder de los populismos y qué no decir de los izquierdistas clásicos. Entre sus partidarios los hubo como los banqueros de ADEBA (Asociación de Bancos de Buenos Aires), que propusieron la necesidad de implantar el voto calificado.

En su primera etapa, la primera parte de la presidencia de Videla sobre todo, el régimen del proceso buscó su legitimación, en la necesidad de enfrentar el "caos económico", la disolución social y el desafío de la "subversión terrorista". El Acta del proceso planteaba que "los ejes esenciales que se marcan son a) la restitución de los valores esenciales del Estado; b) erradicación de la subversión; c) promoción del desarrollo económico; d) posterior instauración de una democracia republicana"(Quiroga, H., op.cit.: 59).

Las declaraciones de representantes dirigentes partidarios mostraron su acuerdo en las líneas que propone el proceso. Así lo consignó Ricardo Balbín que será infatigable en su tarea de comprensión de la acción dictatorial:"Oficialmente -dijo Balbín a los días de la toma del poder por los militares-se habla de mantener los conceptos del sistema republicano, representativo y federal, de modo que si éste es el camino, de todos los argentinos que muchas veces hemos puesto buena voluntad para alcanzar esta finalidad, tenemos que comprender que alguna vez tenemos que participar de una auténtica unidad, sin limitación de sectores, para realizar lo que tenemos postergado"(Quiroga,

H., op.cit.:62). Así hablaba el político que la había dicho al país semanas atrás por cadena nacional que "no tenía soluciones".

Por su parte, a Deolindo Bittel, vicepresidente primero del justicialismo en una entrevista con el ministro del Interior del régimen, el general de división Albano Harguindeguy, se le atribuyó haber afirmado que el proceso "no puede tener una salida exclusivamente militar" y señalando a la vez que el justicialismo no tratará de forzar esa salida ni apresurar soluciones de tipo electoral" que consideraba inconducente en las actuales circunstancias.^[32]

Oscar Alende, el líder del partido Intransigente, candidato presidencial apoyado por el partido Comunista en 1973 y que fuera respaldo del general Levingston en la segunda etapa de la revolución argentina, tendría que haber políticos que no ignoren a las FFAA como en 1973. "Deberán salir del brazo de ellas, sino será otro salto en el vacío" (Quiroga, H., op. cit.: 63).

Nada menos que Ítalo Luder, que fungiera de presidente a cargo de la Argentina durante un breve período en 1975, concluía que "se ha cerrado una etapa y comienza otra. Todos los argentinos sabemos que no podemos cometer nuevamente los errores cometidos y cabe ahora esperar el reordenamiento ya anunciado, para que se restablezcan las instituciones republicanas dentro del más breve plazo"(Quiroga, H., op. cit.:63-64). Entre los errores cometidos, ¿pensaría Luder en el decreto firmado por él para autorizar la intervención de las FFAA en todo el país en modo de represión "anti subversiva" con el temible agregado de "aniquilamiento"? ¿Pensaría en la no intervención del Congreso Nacional en ese tema?

Por cierto, la línea dialoguista participacionista del movimiento obrero se propuso, por ese tiempo, inicial, conformar una comisión asesora de la intervenida CGT.

El partido Comunista afirmaba el 25 de marzo de 1976 que "considera auspicioso que la Junta Militar haya desechado una

solución pinochetista" (Quiroga, H., op.cit. 67). Un ejercicio de hipocresía a la luz del huracán represivo en curso en todo el país. Los Montoneros no tuvieron una única explicación para su posición frente al golpe militar. La que dio un destacado dirigente nacional de la guerrilla peronista Roberto Perdía reconocía, años después, que "no caben dudas de que, por nuestra parte, fuimos ahondando aquellas tendencias que habían derivado en el error de pasar a la clandestinidad. De todas maneras, es bueno reafirmar que nunca fue una posición oficial, ni siquiera mayoritaria de Montoneros, la promoción o búsqueda del golpe de Estado. Es cierto que hubo un período en que la Regional Buenos Aires y otros sectores de menor incidencia consideraban o entendieron que un golpe de Estado podría favorecernos (...) Ese conjunto de ideas fue explícitamente rechazado por el Consejo Nacional (...) El resultado final del debate fue rotundo en el sentido de que el golpe que se vislumbraba no era parte de nuestra estrategia ni nos convenía. No recuerdo las fechas, pero ese debate tiene que haberse producido entre septiembre y noviembre de 1975. De todas maneras muchas prácticas que veníamos desarrollando expresaban tendencias que apuntalaban aquella idea de que el golpe podía convenirnos y es probable que la íntima convicción de buena parte de nuestra militancia acordara con la misma. De hecho, lo militar se había ido imponiendo a lo político en el seno mismo de nuestra organización, lo que se manifestó no solo en la progresiva desjerarquización de la construcción de frentes políticos sino que también se expresó en la militarización de las agrupaciones" (Perdía, R., 2003: 429-430). Tú lo dices. La responsabilidad de los golpes militares se adjudicó, en términos generales, fuera con un juicio positivo o negativo, a los militares. Luego en los años '60 nacieron aquellas teorías que vinculaban a los militares con los factores de poder económicos. Frente a la dictadura del proceso, creció la perspectiva de calificarla como

exclusivamente militar y, frente a ella, se alzó la réplica que habló de “dictadura-cívico militar”, típica del kirchnerismo. Paula Canelo aludió críticamente a la interpretación “economicista” del golpe. Aclara que no se refería a las que “postulan las importantes investigaciones que estudian la dimensión económica o socio económica de la dictadura”.^[33] Canelo afirma que “con interpretación economicista nos referimos a aquélla que coloca la clave económica como llave interpretativa o excluyente de la experiencia dictatorial (...) así la interpretación “economicista” afirme que los objetivos, como la destrucción del modelo ISI (sustitución de importaciones), la distribución regresiva del ingreso, o el cambio en el eje de valorización del capital del sector industrial al sector financiero, explicarían todas los demás objetivos del régimen militar”. Y apunta hipótesis para fundamentar el crecimiento de esa teoría: “su sencillez; su extraordinaria productividad política y su tradición intelectual” (Canelo, P., 2016: 30-35).

Para Ricardo Sidicaro, “la cuestión central para la coalición golpista que instauró la dictadura de Videla-Martínez de Hoz era claramente social: como transformar el sistema de relaciones políticas, sociales y económicas para maximizarlas condiciones de explotación del trabajo asalariado suprimiendo la capacidad de las clases populares de defender sus conquistas anteriores y lograr nuevos avances. Las corrupciones y corruptelas que podían crear nexos entre jefes castrenses y el mundo de los negocios eran mucho menos significativas que la visión conservadora fundada en el común rechazo a los conflictos sociales y en los temores a los conflictos sociales y en los temores a las políticas que podían convocar apoyos populares” (Sidicaro, R., s/f, B:4). Sería necesario incluir aquí la potente influencia de la Iglesia Católica sobre las FFAA.

Canelo plantea que se sabe poco acerca de las trayectorias sociales, educativas y profesionales; los vínculos con generaciones

militares anteriores, sus tradiciones político ideológicas y sus espacios de socialización y politización”.^[34] Es la especificidad militar del golpe, aquello que permite avanzar más allá del determinismo mecánico o de la teoría del complot o la conspiración. Es la política, en este caso, la política militar.

Aquí se planteaban dos puntos de confluencia entre todas las líneas militares: una, la victoria contra la “subversión”; la otra, la idea de “refundación política”. La primera era clara en sus objetivos y en sus implacables métodos. La segunda era un anhelo que chocaba con las variables ideológicas de los militares, los procedimientos a aplicar, los aliados civiles para consumarla y, último, pero no menos importante, las ambiciones personales de los aspirantes a caudillos militares.

Pero era la victoria en la “guerra anti terrorista” lo que movilizaba a los militares y conmovía al “alma castrense”. En el otro punto, la refundación política, más allá de la oportunidad y de los tiempos para consumarla, una convicción unificaba todas las líneas: las FFAA debían quedar institucionalizadas en un régimen político sucesorio del PRN como otro poder supremo, un “Poder Corregidor” como se atrevió a escribir uno de los ideólogos de la dictadura.

En la etapa Videla (1976-1981), sobre todo en su primera parte, los planes políticos se entusiasmaban con la normalización por etapas y por abajo. Es decir, la municipalización de la política. La realización de elecciones convendría de acuerdo a estos principios, en primera instancia en los municipios, donde nacerían los nuevos políticos, eficientes, honestos no corrompidos por la “vieja” política. De hecho, la dictadura sostuvo en éste nivel a muchos de los alcaldes nacidos del voto de los comicios de 1973 y pertenecientes al PJ, UCR, PDP y partidos provinciales. Al comenzar la presidencia de Videla se conformó un gabinete de ocho ministros de los cuales solamente dos eran civiles:

José Alfredo Martínez de Hoz, en Economía, de peso protagónico en el diseño de las políticas del proceso; Ricardo Pedro Bruera, en Educación; contralmirante César Guzzeti, en Relaciones Exteriores; general de brigada, Albano Harguindeguy, en Interior; brigadier auditor, Julio Gómez en Justicia; brigadier mayor (retirado) José María Klix; general de brigada, Horacio Tomás Liendo en Trabajo; contralmirante Julio Juan Bardi, en Bienestar Social. Martínez de Hoz y Harguindeguy acompañaron a Videla en sus cinco años de presidente.

Pero ¿cómo avanzar en el Plan Político cuando las Fuerzas pugnanaban entre sí en éste punto y la más poderosa, en Ejército tenía líneas diversas y cambiantes. En los "verdes" lo más fácil y seguro era ser "duro": casi siempre esa fracción aunque muy poderosa se imponía o bloqueaba las decisiones. Los "duros" de tierra estaban integrados sustancialmente por los Comandantes de Cuerpos que, en los primeros años del proceso eran los generales de división Carlos Guillermo Suárez Mason (Cuerpo I), Ramón Genaro Díaz Bessone (Cuerpo II), Luciano Benjamín Menéndez (Cuerpo III) y Osvaldo Azpitarte (Cuerpo V). Adscribían a ellos sus segundos comandantes y jefes de Estado Mayor, los generales de brigada Acdel Vilas, Fernando Santiago, Carlos Dalla Tea y Jorge Olivera Rovere y Ramón Camps, jefe de la poderosa policía de la provincia de Buenos Aires. Todos ellos eran los que tenían a su cargo los campos clandestinos, los que escuchaban los informes de inteligencia, ordenaban o se responsabilizaban de las "operaciones" (en su mayor parte, secuestros de personas o parejas). Eran los que vivían "la guerra", no solo frente a los civiles sino ante sus propios camaradas.

Estos, en su mayor parte, y en sus figuras más representativas habían participado del golpe de 1951 y de la libertadora de 1955. Habían adherido en su mayoría a los "colorados" en los choques de 1962 y 1963. Eran "gorilas" definidos y a su anti peronismo rabioso se unía a su anticomunismo sin matices. Creían que estaban

viviendo la Tercera Guerra Mundial, ante el olvido del resto de Occidente. "Además -afirmó Canelo- de las armas de artillería y caballería y de la promoción 74^[35], habían desarrollado gran parte de su carrera profesional durante los años de la "época dorada" de la planificación estatal, desplegando una extensa trayectoria en el complejo militar-industrial, especialmente en Fabricaciones Militares y en la petrolera Yacimientos Petrolíferos Fiscales y el Comando de Institutos Militares" (Canelo, P., op.cit.: 50).

Para Canelo estos militares tenían todas las características que habían primado en el Onganiato: estatismo, desarrollismo y corporativismo.

Otro sector del Ejército era lo que Canelo denomina "la fracción politicista", integrantes los más importantes de entre ellos de la promoción 76 del CMN. Sobre éste se apoyaba Videla y lo integraban Roberto Viola, Horacio Tomás Liendo, José Rogelio Villareal, Antonio Vaquero, Antonio Bussi, Albano Harguindeguy, Leopoldo Galtieri y Reynaldo Bignone. Es clara la preocupación de Canelo por definir al grupo que intentaba un proyecto de salida de la dictadura, con plenos controles militares, pero con algún grado de participación política. Empero, no pueden ser llamados "moderados", "palomas" o "blandos", porque todos ellos fueron -Bussi, ejemplar en el tema- protagonistas directos, ordenadores, cómplices y coejecutores de la barbarie de la dictadura.

La Armada, al comando de Emilio Massera, sostenía una posición coincidente con los "duros" en su enfrentamiento con Videla y, sobre todo, golpeaba sobre la política económica ultra-liberal de Martínez de Hoz, lo que era una novedad respecto de las tradicionales posiciones antipopulistas de la Marina. Procuraba suceder a Videla en una empresa de posibilidades remotas dado el peso determinante del Ejército, que no iba a dejarse arrebatar la Presidencia.

La Fuerza Aérea, unía a su tecnologización por razones profesionales su vocación por el integrismo católico, muy trabajado por el profesor Jordán Bruno Genta, el infatigable partidario de la ultra ortodoxia dogmática católica y fervoroso antisemita. Eran gorilas, anticomunistas y simpatizaban con el corporativismo católico que les administraba Genta, muy cercano a las ideas de otro profesor Antonio de Oliveira Salazar, el dictador de Portugal por largas décadas. No eran, en cambio, simpáticos con el estatismo. Apoyaron sin vacilaciones a Martínez de Hoz, lo que los hizo -en este plano- aliados de Videla. Ello pese a tener en Córdoba la Fábrica Militar de Aviones que llegara a producir el prototipo del avión de caza supersónico Pulqui durante el primer peronismo. Solo el Estado empresario podía llegar a emprender los objetivos simbolizados por el caza argentino, pero los aviadores parecieron no entender la destrucción de la industria que realizaba con empeño Martínez de Hoz.

Las posiciones diversas, los alineamientos cruzados, los cambios de alineamiento detrás de un jefe u otro, hicieron muy difícil encontrar coherencia entre los generales, almirantes y brigadieres del proceso. En realidad, no puede referírseles a Onganía o a Lanusse como modelos militares pretéritos. Ninguno admiró a Onganía ni lo demostró en ocasión alguna y todos ellos calificaron a Lanusse como el "entregador" al peronismo y a la subversión del gobierno de la revolución argentina. Galtieri y Bignone eran de los "politicistas", pero el primero lo pasó a retiro al segundo cuando asumió la Presidencia, para tener debajo de él alguien supuestamente más leal que el represor que en Campo de Mayo fuera responsable, entre otros crímenes, de la desaparición de varios soldados conscriptos, en tanto Galtieri había montado en la Quinta de Funes, una pequeña ESMA.

Si uno se preguntaba, ¿"cuáles fueron los planteos políticos de las Fuerzas Armadas en 1976?", la respuesta se encontraba en

que "la inexistencia de un proyecto consistente no impidió, o tal vez fue por eso, la diversidad de las líneas de acción" (Quiroga, H., op.cit: 75). La teorización de estas disidencias incluía revisiones históricas y filosóficas. Así pudo escribirse en una revista procesista, inspirada por Mariano Grondona (Carta Política en mayo de 1976) que "durante siglos las autocracias hereditarias impusieron al pueblo el hábito de la obediencia a la ley y durante siglos los prepararon también para la democracia. Aparece entonces la función histórica de las monarquías (...) solo cuando hayamos aprendido a obedecer ley mereceremos hacerla. Sin autodisciplina no puede haber democracia. Pero la democracia que es fruto de la autodisciplina no puede sembrarla" (sic) (Quiroga, H., op. cit.:77-78).

Hubo una Propuesta Política para la Unidad Nacional, redactada y analizada por los altos mandos de las FFAA en noviembre de 1977. En sus fundamentos señalaba que debía contener "la institucionalización del proceso, base para la sucesión del mismo y los recaudos para que el país no sea nuevamente defraudado y no se le haga vivir un nuevo vía crucis de la disgregación". Según interpretaciones periodísticas, esta propuesta contenía la aspiración de "un entendimiento entre civiles y militares para una salida escalonada a partir de comicios municipales; la introducción de civiles en los elencos de los gobernadores y la formación de un polo de peronistas y radicales construido para influir en la toma de decisiones o fortalecerlas".

Las diferencias existían entre los objetivos del presidente-comandante Videla y su jefe de Estado Mayor Viola, por una parte, y el ministro de Planeamiento, el general Díaz Bessone, por la otra. Para oscurecer más el panorama, el ministro del Interior, Harguindeguy aventuró un cronograma. Éste debía contener planes de gobierno de desarrollo largo, unos cuatro años. Uno comenzaría en 1979 y terminaría en 1982; el siguiente cubriría el lapso 1983-

1987 y probablemente habría otro que llegaría a 1991. Harguindeguy proponía planes políticos con la omnipotencia con que negaba los habeas corpus que le llegaban de los juzgados.

En pocas jornadas después de éstas afirmaciones de su ministro, Videla señalaba que "la etapa fundacional del Proyecto Nacional no sería corta, requería cuando menos 10 años" (Quiroga, H., op. cit.) ¡Cómo volvían los viejos tiempos! En mayo de 1967, el presidente militar dotado de todos los poderes, Juan Carlos Onganía, decía en la Casa Rosada a un nutrido grupo de empresarios: "sostienen algunos que ésta es una revolución larga. Otros dicen que es una revolución de diez años. Yo no creo que sean tantos los años, pero sí estoy convencido de que es una revolución larga porque es una revolución de transformación" (Primera Plana, 23 mayo 1967: 12). Pese al tiempo, los objetivos eran siempre para la conducción militar de ambas etapas castrense, "revolución argentina" y "proceso", fundacionales y supuestamente transformadoras, y debían -sobre todo- alcanzarlos en un curso extenso de tiempo.

El tiempo político viejo debía ser desechado. El peronismo fue derrocado por la "corrupción" y haber facilitado la guerrilla en una de sus más potentes expresiones. El radicalismo había sido derrocado más de una década atrás. Los trascendidos emitidos por Díaz Bessone planteaban tres etapas para establecer un sistema permanente y sólido: una primera etapa de gobierno militar, sin partidos; una segunda con partidos en funcionamiento para "irse adaptando" y la tercera, el gobierno cívico-militar, que contendría las garantías previstas por los uniformados (Quiroga, H., op. cit.: 84) Por más vueltas que le dieran, planes, anexos, rectificaciones, consultas y agregados, no había más harina para el postre que ésta, como había sido pensado retorcidamente también durante la "revolución argentina". El problema era quién iba a ser el protagonista presidencial, si un civil y cuál, o un militar y

cuál, y cuándo podrían desprenderse “los señores de la guerra” del apego al poder total si tal hipótesis pudiera ser considerada. Videla se preocupaba en junio de 1977 por lo que no podía conseguir -el partido adecuado- que al mismo tiempo era el instrumento que había proscrito. “No podemos correr el riesgo de que por falta de lo que en nuestro sistema republicano es el partido político como forma de expresión de una comunidad a través de sus representantes, que son los partidos políticos, y que en estos momentos están congelados como actividad, no podemos correr el riesgo de que en sustitución de ellos aparezcan las ideas corporativas. Entonces, si no tenemos partidos políticos y no queremos caer en esos sistemas o formas corporativas, dialogar con el país no se puede sino por alguna forma de representatividad” (Quiroga, H., op. cit., 91). Ya era el año 1977, y en 1975 había muerto Franco y su liturgia corporativista; había sido derrocado el integralismo de Oliveira Salazar y de su sucesor Marcelo Caetano en Portugal por la democrática y anticolonial “revolución de los claveles” de los militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA). Aquellas rémoras de la Segunda Guerra Mundial -que habían cambiado de bando oportunamente- ya no servían para la Guerra Fría y eran también un peligro para Occidente.

Había que hablar entonces con algunas figuras políticas. En 1977, Videla volvía a dar otra vuelta de tuerca al modelo: “Formular al país una propuesta bajo el signo de la Unión Nacional constituye pues, la tarea fundamental que las Fuerzas Armadas han de encarar en este período de creación. Por ello la propuesta de Unión Nacional incluirá un conjunto de ideas-fuerzas que, elaborado a partir de los documentos liminares del Proceso de Reorganización Nacional, posibiliten la concreción de los objetivos del gobierno de las Fuerzas Armadas y simultáneamente den lugar a la Convergencia Cívico-Militar, constituyendo así

una nueva síntesis histórica" (Quiroga, H., op.cit.:93). Es decir, algo artificialmente planificado, construido y, sobre todo, pactado, que pudiera superar al peronismo, sobre todo, al radicalismo e incluir a las pequeñas y dispersas fuerzas de centro-derecha. Una verdadera utopía reaccionaria.

En una coincidencia no buscada, pero aprovechada, con el partido Comunista argentino, que elogiaba la supuesta distancia de la dictadura argentina con el pinochetismo chileno, el proceso reiteraba en todos los momentos posibles que trabajaba para construir un modelo democrático y republicano, eso sí, el verdadero. Por ello, subrayaban la falta de personalización de su propuesta frente al modelo de caudillismo militar encarnado por Pinochet.

El proceso procurará construir entonces un Movimiento de Opinión Nacional (MON), una gelatinosa propuesta que nunca se supo si había sido la consigna de un partido formalmente establecido o un modelo. Los brasileños enfrente, los militares se entiende, habían construido a partir de 1964, un modelo de dos partidos: el ARENA -super oficialista- y el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), la oposición consentida. Se habían lanzado a navegar. La mayor solidez de la sociedad política argentina sobre la brasileña hacía temer a los jefes del proceso que la apertura acabara en la repetición de mayo de 1973.

Los jefes militares y sus adláteres civiles pensaban, si se los apuraba un poco, muy a la antigua. En muchas ocasiones, sus invocaciones cuestionaban "la falta de doctrina" de los partidos, la presencia de caudillos y no de estadistas, la ausencia de una "clase dirigente" y lloraban todos los lamentos borincanos con que los conservadores se lamentaban a partir de haber perdido el poder y tener la convicción, secreta o pública, de que sería muy difícil de que lo fueran a reconquistar. (Lo harían, mucho después, pero con un procedimiento muy distante de las elucubraciones castrenses de aquella época procesista).

El general Harguindeguy a veces señalaba claramente lo que pensaba. En enero de 1978 se preguntó con cierta indignación: "¿Cómo puede una democracia albergar en su seno a los gérmenes de su destrucción? ¿Cómo pueden convivir en la democracia las agrupaciones políticas que pretenden anularla para implantar totalitarismos civilizantes (sic)?" (Quiroga, H., op.cit.:102-103). Era la vieja idea de "la democracia de los democráticos" que se utilizaba post 1955 para proscribir al peronismo. Cuando Harguindeguy sentenció que "los viejos partidos no tendrán cabida en el proceso", estaba refutando la propia disposición dictatorial que "suspendía" aquellos. La "revolución argentina" había sido más franca, y más ingenua: los había disuelto. Pero suspendidos o disueltos, en 1973 y en 1983, apenas una década después, el resultado iba a ser el mismo. Los viejos partidos, repudiados por los mandos y muchas de las bases militares, volvieron y gobernaron después de la derrota militar.

El grupo La Plata y Jorge Aguado

Según Canelo, el primer plan político "secreto" nació en octubre de 1976 del gobierno de la provincia de Buenos Aires. El responsable era el gobernador, el general Ibérico Saint Jean que se había retirado por no querer firmar los "cinco puntos" de condicionamiento al gobierno de Cámpora, planteado por Lanusse en 1973. Junto a él estaban Jaime Smart, su ministro de Gobierno y ex integrante de la Cámara Federal Especial, el "Camarón", creado para juzgar guerrilleros y opositores durante el gobierno de Lanusse ; el fiscal de Estado de la provincia, Alberto Rodríguez Varela, futuro ministro de Justicia nacional entre 1978 y 1981 y rector interventor de la UBA entre 1981 y 1982 y también profesor en el CMN, cuyo manual de derecho constitucional (nada menos) era

bibliografía para los cadetes; y el dirigente ruralista de la CARBAP, Jorge Aguado, quién se convertiría a su turno también en gobernador de la provincia (Canelo, P., op.cit.: 65-66). Saint Jean que tenía como jefe de la policía bonaerense al general Camps -aunque dependía operativamente de Suárez Mason- procuraba que el "plan político" fuera tan duro como el accionar represivo en la provincia. El gobernador era entusiasta de la política a través de la "municipalización".

Esta "municipalización" sonaba un poco con los ritmos del "comunitarismo" de Onganía, pero estaba ensangrentado por la represión en manos de Suárez Mason, bajo cuyo mando estaban 29 CCD, 10 de cuáles se asentaban en La Plata. La melodía del "Grupo La Plata" sonaba bien en los oídos del jefe del Cuerpo I. El plan político que redactaron llevaba un imponente nombre: "Del Proceso de Reorganización Nacional a la Tercera República. Lineamientos para una estrategia nacional". En el texto se definía como "tema central" crear, nada menos, que una nueva "clase dirigente", identificada -no podía ser menos- con la heredad tradicional y dispuesta como Massera a resistir hasta la victoria a "la agresión marxista populista", cuyos dos componentes quedaban igualados.

No querían algo que era muy difícil: ni "aislarse" de la civilidad, ni tentarse con un "pacto" con los dirigentes políticos. Es decir, tenían los mismos dilemas de 1966 a 1969, cuando todavía la "revolución argentina podía haber hecho algo para sucederse. Inventaban a través de una reforma constitucional que no se decía si se haría a decretazo puro como Lanusse y Mor Roig diseñaron acompañados de una cohorte de constitucionalistas que sobraban para semejante diktat, o a través de otro procedimiento. El tema central era instalar un "Consejo de la República", donde lo importante era que las FFAA estuvieran allí como un poder vigilante y tutorial. Había temas previsibles como la

custodia de los valores occidentales y cristianos. El marxismo, reiteración inútil, era el enemigo máximo de la Nación.

Fue Jorge Aguado el que se lanzó a hacer política pública, un poco antes del comentado plan. En agosto de 1976, en la comida celebratoria de los 44 años de la fundación de CARBAP, él -como su titular- lanzó la idea de construir un Movimiento de Opinión para apoyar al proceso. Allí y entonces no hablaba de "partido político", pero en declaraciones efectuadas en septiembre manifestó su audacia: "No nos preocupa que el Movimiento de Opinión se pueda transformar en un partido" (Quiroga, H.: op.cit.: 119). Aguado hizo adoptar su propuesta por el 18º. Congreso de la CARBAP, ya en 1977 en presencia de Harguindeguy y de Saint Jean.

Aguado pensaba que "si el proceso no cuenta con un amplio movimiento de opinión, que le aporte ideas y consenso tendrá graves dificultades de supervivencia" (Quiroga, H., op. cit.: 121). Esa idea del partido o movimiento que apoyara la política oficial era común a distintos sectores del proceso, pero no despertaba entusiasmo ciudadano. Tampoco en los despreciados, por muchos cuadros castrenses, dirigentes políticos. En el lenguaje de Ricardo Balbín, que hablaba con otros militares, los partidos oficiales van al fracaso: "esos ensayos juntan hombres de distintos caracteres, de distintas convicciones, que fundan una agrupación circunstancial y protegida" (Quiroga, H., op.cit.: 123).

El proyecto de Díaz Bessone

El general Díaz Bessone con su nuevo Ministerio de Planeamiento, creado en octubre de 1976, también tenía que rechazar al "totalitarismo de derecha" y afirmaba que "no hay duda que rechazamos la concepción corporativa y ratificamos plenamente la filiación republicana y democrática del país, así está en sus

tradiciones y en las creencias de su población. Pero tampoco aceptamos que los partidos ejerzan el monopolio de la democracia, lo que constituye un craso error”(Quiroga, H., op.cit.:104). Esas inefables e inasibles corporaciones no aparecían por ninguna parte. Lo único que podía contrapesar a los partidos eran... las Fuerzas Armadas. Para eso no se necesitaba Ministerio de Planeamiento, que fue prontamente jibarizado a Secretaría y colocado bajo la égida directa del Poder Ejecutivo. En realidad, Planeamiento competía de manera concreta y directa contra del Ministerio de Martínez de Hoz. Si se “liberaban las fuerzas del mercado” como afirmó en su discurso fundacional del 2 de abril de 1976 el terrateniente ultra liberal, ¿para qué se necesitaba el Ministerio de Planeamiento? Ni siquiera para diseñar un modelo político. Para eso estaba la Secretaría General de la Presidencia (SGP) a cargo del general Villareal. Esto es lo que señalaba el diario en inglés “The Buenos Aires Herald”, defensor de los derechos humanos y también defensor de la política económica de Martínez de Hoz, en diciembre de 1976: “Es difícil conciliar las ideas de Díaz Bessone con las de su importante colega, como el ministro de Economía, Martínez de Hoz. Mientras que la tarea del gobierno hasta ahora ha consistido en hacer retroceder al Estado a fin de permitir que el resto del país respire, Díaz Bessone parece estar entusiasmado a favor de más intervención en la vida de la Nación” (Quiroga, H., op.cit.:110). El propio Ministerio de Planeamiento constituía un aparato de 600 personas que enfrentaba la idea liminar del proceso de “achicar el Estado para agrandar la Nación”. Díaz Bessone era el abanderado del “Proyecto Nacional” una referencia que se hizo presente además en muchas plataformas y diálogos periodísticos de integrantes del peronismo, del desarrollismo y del nacionalismo popular. Pero las raíces del “Proyecto Nacional” de Díaz Bessone se retrotraían al texto “Lineamientos para un nuevo Proyecto Nacional”, elaborado por el entonces coronel Díaz Bessone para el Consejo Nacional de Seguridad (CONASE), organis-

mo que bajo la dictadura de Onganía estuvo bajo la dirección del general de división Osiris Guillermo Villegas. Según publicaciones periodísticas de la época, existían como textos de apoyo al proyecto el antecedente del libro "Hacia la salida" de José Manuel Saravia (h) -que tenía el suplemento de un prólogo del general Alcides López Aufranc destacado integrante de los Azules- y el texto de otro general, Osiris Villegas, "Políticas y estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional".

Saravia afirmaba, por ejemplo, que "entre las modificaciones incorporadas a nuestra organización política (se refiera a la "revolución argentina") se destaca el lugar asignado a las Fuerzas Armadas en la estructura del Estado. Y es factible afirmar, desde ahora, que las Fuerzas Armadas desempeñarán, en cualquier sistema gubernamental que suceda al de la Revolución el mismo papel relevante que actualmente cumplen. Este es un hecho que debiese condicionar toda especulación política en nuestro país. Quién no quiera reconocerlo así tiene de antemano asegurada su derrota"(Saravia, José Manuel (h), 1968: 181). De manera tal, que la participación forzada y forzosa de las FFAA en la democracia republicana tenía ya una definición clara y marca la continuidad, en ese punto, entre la revolución argentina y el proceso. En el prólogo a este texto, el general López Aufranc coincidía con el pensamiento de Saravia cuando afirmaba que "sólo las empresas del Estado - dice (Saravia)- una vez liberadas de la tutela política y dotadas de una estructura funcional pueden servir de base a nuestro desarrollo autónomo. Saravia advierte que, si buscamos el desarrollo por otros rumbos, deberemos resignarnos que nuestra economía quede en manos extranjeras"(Saravia, J.M. (h), op.cit. 12) López Aufranc y Saravia nunca hicieron luego crítica a la acción económica del proceso. Por el contrario, el general participó del directorio de la empresa Acindar y de la represión a sus combativos trabajadores.

Para el general Villegas, "la Revolución Argentina se produjo al cabo y como consecuencia del proceso de desgaste o agotamiento del proyecto nacional de la segunda mitad del siglo anterior, proceso cuyos síntomas visibles se presentan a partir de la crisis de los años 1929 y 1930". Para Villegas, caballero Azul, "la carencia de un proyecto nacional implica la negación del concepto de nación" de la misma manera que para el artillero Díaz Bessone el tema se volvía central y subrayaba la continuidad de perspectivas entre la revolución argentina y el proceso. Villegas afirmó que para producir "la mutación" que estimaba imprescindible para la República son necesarios un Proyecto Nacional que unifique y fervorice, una élite, capaz de planificarlo y dirigirlo, un líder que lo interprete y una dinámica social que lo acate y ejecute (Villegas, O.G., 1969:34-35).

Villegas tuvo también su prologuista de lujo que era otro militar, el teniente general (retirado) Benjamín Rattenbach, futuro presidente de la comisión militar que analizará con dureza crítica a los responsables de la Guerra de Malvinas. (Villegas, en cambio, se convertirá en defensor ante tribunales militares del sádico represor, ex jefe de la policía bonaerense, general Camps). Díaz Bessone también contó entre sus asesores al coronel (retirado) Juan Francisco Guevara, aquél que fuera un férreo partidario de Onganía y militara en el catolicismo tradicionalista.^[36]

Rattenbach valoró del libro la "especial importancia (que) tiene el capítulo dedicado a la política nuclear del país. Las apreciaciones críticas que hace el autor sobre la política de las grandes potencias nucleares y el camino que debe seguir en esto nuestro país no puede sino provocar el aplauso de todos los argentinos" (Villegas, O.G., op.cit.: 8).

Con estos antecedentes era que Díaz Bessone^[37] elaboró en 1972, un trabajo que fue publicado en Mendoza en 1973 bajo el título "Proyecto Nacional" (documento de trabajo) (Quiroga, H., op.cit: 105).

Díaz Bessone bautizó a su plan político como "Proyecto Nacional" como lo venía haciendo desde una década atrás. Iba a tener muchas palabras escritas pero se prevenía afirmando que "el Proyecto Nacional no consiste en la formulación rígida y cristalizada de un plan global de gobierno a mediano o largo plazo, sino que es un proceso dinámico de la empresa nacional, en permanente corrección, actualización y ajuste"(Canelo, P., op.cit.:73). Faltaba lo que los tradicionalistas llamarían "esencia" y los yrigoyenistas "efectividades conducentes". Apoyado en el pensamiento de otra procedencia de Jaime Perriau, este plan también hablaba de la decadencia argentina producida a partir de 1930, porque se había agotado el proyecto de la Generación del 80. Ésta línea quería recuperar una nueva generación de este tipo. No se asentaron en los valores del nacionalismo apoyado en el revisionismo histórico, más bien retomaron el pensamiento del primer nacionalismo de la década del 20 que odiaba a Yrigoyen y consideraba a Rosas un antecedente del caudillo radical. No lo querían llamar así, pero eran partidarios de una restauración conservadora.

Había un nuevo perfil, sin embargo, coincidente entre los proyectos de Díaz Bessone y el Grupo La Plata. Cansados, sin duda, de la eficacia electoral de los partidos populistas planteaban una forma de corporativismo en donde se sumaban las "entidades intermedias", la familia y las asociaciones sociales y la representación directa de municipios, provincias y regiones. Era lo que estuvo en el fondo del indefinido proyecto comunitarista, munido de muchísimos esquemas y pocas experiencias prácticas. Como no se aplicó enseguida no pudo medirse. Cuando el proceso comenzó a declinar y luego caer en picada, resultó difícil recorrer ese camino para una sociedad formada en los criterios, así fuera teóricos de la democracia y la representación, de cierto grado avanzado de laicismo y elevadas dosis de pluralismo cultural.

A éste proyecto de Díaz Bessone y el Grupo La Plata se sumó el del general Jorge Olivera Róvere, de mayo de 1977, cuando el oficial superior era el Secretario General del Ejército. Olivera Róvere planteó tres etapas: una abstracta de "convocatoria del pueblo, con mantenimiento de la prohibición de la actividad política; una segunda, con la infaltable "municipalización" de responsabilidades y en la tercera, convocar a una Convención Constituyente, sancionar el estatuto de los partidos y hacer elecciones municipales (Canelo, P., op.cit: 85-87). Lo que había llamado en 1957, el propio Américo Ghioldi, un recuento globular a ver cuántos votos le quedaban al peronismo después de 1955.

La Secretaría General de la Presidencia

En la Secretaría General de la Presidencia (SGP) organismo directamente dependiente del presidente de la República, fue instalado, ese sí, un general "politicista". El general Villareal comandó una dependencia que contaba con cuatro subsecretarías: la General, la de Relaciones Institucionales, la Legal y Técnica y la de Asuntos Administrativos. Las últimas fueran una para cada Fuerzas. La Sub Secretaría General fue ocupada por un civil, el abogado cordobés Ricardo Yofre, proveniente de una familia de la oligarquía cordobesa que produjo políticos e intelectuales conservadores, radicales, un fundador de Montoneros destacado y crítico y un polígrafo anti subversivo. Yofre disponía de un CV absolutamente apropiado para la tarea de politizar. Había sido secretario privado del ministro de Economía de Frondizi, Roberto Alemann. Con la revolución argentina se había desempeñado como asesor de Arturo Mor Roig, el ministro del Interior del fracasado Gran Acuerdo Nacional (GAN) del general Lanusse. El radical Yofre había conocido en ésta

última etapa al general Villareal, jefe de la sección política de la Secretaría General del Comando en Jefe del Ejército en aquella etapa final y candente de la revolución argentina (Canelo, P., op.cit.: 61). Los nombres se repetían, los elencos se sucedían en búsqueda de la piedra filosofal que permitiera reconstruir una peculiar democracia sometida al sórdido y terrorífico son proveniente de la noche criminal de los campos.

En esta estratégica Secretaría participaron también el coronel Miguel Mallea Gil quién como uno de delegados del Ejército había planificado el golpe de estado de 1976 y fue nombrado subsecretario de Relaciones Internacionales. Luego iba ser agregado militar en Washington en los tormentosos tiempos de la Guerra de Malvinas. La subsecretaría Legal y Técnica fue puesta en manos del comodoro José Miret, quién luego sería representante de la FAA en la CAL y recaló hasta el final de la dictadura como Secretario de Planeamiento, aunque sin los poderes que tuviera Diaz Bessone hasta su abrupto final en 1977. Según Canelo, "la UCR balbinista literalmente colonizó la subsecretaría general de Yofre. La SGP también se vinculaba con los radicales Eduardo Angeloz, Fernando de la Rúa, Antonio Tróccoli, Miguel Ángel Zavala Ortiz " (Canelo, P., op.cit.:63). Por afuera de la SGP, se alineaba un conjunto variopinto de dirigentes de actuación provincial e ideología conservadora como Leopoldo Bravo, José Antonio Romero Feris, Amadeo Frúgoli, Horacio Guzmán y María Cristina Guzmán. Estos procuraban organizar una fuerza de centroderecha que convenía a los militares dado que permitiría contrabalancear el poder electoral radical. El MID de Frondizi y el partido Federal de Francisco Manrique operaban por su cuenta, como el partido Socialista Democrático de Américo Ghioldi y el Demócrata Progresista con Rafael Martínez Raymonda y Alberto Natale, futuro intendente de Rosario durante la etapa final de la dictadura.

Al recibir el proyecto político de Díaz Bessone, la SGP recibió la tarea de analizarlo y la cumplieron de un modo que Canelo calificó como "demoledor". La dependencia criticó la inoperancia política y la ausencia de procedimientos para conseguir los objetivos propuestos o insinuados. "No se identifica claramente el modelo económico" y "no tiene articulación política" escribieron los asesores radicales del general Villareal. El plan de Olivera Róvere era también criticado: hablar de "Nueva República" parecía "un calificativo extremadamente pretencioso" y "tiene fuertes connotaciones ideológicas, no democráticas precisamente, vinculadas a las diversas corrientes del nacionalismo argentino" (Canelo, P. op.cit.:91). La SGP criticaba asimismo la eventualidad de realizar elecciones municipales, porque ello "impone una gran prudencia", lo que mostraba que los "politicistas" eran también moderados en la apertura política. La SGP armó, para que hubiera pluralismo quizás, su propio proyecto de plan político. Volvía a la realidad, había que construir "una solución política acordada con la dirigencia política". Entendían que la dictadura debía entregar el poder como los gobiernos similares lo habían hecho en 1959, 1963 y 1973. Proponían un referéndum legitimador del proceso y el comienzo de lo difícil: la convalidación de lo hecho, entre lo que estaba, en primer lugar, la represión, los desaparecidos, los campos, los vuelos de la muerte, en suma, todo el andamiaje de la "guerra anti subversiva". Y en una segunda instancia, elegir una asamblea constituyente, para incluir sin duda la participación militar en el texto constitucional y, quizás designar un presidente, desde eselugar como expresión de acuerdo cívico-militar. Esto tampoco era nuevo porque se había insinuado en algún momento del final de la "revolución argentina" realizar una solución similar que prontamente fue abandonada. Lo que se planteaba también era la más inmediata y compleja resolución del llamado "segundo período" de Videla y el

tema del "cuarto hombre" que hacía a la despersonalización del "proceso" para que el Presidente dejara de ser el comandante de una Fuerza.

Andando los textos y las discusiones, éstas se saldaban con los retiros y pases de destinos militares. Olivera Róvere fue desplazado de la Secretaría General del Ejército. Reynaldo Bignone lo reemplazó, en tanto que luego de la renuncia de Díaz Bessone al ministerio de Planeamiento y su pedido de pase a retiro de la Fuerza, a fines de 1977, a éste lo reemplazó el general Carlos Laidlaw, que venía de titular la SIDE.

Tampoco, los "politicistas" de la SGP la pasaron mejor. El general Villareal fue transferido a un destino militar y los civiles radicales salieron del gobierno a fines de 1978, cuando se había tensado al máximo la situación con Chile por el tema fronterizo del Canal de Beagle.

Los cambios en la cumbre

En el inicio de 1978, el debate político se hacía presente en las declaraciones de ciertos políticos, los moderados radicales, seguidores de García Puente, entre los que estaba De la Rúa y los conservadores sin votos como Aguardo y Frúgoli.

La discusión entre el Ejército y la Armada se escenificó por el tema del "cuarto hombre". Massera insistió en que se cumplieran los estatutos del proceso. O Videla renunciaba a la Presidencia o pedía el pase a retiro. Entre los más "duros" del Ejército -un campeonato de difícil definición- Menéndez era el más intransigente contra Massera y la Armada y solicitaba llevar el conflicto a una definición por las armas: un nuevo abril de 1963 pero por otras causas. El Ejército aceptó el retiro de Videla, pero condicionándolo a que la Junta no tuviera poder de restricción de la acción del

primer mandatario. Además demandó que el "segundo mandato" de Videla durara cuatro años. La Armada replicó demandando que Videla fuera reemplazado el 29 de marzo de 1979, al cumplirse los tres años, por un oficial retirado.

En abril de 1978, se realizó una insólita reunión militar denominado irónicamente "la Junta Grande", donde todos los generales de división, vicealmirantes y brigadieres mayores se concentraron en el edificio Cóndor de la FAA. Después de tres días de tensas deliberaciones, la posición del Ejército, férreamente defendida por Viola (los tres comandantes en jefe no asistieron al cónclave), fue aceptada con la reserva de la Armada que logró que el cómputo de los 4 años "nuevos" de Videla se consideraran desde un año atrás, con lo cual su nuevo período concluiría el 29 de mayo de 1981. Videla pasaría a retiro; Massera también en agosto; en tanto que Agosti lo haría en enero de 1979, por la situación en el Beagle.

Videla intentó una remodelación de su gabinete para la "segunda parte" de su presidencia con la incorporación de civiles. Tenía como candidatos a Martínez Raymonda de la Democracia Progresista, para Bienestar Social; Oscar Camilión del MID para la Cancillería; Rubén Blanco del radicalismo para Educación; el conservador Amadeo Frúgoli para Trabajo y el ex ucrista Acuña Anzorena para Justicia. Los generales "operativos" y la Armada se opusieron con diversos pretextos. Al final, Videla quién se siempre se quiso quedar con Martínez de Hoz en Economía y el general Harguindeguy en Interior, cambió al general Liendo en Trabajo por el general Llamil Reston, quién simpatizaba mucho más que su antecesor con las políticas del titular de Economía. En cambio, al desplazar a la Armada de la Cancillería -fue compensada con la titularidad de Defensa- logró que un brigadier, Washington Pastor fuera más cercano a su gestión. Pero sufrió una baja importante: el general Villareal^[38] dejó la SGP por un

mando militar y fue reemplazado por el general Eduardo Crespi, pero el estilo, el ritmo y las posibilidades de su accionar fueron mucho menores que en la etapa anterior.

Videla anunció en junio de 1978, que Viola sería su sucesor en el comando del Ejército. La votación entre los generales de división había sido difícil. Había 10 generales de división en actividad y tres se opusieron a la candidatura de Viola propuesta por Videla: Menéndez, Suárez Mason y Riveros. Entre ellos Menéndez, como está dicho se oponía a Massera férreamente, en tanto que Suárez Mason, era socio de éste en la Logia P-2 y los negocios económicos y políticos que implicaban la común pertenencia a esta masonería criminal. Videla, Viola, Harguindeguy, Galtieri y Urricarret votaron por la candidatura del segundo, mientras Vaquero y Laidlaw desertaron del bloque videlista. Al final se aceptó su designación en el cargo que asumió el 31 de julio de 1978, pero con un fuerte recorte temporal: debía pedir el retiro a fines de 1979 (Novaro, M. y Palermo, V., op.cit.:232-233).

A fines de ese mismo 1978, Videla que estaba bloqueado por anti aperturistas de diversa coloración, intentó algunos gambitos que se limitaban a la realización de cenas. Una con los ex ministros del Ejecutivo y la más importante fue la realizada en el Círculo de Ex Legisladores con la presencia de la plana mayor radical (Balbín, Tróccoli y Pugliese), todo el elenco de los partidos conservadores (pocos votos) y un grupo poco representativo de peronistas (Carlos Palacio Deheza, Enrique Osella Muñoz y Luis Rubeo). El justicialismo alineado detrás de Bittel, la mayoría de la Democracia Cristiana y Alende y los intransigentes no concurren. Pero el juego era contradictorio. El ministro de Videla Harguindeguy se quejó de los legisladores que habían votado la ley de amnistía en 1973. Esos no eran "interlocutores válidos". La oca volvía a retroceder algunos casilleros.

A fines de 1978, como ya se analizó, se bloqueó -sobre la hora- la ejecución de la guerra con Chile.

Otra campaña, no ya militar sino económica, se inició en diciembre de 1978, cuando Martínez de Hoz lanzó la parte dos de su plan económico: liquidó gran parte de los aranceles protectionistas de la industria y ejecutó entusiastamente una drástica apertura de la economía. Lo hizo junto a una reforma financiera que dio paso a la famosa "tablita" que informaba de la periódica devaluación del peso. Y aunque el consumismo de la clase media se favorecía con ello, a través de la compra de productos importados y los viajes de turismo, sectores del agro como la CARBAP y la Federación Económica de Buenos Aires se oponían a las medidas. El sector sindical más combativo, la "Comisión de los 25" atacaba el programa económico del ministro ultraliberal. Con Viola en la jefatura del Ejército desde agosto, y en setiembre el reemplazo de Massera por Lambruschini, a la Junta le iba a faltar el retiro de Agosti y su cambio por Graffigna para convertirse en la segunda del "proceso".

Massera comenzó desarrollar, en clave política, su proyecto. Pero no le fue tan bien como él proyectaba. Se propuso acercarse a grupos de exiliadosperonistas para tratar de obtener inútilmente su respaldo y sus intentos repetidos por lograr el apoyo público de Isabel Martínez de Perón tampoco lo ayudaron en la búsqueda de votos; en cambio, irritaron severamente a sus colegas militares, incluso en la propia Armada donde represores protagónicos como el propio Alfredo Astiz, descreían de la política del retirado almirante que trataba, infructuosamente, de convertirse en un populista de derecha. En esas circunstancias es que se produjo un episodio que generó consecuencias. Un montonero de altas responsabilidades, Pablo González de Langarica, secuestrado en la ESMA pasó en 1977 a colaborar activamente con el grupo de tareas de la Armada. Como era el titular de una cuenta en un banco suizo donde los Montoneros depositaban fondos para la compra de equipos y armamentos, González de Langarica retiró, llevado

por oficiales de la ESMA, todos los fondos de dicho depósito. El que fuera integrante de la conducción nacional de Montoneros afirmó que “ese millón y pico de dólares se había transformado en un botín de guerra. Es posible que ese equipo (el grupo de tareas en Suiza, JLB) haya pasado por el Centro Piloto de París. Allí estaba asignada la diplomática argentina Elena Holmberg y sus comentarios sobre el dinero que Montoneros “entregó” a Massera, muy posiblemente se correspondan con ese hecho. “De esta maniobra, supongo –cuestionó un jefe montonero– nacería la confusa leyenda sobre los dólares que habrían circulado entre Massera y los Montoneros. Para algunos servicios mentirosos, que le “dimos” a él. Massera nada nos dio; a Massera nada le dimos. Robó. Entre tantas vidas y esperanzas, también se llevó esa cosa menor, unos fajos de billetes” (Perdía, R, 2013: 527).

El 20 de diciembre de 1977, Elena Holmberg, acérrima partidaria de Videla, parienta del teniente general Lanusse y del comodoro (retirado) Juan José Guiraldes, destacada como diplomática en la embajada en París de la dictadura, fue secuestrada en Buenos Aires posiblemente por un grupo operativo de la ESMA. Su cadáver apareció en el río de La Plata. Su secuestro y asesinato comenzó a ilustrar ante algunos sectores, incluso dominantes, el grado de criminalidad de la dictadura, cuando éste llegaba a sus propios integrantes.

Al mismo tiempo, Viola iniciaba o trataba de iniciar su camino hacia la presidencia y por ello, su moderada red de contactos y apertura hacia la CRA, la CARBAP, la FAA y la UIA, fue considerada peligrosa por los partidarios acérrimos de las políticas de financiarización de la economía. Los viejos matutinos liberales “La Nación” y “La Prensa” no dejaban de advertir este esfuerzo del cual advertían críticamente.

Fueran Viola, Massera o Saint Jean, el problema político fundamental era que ninguno de ellos tenía idea coherente para exponer porque temían que el plan propio fuera violentamente

atacado por los demás. No había “empate hegemónico” sino “contradicción incoherente permanente”. Ganar tiempo, esperar -como los radicales en otros tiempos- que los problemas los iba a resolver el curso de los hechos por sí mismos, fue el grave error de todos los caciques sanguinarios del proceso. Después el aire fresco que durante unas semanas garantizó la victoria argentina en el Mundial 78 de fútbol (que la dictadura había recibido de regalo por las gestiones del gobierno constitucional anterior y de la AFA pre dictadura), fue disipado por la angustia de la posible guerra con Chile.

La visita de la CIDH

Videla y la Junta tuvieron que enfrentar en julio de 1979 el desafío de la visita de la comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA. Pese a que otro acontecimiento futbolístico, el campeonato mundial juvenil celebrado paralelamente en Japón le ayudó a pasar el mal trago, lo que estimaban como una concesión necesaria según algunos, y un paso atrás por otros, había tenido que ser efectuado.

El secretario de Estado de los EEUU en el gobierno del presidente James Carter, Cyrus Vance, había visitado la Argentina en 1977. En mayo de 1978, el subsecretario David Newson en otra reunión con Videla había logrado la promesa de una visita de la CIDH. Al mismo tiempo, Newson se comprometió a que una vez oficializada la invitación para la visita le pediría al Congreso de Washington reanudar la venta de material militar a la Argentina. Al mismo tiempo, el Departamento de Estado “le bajó el tono a sus declaraciones sobre la Argentina, pese a las protestas de Derian” (Novaro, M., op.cit.: 122). Patricia Derian se había constituido en la funcionaria que más había castigado a la Junta Militar por las violaciones a los derechos humanos.

En 1978, el nuevo titular de la Cancillería, otro contralmirante, Montes, había invitado a la CIDH a "revisar las condiciones legales y judiciales que imperaban en la Argentina". Pero la CIDH quería una amplia libertad para recibir denuncias, escuchar quejas y visitar lugares de detención. Además, la embajada yanqui había descubierto que "Astilleros Argentinos", la contraparte local de la empresa norteamericana Allis Chambers a la que se contrataría para proveer las turbinas de (la represa de) Yacyretá ante el Eximbank, era una subsidiaria de la Armada"(Novaro, M., op.cit.:123). Pese a que en un principio, Videla rechazó la posición norteamericana sobre la visita de la CIDH, finalmente retrocedió para no quedar en manos de los duros comandados por Massera al frente de la Marina y Suárez Mason y Menéndez en el Ejército. Cuando el vice norteamericano Walter Mondale y Videla se encontraron en la embajada de Estados Unidos en Roma, en ocasión de la asunción al Pontificado católico por Juan Pablo II, el presidente de la dictadura logró lo que consideró un éxito en la recuperación de buenas relaciones con los EEUU.

De parte del gobierno de Carter se consideraron las posibilidades de que un informe "muy duro" de la CIDH fortaleciera a los grupos más ultraderechistas que consideraban a Videla "un blando". El consejero político de la embajada norteamericana en Buenos Aires, Maxwell Chaplin, escribió a sus superiores que "si la Argentina es simplemente tratada como un paria, la reacción política interna podría ser desfavorable, tanto para Videla y Viola como para la mejora de las prácticas de seguridad" (Novaro, M., op.cit.: 128-129).

La visita de la CIDH (de la OEA) comenzó en los primeros días de septiembre de 1979. La disposición guerrera contra Chile había sido frenada por el Vaticano y ahora, otro de los que el régimen consideraba o quería considerar como uno de sus aliados estratégicos, los EEUU le colocaban otro palo en la rueda. El informe producido en 1980 fue un golpe para la Junta.

A partir de allí, el empuje que había lanzado el solitario desafío de las Madres de Plaza de Mayo en 1977 y todos los organismos de DDHH, ya no retrocedería más y se convertiría en un punto significativo del enfrentamiento al proceso militar, de la apertura política, de los comicios políticos futuros y de la retirada militar, consumada - por cierto- con el fracaso de la aventura militar en Malvinas. Novaro subrayó que después del informe tan negativo para la política de la dictadura, ésta emprendió por vía clandestina una serie de acciones en América Latina que ratificaban su política de "línea dura" que culminaría en la Guerra de Malvinas: "la colaboración con el golpe de García Mesa en Bolivia en 1980, el envío de asesores para colaborar con la contra nicaraguense y con la represión en el resto de Centroamérica en ese mismo año y la continuación de las operaciones de "limpieza" a través del Plan Cóndor (la coordinación entre los aparatos represivos de las dictaduras del Cono Sur" (Novaro, M., op.cit.:142).

En ese año, también desde sectores del gobierno y del corazón del establishment, el Consejo Empresarial Argentino (CEA), se volvió a insistir en una lucha ultra dura contra la inflación basada en la reducción de la ocupación, el ajuste puro y simple.

En abril, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) convocaba a la insurrección contra el régimen de Somoza con la que llegaría el 19 de julio a la toma del poder en Nicaragua, la nación centroamericana que se iba a convertir en lugar de operaciones contrarrevolucionarias del Ejército Argentino.

El 5 de mayo, Margaret Thatcher se convirtió en la primera mujer en ocupar el cargo de jefa del gobierno británico. Se lanzaría junto con el presidente norteamericano Ronald Reagan por la senda del neo liberalismo. Tres años después enfrentaría el desembarco militar de la dictadura en las Malvinas.

El 29 de julio, el régimen militar prohibió la publicación de una lista de casi 5600 desaparecidos. Y el 16 de agosto, la escritora

María Elena Walsh escribió en el diario "Clarín" un artículo titulado "Desventuras en el país Jardín de Infantes", contra la censura del régimen militar.

Se sancionó el 31 de agosto la ley 22.068 de presunción de fallecimiento, por la que se estableció que pasado un año de la desaparición de una persona, sus familiares podrían iniciar trámites para percibir beneficios por pensión.

El 1 de septiembre de 1979, el ex presidente Héctor Cámpora, enfermo de cáncer, fue autorizado por la dictadura a viajar a México, después de tres años de asilo en la embajada de México.

El 6 de septiembre de 1979 arribó a Buenos Aires, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA. Su trabajo concluyó en un crítico informe sobre el gobierno argentino y publicado en abril de 1980.

El 25 de septiembre, el gobierno militar liberó al secuestrado, torturado y luego detenido director del diario "La Opinión" Jacobo Timerman, pero le quitó su ciudadanía, expropió sus bienes y lo expulsó del país. Ello produjo un fortísimo debate en la mesa de los generales, porque discutieron con intensidad la decisión de la Corte Suprema de Justicia de acceder al pedido del empresario periodístico de optar por salir del país, según lo reconocía la maltrecha Constitución a los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Timerman no tenía penas ni causas pendientes. Era solamente la potestad política de la Junta la que lo retenía en prisión e impedía su salida del país. Pese a esa decisión de la Corte dictatorial, los generales votaron y derrotaron a Videla que tenía la intención de cumplir lo que el tribunal ordenaba. Con la amenaza de su renuncia, y atento a la potente presión internacional, sobre todo de organismos vinculados con organizaciones de derechos humanos y sionistas gestionada por Timerman, Videla desoyó la votación de sus subordinados y ejecutó el mandato que, desobedecido, hubiera

causado más escándalo internacional a la dictadura. Ello produjo la reacción indignada del captor de Timerman, el general de brigada Ramón Camps, jefe de la poderosa y asesina policía de la provincia de Buenos Aires. Insólitamente, Camps convocó a una conferencia de prensa en el lujoso hotel Alvear de Buenos Aires, en las que reprodujo las cintas del interrogatorio del ahora liberado. "El propósito de aquella maniobra consistía en probar que Timerman era un "sionista" que pretendía la destrucción de la Argentina. ¿Admite que es judío? -se podía oír gruñir a Camps en la primera cinta. Bueno... sí - respondía Timerman con un atemorizado murmullo. ¡Entonces es sionista! -gritaba Camps. Bueno... no lo sé, tal vez -decía Timerman. Camps ordenó parar la cinta y sonrió triunfalmente a los periodistas convocados: - Ya lo ven: ¡admite que es sionista!" (Goñi, U., 2002:31). Camps era, por su grado militar, el máximo exponente del más antisemitismo vigente en amplios sectores de las FFAA, que fue utilizado en y para la represión, aunque no se pudo convertir en una fuerza dominante en un gobierno que sostuvo un amplio programa de compra de armas a Israel. Así funcionaba ese régimen.

La contraofensiva Montonera

En 1979, con el regreso desde el exilio adonde se habían refugiado por la durísima represión dictatorial, un número indeterminado de militantes montoneros volvió clandestinamente a la Argentina para realizar acciones políticas y militares contra la dictadura. A esa acción se la denominó la "contraofensiva". Según la opinión de los Montoneros, en la versión de Perdía se trataba de "agudizar" las contradicciones existentes entre los sectores militares que querían incrementar la represión y los que querían consolidar la situación existente. "En este análisis -reconoció Perdía-había una

serie de ideas correctas, pero con propuestas organizativas que partían de supuestos equivocados (...) El impacto que años atrás había producido lo que luego se denominaría el "Aramburazo" arrastraba una tendencia, posiblemente inconsciente, a repetir un mecanismo semejante. Sin dar cuenta de las formas concretas que iba adquiriendo la resistencia en el país, se diseñaría una serie de planes dominados por una idea que puede leerse como putchista. De alguna manera se suponía que con un golpe muy fuerte en puntos vitales del sistema, éste podría desmoronarse abriendo camino a la profundización de la contraofensiva que el campo popular estaba iniciando" (Perdía, R., op.cit.:538). El ex jefe montonero describió diversas movilizaciones sindicales y populares producidas en la época y luego afirmó que "la aparente paradoja era que estas movilizaciones y reclamos de los trabajadores se sucedían dentro de nuestras previsiones y contemporáneamente con nuestras acciones, pero nuestra relación con los mismos era mínima. No estábamos desencaminados en los análisis, pero incidíamos muy poco sobre los acontecimientos. En cuanto a la organización política, la frustración sería mayor porque había una fuerte resistencia a avanzar en la articulación de las luchas. Nuestras fuerzas afectadas a la tarea política fueron prácticamente diezmadas, produciéndose allí el mayor número de bajas" (Perdía, R., op.cit: 541). Así fue.

La proclama de Menéndez

El 28 de septiembre de 1979, el general de división Luciano Benjamín Menéndez, comandante del Cuerpo III destacado en Córdoba se sublevó. Emitió para justificarlo un comunicado donde afirmaba que "acabo de cursar un mensaje al comandante en jefe del Ejército, exigiéndole su inmediato alejamiento del cargo. Esto

lo hice en consideración a que se ha dejado de lado el sentir de la Fuerza cayendo en personalismos reñidos con la institucionalización que es propia y básica de este proceso. No se ha cumplido el compromiso de erradicar definitivamente la subversión cerrando el camino al resurgimiento futuro del marxismo en el país. En cambio, hemos pasado a una situación de condescendencia inadmisibles. Consideramos que este accionar desvirtúa las razones que impulsaron a nuestros hombres a asumir la responsabilidad de encauzar a la Nación y que hicieron que toda la ciudadanía aplaudiera el proceso que se inauguró el 24 de marzo de 1976. A este pueblo que nos dio su aval para actuar con energía y firmeza le estamos provocando ahora confusión, desaliento y pérdida de confianza". Menéndez exigía, no la salida de Videla sino el "inmediato alejamiento del cargo del señor teniente general Viola" (Verbitsky, H., op.cit.:150). No parecía decidido a batallar. Este manifiesto lo lanzó el rebelde desde el Liceo Militar "General Paz". Luego se acuarteló en una sede de la Gendarmería. Como no obtuvo ninguna adhesión de los otros Cuerpos del Ejército ni de unidades bajo su mando directo, se rindió (una especialidad de la familia Menéndez) como lo hizo su tío Benjamín, en la revuelta de 1951 contra Perón y su primo Mario Benjamín en Malvinas en 1982. Una mirada complaciente con el "proceso", afirmó que "aunque la sublevación de Menéndez fue un completo fracaso, marcó de todos modos un hito importante. Dejó en claro que las Fuerzas Armadas, curadas ya de espanto, no estaban ya dispuestas a repetir lo sucedido a comienzos de la década de 1960 que concluyeron sólo al derrotar "el Ejército "azul" de Onganía a la Armada "colorada" y al sector del Ejército que se le había unido. Esas experiencias habían dejado su huella especialmente en la fuerza terrestre que, por sus dimensiones, siempre ha sido más difícil de mantener cohesionada y ha tendido a dividirse". (Túrolo, C., 1996: 137). Menéndez publicó una carta en "La Nueva Provincia" y en

“La Nación” en donde enumeraba las causas de su descontento: lo que consideraba retroceso en Beagle (por presión norteamericana); la ley de desaparecidos (por presión de la ONU), norma que permitía reclamar pensiones a los deudos; la visita de la CIDH (por presión de la OEA), la salida de Cámpora (por presión mexicana) y el caso Timerman (Quiroga, H., op.cit.:238-239).

Galtieri comandante

El 3 de diciembre de 1979, Robert Cox, director del “Buenos Aires Herald” anunció que se iba del país por amenazas contra su hijo. Finalmente, en diciembre de 1979, Viola dejó la jefatura del Ejército, para prepararse desde su retiro para suceder Videla. El proceso para designar a su sucesor fue complejo: “El general de división que seguía a Viola en antigüedad y reunía los requisitos formales para ser comandante era Carlos Guillermo Suárez Mason. Pero éste hombre tenía dos contras: por una parte se lo había visto muy cercano y amigo de Massera (eran muchos lo que en el Ejército tenían viejas cuentas pendientes con el almirante, por lo que ser considerado un hombre cercano a él se podía considerar un punto negativo (Túrolo, C., op.cit.:269). Considerando que Videla y Viola eran infantes y que tenían su guerra particular con Massera, las cartas credenciales de Suárez Mason no eran las mejores. Quizás para evitar un nuevo round entre la infantería y la caballería “hizo que en la búsqueda de comandante que reemplazara a Viola apareciese el nombre de Leopoldo Fortunato Galtieri, un general que no provocaba en los infantes el escozor que sí producían su par provenientes de la caballería (...) Galtieri en un general del arma de Ingenieros, un arma chica que no tenía en la institución el peso, pero tampoco el antagonismo que tenía la caballería. Por otra parte, los generales de la

infantería que comenzaron a considerar a Galtieri como posible reemplazante de Viola, no lo tenían a éste por un militar muy inclinado a la política (Túrolo, C., op.cit.:270).

Cómo algunos generales de infantería desconfiaran, sin embargo, de las intenciones de Galtieri, comenzaron a pensar en uno de sus pares, el general de división Vaquero. Pero si se optaba por éste, se debía pasar a retiro a Galtieri que era de una promoción más antigua. Finalmente ésta opción fue desechada y Galtieri, que fue nombrado nuevo comandante el 28 de noviembre de 1979, asumió el cargo en diciembre de 1979.

Los “33 orientales”

Entre 1979 y 1980, la conducción del Ejército, Viola y Galtieri sucesivamente, pasaron a retiro a un conjunto de 33 oficiales. “Todos fueron acusados por sus respectivas juntas de calificaciones de perjudicar la cohesión espiritual de los cuadros por no compartir ‘la filosofía’ y el sentir institucional del Ejército, lo que ha lesionado decididamente su prestigio y concepto ambiente”, citó Horacio Verbistky al revelar el episodio y, sobre todo, las justificaciones escritas elevadas por los cesados para tratar de defender su causa. (Verbistky, H., Página 12, 6/ noviembre/2010). Verbistky reveló que “la historia del grupo se remontaba a 1969 cuando algunos se opusieron al uso del Ejército contra movilizaciones populares como la del Cordobazo. Otros simpatizaron con el regreso de Perón a la Argentina, participaron en el Operativo Dorrego de acción social que unió a Montoneros y el Ejército o llegaron a tener relación orgánica con algunas de las organizaciones revolucionarias. Otros la mantenían con la Unión Cívica Radical” (Verbistky, op.cit.). Luego de ser detectados por la Inteligencia del Ejército fueron sometidos a “un proceso informal de autocrítica y reeducación”.

Pero en los años 1979 y 1980 fueron pasados a retiro sin considerar válido aquél proceso. Lo que Verbitsky reveló era el conjunto de declaraciones en el que más de dos tercios invocaron sus convicciones católicas como justificación para aplicar los métodos dispuestos por el Ejército para combatir a la "subversión", lo que Verbitsky calificó de "humillación de tipo soviético". Entre ellos, la nota cita a 19 de los 33 como al mayor Hugo Abel Costaguta; el capitán Guillermo Julio González Chipont; el teniente primero Eduardo Pedro Serrano; el capitán Ricardo Colombo Roqué; el teniente primero Eladio Alberto Arias; el teniente primero Julio César Sarmiento; el capitán Gustavo Horacio Ricardes; el teniente primero Héctor Rolando Jamier; el teniente primero Luis Eduardo Tibiletti -sobrino nieto de Pedro Dionisio Tibiletti, que fuera obispo de Corrientes y San Luis entre 1929 y 1945 e hijo del coronel Pedro Alfredo Tibiletti- "uno de los primeros oficiales que estudiaron la doctrina de la guerra contra revolucionaria en Francia"; el mayor Luis María Croce; el mayor Norberto Antonio Yommi; el mayor Eduardo Horacio Gentiluomo; el coronel Carlos Sánchez Toranzo; el mayor Roberto Juan Gastaldi; el capitán Norberto Raúl Trozzo; el capitán Mario Enrique Oscar Rossi; el capitán Carlos Alberto Berdaguer; el mayor Carlos Alberto Pombo y el mayor Derlys Even Francisco Blitz.

Verbitsky indicó que "al concluir la dictadura varios de estos oficiales asesoraron a los bloques legislativos justicialista y radical y/o ocuparon cargos ejecutivos en las áreas de seguridad o defensa del gobierno nacional. Algunos- destaca Verbitsky- (como Tibiletti, Colombo y Rossi tuvieron un rol de gran valor en la sanción de leyes de defensa nacional, seguridad interior o inteligencia nacional que fijaron el marco legal para la subordinación castrense a la conducción civil y apartaron a las FFAA de las tareas policiales y parapoliciales que las habían hundido en la ignominia. Otros como Sánchez Toranzo rechazaron y denunciaron intentos de soborno cuando ocuparon cargos públicos. Varios, como González

Chipont y García Moreno fueron procesados por los crímenes de los que se jactaban entonces" (Verbitsky, H. op.cit.).

AÑO 1980

El 23 de febrero de 1980, el gobierno militar trató de desmentir la publicación de "Amnesty Internacional" en Londres acerca de la existencia de campos de detención clandestina y tortura en la Argentina.

El 13 de abril, el "Buenos Aires Herald" citó a Ricardo Balbín en sus declaraciones en Madrid cuando dijo que "los desaparecidos están muertos", lo que generó el rechazo de los organismos de derechos humanos.

Al día siguiente, el canciller argentino, brigadier Carlos Washington Pastor recibió la versión final del informe de la OEA sobre derechos humanos en la Argentina. Rápidamente, el gobierno presentó una protesta formal por el mismo al que consideró "una intromisión en los asuntos argentinos".

El 17 de julio, la presidenta civil Lidia Gueiler fue derrocada por un golpe militar encabezado por el general Luis García Meza. En el golpe fue asesinado el ex ministro de Minas y Petróleo, Marcelo Quiroga Santa Cruz, destacado dirigente nacionalista popular, ejecutor de la nacionalización del petróleo boliviano en manos de la compañía norteamericana Gulf Oil. En la acción golpista hubo una fuerte participación militar argentina. El golpe llevaba también la marca del tráfico de estupefacientes y los correspondientes "coca-dólares".

El 12 de agosto apareció en "Clarín", otra solicitada sobre el problema de los desaparecidos.

La censura no se dio tregua cuando un millón y medio de libros y fascículos publicados por el Centro Editor de América

Latina fueron quemados en un baldío de Sarandí (provincia de Buenos Aires).

El 2 de octubre de 1980 la Junta Militar anunció que el próximo presidente de la República sería el teniente general Roberto Viola, que había dejado de ser comandante en jefe del Ejército en diciembre de 1979.

Diez días más tarde del anuncio dictatorial acerca del sucesor de Videla, el régimen recibió una mala noticia cuando se conoció que Adolfo Pérez Esquivel había ganado el Premio Nobel de la Paz.

El 4 de noviembre de 1980, la victoria del republicano Ronald Reagan sobre el presidente demócrata Jimmy Carter en los comicios presidenciales de EEUU, pareció ser una buena noticia para la dictadura, impresión que se desplomaría cuando ocurriera la Guerra de las Malvinas.

El 30 de diciembre de 1980 murió en Cuernavaca (México) el ex presidente Héctor J. Cámpora.

Viola presidente

El 29 de marzo de 1981, la Junta Militar decidió enfrentar el bloqueo a la Unión Soviética dispuesto por los Estados Unidos y decidió vender cereales a la hambrienta nación comunista, cabeza del campo socialista, pese a la posición del líder de Occidente. El 30 de marzo, Viola sustituyó a Videla en la Presidencia con el objetivo de generar una salida política controlada por las FFAA (regía el temor a un acontecimiento del tipo de 1973) y tapar todo lo relativo a la investigación de la represión. Los sectores ultra-duros de las FFAA que no consiguieron frenar su designación, al mismo tiempo que el ministro de Economía Martínez de Hoz, lo enfrentaron desde antes del comienzo de su gestión y se opusieron al desarrollo de su "salida política". Era la línea

que encabezaba su sucesor en el Ejército, el teniente general Galtieri y el jefe de la Armada, almirante Lambruschini.

El gabinete de Viola fue integrado por: el general Horacio Liendo como ministro del Interior; Oscar Camilión, como titular de Relaciones Exteriores; Lorenzo Sigaut, en economía; Carlos Burundarena, Cultura y Educación; Amadeo Frúgoli, Justicia; el contralmirante Carlos Alberto Lacoste, Acción Social; Amílcar Arguelles, Salud Pública y Medio Ambiente; Norberto Couto, Defensa; Julio Porcile, Trabajo; general Diego Urricarret, Obras y Servicios Públicos; Jorge Aguado, Agricultura y Ganadería; Eduardo Oxenford y luego Livio Kuhl, Industria y Minería y Carlos García Martínez, Comercio e Intereses Marítimos.

Viola nombró los primeros gobernadores políticos de la dictadura procesista: Ricardo Telleriarte en La Pampa y Rafael Jáuregui, ambos de la FUFEP (Fuerza Federalista Popular); Avelino Ferreira, en San Juan del MOLIPO (Movimiento de Línea Popular); Domingo Rodríguez Castro en San Juan, del partido Bloquista; Rodolfo Rhiner en Formosa, del MID y Arnoldo Castillo en Catamarca, de la UCR. Alberto Natale fue nombrado intendente de Rosario, como miembro de la Democracia Progresista. Asesores políticos del Presidente fueron designados Guillermo Acuña Anzorena (MOLIPO), Francisco Moyano y José Antonio Romero Feris (FUFEP) y Guillermo Fernández Gil (partido Federal), entre otros (Canelo, P., op. cit.:189).

Mientras la sorda interna militar se incrementaba, aparecían abiertamente las movilizaciones de los organismos de derechos humanos: el 2 de mayo fueron detenidos miembros de diferentes organismos de este tipo durante una marcha de las Madres de Plaza de Mayo.

El 18 de junio se produjo un gran paro de los mecánicos de SMATA, con peso sobre todo en la provincia de Buenos Aires. El 6 de julio, María Estela Martínez de Perón, en prisión desde

marzo de 1976 fue puesta en libertad y viajó a España para establecerse allí.

Días antes del lanzamiento de la Multipartidaria, en la Cena de Camaradería de las FFAA, el brigadier general Graffigna, comandante en jefe de la Fuerza Aérea afirmó, rotundo, que “la solución política que se pretende, será lograda en el marco de los Documentos Básicos, Bases Políticas y Pautas para la Acción de Gobierno, eliminando de esta manera nuestra crónica costumbre de romper o adulterar los sistemas ante la primera dificultad para aplicarlos”. Un año después todo ello sería polvo de estrellas, liquidación de la soberbia militar.

El 14 de julio de 1981, un comunicado de prensa daba cuenta del nacimiento de la coalición política conocida como “La Multipartidaria”, donde se nucleaba la enorme mayoría de las fuerzas populares excepto la de derecha, reclamó el regreso al estado de derecho con la vigencia de la Constitución Nacional. El 28 de agosto, la coalición, compuesta en una “Junta Política convocante” por los partidos Federación Demócrata Cristiana, Movimiento de Integración y Desarrollo, Partido Intransigente, Partido Justicialista y Unión Cívica Radical daba a conocer su “Convocatoria al país”. Los partidos populares mayoritarios rechazaron comprometerse con el gobierno. Fijaron su posición opositora y esperaron que el clima militar se despejara. ¿Quién iba a disponer del poder? ¿Viola o Galtieri?

La Multipartidaria afirmó que “el poder no puede reposar en la fuerza” y que “esa a partir de la RECONCILIACIÓN propuesta por la Iglesia, y que ilumina el camino a recorrer, como pretendemos iniciar nuestro levantado cometido de concertar voluntades”. La Multipartidaria pedía: el retorno al estado de derecho; normalización inmediata de la actividad política, gremial, empresaria, estudiantil y cultural; formulación de un plan político que contenga un cronograma de plazos inmediatos y precisos; programa para

la emergencia que permita superar la crisis e iniciar la reconstrucción de la economía nacional (...) el llamamiento va dirigido a todos los sectores de la vida nacional sin exclusiones -políticas, sociales, de los trabajadores, empresariales, espirituales, culturales, profesionales y militares" (Multipartidaria, 1982: 15-17).

Las conducciones de los partidos populares habían leído sin atención un documento de la Junta Militar que se denominaba, de manera burocrática, "Orientación Complementaria no.2 de las Bases Instrumentales para la Acción Política". En este texto se calificaba como representante político del proceso al fantasmático MON (Movimiento de Opinión Nacional), que no tenía existencia ni legal ni real.

La Junta Militar afirmaba que por "la falta de identificación de la ciudadanía con los postulados y dirigentes de la mayor parte de las organizaciones políticas existentes", era esta fuerza supuesta -el MON- la que debía ejercer la representación de aquella. Éste era un golpe para la convocatoria de los políticos que se habían comprometido con Viola, por cierto mucho más para los opositores, pese a que éstos eran tan cuidadosos que no se habían metido con el tema de los desaparecidos en su primer manifiesto (Canelo, P., op.cit.: 192).

El gobierno convocó a los partidos y los primeros que concurren fueron el 25 de agosto los radicales encabezados por Carlos Contín dada la grave enfermedad de Balbín. El PDP, el PSD y el Federal también hablaron con Liendo. Pero todo se vino abajo cuando el "asesor presidencial", el retirado general Harguindeguy, afirmó inmediatamente después de la muerte de Balbín en septiembre que, en 1984 no habría elecciones y el nuevo presidente sería designado, otra vez, por la Junta Militar y que todo el funcionamiento del Estado seguiría igual. En Bolivia, un golpe interno derrocó el 3 de agosto a García Meza y lo reemplazó por una junta encabezada por otro general, Celso Torello.

El 11 de agosto de 1981, el Consejo de Almirantes eligió como sucesor de Armando Lambruschini en el Comando en jefe de la Armada, al almirante Jorge Isaac Anaya, cuyo nombramiento derrotando a su colega Alberto Gabriel Vigo, significó que la influencia de Emilio Massera, todavía pesaba en la Fuerza. Casualidad o no, Massera lanzó cinco días después una agrupación denominada "Modelo Nacional para el Cambio".

El 16 de octubre, representantes de organismos de derechos humanos presentaron ante el presidente Viola un petitorio por los desaparecidos.

En los primeros días de noviembre de 1981, fue conocida la dolencia cardíaca del presidente Viola, Ella produce problemas en lo político y en lo económico, por supuesto en la cotización del dólar. "La enfermedad del general Viola irrumpe en un momento de su gestión en que carece de apoyo político y cuando se aprestaba a modificar el rumbo de su gobierno, con la introducción de cambios en el gabinete" (Quiroga, H., op.cit.: 339).

La Comisión Política de las FFAA analizaba la posibilidad de reemplazar y suceder a Viola. El 20 de noviembre de 1981, Viola delegó interinamente el mando en el ministro del Interior, general Liendo. ¿Estaba o no enfermo Viola? Al parecer sí, por los certificados de sus médicos. Ello le hubiera impedido retomar el mando? No parece haber una respuesta única. Pero la Junta Militar decidió aprovechar la circunstancia y presionó intensamente al Presidente que estaba alojado en el Hospital Militar. Viola fue desalojado del poder 21 días después de haberlo delegado.

El teniente general Galtieri organizó la cúpula que lo acompañaría en el nuevo año como comandante y como presidente. Viola se negó después de tres entrevistas con Galtieri a utilizar la razón de salud para renunciar y la Junta Militar no aceptaba una razón política. De tal modo que es que la Junta, para tomar el poder de acuerdo con la legalidad procesista, procedió a relevarlo el 11 de diciembre de 1981.

“La Junta Militar, como órgano supremo del Estado, comunica a al pueblo de la República que vista la situación institucional y considerando que se han producido las razones de Estado para remover al Presidente de la Nación Argentina, que alude el artículo 2° del Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional resuelve; art.1 Cese como presidente de la Nación Argentina el señor teniente general (RE) don Roberto Eduardo Viola. Art. 2) Designase presidente de la Nación Argentina para el período 22 de diciembre de 1981 - 29 de marzo de 1984, al señor teniente general don Leopoldo Fortunato Galtieri, quién con carácter de excepción a lo determinado por el Estatuto para el PRN, retendrá el cargo de comandante en jefe del Ejército hasta completar el lapso fijado en el número 1.3.2 del Reglamento para el Funcionamiento de la Junta Militar, Poder Ejecutivo Nacional y Comisión de Asesoramiento Legislativo. Art. 3 Designase al señor vicealmirante don Alberto Lacoste como ministro del Interior a cargo del Poder Ejecutivo Nacional, hasta el 22 de diciembre de 1981” (Verbitsky, H., op.cit.:153-154). Dos cuestiones singulares: el comandante Galtieri se votó a sí mismo para ser Presidente y ¿qué parte de la población conocería el número 1.3.2 del reglamento de la Junta Militar? Pero, ¿a quién le importaba eso? La Junta Militar ya había incumplido sus propias normas en la prolongación del mandato de Videla y ahora lo volvía a hacer. El 17 de diciembre de 1981, el brigadier general Arturo Basilio Lami Dozo, recibió el comando en jefe de la Fuerza Aérea de manos de su antecesor, Orlando Graffigna. Tendría que considerar su adhesión al proyecto de huida política, pero proyectado por Anaya como gran salto adelante y aceptado por Galtieri: la recuperación de las islas Malvinas por una sorpresiva operación militar. De allí nacería la candidatura electoral del victorioso Galtieri, porque se podría constituir fácilmente el hasta entonces imposible Movimiento de Opinión Nacional, para prescindir de políticos que no se subordinaran entusiastamente al Proceso de Reorganización Nacional. El Proceso estaría así salvado.

GALTIERI Y LA GUERRA DE MALVINAS

GALTIERI Y LA GUERRA DE MALVINAS

*“Las Malvinas han sido, son y serán argentinas”
Juan Atilio Bramuglia, ministro de Relaciones Exteriores de Perón,
en la ONU, 1948.*

*“Si quieren venir, que vengan. Les presentaremos batalla”
Leopoldo Fortunato Galtieri, Plaza de Mayo, abril de 1982.*

El 22 de diciembre de 1981, el teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri, asumió la presidencia de la República como tercer mandatario de la dictadura del “proceso” y retuvo su cargo de comandante en jefe del Ejército, dejando de lado el recurrente y tenso debate acerca de la instauración del “cuarto hombre” (como Presidente, no comandante en jefe de Fuerza Armada) que protagonizaran Videla, Massera y el desplazado Viola. Galtieri conformó un gabinete conservador que perfiló a su gobierno como un retorno a los tiempos de Jorge Rafael Videla. Sus ministros fueron: el general de división Alfredo Saint-Jean [39] (Interior); Nicanor Costa Méndez [40] (Relaciones Exteriores y Culto), el ministro más importante del gabinete por su papel en la futura Guerra de Malvinas; Roberto Alemann [41] (Economía); Cayetano Licciardo [42] (Educación); Sergio Martini [43] (Obras y Servicios Públicos); vicealmirante Carlos Carlos Alberto Lacoste [44] (Acción Social); Horacio Rodríguez Castells [45] (Salud Pública y Medio Ambiente); Lucas Lennon [46] (Justicia) y Julio Porcile [47] (Trabajo). Una de sus características fue que repetía los nombres vigentes en anteriores dictaduras militares como parte de los llamados “elencos estables” del sistema que convocaban los militares o se autoconvocaban y tenían la confianza de los líderes castrenses desde 1955 a 1983. Costa Méndez fue ministro de Onganía y embajador de Guido y otra vez ministro de Galtieri.

Alemann fue ministro de Frondizi, embajador de Guido y ministro de Galtieri. Licciardo ministro de Lanusse y de Galtieri. Rodríguez Castells ministro y secretario de Guido, Levingston, Galtieri y Bignone. La repetición de nombres confirmaba que los rumbos económicos, sociales, educativos se repetían como rutina distintiva de los regímenes militares desde 1955. Los militares de las diversas dictaduras no podían salir del "círculo rojo" de los intereses dominantes. Los repetidos planes políticos, las "salidas" eran las diversas e inútiles formas institucionales que se procuraban para que la voluntad mayoritaria tuviera que aceptar lo inaceptable de aquellas políticas. No otra cosa. La llegada de Galtieri a la presidencia constituyó la culminación de un tortuoso proceso, en donde el ahora beneficiado con el poder, había apoyado muy poco tiempo atrás a Viola y a sus supuestos "moderados" y "politicistas" contra los "superduros", como los definiera Canelo. En realidad lo había hecho para desplazar a sus rivales en el camino a la comandancia del Ejército primero y la Presidencia de la República después, dejando en el camino al inoperante Viola. La lucha de fracciones era cambiante en sus modos, pero no en sus fundamentos: el dominio del poder. Todos, también Galtieri, contemplaban como el "proceso" de deslizaba hacia el fracaso; que la única victoria atribuible a la gestión militar era la represión a la guerrilla y a toda forma de oposición que no acatara a la dictadura. El tema no era que Galtieri se opusiera a una "salida" política, que por supuesto deseaba fervorosamente pilotear si es que quedaba bajo su ejecución y beneficio, sino que rechazaba la negociación que Viola parecía emprender de manera vacilante y contradictoria. El general del arma de Ingenieros entendía que solamente con un militar al frente, se podía pactar una tal "salida" con los partidos o inventando un Movimiento de Opinión Nacional (MON) también con elementos aportados por los antiguos partidos. El tema era que

ese militar tendría que llegar con popularidad política a tal instancia para que su candidatura fuera inevitable.

En esa circunstancia ocurrió que Galtieri fue convencido de que tal condición llegaría fácilmente por la vía de un atajo político. Su par y amigo personal, el comandante en jefe de la Armada, Jorge Isaac Anaya^[48], lo sedujo con el argumento de que la llave mágica para sus aspiraciones políticas sería la explotación de la convicción nacionalista del pueblo argentino, por encima de partidos y sectores, de la recuperación de la soberanía argentina en las Islas Malvinas como el objetivo a lograr para que las circunstancias del pasado fueran superadas por un episodio nuevo, un hecho "fundacional", ese adjetivo tan caro a los mesiánicos nacionalistas de derecha. El trueque del apoyo de ese plan militar naval fue el respaldo para que Galtieri ocupara la Presidencia. El general se comprometió entusiasmado a llevar adelante una acción militar de bajo costo para hacer cambiar la veleta de los vientos políticos a favor de la dictadura y, claro, de él mismo. El comandante en jefe de la Fuerza Aérea, el brigadier Basilio Arturo Lami Dozo, se sumaría más tarde a la aventura.

Lo fundamental de las semanas que vendrían fue puesto en movimiento por el autoritario y mesiánico jefe de la Armada. El almirante Anaya convocó el 15 de diciembre de 1981 al comandante de Operaciones Navales (COP), vicealmirante Juan José Lombardo al Casino de Oficiales del edificio Libertad. Le ordenó que preparara un plan de "desembarco argentino en las Islas Malvinas" (Cardoso et al, 1992:21-23). Ello ocurría antes de que Galtieri asumiera la Presidencia y Costa Méndez jurara su cargo de Canciller.

El reducido grupo naval con el que Lombardo debía trabajar en secreto absoluto, fue integrado por los comandantes de los cuerpos operativos directamente subordinado a él: el jefe de la Aviación Naval, contralmirante Carlos García Boll; el comandante de

la Infantería de Marina, contralmirante Carlos Busser y el comandante de la Flota de Mar, contralmirante Gualter Allara. Malvinas fue una operación anfibia. La responsabilidad por ese diseño estaba totalmente a cargo de la Fuerza dirigida por Anaya.

En esa misma etapa de diciembre de 1981, el lobby sudafricano por el establecimiento de un Tratado del Atlántico Sur se reunió en Buenos Aires. En ese evento que funcionaba regularmente, entre otras acciones con la visita de generales, almirantes y brigadieres a Sudáfrica y su estratégica base naval de Simmonstown -entre los que se contó en 1981, el general Mario Benjamín Menéndez- se reiteró el proyecto de una alianza de naciones de la región para enfrentar la "expansión soviética". En ese evento, el contralmirante argentino Luis María Mendía "adhirió a la tesis general" y la coronó con un nuevo tema: "se refirió a las Islas Malvinas señalando que era necesaria su devolución por Gran Bretaña, ya que habiendo la Marina Real su estrategia y disminuido sus efectivos de superficie "ya no está en condiciones de operar desde las islas", lo cual según el almirante Mendía equivale a desperdiciar ese punto de alto valor estratégico para el mundo libre" (García Lupo, 1983:45-46). El objetivo de tomar Malvinas no surgió de repente por esos días.

Historia y derechos

El estudio y el análisis de la "Guerra de Malvinas" ha llevado como probablemente como ningún otro tema a una muy inmediata discusión histórica. No fue que, para producir la retirada de la dictadura, no hubieran existido progresivos hechos de resistencia a la dictadura como el movimiento de derechos humanos y las luchas gremiales de los trabajadores en muy difíciles condiciones; también la tímida presencia de los desorganizados

partidos en la escena. Pero, sin duda, fue la derrota en la guerra de Malvinas la que empujó a la dictadura a convocar elecciones y entregar el gobierno a una fuerza sorpresivamente victoriosa que alzó banderas críticas al comportamiento represivo militar. Fue una guerra con la que la cúpula militar intentó aprovechar una convicción nacional. La mayoría aplastante de los argentinos había hecho suyas las palabras pronunciadas por el antiguo militante socialista Juan Atilio Bramuglia, quién en 1948 proclamó en las Naciones Unidas la feliz consigna que rezaba: "las islas Malvinas han sido, son y serán argentinas". Su condensación, "las Malvinas son argentinas", fue y siguió siendo, un apotegma nacional, aprendido por generaciones de niños en las escuelas primarias de toda la Argentina.

En 1833, el gobierno argentino presentaba al duque de Wellington, titular del Foreign Office del gobierno británico, una protesta elaborada por órdenes del ministro Maza, y redactada por Manuel Moreno, encargado de negocios argentino en Londres, el 17 de junio y una segunda el 29 de diciembre de ese mismo año. Ellas fueron consideradas por Costa Méndez "todas excelentes, tanto por la fuerza de su argumentación y la solidez de sus fundamentos (...) No han perdido con los años su vigor y lozanía" (Costa Méndez, op. cit., 1993:25).

En 1869, el periodista José Hernández -el autor del "Martín Fierro"- había publicado en su periódico "El Río de la Plata" un texto suyo y una carta del comandante de la Armada Augusto Lasserre en la que reivindicaba la soberanía argentina en el archipiélago. "La República Argentina siempre mantuvo sobre las islas su indisputable derecho de soberanía. En 1828, el gobierno cedió al señor D. Luis Vernet la isla llamada de la Soledad, a condición de formar en ella una colonia a su costa. Ésta se realizó con el mejor éxito después de vencer todas las dificultades inherentes a una empresa de tal magnitud. La

colonia prosperaba hacía ya algunos años (...) En 1831 fueron apresados en las islas tres buques norteamericanos que habían reincidido en la pesca de anfibios contra los terminantes reglamentos que debía hacer observar la autoridad de aquella jurisdicción (...) A consecuencia de ese apresamiento el comandante de un buque de guerra norteamericano destruyó la floreciente colonia de la isla Soledad y ese hecho injustificable lo que indujo a Inglaterra a apoderarse de las Malvinas, consumando un atentado contra la integridad territorial de la Nación Argentina, cuya soberanía sobre aquellas islas había sido siempre respetada". (Hernández, J.2006: 28-29).

Las Malvinas constituyeron (y constituyen) un centro estratégico militar por el muchas veces mencionado acceso fundamental al estrecho de Magallanes en el encuentro del Atlántico con el Pacífico, que las conformaron en un objeto de indudable y prioritaria posición naval, pese a quienes desde ciertas posiciones liberales argentinas despreciaron su valor. El 8 de diciembre de 1914, en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, una flota alemana de cruceros que provenía del Pacífico llegó a las Malvinas. Provenía nada menos que del puerto chino de Qingdao, una colonia alemana en la anarquizada nación que acabada de ver derrumbado a su milenario imperio en 1911. La flota alemana atravesó todo el Pacífico y se enfrentó frente a las costas de Chile en la bahía de Coronel -cerca de la ciudad-puerto de Concepción- a una flota británica a la que destruyó completamente en la que puede ser considerada la mayor derrota de la Royal Navy frente a una armada alemana. Envalentonados por el éxito, la flota alemana se dirigió a las Malvinas, pero no contó con la rápida respuesta de Londres que envió un destacamento de cruceros de reemplazo. En ese diciembre de 1914, la flota alemana se presentó frente a Port Stanley, se encontró con una escuadra británica y se retiró. Los

barcos británicos salieron en su persecución y libraron varios combates en donde hundieron a toda la flota germana conducida por el almirante Graf (conde) Von Spee.^[49]

El interés británico en la zona estaba planteado desde 1908 cuando la Corona británica dictó una orden (ley) por la que estableció la soberanía del Reino Unido, con una pretensión de soberanía no solamente sobre la islas Orcadas, sino sobre Tierra del Fuego y la zona sur de lo que hoy es la provincia de Santa Cruz y entonces era un territorio nacional argentino sobre el que no había disputa alguna con Chile. Dicha orden fue anulada recién en 1919, luego de finalizada la Primera Guerra Mundial, lo que demostró la permanente disposición geoestratégica británica en la zona.

Sesenta y cinco años después del manifiesto de Hernández y catorce años antes del discurso de Bramuglia en la ONU, un entonces compañero de partido de éste último, orlado de alto prestigio, el senador Alfredo Palacios presentaba en 1934 en la Cámara Alta, (y conseguirlo hacerlo votar por unanimidad) un proyecto que prescribía que "siendo necesario que todos los habitantes de la República, sepan que las islas Malvinas son argentinas y que la Gran Bretaña, sin título de soberanía, se apoderó de ellas por un abuso de la fuerza, se encomienda a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, la publicación oficial de la obra de Paul Groussac, "Les Malouines", hasta ahora inédita en español" (Palacios, A.L., 2012:21).

Groussac, un intelectual francés que llegó casi por casualidad a la Argentina y que desarrolló en ella una activísima vida literaria y docente, había sido durante 44 años director de la Biblioteca Nacional. El libro que el francés, luego nacionalizado argentino (y de quién el gran escritor mexicano y embajador en la Argentina Alfonso Reyes afirmó que había sido quién lo había alentado para escribir en castellano), constituyó uno de los primeros documentos intelectuales para difundir y fundamentar los derechos

soberanos de la Argentina sobre las Malvinas. Luego de citar con precisión y erudición los documentos que esgrimían los sucesivos conquistadores de las Malvinas, rescatando la primacía española en su ocupación y su inocultable vinculación geográfica a la Patagonia argentina, Groussac exaltó el comportamiento nacional en su reclamo. “La actitud de la República Argentina, que no ha cesado de protestar contra la usurpación, es buena y hay que sostenerla. Se aferra a su derecho y no quiere ceder. No cabe admitir que los efectos son nulos por el hecho de que el detentador conserve la posesión ilegítima y disfrute de ella si ser perturbado. La resistencia obstinada al hecho cumplido no ha sido estéril. En principio ha proporcionado un “ejemplo” –en el doble sentido de la expresión– a la enseñanza de la cátedra y el libro: es decir, incorporar al actual derecho de gentes, según lo prueba la lectura de tratados y repertorios especiales, esta noción esencial en la especie que la cuestión de las malvinas es cuestión pendiente” (Groussac, P., 2015: 39).

Palacios en su extensa exposición en el Senado, que duró varios días, más allá de glosar y elogiar los fundamentos pro argentinos de Groussac, se ocupó del presente del archipiélago. “En este momento histórico, el mundo sigue un ritmo apresurado, que produce transformaciones imprevistas –afirmaba Palacios– Es así como de pronto el telégrafo nos anuncia que la Conferencia Naval de Singapur, resolvió expresar la conveniencia de la instalación en nuestras islas de una poderosa base naval con los más modernos armamentos de guerra, para fortificación del archipiélago y con el objeto confesado de salvaguardar los intereses británicos en esta parte del continente americano. Se cree con razón que la clausura del canal de Panamá frente a una probable guerra entre el Japón y los Estados Unidos, impediría el paso a los barcos de la escuadra británica; y los ingleses, que tienen mirada de águila, habrían pensado en establecer una po-

derosa base naval en Malvinas" (Palacios, A., op.cit.: 46). Es decir, que Palacios no se ocupaba solamente de las Malvinas por razones históricas o sentimentales, sino que aludía a un tema geopolítico de gran importancia. También se ubicaba en el centro de un debate económico-político producido en 1933: "Un estadista inglés que ignoraba la esencia de la argentinidad, afirmó hace apenas un año que la solución de los graves problemas económicos que nos preocupan estaría en que nuestra querida Argentina se convirtiera en "miembro del Imperio Británico". Me imagino el gesto despectivo de nuestro embajador extraordinario al leer tan extrañas y descorteses declaraciones, que aparecieron en el instante mismo de los agasajos oficiales" (Palacios, A. op.cit.:44). El senador socialista por la ciudad de Buenos Aires se refería al evento producido en Londres en el año anterior: la visita de una misión argentina encabezada por el vicepresidente de la República, Julio A. Roca (h) que negoció la apertura de los Convenios de Ottawa por los cuáles Gran Bretaña limitaba exclusivamente, usando la protección aduanera, sus compras externas a las posesiones del Imperio. Dejaba así afuera a la Argentina. Roca petitionó para que la carne y los cereales argentinos pudieran continuar llegando a Londres. El acuerdo firmado fue denominado el "Pacto Roca-Runciman", traza a la que Arturo Jauretche rebautizó como el "Estatuto Legal del Coloniaje"). Runciman era el canciller del gobierno conservador inglés. En realidad, quién había pronunciado la afirmación de considerar a la Argentina, en la práctica, parte del Imperio Británico había sido el propio Roca. Él era como vicepresidente, el titular natural del Senado y quizás hubiera presidido la sesión donde las palabras de Palacios fueron pronunciadas. Palacios, irónicamente, quizás haya preferido no mencionar deliberadamente al autor de la ofensa, para proseguir con la consideración de su proyecto. (Un par de años más tarde, Palacios fue el único senador que

acompañó al demoprogresista Lisandro de la Torre en el famoso debate por el monopolio inglés oligárquico de las carnes, en el curso del cual fue asesinado en pleno recinto del Senado, Enzo Bordahebere el otro senador demoprogresista electo- pero no incorporado al cuerpo).

FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), el grupo nacionalista popular imbricado en la interna de la UCR como ala izquierda del yrigoyenismo, también reivindicó la soberanía nacional sobre las Malvinas en actos públicos, pero siempre vinculó su ocupación a la intención británica de expandirse sobre la colonia del Virreinato del Río de la Plata, en las Invasiones de 1806 y 1807 y en el dominio exasperante que ejercían sus empresas y bancos sobre el comercio exterior, la finanzas, los transportes y las principales empresas del país. Unía así FORJA a la reivindicación territorial sobre el territorio colonizado, la lucha contra el imperialismo económico en un único proceso, y los hombres de FORJA se colocaban en, aunque no lo hubieran leído, en el marco de "El imperialismo, etapa superior y final del capitalismo", el libro publicado por el líder bolchevique Lenin en 1916 y que iba a guiar la política exterior de la Revolución de Octubre. Aunque su título fuera, un tanto prematuro, no lo era en cuanto al proceso en marcha de la liquidación de los imperios coloniales.

La cuestión nacional sobre Malvinas estaba ya impregnada en la conciencia pública argentina. En 1939, el presidente radical anti personalista Roberto Ortiz creó la "Junta por la Recuperación de las Islas Malvinas". Ésta en 1940 convocó a un concurso para generar una "Marcha de Malvinas". En 1940, la competencia dio ganador al texto producido por Carlos Obligado^[50]. Ése fue el origen de la marcha y no una invención a pedido del carapintada teniente coronel Aldo Rico durante el conflicto como algunos creyeron entonces y después.

El peronismo en el poder brindó una enorme importancia al tema atlántico argentino. Creó el Instituto Nacional del Antártico a cuyo frente colocó al general Hernán Pujato, fuerte impulsor de la soberanía argentina en el continente blanco. Al mismo tiempo, la cuestión de las Malvinas fue impulsada vigorosamente con la instauración del 10 de junio como el "Día de la Creación de la Gobernación Argentina en las Islas Malvinas", cuyo recuerdo fue objeto de una clase anual escolar para todos los alumnos del ciclo primario. Cuando la Argentina fue incorporada a la Organización de las Naciones Unidas, después de los conflictos con Estados Unidos por la neutralidad argentina en la Segunda Guerra, fue la ocasión que utilizó al canciller Bramuglia para reivindicar en el organismo internacional por primera vez la soberanía argentina en Malvinas. Hubo por entonces un amago de operación por la que se intentó la compra de las islas por el gobierno de Juan Domingo Perón, propósito que no pasó a mayores.

17 años después del discurso de Bramuglia, fue el gobierno del presidente Illia a través de su canciller Miguel Ángel Zavala Ortiz quién tramitó la resolución 2065 que instaba a Gran Bretaña y Argentina a negociar pacíficamente el conflicto de Malvinas, teniendo en cuenta las posiciones de ambas naciones y el "interés", palabra que se volvería diplomáticamente clave en los años por venir. La 2065 se apoyaba en la resolución ONU 1514 sobre la descolonización de las tierras todavía ocupadas por las potencias europeas. Crecía el potente desarrollo de los movimientos de liberación nacional frente a los imperios coloniales británico, francés, portugués y los restos del español, con la mirada complaciente de los Estados Unidos que velaba por sus propios intereses.

El interés popular y político argentino se manifestó, por esos años, en el aterrizaje en las islas Malvinas del piloto Miguel Fitzgerald. Este ciudadano argentino de origen irlandés realizó dos viajes a Malvinas utilizando pequeños aviones el 8 de

septiembre de 1964 y el 27 de noviembre de 1968, en éste último acompañado por el director del popular diario "Crónica", Héctor Ricardo García. En 1966, el 28 de septiembre, luego de secuestrar un avión de Aerolíneas Argentinas un comando peronista nacionalista conducido por el militante Dardo Cabo, también acompañado por García, aterrizó en las islas, haciendo como el piloto mencionado reclamos de soberanía. Ambos episodios lograron una enorme y favorable repercusión popular, mientras el entonces canciller de Onganía, Costa Méndez, pronunciaba en las Naciones Unidas un discurso reclamando precisamente la soberanía en el archipiélago.

La diplomacia de la junta por Malvinas

La diplomacia iba a rebasar a la historia. El 17 de diciembre de 1981 el secretario general del Ejército, general Alfredo Saint Jean invitó a Nicanor Costa Méndez a una plática en el comando en jefe del Ejército. Eran los momentos previos a la asunción de Galtieri en lugar de Viola. Costa Méndez recordó en sus memorias (Costa Méndez, op. cit.) que "una vieja relación lo unía" con el militar, desde cuando éste había sido ayudante de campo de Onganía, comandante en jefe del Ejército y del cual Costa Méndez fuera canciller. Para Costa Méndez, Saint Jean "era un oficial ejemplar y un hombre cabal". El militar lo sondeó para que fuera canciller de Galtieri, inminente Presidente. ¿Quién era políticamente Costa Méndez? Para García Lupo, "era prácticamente un desconocido hasta que Onganía lo designó como canciller en junio de 1966. En ese momento revistaba como socio de un club de millonarios y beatos, el "Ateneo de la República". Costa Méndez era hijo de un diputado del ala derecha del partido Conservador y como joven militó en la aristocracia nacionalista de los

años '40 que admiraba a Alemania y sus aliados, pero que en los '50, viraron de bandera e intereses. El joven abogado completó sus estudios en Estados Unidos y se vinculó a las compañías Texas Instruments Inc. De Dallas Texas y Field Argentina S.A. en las que fungió como vicepresidente y director respectivamente. También se asoció con un grupo de capital alemán Plaff-Bromberg y Palavicini y cía, importadores de maquinaria agrícolas. También era director de una poderosa concentración ganadera, SACYF de los parientes de su esposa, Robirosa Ocampo, y de los grupos ganaderos Fincora S.A. y Alfredo Seré. En éstos últimos estaban presentes el ex canciller Bonifacio del Carril y el que fuera embajador de Onganía, Francisco Ramos Mejía. (...) Durante su gestión en el gabinete de Onganía planteó "la reivindicación de las Malvinas, una materia más bien folklórica antes que de política viva, fue sin embargo presentada como de vida o muerte, de lo que cabía concluir que la cuestión estaba resuelta a favor de la Argentina. Cuando la opinión pública, sometida al bombardeo "patriótico", fue finalmente persuadida que la posesión de las lejanas islas era fundamental para la Argentina, el tema se evaporó y las negociaciones se hundieron silenciosamente" (García Lupo, 1971:97-98).

Esos eran los perfiles "nacionalistas" del abogado de empresas extranjeras (en el momento de volver al gobierno, era presidente de la Compañía General de Combustibles, integrante del cartel petrolero, pero del lado de los capitales británicos de la Shell -García Lupo, 1983:35-) que había asesorado al propio Lami Dozo para confeccionar uno de los ya mencionados retorcidos planes políticos de la dictadura que tenían un solo fin: prorrogar el mandato militar bajo la aprobación por el voto popular, una operación un tanto compleja.

Entusiasmado por su charla con Saint Jean, el abogado y ejecutivo empresarial pasó a hablar de inmediato con "el general

majestuoso”, con quién conversaba por primera vez. Galtieri le dijo que la política exterior había sido ya aprobada por la Junta Militar. Costa Méndez afirmó que “a mi juicio Latinoamérica debería tener clara prioridad en nuestra política exterior. Asintió, por cierto. Luego discutimos en particular ciertos temas críticos o especialmente importantes para la Argentina: entre otros las relaciones con Brasil, Chile, Bolivia y las naciones de América Central. Subrayé, en cuanto a esta última cuestión, que era necesario otorgar prioridad a la gestión diplomática y que, a mi juicio, toda solución debía estar subordinada a la afirmación del principio de no intervención”(Costa Méndez, N., op.cit.:14). ¿El futuro canciller no sabía de la presencia de especialistas en “guerra contrarrevolucionaria” en los países centro americanos? No parece del caso estimar la ignorancia de un hombre de las vinculaciones castrenses, políticas y diplomáticas de Canoro, su apodo familiar. Galtieri asintió maquinalmente pero le contestó: “Tendremos que analizar este tema a fondo. Deberá usted conocer los aspectos militares y los eventuales riesgos que para toda América la situación lleva consigo”. Estaba todo dicho. A buen entendedor, pocas palabras, sobre todo para un anti-comunista de ley como el dos veces canciller de dictaduras militares.

En sus memorias (Costa Méndez, 1993) Costa Méndez señaló que Galtieri, en esa conversación, no mencionó para nada, el caso Malvinas ni que los EEUU le hubieran ofrecido apoyo para una acción militar. En cambio, destacó que Galtieri rechazó los resultados de la mediación papal sobre el Beagle. Costa Méndez habría dicho: “De acuerdo, pero debemos evitar los enfrentamientos militares y aún los roces en las fronteras. Hemos empuñado nuestra palabra ante el Sumo Pontífice”. “Conforme, Costa Méndez”, le habría contestado el Comandante.

Luego le hizo a Costa Méndez una significativa manifestación sobre Malvinas. “No podemos permitir que este reclamo sea

ignorado en la práctica por Gran Bretaña y que el trámite se eternice. El ciento cincuenta aniversario (3 de enero de 1983, JLB) de la ocupación no puede pasar desapercibido (...) Tenemos que estar preparados para el fracaso de las negociaciones y debemos tener planes de alternativa. No hablo de tomar la decisión de ocupar las islas, ni siquiera le doy instrucciones para que prepare acción diplomática alguna en tal sentido. Sólo quiero significar que algún día debemos analizar todas las posibilidades que la política exterior puede ofrecer, sin exclusión alguna y sus consecuencias negativas y positivas" (Costa Méndez, N., op.cit.: 16). En aquél diálogo, uno mentía -Galtieri, que ya había pactado con Anaya el desembarco - y el otro aparecía valorando, aparentemente, la ambigua manifestación del general. Para Yofre "hay documentos que demuestran que la Junta Militar ya había tomado la decisión de invadir y que la misma formó parte del derrocamiento del teniente general (retirado) Roberto Eduardo Viola, y cómo la operación intentó formar parte de un lavado decara del Proceso" (Yofre, J.B., 2011:13). Al asumir el nuevo canciller planteó una ferviente vocación por América Latina que no estaba en su pasado reciente. Al parecer, misteriosamente, se había olvidado de su definición de la Argentina por el Occidente blanco y cristiano que formulara públicamente con pasión poco tiempo atrás. Retrospectivamente, Costa Méndez ha tratado de sostener que su "prioritario" objetivo en la gestión era América Latina. "Me interesa destacarlo -apuntó en sus memorias. Contra lo que afirman algunos críticos, este sentimiento americanista, este reconocimiento de una solidaridad histórica, no nació en mí el 2 de abril en Buenos Aires o el 26 de abril en Washington. Más aún: el 4 de enero al poner en posesión al nuevo subsecretario de Relaciones Económicas Internacionales, Félix Peña, subrayé la vocación americanista del nuevo funcionario y dije que la primera prioridad política del ministerio de Relaciones Exteriores

es América Latina" (Costa Méndez, op.cit. 18-19). Más allá de si el "americanismo" ha sido equivalente a "latinoamericanismo", ¿podía haber ignorado el reiterado canciller las acciones militares "antisubversivas" del Ejército argentino en Centroamérica y en Bolivia? ¿Era esa la política para América Latina? ¿La que realizaba la dictadura contra los "amigos de Castro" y a través de la "Operación Cóndor"?

El íntimo amigo de Costa Méndez, Eduardo Roca compitió con él por la Cancillería y había pactado con aquél intercambiar el cargo ministerial y el de embajador en la ONU, según les fuera en la partida por el premio mayor. Compartían su pensamiento y su práctica porque Roca- el que iba a defender la soberanía argentina en la ONU durante la guerra "era -según una fuente indesmentible- una figura del establishment, un exitoso abogado de empresas extranjeras" (Yofre, J.B., op. cit.:11) y más allá de no poseer un "refinado" manejo del inglés, carecía de las condiciones ideológicas y conceptuales para defender una política nacional. Esa fue la dupla del súbito nacionalismo territorial de Galtieri, Anaya y Lami Dozo, con el liberalismo económico de Roberto Alemann como titular de Economía. El 20 de marzo, Galtieri impaciente y orgulloso de su poderoso secreto, le confió a Roca : "Vamos a recuperar las islas aunque todavía no puedo decirle con exactitud". Al reunirse con Costa Méndez, Roca le confió la excitante novedad de la que le había hecho partícipe el Presidente -que quizás Costa Méndez hubiera querido transmitirle el mismo-, aunque el canciller trató de quitarle peso: "No es algo que esté completamente decidido, Eduardo", contestación que no convenció al flamante embajador (Cardoso, O.R. et al, op.cit.:101). Costa Méndez, en cambio, le había confiado esa misma información invasora a su amigo y socio Bonifacio del Carril, varios días atrás, entre el 9 y 10 de marzo (Yofre, J.B., op.cit.:33).

Gran Bretaña había incluido, a partir de la resolución 1514 a las Malvinas como territorio a descolonizar y se abstuvo -no votó en contra- en 1965 sobre la resolución 2065 que admitía la disputa y reconocía "los intereses" de los isleños. Por entonces, Gran Bretaña sostenía un fuerte conflicto sobre su colonia Rhodesia, donde la mayoría negra quería la independencia y luchaba, como en Sudáfrica, contra el apartheid de la minoría blanca, también africana nativa. Este conflicto le ocasionaba muchos problemas internacionales. Costa Méndez señaló que no se explicaba los móviles de Gran Bretaña para incluir como territorio a descolonizar a las Malvinas. Puede estimarse que reconocer el carácter colonial era de sensatez y admitir "los intereses" de los habitantes podía dar pie a una independencia o, por último llegar a la solución Chipre: reconocer la soberanía argentina con la cesión de una parte del territorio, con carácter de soberanía, para instalar allí una base aeronaval. O, por último, un acuerdo tipo Hong Kong adaptado a las circunstancias del archipiélago.

Costa Méndez relató que, en su anterior desempeño como ministro de Relaciones Exteriores, durante la dictadura de Onganía, sostuvo una conversación con el ministro de Relaciones Exteriores británico, el laborista George Brown, de la cual sacó la impresión de que era posible una cesión de las islas por Gran Bretaña. El partido laborista inglés había sostenido posiciones anticolonialistas contra los primeros ministros conservadores Winston Churchill, Anthony Eden y Harold Mc Millan.

En 1968, y siempre con un gobierno laborista en Gran Bretaña, Costa Méndez había recibido como canciller de la "revolución argentina" a un miembro significativo de la diplomacia inglesa, Lord Chalfont. En aquella ocasión, se planteó la posibilidad de un reintegro pacífico de las islas Malvinas a la soberanía argentina. La prensa conservadora de Buenos Airesse regodeaba triunfalista entonces afirmando que el diplomático inglés "acababa de

cumplir la más ardua misión de su carrera diplomática: advertir a los 2 mil habitantes de las Malvinas que el Gobierno de su Majestad ha resuelto abandonarlos (...) las autoridades no tenían que consultar a los súbditos malvineros porque su decisión estaba tomada de antemano. Consiste en devolver un archipiélago que retienen, ilegalmente, desde 1833". La decisión se tomaría porque "la economía de las islas -basada en la cría de ovejas y la venta de lana no se sostendría por mucho tiempo" (Primera Plana, 3/12/68:12-14). El semanario que había comprado la línea de Costa Méndez, debió rectificarse parcialmente una quincena después cuando en el Parlamento el ministro del Foreign Office, Michael Stewart, recibió "el disgusto de los conservadores opositores y de muchos laboristas" frente al presunto anuncio de retirada. El ministro le prometió a la Cámara de los Comunes que "semejante acuerdo tiene que contar con el acuerdo de los habitantes". La revista recordaba que "las Naciones Unidas ordenaron buscar una solución pacífica de la controversia que tenga en cuenta los intereses de los malvineros y no su voluntad. Stewart no lo ignora, es cierto, pero su colega argentino, Nicanor Costa Méndez, recordó una vez más ese punto esencial en un comunicado que, con motivo de las manifestaciones de Stewart, emitió el jueves a la noche" (Primera Plana, 17/12/1968: 17).[51] Costa Méndez debería haber recordado ese episodio cuando emprendió la que parecía alegre marcha al Sur con Galtieri. En el día de Reyes de 1982, los comandantes supremos se regalaron una decisión acerca de la contingencia militar."Se insistió en llevar adelante la acción, si fracasaba la ronda de negociación con Gran Bretaña que debía celebrarse en Nueva York el 27 y 28 de enero". (Cardoso, O.R., op. cit.: 47). El 12 de enero, Galtieri avanzó en la operación militar y convocó a su despacho al general Osvaldo García, comandante del V Cuerpo de Ejército quien viajó desde la playa de Pinamar donde

vacacionaba. Le impuso a García impuso el planeamiento de la acción militar en el archipiélago. Galtieri afirmó a su subordinado que la acción era "tentativa" y estaba dirigida a "recuperar las islas para negociar luego (...) Ocupar para negociar", reiteró el Presidente-Comandante. Lo autorizó a hablar con el jefe del EMGE, el general Vaquero y con el segundo comandante del Cuerpo V, su propio segundo, el general de brigada Julio César Ruiz. Debía trabajar con el vicealmirante Juan José Lombardo[52] y el brigadier mayor Sigfrido Martín Plessl, comandante de Instrucción de la Fuerza Aérea, ése iba a ser el primer e improvisado "Estado Mayor" del desembarco, por cierto no estaba previsto en organigrama alguna de las FFAA. Se saltaba así a los EEMM de las Fuerzas y al propio Estado Mayor Conjunto.

La Junta Militar formuló en su reunión del 26 de enero la Directiva Estratégica Nacional (DENAC) 1/82 en la que se establecía que "es necesario prever el empleo del poder militar para el logro del objetivo político "(ocupar las Malvinas). Al mismo tiempo aprobó la Directiva Estratégica Militar (DEMIL) 1/82 que establecía "el empleo de parte del poder militar para conquistar, consolidar y asegurar el objetivo estratégico militar en el momento y la circunstancia más favorable". Por último, el "Plan de Campaña Esquemático" disponía "la ocupación de las islas con una considerable y numerosa fuerza de tareas anfibia a partir del Día D, por medio de una operación incruenta, la instalación de un gobierno militar y un repliegue posterior de las fuerzas, salvo una reducida guarnición militar de apoyo al gobernador. Todo lo enunciado debía estar concluido el día D+5"(Camogli, P., 2007:34).

De la Directiva Estratégica Militar (DEMIL) elaborada por la Junta se instauraba un curso de acción que debía concluir, simbólicamente, el 25 de mayo, con una declaración de soberanía. Como es sabido las cosas se anticiparon. La Junta Militar preveía, según Cardoso et al, que se desarrollaría una "negociación muy intensa"

con Gran Bretaña. Todo partiría de la tesis del "hecho consumado" que era la gran carta de Costa Méndez. Se harían grandes concesiones a los intereses económicos en las islas (indemnización a la Falkland Island Company) y facilidades a los isleños que desearan emigrar. Contando con lo que la Junta valoraba que eran los grandes servicios prestados en Centroamérica en la lucha antiguerrillera, se pensaba en el involucramiento de los Estados Unidos para volcar la balanza. También trabajar sobre los países del Mercado Común Europeo para que trataran de entender el hecho. Además lograr que la URSS y China Popular por su posición anticolonialista se solidarizaran con el acto argentino.

La Junta creía que los británicos no enviarían más que una fuerza simbólica y por lo tanto, la pequeña fuerza que Argentina dejaría en las islas luego de la ocupación sería equivalente y suficiente para constituir el trasfondo de la negociación que aquella entendía como inevitable que Gran Bretaña asumiera. En estos considerandos estaba presente el planteo de la reducción drástica de la Royal Navy para transformarla en una fuerza de submarinos nucleares al servicio de la estrategia antisoviética de la OTAN. Por lo tanto, esa operación en curso, dejaría al Reino Unido sin los elementos para emprender un desembarco (Cardoso, O.R., op.cit: 78-79).

Costa Méndez desarrollaba la tesis de la intervención mediadora de la "potencia hegemónica" que eran los Estados Unidos. Citaba los ejemplos de la crisis de Suez en 1956, la intervención de los EEUU en la Guerra del Iom Kippur en 1973, en conflictos latinoamericanos entre El Salvador y Honduras ("la guerra del fútbol) y el choque de Ecuador y Perú en la frontera amazónica. Thatcher también recordaría Suez, pero su mirada era distinta. En 1956, el líder nacionalista egipcio Gamal Abdel Nasser había nacionalizado el Canal de Suez, vía privilegiada del abastecimiento petrolero del Reino Unido y del resto de los países europeos

occidentales. El primer ministro Anthony Eden, el canciller de Churchill en la II Guerra Mundial, había dictaminado que Nasser era "un Mussolini árabe". Una empresa británica era la dueña de la vía construida bajo la dirección del ingeniero francés Fernando de Lesseps. Nasser ocupó el Canal y expropió la empresa 8 años después de la derrota de su país y sus aliados árabes contra Israel durante la guerra por la partición de Palestina. Eden pactó con Israel y Francia una operación por la que el gobierno de Tel Aviv invadió el Sinaí y llegó hasta el Canal, que Nasser había comenzado a administrar con prácticos navales soviéticos (imprescindibles para dirigir los barcos en el curso de las aguas) provistos por Moscú. Entre tanto, los británicos y franceses se lanzaban del lado occidental del Canal. La "oferta" de pacificación de Gran Bretaña y Francia para separar a los dos contrincantes no fue aceptada por El Cairo. Entonces, Gran Bretaña invadió Egipto y provocó la dura reacción del gobierno republicano de Dwight Eisenhower, un tanto harto de los anacronismos coloniales de Londres y preocupado por la propia expansión de su país. Ya estaba en marcha, desde 1954, la guerra de independencia de Argelia, apoyada por Egipto, que encendía el nacionalismo árabe. Estados Unidos mandó a parar la mano a su aliado en la Segunda Guerra Mundial.

Thatcher escribió en sus memorias: "A partir de 1956, año del fiasco de Suez, la política exterior británica no había sido sino una larga retirada. El gobierno británico, al igual que los gobiernos extranjeros, habían asumido tácitamente que nuestro papel internacional estaba condenado a disminuir poco a poco. Había llegado un momento en que tantos nuestros amigos como nuestros enemigos nos veían como una nación desprovista de voluntad y de capacidad a la hora de defender sus intereses en tiempos de paz, por no hablar de los momentos de guerra" (Thatcher, op. cit. 1993: 171). La primera ministra obviaba la presencia

de los Estados Unidos que no podía justificar una intervención militar por la nacionalización de una compañía sin apoyo de la ONU y con toda la retórica colonial e imperial que tanto el Reino Unido como Francia exhibían anacrónicamente perjudicando la expansión del nuevo y conductor poder del capitalismo occidental. Al final, Gran Bretaña protagonizó una humillante retirada junto con Francia e Israel, que había sido militarmente eficaz, debió volver a las fronteras con Egipto vigentes desde 1948. El rechazo en el mundo árabe a la intervención tripartita fue tal, que hasta el propio rey Hussein de Jordania un sólido amigo del Reino Unido, retiró en ese 1956 los oficiales británicos que encuadraban a la Legión Árabe, su ejército personal.

Tampoco el ejemplo de la guerra del Iom Kippur en 1973 se aplicaba a Malvinas. Dos naciones de poder en Medio Oriente, con la presencia activa presencia de la URSS como proveedor militar y financiador de la presa egipcia de Asuan, que también había estado presente diplomáticamente en Suez, convocaban la presencia equilibradora, mediadora y disuasiva entre los contendientes. No es que la fuerza no hubiera salido victoriosa de conflictos coloniales parte de los sometidos. La India había recuperado por la fuerza en 1961 la pequeña posición colonial portuguesa instalada en Goa desde hacía siglos. Pero Portugal era una muy lejana potencia colonial, más declinante aún que el Reino Unido, muy distante de la India y con escasa capacidad militar para emprender una recuperación. Comparar aquél caso con Malvinas fue un craso error.

Thatcher, que había dispuesto la jibarización de la Royal Navy, pero que afrontaba una dura situación política interna, encontró en la respuesta armada al desembarco en Malvinas, la resolución clave para su supervivencia política. Buscó lo mismo que Galtieri, pero le salió bien porque sus medios materiales se lo permitían y porque su aliado y líder, Estados Unidos, no

estaba preocupado ya por los mayormente concluidos problemas coloniales de otros, sino que afrontaba la batalla final, que sería victoriosa siete años después en el Muro de Berlín sobre la URSS y el campo socialista. Galtieri no era Nasser y la URSS se movió muy prudentemente en el conflicto.

En una jornada, cuya fecha el mismo interesado no recuerda con precisión pero que fue el 2 de marzo, el general de brigada Mario Benjamín Menéndez, subjefe III (Operaciones) del EMGE, se enteró de que iba a ser gobernador militar de Malvinas al concurrir a su reunión de rutina con el Comandante en Jefe Galtieri. Éste lo intrigó con un interrogante: "¿Cómo va su inglés?" y luego le informó, con la prohibición secretista que rodeó todo este tema, que iba a ser el gobernador militar de las Malvinas, luego del desembarco argentino que se preparaba.

Asombrado e incrédulo, Menéndez fue a buscar explicaciones en su jefe directo el titular del EMGE, el general Vaquero, diálogo para el cuál había sido, sí, autorizado. El general le desgarró en su pobre concepción estratégica: "Gran Bretaña hace rato que no sabe qué hacer con las islas, constituyen una carga bastante pesada. A la vez está condicionada tanto por la opinión pública y lobbies parlamentarios como por la Falkland Islands Company (FIC), así que la negociación será difícil. Pero con nosotros ocupándolas, con el hecho consumado, se va poder arreglar" (Túrolo, C.M., op. cit., 1983: 14).

La estrechez de miras de Vaquero no había despreciado, empero, un factor importante en el conflicto, la mencionada FIC que Costa Méndez describió, en este caso, como si fuera un analista de izquierda. La definió como: "Una corporación imperialista de las que en el siglo XVIII recibían patentes especiales; un clásico exponente de los instrumentos que utilizaba Europa en el siglo XVIII para firmar su presencia en Asia y África y expandir su influencia comercial y económica en el mundo (...) esta compañía

monopólica favorecida con una concesión victoriana, típicamente colonialista, es dueña de más de la mitad de la tierra de las islas; monopoliza el sistema bancario y los seguros; así como las zafras y la comercialización de la lana, es propietaria de los muelles y la red de comunicaciones; de los almacenes y depósitos portuarios; también de los hoteles. Nada queda fuera de su dominio directo o de su influencia. Sobre una población total de 1500 personas, alrededor de 800 son parcial o totalmente empleados por ella” (Costa Méndez, *op.cit.*: 38-39).

El canciller había comprobado el poder de lobby de la FIC en 1968 cuando hiciera naufragar en la Cámara de los Comunes la ya mencionada gestión Chalfont-Stewart, precedida por su conversación informal con George Brown, el laborista canciller inglés en la misma época de este frustrado emprendimiento diplomático. El 15 de enero, el equipo conducido por el vicealmirante Lombardo, terminó de preparar un plan de desembarco en las islas Malvinas. El desarrollo del proyecto propuesto por Anaya a Galtieri, tomaba como base el que se diseñara durante la gestión de Massera que, precisamente había diseñado el propio Anaya. Este plan habría sido también estimulado como idea política por el grupo de montoneros capturados en la ESMA y que desarrollaban trabajo intelectual esclavo en el espacio “staff” del campo clandestino de detención, donde analizaban la prensa escrita para la conducción de la Armada, en un esfuerzo por sobrevivir y lograr su libertad, lo que lograrían entre 1978 y 1979. Lo que propusieron a sus captores de la ESMA, fue la idea de que solamente un objetivo fervorosamente compartido por la enorme mayoría del pueblo argentino, lograría reunificar a la violentada sociedad nacional durante el proceso. Lombardo debió comunicarse con el Servicio de Informaciones Navales (SIN) para conocer detalles técnicos decisivos para un desembarco militar: la profundidad de las caletas que rodeaban

a Puerto Stanley; el estado de las playas y su aptitud para el desembarco de los infantes de marina y las vías de acceso a la ciudad y al aeropuerto. Para comunicarse con el servicio tuvo que ser autorizado por una orden de Anaya (Cardoso et al, op.cit.:25). El SIN era demasiado poderoso. No en vano, había sostenido frente a Massera sus diferencias con el proyecto del terrorismo con intención populista de la ESMA. El SIN era, partidario del asesinato de todos y cada uno de los capturados por el "almirante Cero". Es posible que del SIN haya partido la diseminación del proyecto hacia lugares tan diversos como los servicios colegas de los EEUU y el periodismo ultra conservador exasperado por la lucha antisubversiva. Anaya le había prohibido a Lombardo hablar con el comandante del Cuerpo V de Ejército, con jurisdicción en la Patagonia y cuya jefatura estaba en Bahía Blanca. El general Osvaldo García tenía su comando muy cerca de Puerto Belgrano, la rada de la flota, la pista de la Base Comandante Espora de la Aviación Naval y de los cuarteles de las tropas de infantería de marina en la base Baterías, éstos dos últimos asentamientos bien cercanos a Puerto Belgrano con cuyos jefes Lombardo preparaba el plan de desembarco. Anaya esperaba no solamente los comentarios de Galtieri, la aprobación de toda la operación, sino también el conforme del brigadier general Arturo Basilio Lami Dozo, el flamante jefe de la Fuerza Aérea.

Hacer política uniformada

Como prueba de que las tensiones políticas iban en aumento y los militares, en actividad y retiro, preparaban con distintos intereses una salida del gobierno que veían como inevitable, el 16 de enero, el almirante Massera afirmó que cuando había ejercido la comandancia en jefe de la Armada, había propuesto en la

Junta Militar que se publicara una lista de desaparecidos para conocimiento de la opinión pública. Aquella fue otra de sus provocaciones a Videla a quién hacía la vida imposible, dado que no podía reemplazarlo como su sucesor. Al reiterarlo en la que sería breve era Galtieri, Massera buscaba presentarse como el “torturador bueno”, pero era evidente que todavía no tenía conocimiento del desembarco y del operativo político que tramaban los que eran objetivamente sus rivales.

Asado en Victoria

El operativo político para refrescar al proceso avanzaba con uno de los operativos clásicos de la política tradicional. En la localidad pampeana de Victoria se celebró con un gigantesco asado, el centenario de lo que la historiografía liberal bautizó como “la conquista del desierto”, que no fue la travesía de un desierto y sí la ejecución de un genocidio con beneficios para terratenientes. Los pequeños partidos conservadores que aspiraban a suceder al régimen militar con su anuencia, reunieron alrededor de 13 mil asistentes (Cardoso, O.R., op.cit.: 76-77) en la feria agropecuaria de la ciudad. Galtieri saludaba como si fuera Churchill en la II Guerra Mundial, con la V de la victoria, acompañado por políticos minoritarios y conservadores como Guillermo Acuña Anzorena, Ismael Amit, (ambos provenientes del radicalismo intransigente de Frondizi) y con largos recorridos centro-derechistas) Jorge Pérez Izquierdo, el general[®] Juan Pita y el radical - con licencia) Arnoldo Castillo, gobernador de Catamarca, nombrado por el nuevo Presidente, la jujeña María Cristina Guzmán y Rubén Cardoso, dirigente peronista del SMATA (Yofre, J.B., op. cit.: 121). La dirigente jujeña, integrante del Movimiento Popular Jujeño fundado por su padre el ex gobernador emigrante del

radicalismo- que también integraba la Fuerza Federalista Popular -FUFPEPO- proclamó sin impudicia el pensamiento común a todos ellos: "Del éxito o el fracaso de las Fuerzas Armadas dependerá el éxito o el fracaso del país. La FUFPEPO pone a sus mejores apoyando al proceso y no son sólo simple declaraciones" (Leuco, Alfredo y Díaz, José Antonio, 1988:227).

Allí Galtieri dijo: "me he hecho cargo de la presidencia para buscar una solución definitiva y estable para el futuro político del país (...) serán nuestros amigos aquellos que tengan espíritu abierto, sereno y la imaginación dispuesta para encontrar caminos que contribuyan a superar la crisis de alternancias civiles y militares en el poder".

EL 29 de diciembre, un día después que Galtieri se calzara la banda y tomara el bastón presidencial, él y Anaya aprovecharon la ceremonia de entrega de los nuevos grados a los flamantes brigadieres y le plantearon a Lami Dozoen privado, la necesidad de que en el año del sesquicentenario de la ocupación británica, el pabellón nacional flameara otra vez sobre Malvinas. El jefe aéreo no opuso resistencia, quizás porque creyera que la ocupación fuera un entrar y salir un "toco y me voy"[53], organizado militarmente como el "D+5", es decir, desembarcar por pocos días y retirarse para que la ONU forzara la reanudación de las negociaciones ordenadas por la resolución 2065.

Mientras los planes se anotaban en los papeles secretos de un puñado de burócratas militares y civiles en la Cancillería, el proyecto comenzaba a mover sus fichas. Una de ellas fue el proyecto imprudente de relevar al experto diplomático Carlos Ortiz de Rosas de su cargo de embajador en Londres, haciéndolo en canje por un marino retirado, el contralmirante Rodolfo Luchetta, gobernador entonces de Santa Fé. La propuesta había sido una increíble iniciativa de Anaya que suponía que Luchetta, por ser militar y haber sido agregado naval en Londres

estaba capacitado para transmitir la posición argentina a sus colegas británicos, como si éstos pudieran ejercer un determinante poder sobre el gobierno de Londres. Como si Downing Street 10 pudiera ser apretada como la Casa Rosada de Frondizi. Los ingleses se enojaron y algunos de ellos ya empezaron a vislumbrar parte del rumbo que tomarían los acontecimientos. Galtieri le ofreció personalmente a Ortiz de Rosas la dirección de la comisión argentina destacada en el Vaticano por el espionoso tema del Beagle. Al final, ni Ortiz de Rosas estuvo en Londres cuando ocurrió el desembarco, ni Luchetta lo reemplazó ese sitio: sede vacante en circunstancias críticas.

El trío militar que preparaba la operación militar elaboró una Directiva Estratégica Militar (DEMIL), que según afirmó García "le entregamos a los Comandantes; estábamos haciendo la orden que debíamos haber recibido de nuestros superiores ". Fijaron como día D, el 9 de julio que luego fue cambiado por el 15 de mayo (Cardoso et al, op. cit.:53).

Los militares también supusieron que podría algún tipo de acuerdo con las grandes potencias o, por lo menos, alguna de ellas. La mayor distancia la establecía la Armada con la URSS con su enfático anticomunismo y su convicción de que los soviéticos hacían mover a sus submarinos por aguas argentinas o cercanas a los límites nacionales."La idea prevaleciente entre los militares, una de las salidas para la situación de las Malvinas, consistía en ofrecer a Washington una base naval en las islas" (Cardoso, O.R., op.cit: 53). Pese al anticomunismo rampante y que la URSS era la potencia enemiga en la Tercera Guerra Mundial, la Argentina se veía necesidad del apoyo de la URSS para lograr un veto a la resolución de la ONU que legitimaría la acción militar británica de reconquista. Una hipótesis sobre el tema la brindó García Lupo: "¿Por qué habiendo llegado la URSS a comprar el 80 por ciento de la producción argentina de granos, el veto soviético no llegó rápido como

el rayo para detener al Consejo de Seguridad? Porque había y hay demasiadas zonas grises en esta complicada madeja para jugar antes de tiempo el veto que tal vez hubiera dejado el camino libre para el establecimiento de una base militar de los Estados Unidos en algún territorio reivindicado justamente con la ayuda de ese veto" (García Lupo, 1983:18-19).

La disputa con Gran Bretaña se potenciaba y era incrementada en la opinión pública por voceros que respondían gustosos a las intenciones de la Armada. Cuando Costa Méndez preparó el documento para ser entregado a los británicos el 27 de febrero, con el índice del tratamiento de los temas a ser discutidos en la reunión de negociación de Nueva York, un anticipo del mismo apareció publicado tres días antes en la influyente columna del periodista español Jesús Iglesias Rouco^[54] en el matutino ultra liberal "La Prensa". En ella, Iglesias Rouco afirmaba que la Argentina presionaría fuertemente a Gran Bretaña para lograr condiciones concretas para la devolución de las islas. De no conseguirlas, afirmaba el periodista "la Argentina rompería las conversaciones" (Cardoso, O.R., op.cit: 53). Estimando la fuente de la que provenía la información, la ruptura implicaba de manera inminente la posibilidad de acciones militares. El clima bélico se estaba creando, pero el factor sorpresa se comenzaba a perder. Iglesias Rouco había vinculado en otro artículo publicado por entonces en "La Prensa" los conflictos del Beagle y Malvinas, los que Estados Unidos quería que se resolvieran para lograr una defensa del Atlántico Sur ante la omnipresente "amenaza soviética". Costa Méndez señaló que "Iglesias Rouco dejaba entrever que según sus informaciones los Estados Unidos comenzarían a apoyar la posición argentina en el caso Malvinas y que habrían advertido que la posesión de las islas por la Argentina facilitaría la solución del conflicto del Beagle y aventaría el peligro de una guerra entre las dos naciones sudamericanas". También Costa

Méndez destacó que Iglesias Rouco en una nota posterior, había descripto con precisión el plan de negociaciones que el Ministerio habría de llevar adelante. "Sus afirmaciones eran correctas" escribió el canciller en sus memorias delatando la fuente de las mismas. A fines de febrero, las impaciencias de la prensa liberal eran grandes. "Convicción", el diario que Massera[55] orientaba y la Marina financiaba afirmaba que "nadie entiende que se sucedan los gobiernos, con ellos los cancilleres y que la Argentina, siga mansamente perdiendo el tiempo". Con entusiasmo, Costa Méndez registró una tercera intervención en "La Prensa" de Iglesias Rouco "quién con más vigor tradujo el clima que vivía cierto sector de la opinión pública. Citó con entusiasmo, la afirmación del columnista: "¿Porqué no ocupamos las Islas Malvinas? Nadie contesta; el gobierno mudo" (Costa Méndez, op.cit.:76-77). En febrero, según Cardoso et al, Costa Méndez recibió la información oficial del operativo por medio de Galtieri, aunque siempre supo que esa era la decisión de la Junta a seguir porque no era posible que Gran Bretaña aceptara ceder la soberanía en una conversación después 17 años de negativas (Cardoso, O.R., op. cit: 56). Sin embargo, Costa Méndez lo negó enfáticamente en sus memorias. "A esta altura de los acontecimientos -señaló Costa Méndez sobre el 6 de marzo cuando el secretario de Asuntos Interamericanos, Tomás Enders llegó a Buenos Aires- el gobierno argentino, como he dicho y repetido, no había tomado la decisión de utilizar la amenaza indirecta de la ocupación como instrumento, de presión para acelerar las negociaciones" (Costa Méndez, op.cit., 101). Parecen demasiadas negaciones para el conjunto de preparativos que se estaban desarrollando a nivel militar con gobernador designado, plan de desembarco diseñado, "estado mayor" ad hoc en funciones.

La reunión de Nueva York

A fines de febrero, viajó a Nueva York la misión argentina que debía hablar con sus pares británicos acerca de la disputa. Al frente de la misma iba el embajador Enrique Ros, virtual número dos de la Cancillería. Un hombre estructurado que hablaba poco y dejaba trascender menos. Se encontró con su par inglés Luce. En el "papel de trabajo" que le había adelantado por rutina de trabajo, la Cancillería argentina decía que "en el entendido, pues, de que la cuestión de la soberanía sobre Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur debe ser solucionado pacífica, definitiva y rápidamente en interés de las partes de la disputa y de todos los interesados en resolverlas, es que el gobierno argentino propone, para desarrollar las tratativas, el establecimiento de una Comisión Permanente Negociadora que deberá reunirse todas las primeras semanas de cada mes, alternativamente en cada capital y que tendrá a su cargo la continuidad e impulso de la negociación, no quedando supeditada a encuentros esporádicos, sin objetivos claros ni resultados concretos" (Costa Méndez, op.cit: 81) en la reunión encabezada por Ros por la Argentina y Luce por Gran Bretaña "la principal concesión que Luce pudo ofrecer fue aceptar la propuesta argentina de una comisión negociadora. La delegación argentina se dio gratamente sorprendida cuando logró que se aceptase esta propuesta"(Freedman y Gamba, op.cit.: 50). Aunque los británicos no aceptaron un calendario riguroso. El nivel de los negociadores no debía ser muy alto, se reunirían durante un año y luego se pasaría revista a lo logrado. La Argentina aceptó la inclusión de isleños en la delegación británica. El comunicado conjunto fue breve. Habló de "un espíritu cordial y positivo". Los británicos rechazaron fijar un plazo para las deliberaciones como buscaba empeñosamente la Argentina, tratando de evitar

caer en el lazo sureño que procuraba cerrar la cuestión de la soberanía a corto plazo. Los británicos no querían discutir la soberanía y entregar un “papel de trabajo”, que era modesto para las aspiraciones argentinas. Como Luce adujo que ese texto no era del conocimiento del gabinete inglés coincidieron en mantenerlo en secreto. Costa Méndez advirtió que les caería mal a los militares, porque del texto se había excluido la mención a las Sandwichs del Sur y Georgias. Como hasta ese momento, los británicos colocaban a estos archipiélagos como dependencias de las Malvinas, la omisión era un tanto muy importante a favor del Reino Unido. Ros no estaba enterado de los planes de desembarco ni de la diplomacia agresiva que era el prólogo de aquél.

El Canciller presionado por Galtieri y la Junta Militar y sus propias convicciones, preparó un comunicado que aludía a la marcha futura de las negociaciones y terminaba señalando: “Por lo demás si eso no ocurriera (el objetivo del reconocimiento de la soberanía, JLB) la Argentina mantiene el derecho de poner término al funcionamiento de ese mecanismo y de elegir libremente el procedimiento que mejor consulte a sus intereses” (Cardoso, O.R., op.cit: 63). Algún piadoso funcionario le llevó a Ezeiza a bordo del avión el texto a Ros para que no hiciera un papelón frente al periodismo y revelara las contradicciones nacionales. El comunicado había sido redactado entre Costa Méndez y colaboradores, por el director nacional de Política del Palacio San Martín, Federico Erhardt del Campo, que luego encabezaría la línea más dura de la Cancillería durante la guerra. Erhardt del Campo -“Pirincho” para sus amigos- había sido marcado a fuego en muchos aspectos por el nacionalismo católico en cuya liturgia política la causa de Malvinas ocupa un lugar de privilegio. Estos rasgos no resultaron atenuados en su paso posterior por el desarrollismo” (Cardoso et al, op. cit.:60).La línea dura de la Cancillería respondía a la línea dura

de los militares dado que la Junta Militar ya estaba empeñada en los planes de desembarco. Empero, ese momento la inteligencia británica pensaba - en palabras de su agregado militar en Buenos Aires que "salvo la Armada todos los elementos del gobierno argentino favorecían la acción diplomática para resolver la disputa y en ese momento la alternativa militar no merecía una consideración activa. No había motivo para creer que la Armada argentina pudiese persuadir al presidente o a otros miembros del gobierno de la conveniencia de adoptar el curso de acción propuesto o lo aplicase a sí misma" (Freedman-Gamba, op. cit: 53). Ros recibió al día siguiente un llamado telefónico de Luce. El británico que tenía también encrespada al Parlamento, estaba enfurecido. Le recordó a Ros que la declaración argentina contravenía el entendimiento en Nueva York, consistente en mantener bajo estricta reserva las propuestas discutidas hasta que los respectivos gobiernos fuesen consultados. Agregó que las amenazas argentinas dificultarían cualquier progreso; había que dejar en claro que la cuestión podía ser resuelta exclusivamente a través de negociaciones pacíficas" (Cardoso et al, op. cit.:62). Al recibir Thatcher la información de Buenos Aires sobre el imprudente comunicado argentino, la primera ministra escribió sobre su copia: "Debemos trazar planes de contingencia"(Freedman y Gamba, op.cit.:55). A la dura jefa del gobierno británico se le había encendido una alarma. Y procedió en consecuencia: mientras Enders conversaba con Costa Méndez en Buenos Aires el 8 de marzo en la embajada norteamericana, la dirigente británica preguntaba a su ministro de Defensa, Nott con qué rapidez la Roayl Navy podría dirigirse a Malvinas si ello fuera necesario. Ello pese a que según Costa Méndez, los servicios de inteligencia británicos le informaron a Thatcher que "sería inusual pensar en una invasión antes del próximo verano austral y que la invasión no

era considerada como una opción realista" (Costa Méndez, N., op.cit.:103). Siendo considerables los errores y filtraciones de los servicios británicos, era lógico que la primera ministra estimara necesario pensar en "planes de contingencia" y consultas tácticas a sus militares.

Los titulares de los principales diarios ingleses advertían sobre la presión, la acción y la amenaza. La sorpresa no iba a ser un elemento de esta crisis aunque si el estupor. También para Thatcher que escribió en sus memorias: "Se celebraron conversaciones en Nueva York a finales de febrero de 1982, conversaciones que parecían desarrollarse satisfactoriamente. Sin embargo, la posición argentina se endureció de repente. Desde la perspectiva del presente, este momento constituyó un hito. Sin embargo, a la hora de juzgar nuestra reacción ante la nueva Junta es importante recordar cuánta retórica agresiva se había pronunciado en el pasado, sin ningún resultado tangible. Además basándonos en la pasada experiencia, nuestro punto de vista era que Argentina probablemente seguiría una política de aumento progresivo del conflicto, partiendo de unas presiones diplomáticas y económicas. Al contrario de lo que se decía entonces, no tuvimos hasta casi el último momento información alguna en el sentido de que Argentina estaba a punto de emprender una invasión a escala total" (Thatcher, op. cit.:174). No parece ser toda la verdad.

Costa Méndez defendió con posterioridad aquél final de comunicado para "elegir libremente el procedimiento que mejor consulte a sus intereses" a capa y espada: "Hoy con la magnífica ventaja que otorga la posibilidad de analizar los hechos después que ellos han ocurrido (¿cuándo si no? JLB), los analistas critican el comunicado y dicen que él era "belicoso" y que alertó a los británicos acerca de una posible ocupación. Nada de esto es cierto: los británicos sólo otorgaron importancia al comunicado

después del 1 de abril" (Costa Méndez, op.cit.: 91). Sin embargo, el propio Costa Méndez señaló a continuación que "los británicos lo consideraron anunciador de acciones militares o de fuerza". ¿En qué quedamos? ¿Todo hubiera sido un paseo de la Flota de Mar por el Estrecho de San Carlos? La declaración argentina cayó explosivamente en la Cámara de los Comunes donde Luce debió reafirmar que el gobierno tory no tenía dudas acerca de la soberanía. Pero el daño estaba causado. La amenaza del uso de la fuerza fue muy aprovechada por la prensa británica. Se había perdido el efecto sorpresa. La Argentina era ya un país que jugaba con el desembarco.

La visita de Enders

Desde el domingo 6 de marzo al martes 8 de ese mes de 1982, Thomas Enders -secretario de Asuntos Interamericanos de los Estados Unidos, un adjunto de Haig-visitó Buenos Aires. Enders viajaba para tantear al gobierno argentino sobre dos temas fundamentales para los intereses de los EEUU: la crisis centroamericana, es decir, el avance de los movimientos guerrilleros en El Salvador y Honduras y la vigencia del régimen sandinista en Nicaragua; el otro punto era el contencioso entre Buenos Aires y Santiago por el problema del Canal de Beagle que había escalado en su momento hasta casi la iniciación de una guerra frenada por la intervención del Papa Juan Pablo II. Costa Méndez describía al norteamericano con atributos físicos que lo impresionaban: "Alto, rubio, atlético, elegante y de buena planta". Era también parte de la "elite de poder", graduado en Harvard, Yale y París. Dotado además, de una condición significativa para el canciller argentino: Enders era católico. Según Costa Méndez esa fe religiosa le permitía ver mejor los

problemas de los también mayoritariamente católicos latinoamericanos (Costa Méndez, op.cit.:97-99).

Para la Argentina estaba presente también la eliminación del país de la aplicación de la enmienda Humphrey- Kennedy que impedía vender armas de los EEUU a los países que violaran los derechos humanos. Enders estaba muy preocupado por la posibilidad de una guerra entre Argentina y Chile. "¿Puede asegurarme que no habrá guerra?", preguntó formalmente a Costa Méndez "Por supuesto que puedo", le replicó el Canciller (Cardoso, et al, op.cit.:68). Podría haber agregado, "por ahora", porque la convicción que crecía en las FFAA era que una victoria diplomática o militar que devolviera la soberanía del archipiélago malvinero a la Argentina, incrementaría las perspectivas de presionar -con Papa o sin Papa- a Santiago de Chile para que redujera sus pretensiones sobre el canal de Beagle, pese a los fallos favorables que habían recibido las tesis chilenas. Con una guerra, o una apuesta política, ganada a los británicos, era jugar a doble contra sencillo que las armas argentinas apuntarían sobre Chile. El gobierno norteamericano, aún en ese momento, no consideraba prioritario el tema de Malvinas y en su seno no se pensaba en que pudiera desatarse un conflicto grave por la "hermanita perdida"^[56]. Enders incluso indicó que los EEUU se declaraban "prescindentes" en el tema, como le señaló a Costa Méndez. Iban a ser, relativamente, prescindentes mientras no se produjera un episodio militar provocado por la Argentina. Pero mientras tanto, Enders podía decirles -equivocadamente- a los diplomáticos británicos en Buenos Aires que los militares argentinos no iban a hacer "algo drástico" (Freedman y Gamba, op.cit.:55-57). Todo parecía tranquilo para la diplomacia norteamericana. Enders se ocupaba de destacar, al irse de Buenos Aires rumbo a Santiago de Chile, que "la Argentina está muy preocupada por la situación que atraviesan Nicaragua y El Salvador (...) que la

Argentina desearía estar presente en forma activa en cualquier acción que se tome" (Cardoso, et al, op.cit: 71). Es decir, que la doctrina oficial de la dictadura militar era de la estar presente en las luchas centroamericanas del lado de los sectores pro oligárquicos y de los Estados Unidos mientras preparaba su operación nacionalista en las Malvinas creyendo que estas dos políticas podían estar tranquilamente unificadas en un mismo proyecto. Costa Méndez anotó en sus memorias que, al concluir sus conversaciones con Enders "el gobierno argentino no había tomado la decisión de ocupar las islas ni en fecha próxima ni en fecha lejana ni en fecha a fijar". Pero Costa Méndez quería ignorar que cuatro días antes de la llegada de Enders, el 2 de marzo, Galtieri -como comandante en jefe del Ejército- había convocado al subjefe III (Operaciones) del EMGE, el general Mario Benjamín Menéndez para preguntarle "como andaba su inglés", porque iba a ser el gobernador de las Islas Malvinas (Cardoso, et al, op.cit: 73). Costa Méndez no lo sabía mientras dialogaba con Enders, pero lo negó después de haber leído el libro de Cardoso, Kirschbaum y Van Der Kooy.

Davidoff y el proyecto Alfa

El 16 de diciembre de 1981, el empresario argentino Constantino Davidoff partió a bordo del rompehielos ARA "Almirante Irizar" rumbo a las islas Georgias, incluidas dentro de la jurisdicción^[57]de las Islas Malvinas con el fin de retirar los restos de los puestos balleneros de Leith, Stromness y Husvik en la isla mayor del archipiélago de las Georgias. Davidoff era para Freedman y Gamba "un operador con la Armada" por razones evidentes dada la región en donde operaba, en la que las acciones comerciales eran dificultosas.

Fuera o no un contacto de inteligencia de la Armada argentina, el viaje y la operación comercial de Davidoff, pactada con una empresa con sede en Edimburgo (Escocia). Era un contrato por 4 años y pese a que su pedido de viajar a bordo del HMS-Endurance[58] fuera rechazado, Davidoff consiguió lugares en el ARA "Almirante Irizar", lo que constituía una operación normal en la época y la región, dado que el barco argentino, pese a ser de la Armada no era un buque armado.

Lo que ocurrió al mismo tiempo fue la Operación Alfa, una acción secreta de inteligencia de la ARA. Todos los eventos constituyeron la espoleta que sirvió para disparar 4 meses después la Operación Azul-Rosario de desembarco de la FFAA argentinas. Dado que la base antártica de Grytviken, una sede inglesa en las Georgias parecía que iba a ser levantada y retirada la presencia del HMS-Endurance debido al plan de reducción y transformación de la Royal Navy, el Palacio San Martín consideró importante la presencia de Davidoff porque ello sostenía la presencia argentina en la región.

La Armada argentina había instalado una presencia científica en 1976 en la isla Thule de las Sandwich, sin autorización británica, lo que fue descubierto en un viaje del HMS-Endurance en una travesía que había arribado a la zona el 20 de diciembre de aquél año. Hubo la protesta inglesa por la "violación a la soberanía británica" y la Argentina respondió afirmando que se trataba de investigación científica "en jurisdicción de la soberanía argentina". Curiosamente, a pesar de solicitar la evacuación de la base, ello no ocurrió y Gran Bretaña no produjo ninguna acción para realizarla (Freedman y Gamba, op.cit: 62-63).

Costa Méndez no estaba informado acerca de otra operación de la Armada que se había elaborado en septiembre de 1981, durante la presidencia de Viola y la jefatura de la Armada por el almirante Lambruschini. En una reunión celebrada a propósito

de analizar unas comunicaciones del mediador papal en el *Beagle*, a la que asistieron los tres secretarios generales de las FFAA y el jefe del Estado Mayor Conjunto, almirante Suárez del Cerro, éste le informó al ministro "de forma casi lateral, que tenía por objeto reproducir en las Georgias la que se había realizado un lustro atrás en las Sandwich. Para Suárez del Cerro y sus colegas, la operación constituía otro antecedente para el reclamo de soberanía. Sorprendido, Costa Méndez recordó que "manifesté al jefe naval mi opinión claramente contraria a la realización del operativo" (Costa Méndez, op.cit:105). Era evidente que Gran Bretaña protestaría y que el "efecto sorpresa" que se pensaba dar al operativo desembarco desaparecería, lo que además demostraba que el Canciller estaba al tanto de la opción militar inminente. Convencido el almirante ese lunes 15 de marzo, pudo transmitir su nueva opinión y la del ministro a la Junta Militar reunida el día siguiente que decidió postergar el Operativo Alfa. "La verdad -reconoció Costa Méndez- es que la idea no fue brillante y que por el contrario influyó negativamente en las acciones posteriores. Alertó a los británicos y en alguna medida dio motivo a los posiciones extremistas que los miembros del lobby de las islas adoptaron frente al incidente Davidoff" (Costa Méndez, op. cit.:106). Era lo menos que podían pensarse de una política que insistía en aplicar los hechos consumados frente a una potencia que tenía capacidad sobrada para enfrentar a un adversario notoriamente inferior.

Sin embargo, el sábado 20 de marzo atracó en la bahía Leith de las Georgias el ARA-Buen Suceso del cual se habría procedido a desembarcar "una apreciable cantidad de personal civil y militar. La embajada inglesa protestó ante la Cancillería que estaba sorprendida. ¿Quién había ordenado el operativo? Para Cardoso et al, episodio "fue el más oscuro en su orígenes de todo el conflicto por las Malvinas. Hubo quien incluso sugirió la posibilidad

de un "comportamiento autónomo" de Anaya respecto de sus pares de la Junta Militar" (Costa Méndez, op.cit.:107; Cardoso et al, op.cit:91). El propio vicealmirante Lombardo descubrió entre los marinos desembarcados, que la mayoría eran buzos tácticos que él mismo había escogido para realizar la Operación Alfa, pero que le habían sido requeridos por el vicealmirante Vigo, jefe del EMGN, que él pensó que se dedicarían a operaciones inteligencia y vigilancia en la frontera chilena. Tratando de hacer tomar distancia al operativo comercial Davidoff de la Operación Alfa, Costa Méndez consideró retrospectivamente que "mientras que el operativo Alfa podía ser considerado, con bastante fundamento, ilegítimo, el operativo Davidoff era formalmente impecable desde el punto de vista legal" (Costa Méndez, op. cit.:108) ¿Pero, que suponía Costa Méndez, que la Junta o la Armada estaban preocupadas por los negocios de Davidoff o por la acción militar encubierta para ganar posiciones en una desordenada escalada en el tema de la recuperación de la soberanía? Los integrantes del Grupo de Exploración Antártica británica descubrieron el 19 de marzo al ARA "Buen Suceso" haciendo su descarga en Puerto Leith con una bandera argentina flameando en la costa. Eran, entre civiles y militares, unas 100 personas. El gobierno británico de las Malvinas solicitó que el personal de Davidoff debía pasar por Gryvitken para hacer visar sus pasaportes. El gobierno argentino se negó porque ello reconocería la soberanía británica en las islas. Para Buenos Aires era suficiente que la "tarjeta blanca", como se denominaba cotidianamente al permiso expedido para que viajeros argentinos pudieran hacer su entrada en los territorios de Malvinas e islas comprendidas, lo hicieran sin -precisamente- reconocer la soberanía usando el mencionado pasaporte. Este documento había nacido de los Acuerdos de 1971 ya mencionados. Pero ahora el gobierno británico pretendía que las Georgias y las Sandwich no eran parte

del gobierno de Malvinas sino una dependencia directa de Londres, lo que constituía una modificación unilateral y arbitraria del mencionado acuerdo (Freedman y Gamba, op.cit.: 68-69).

El gobierno británico de las Malvinas y los integrantes del lobby Falklands reaccionaron con intensidad porque leían bien la intención argentina de realizar desembarcos pacíficos y establecer pequeñas bases meteorológicas que pudieran afirmar la posición argentina. El apoyo a esta operación del barco ARA "Almirante Irizar", comandado por el capitán Trombetta, les confirmó que no se estaba detrás de una acción comercial, más o menos desprolijamente hecha o no - sino de una acción política. Para Thatcher, el desembarco le resultó menos peligroso que el comunicado de la Junta Militar posterior a las deliberaciones sobre Malvinas realizadas en Nueva York. "Seguía pareciendo una torpeza- escribió la primera ministra - en lugar de un incidente precursor de un conflicto" (Thatcher, op.cit.: 176). No fue profética en la materia. En este incidente tan confuso, las cosas parecían tomar un rumbo pacífico cuando el gobierno militar informó a Londres que el ARA "Bahía Buen Suceso" había partido de las Georgias dejando equipos en tierra. Los británicos estimaron que el personal argentino había partido, pero no era así. El gobierno militar, a través de su Cancillería, se negaba a evacuar al personal de Davidoff que estaba en una operación totalmente legal y comercial según su punto de vista. El gobierno británico trataba de aprovechar el incidente para reforzar su posición legal en el conflicto de soberanía. La posibilidad británica de operar militarmente en la región se reducía a la posible acción del HMS-Endurance, lo que constituía una garantía de éxito. La Argentina se limitó a retirar la bandera nacional que había flameado en la zona, pero no procedió a retirar a los civiles y tampoco a los buzos tácticos que integraron luego el grupo "Los Lagartos" que comandara el teniente de navío Alfredo Astiz.

El día 23 de marzo, el Foreign Office llegó a la conclusión de que “la operación en las Georgias del Sur había sido ejecutada con el conocimiento pleno y la guía probable de la Marina argentina” (Freedman y Gamba, op.cit.:79). Gran Bretaña planteó que iba a expulsar a los argentinos que restaban en las Georgias y para eso enviaba al HMS-Endurance. Costa Méndez propuso una retirada a cargo de la Argentina. Su propuesta fue rechazada por la Junta Militar que, por el contrario, envió al barco ARA “Bahía Paraíso” con una pequeña dotación de 14 infantes de marina que habían sido desembarcados en las Orcadas por el ARA “Almirante Irizar” para que defendieran la presencia de los trabajadores que, según su criterio, iban a ser expulsados de manera ilegal por Gran Bretaña.

La orden de desembarcar

El viernes 26 de marzo al final de la tarde, el Comité Militar[59] del gobierno de la dictadura se reunió en el edificio Libertador y tomó la decisión de fijar la fecha del desembarco en Malvinas que era el corazón del plan político de la etapa Galtieri-Anaya-Lami Dozo de la dictadura. En esa reunión a la que sumó Costa Méndez, se consideró que la crisis de las Georgias había pasado a ser un problema diplomático militar. En paralelo el creciente descontento social se manifestaba en la convocatoria al paro y movilización a Plaza de Mayo de la CGT encabezada por Saúl Ubaldini y Lorenzo Miguel.

La reunión tenía una formalidad política, porque en realidad los preparativos militares estaban ampliamente avanzados. Según Cardoso et al, “dos días antes el comandante de la fuerza de tareas, contralmirante Gualter Allara recibió orden de acelerar los preparativos. Fueron horas de ritmo infernal en las Fuerzas

Armadas alcanzaron un grado de coordinación pocas veces visto antes y, ciertamente, nunca vuelta a lograr durante el conflicto" (Cardoso, et al, op.cit.:99).

"Ya decidimos lo de Malvinas", le manifestó Lami Dozo a Costa Méndez quién adobó la resolución diciendo "si ya han decidido llevar adelante la operación sólo me queda recomendar que se haga a la brevedad. No hay que demorar un minuto más de lo necesario. La información podría filtrarse eliminando las posibilidades de un desembarco incruento" (Cardoso et al, op.cit.:99). Pese al entusiasmo vigente existían varios elementos en contra de una acción militar. En marzo los conscriptos del Ejército terminaban su período de servicio. La Armada no había recibido la totalidad de los aviones Super-Eténdard y de misiles Exocet. Los submarinos y fragatas comprados en Alemania no estarían en Argentina sino hasta 1983. La Fuerza Aérea no había alcanzado a modernizar su equipamiento. Pese a todo, los jefes de EEMM de las tres fuerzas dieron su aprobación al desembarco. Quizás porque coincidían con lo manifestado por el ministro de RREE, pero, sobre todo, porque los jefes pensaban que era "entrar y salir" para negociar. Estimaban que la Royal Navy no iba a ir al Atlántico Sur. No había en realidad planes de contingencia para una guerra. Era una apuesta y una improvisación, una moneda al aire con eventuales ulteriores aprovechamientos político-electorales.

Para Freedman y Gamba, en cambio, la cuestión era que "la Junta estaba dirigida por hombres, sobre todo el almirante Anaya, que desde hacía mucho tiempo, tomaban en serio, los temas relacionados con la soberanía nacional. La cuestión de las Malvinas había gravitado sobre la mente de cada miembro de la Junta sobre su breve período de gestión, y la propia Junta podía llegar a convencerse de que había preparado el terreno para dar este paso en un modo más minucioso que cualquiera de los gobiernos precedentes" (Freedman y Gamba, op.cit:87-88). Hay en este juicio

una carga ideológica intensa porque “la soberanía nacional” es un concepto polisémico que, por lo menos supera aunque contenga, la soberanía territorial. Ni Galtieri, ni Anaya ni Lami Dozo podían estimarse como defensores de la soberanía económica, cultural y política de la Argentina. La entronización de Galtieri en lugar de Viola se había pactado sobre la base del operativo Malvinas para salir de la grave crisis en que la dictadura había sumido al país, en primer lugar por la sistemática violación de los derechos humanos. Era también claramente ideológico considerar que “el apremio de la disputa con Gran Bretaña fue el factor que desencadenó la intervención” (Freedman y Gamba, op.cit.:88). Esa intervención fue provocada y planificada claramente por la Junta. Su “aceleración” fue fruto de aquella provocación.

El establishment militar por boca de uno de sus más notorios exponentes, el general Mario Benjamín Menéndez, el gobernador militar de Malvinas, coincidió con Gamba cuando afirmó que “recuerdo haber oído relatar a la licenciada Gamba, en una charla sobre el tema, el panorama que traía de Inglaterra cuando llegó al país hacia el veinte y pico de marzo: ella pensaba que la Argentina no tenía opciones. Sus artículos, interesantes y medulosos, fueron publicados en “La Nación” durante el conflicto” (Túrolo, C., 1983:28).

El 24 de marzo, el vocero extra oficial de la Armada, Jesús Iglesias Rouco, escribía en “La Prensa”: “Así está llegando la hora de que el régimen sin dejar de agotar todas las instancias pacíficas, tome sin vacilaciones las decisiones que las circunstancias impongan, en consonancia con su proclamado propósito. De otra manera, habrá llegado a su fin el ya escasísimo crédito que le queda. En todo caso, ninguna vacilación podrá justificarse, por falta de armas o de presupuesto militar” (Costa Méndez, op.cit.:139). Es decir, que el ambiente político era calentado por aquellos que ya habían tomado la decisión de desembarcar en las Malvinas y así “aumentar el crédito” del régimen.

Costa Méndez recordó entonces los problemas surgidos en 1968 cuando, siendo canciller de otra dictadura, se encontró con que un principio de acuerdo con el gobierno laborista de Harold Wilson para transferir o alquilar las Malvinas fue volteado en un par de días por la acción conjugada de la gran prensa británica y un escándalo parlamentario. ¿Era posible pensar que las condiciones de 1968 hubieran cambiado para bien, sino para peor en 1982? ¿Ingenuidad o torpeza?

Según Costa Méndez, el almirante Anaya afirmó en el Comité Militar que “los británicos podrían mover fuerzas navales desde el Atlántico y desde el Índico. Pero dijo que no creía que fueran suficientes para reconquistarlas islas si ellas fueran ocupadas por la Argentina”. También escribió que esas opiniones “las consideré en su momento excesivamente optimistas” (Costa Méndez, op.cit.:143).

Con una buena dosis de hipocresía, el canciller apuntó también que “la Argentina, por muchas razones, algunas de orden interno (sic), otras de orden internacional, tenía en esos momentos una sensibilidad especial para los asuntos exteriores y no cabe duda de que el gobierno debía evitar toda apariencia de excesiva condescendencia” (Costa Méndez, op.cit.:143).

En una tirada en contra el embajador británico Williams, Costa Méndez anotó una declaración nacionalista popular que, para nada, coincidía con la actividad política, profesional y económica de toda su vida. “Nunca creyó -escribió respecto del embajador de Londres- que la Argentina se atrevería a abandonar la vía diplomática y enfrentar al Imperio Británico (...) Creo que él no advirtió con la debida sagacidad que los amigos que había hecho, en su gran mayoría representantes de los altos círculos financieros y empresarios argentinos y hombres y mujeres vinculados a la cultura inglesa en Buenos Aires, no constituían todo el pensamiento argentino ni expresaban el pensar y el

sentir de la opinión pública mayoritaria. No advirtió el pensamiento profundamente nacionalista de nuestro pueblo y el resentimiento, complejo por cierto, confuso también, que suscitaba en nuestro medio la memoria histórica de la presencia del imperio británico en la Argentina" (Costa Méndez, op.cit.:151). ¿Pero acaso Costa Méndez y sus jefes podían ser los representantes de esos sentimientos y lo que llamaba desdeñosamente "resentimiento complejo y confuso" ¿No serían sus amigos esos "altos círculos financieros y empresarios", el mundo de la "cultura inglesa"? ¿La dictadura encarnaba esos valores o todos los contrarios? Ideología y negación.

La mediación de EEUU

El día 30 de marzo fue dada a conocer la iniciativa de los EEUU de intervenir en el conflicto a través de la visita del embajador Schlaudemann ofreciendo sus "buenos oficios" para superar el conflicto entre los dos gobiernos aliados de la potencia rectora de Occidente. Costa Méndez le dijo a la Junta Militar que esta visita "podría constituir el comienzo de la solución deseada, es decir, la superación del incidente de Georgias involucrándola en la negociación de fondo", es decir, la soberanía en Malvinas (Costa Méndez, op.cit.: 157).

Cuando el canciller recibió a Schlaudemann, éste hizo un largo repaso acerca de la situación centroamericana y de la de Bolivia y de la intervención de la Argentina en ambas áreas y recién luego se dirigió a hablar de Malvinas. Costa Méndez fue muy rápidamente a señalarle que, de acuerdo, a la Junta Militar si no se planteaba la cuestión de fondo (la soberanía en disputa sobre Malvinas), malamente se podía hablar de superar el incidente de Georgias. Allí terminó todo.

Costa Méndez intentó hacer pasar las operaciones militares de las FFAA argentinas en América Latina como una perspectiva separada de la política exterior de la dictadura, cuando en realidad eran parte fundamental de aquella. Así el canciller anotó que “la formación de una fuerza de paz para que operara en El Salvador nunca fue analizada en el ámbito de la política exterior argentina y no fue tema de ella. No formó parte de las conversaciones con embajadores o representantes de los gobiernos americanos. No recuerdo que haya sido mencionada en las conversaciones que mantuve con el presidente Galtieri” (Costa Méndez, op.cit.: 162). Una ironía involuntaria del conservador diplomático: ¿quién se imaginaba a la Argentina como parte de una “fuerza de paz” en América Central?

La flota viaja al Sur

El 28 de marzo, la Fuerza de Tareas Anfibia 40 organizada con unidades de la Flota de Mar partió de Puerto Belgrano. Estaba tripulada por 682 oficiales, suboficiales y soldados embarcados sin conocimiento de su destino. La Fuerza de Desembarco estaba integrada por el Batallón de Infantería de Marina Nro. 2 (BIM 2), una agrupación de comandos anfibios, una sección de tiradores del Ejército (del regimiento 25 de Infantería al mando del teniente coronel Mohamed Seineldín, un grupo de comandos anfibios y una reserva. El Grupo de Transporte estaba constituido por el buque de desembarco, e integrado por el buque de desembarco de tropas ARA-Cabo San Antonio, el rompehielos ARA-Almirante Irízar y el transporte ARA-Isla de los Estados. A ellos se sumaban un Grupo de Apoyo, Escolta y Desembarco, formado por los destructores (tipo 42) ARA-Hércules y ARA- Santísima Trinidad y las corbetas ARA-Drumond y

ARA- Granville. Y un Grupo de Tareas Especiales integrado por el submarino (clase Gruppy) a cuyo bordo viajaba una fracción de buzos tácticos, encargados de fijar los puntos de orientación en la playa elegida como lugar de desembarco.

El Grupo de Tareas 40.1 estaba integrado por diez unidades de tareas (UT). La 1, su propio jefe, contralmirante Busser: la UT 40.1.1, un grupo de morteros de 60 mm. integrante del BIM 2, comandada por el capitán de fragata Alfredo Weinstabl; UT40.1.2 Vanguardia. Capitán de corbeta Hugo Santillán, con dos cañones de 75 mm. sin retroceso, dos morteros de 81, 1 grupo de ametralladoras MAG y 2 lanzacohetes de 3.5 pulgadas. Un total de 74 hombres del BIM-2; UT 40.1.3 Agrupación de comandos anfibios, capitán de corbeta, Guillermo Sánchez Sabarots; UT 40.1.4 Agrupación buzos tácticos, capitán de corbeta Alfredo Cufre; UT 40.1.5 Fracción de comandos anfibios y buzos tácticos, capitán de corbeta Pedro Giachino. 16 hombres (8 anfibios y 8 buzos tácticos); UT 40.1.6 batería de artillería con 4 obuses de 105 mm., teniente de navío Mario Pérez. Total:41 hombres; UT 40.1.7 Reserva de la fuerza de desembarco integrada por miembros del BIM-1, teniente de navío Oscar Oulton; UT 40. 1.8 servicio para apoyo de combate integrado por miembros del BIM-1, capitán de fragata Víctor Theaux; UT 40.1.9 Asuntos civiles y gobierno militar, capitán de corbeta Martín Arrillaga; UT 40.1.10 Sección del Ejército Argentino, teniente coronel Mohammed Seineldín, total: 39 hombres del RI-25. (Camogli, P., 2007: 44-45)

Al mando de la Fuerza de Desembarco se encontraba, el contralmirante Carlos Busser, comandante de la Infantería de Marina. Por los altavoces del ARA-San Antonio, la voz de Busser proclamó: "Nuestra misión es la desembarcar en las Islas Malvinas y desalojar a las fuerzas militares y a las autoridades británicas que se encuentran en ellas (...) en estas islas vamos a encontrar una población con la que tenemos que tener un trato especial. Son

habitantes del territorio argentino y, por lo tanto, deben ser tratados como lo son todos los que viven en la Argentina. Ustedes deberán respetar estrictamente la propiedad y la integridad de las personas. No entrarán a ninguna residencia privada si no es necesario por razones de combate. Respetarán a las mujeres, a los niños, a los ancianos y a los hombres”(sic)(Moro, R.M.,2000: 37) ¿Ser tratados como lo son todos los que vivían en la Argentina? Solo la negación política y militar, la escisión psicológica, la negación y cierta esquizofrenia intelectual pueden explicar la arenga de Busser, oficial superior de las fuerzas de la feroz dictadura vigente. Era previsible que los habitantes de las Malvinas quisieran ser tratados como de otra nacionalidad.

El comando del TOM iba embarcado en el ARA-Santísima Trinidad y los soldados, vehículos y municiones iban en el ARA-Cabo San Antonio. Los helicópteros de los barcos realizaban los transportes de personal o elementos de una nave a la otra en un mar tormentoso. A las 12:57 del 31 de marzo, el Grupo de Tareas viró hacia el este con rumbo a Malvinas. Casi sobre la medianoche del 2 de abril, el desembarco se produjo en la Playa Verde 4 kilómetros al sur de la ciudad que sería llamada Puerto Argentino por el Ejército del desembarco. Las tropas que debían tomar el cuartel de los Royal Marines lo encontraron vacío. En cambio, el grupo comandado por el capitán Giachino, que debía ocupar la casa del gobernador encontró resistencia. El propio Giachino fue herido y murió poco después. A las 6 de la mañana comenzó la operación masiva del desembarco anfibio. En poco tiempo más, Busser se enfrentó en un parlamento de rendición con Hunt que pretendía que los invasores se retiraran, pataleo que concluyó en pocos minutos. A media mañana, la cadena nacional de radio y televisión informaba todo el país y también en Malvinas con una nueva LRA 60, que “la Junta Militar, como órgano supremo del Estado”,

una creación constitucional de la dictadura, anunciaba la recuperación de las Islas Malvinas. Los comunicadores del régimen no tuvieron la precaución de indicar que la operación se hacía para forzar las negociaciones. O lo desecharon de entrada. El impacto brutal que causó en la población planteó un apoyo masivo que, en pocas horas, iba a influir en el ánimo militar. Pero no había ingenuos. Cuando Costa Méndez consultó semanas antes del operativo a un calificado diplomático sobre qué opinaba de un desembarco en las islas, el Canciller respondió ante la repregunta de su interlocutor de si era para "entrar y salir", "-Si bajamos será para quedarnos". La respuesta no convenció a Costa Méndez pero fue profética: "Sería una locura".

El mes de la locura

El día 1 de abril, el jefe de la IV Brigada Aérea con sede en Plumerrillo (Mendoza), Ernesto Crespo recibió una llamada del comandante de Operaciones Aéreas, brigadier mayor Hellmuth Weber. Crespo estaba empeñado en una dificultosa conversación con el comandante de la VII Brigada de Infantería de Montaña, general de brigada Eduardo Garay. Discutían acerca de la entrega al Ejército de un sindicalista de apellido Zamora, que habían participado de la movilización del día 30 de marzo. El militar quería detenerlo y Crespo le había permitido refugiarse en la base y no pensaba entregarlo. Weber le ordenó en esa conversación telefónica presentarse en Buenos Aires de manera inmediata. Crespo partió en cuanto un avión estuvo listo. A las 3:30 de la madrugada entraba en el edificio "Cóndor" en Retiro. Le informaron que iba a ser el jefe del Comando Aéreo Teatro de Operaciones Sur (CA-TOS), creado por el operativo de desembarco en Malvinas. "¿Por qué se hizo?", preguntó un inquisitivo Crespo y la sorprendente

contestación de Weber fue: "Hay que cambiar el humor a esta sociedad" (Yofre, J.B., 2011: 202).

Ello confirmaba la idea de una nueva aplicación de la "teoría del atajo" para lograr fácilmente un aluvión de popularidad para el atascado plan político de la dictadura y lograr la salida sin perder el poder.

Reagan al teléfono

El jueves 1 de abril a las 22:10 el teléfono sonó, nuevamente, en la Casa Rosada, en el despacho presidencial. Era el presidente de los Estados Unidos, el republicano Ronald Reagan, el abanderado del neo-liberalismo y el gran adversario de la Unión Soviética, potencia a la que calificaba como el "Imperio del Mal" y reconocido aliado de la primera ministra Margaret Thatcher. Varias veces durante el día el líder norteamericano y del mundo libre había procurado hablar con el dictador argentino, su aliado, dado que había sido alertado por sus servicios de inteligencia que las FFAA argentinas se dirigían a desembarcar en las Falklands/Malvinas. Galtieri había procurado eludirlo porque no quería que la presión del Norte le hiciera echar para atrás la Operación Azul que, ya a esas horas había sido rebautizada Operación Rosario por el catolicismo ultramontano del teniente coronel Seineldín. Costa Méndez, esta vez en papel realista, le había aconsejado que hablara dado que hasta el emperador del mal, Leonid Brezhnev, lo hacía sin que fuera un acontecimiento. Con un grupo de funcionarios (asesores, técnicos, ministro) que lo rodeaban y con la confianza en que el operativo ya no se podía detener porque se había implantado el silencio de radio típico de una operación militar, Galtieri tomó el teléfono y habló traducido por un funcionario de la Cancillería, el secretario Roberto García

Moritán. Fue la primera de las dos conversaciones que ambos presidentes sostuvieron. Cardoso et al afirmaron que la transcripción de la conversación fue "proporcionada por una fuente inobjetable" y así ha sido considerado en el tiempo. Reagan planteó el tema del inminente desembarco argentino, manifestando su preocupación. Galtieri habló de los derechos nacionales y de la negativa británica para sostener conversaciones por el tema en disputa. Reagan recomendó entonces seguir platicando. Le informó a Galtieri que Gran Bretaña respondería con la fuerza. Galtieri planteó a su turno que solo podría evitarse el choque si Gran Bretaña reconociera la soberanía argentina. Reagan volvió a plantear la moderación señalando que Gran Bretaña no respondería positivamente a la petición argentina apremiada por una acción de fuerza. Galtieri volvió a insistir en que las resoluciones de las ONU favorecían a la Argentina y que nuevas propuestas argentinas habían sido planteadas a Londres y no respondidas. Reagan apeló entonces a considerar la gravedad que plantearía el conflicto en el hemisferio occidental. Galtieri volvió a insistir con el reconocimiento inmediato de la soberanía argentina. Reagan le volvió a señalar que ese reconocimiento era imposible en ese momento y se preocupó por los dos mil isleños. Galtieri le manifestó que ellos podrían vivir en la isla con libertad, libre albedrío y propiedad o podrían emigrar a Gran Bretaña y agregó- imprevistamente- a los Estados Unidos. Reagan lanzó una advertencia y un pronóstico: que la señora Thatcher -mi amiga, subrayó- era una mujer muy decidida y que Gran Bretaña era un amigo muy estrecho de los Estados Unidos. Galtieri cerró la inútil conversación insistiendo en que el colonialismo era una rémora en América (Cardoso et al, op.cit.:108:112). Era un diálogo de sordos donde se decían verdades, pero se rechazaba cualquier acuerdo. Los dos socios anti comunistas y antisoviéticos disputaban acerca de un gobierno anticomunista y ultra liberal. Galtieri mostraba los legítimos títulos argentinos sobre Malvinas pero pretendía que Gran Bretaña

cediera, a la fuerza, de manera inmediata la soberanía. Reagan advertía que Thatcher iba a devolver el golpe y llamaba a una negociación de largo plazo y resultado cada vez más incierto para la Argentina. También el presidente norteamericano señalaba la dificultad que había sido cambiar el curso de las relaciones entre Washington y Buenos Aires dado que el ex presidente Carter había sostenido el embargo de la venta o suministro de armamento, pero -al mismo tiempo- sostenía la cooperación "anti subversiva" en América Central.

El gobierno de Campo de Mayo, la ESMA y la Mansión Seré, el de los desaparecidos de personas en la Argentina empezó a conversar con el Imperio del Mal que tanto abominaban junto con Reagan hasta días atrás. El 30 de marzo y el día siguiente, el embajador soviético Striganov fue presionado para que su país ejerciera un veto en la previsible reunión del Consejo de Seguridad de la ONU También China Popular fue llamada a la Cancillería para lo mismo. Nada concreto surgió de esos pedidos de última hora de uno de los países que más cuestionaba al socialismo de cualquier tipo.

Los británicos, alertados por su inteligencia que develaba las claves y por la de Estados Unidos, reaccionaron rápidamente desde el punto de vista político. Solicitaron en la ONU una reunión urgente para el día siguiente, el propio 2 de abril, denunciando el inminente desembarco argentino. Thatcher recordó las horas previas a esa demanda."Jamás olvidaré aquél miércoles por la noche -escribió en sus memorias. Estaba trabajando en mi despacho de la Cámara de los Comunes cuando me dijeron que John Nott (ministro de Defensa) quería verme inmediatamente para comentar el asuntos de las Malvinas (...) acababa de recibir información que indicaba que la flota argentina que ya se había hecho a la mar, parecía tener intenciones de invadir las islas el 2 de abril (...) Yo dije inmediatamente: "si se produce

una invasión, tenemos que recuperarlas". La Dama de Hierro confirmaba así los pronósticos de Reagan. En pocos minutos se produjo una reunión en ese despacho a la que asistió el jefe del Estado Mayor de la Armada, sir Henry Leach, quién respondió al pedido de asesoramiento "tranquilo, sosegado y seguro de sí mismo". Puedo reunir una fuerza para misión especial con destructores, fragatas, lanchas de desembarco y buques de apoyo. Irá encabezada por los portaaviones HMS Hermes y HMS Invencible. Puede estar lista para zarpar en cuarenta y ocho horas". En su opinión, esta fuerza podría recuperar las islas. Lo único que necesitaba era mi autorización para empezar a reunirla. Se la di y partió inmediatamente para dar inicio a la operación" (Thatcher, M., op.cit.:177-178).

Mientras tanto el encargado de negocios argentino en Londres a cargo de la embajada, el diplomático Molteni, procedía de manera precipitada pero eficaz a retirar los fondos argentinos de los bancos ingleses. En Washington las cosas eran peores porque al finalizar una cena que inoportunamente brindaba la embajada argentina a Jeanne Kirkpatrick por la finalización de su presidencia del Consejo de la ONU, que se realizó en un ambiente tético para los diplomáticos argentinos, la propia diplomática -la más pro argentina del gobierno yanqui -anunció a los dueños de casa que EEUU votaría a favor de Gran Bretaña en la reunión del ente de conducción de la organización internacional, cuando el Palacio San Martín soñaba con una abstención.

En Buenos Aires, entretanto, en la mañana del 2 de abril, después del anuncio del "órgano supremo del Estado" se comenzó congregarse públicamente en la Plaza de Mayo. Pintando de manera eficazmente dramática la situación, Cardoso, Kirschbaum y Van Der Kooy, señalaron que "como por arte de un embrujo bienhechor, el enfrentamiento entre policías y manifestantes del 30 de marzo parecía apenas un lejano recuerdo. Allí estaban todos, policías

sonrientes y público disciplinado como en un capítulo de ciencia ficción. Parte de la concurrencia coreó entusiasmada el nombre de Galtieri y la tentación fue más fuerte que el pudor" (Cardoso, et al, op. cit.: 130). Once años después, muy poco antes de su muerte, Costa Méndez escribía sobre ese acontecimiento que "la Argentina no estaba aún preparada, ni militar ni diplomáticamente, para el enfrentamiento o la ocupación. Si verdaderamente había decidido ocupar, debió haber esperado (...) La cronología de las reuniones internacionales no aconsejaba ningún apuro. Gran Bretaña había decidido retirar de servicio al único barco estacionado en la zona; había decidido levantar la oficina de la British Antarctic Survey que operaba en las Georgias y debía vender los portaaviones. En suma, olvidar el Atlántico Sur. ¿Qué ventaja obtendría la Argentina con la anticipación"? (Costa Méndez, op.cit.: 170). Si todo ello era tan evidente y veraz, ¿por qué se marchó en sentido contrario? Costa Méndez echaba en ese texto la mayor responsabilidad en los tres comandantes, pero él pareció ser un cuarto hombre en la cúpula y era sin duda el más culto e informado de todos ellos. ¿Por qué no renunció en medio de enero o febrero? ¿Por la Patria o porque él también, como Galtieri, como Lami Dozo y, sin duda, Anaya se entusiasmaron con una fantasía política montada sobre la "guerra sucia", que el ministro tampoco podía haber ignorado.

El Consejo desaconseja

EL 2 de abril a las 22:35 hora argentina había sido convocado el Consejo de Seguridad, por pedido de Gran Bretaña y "sin duda alguna con la ayuda de Estados Unidos", escribió Costa Méndez, como si fuera una imposibilidad que esa alternativa se concretara. En realidad, la misma convocatoria era un éxito para Gran

Bretaña porque por el sigilo de la operación, el gobierno militar y su diplomacia no había podido comenzar, salvo las sorpresivas gestiones ante la URSS y la República Popular China para que vetara cualquier resolución contraria a la Argentina. "La reunión del Consejo de Seguridad nos obligó a trabajar con la máxima celeridad. Francamente no la esperábamos para esa noche". Pero mucho peor que la reunión imprevista habían venido las cosas antes para el régimen dictatorial: "Pocas horas antes se había llevado a cabo una reunión del Consejo en que se había discutido la situación de Nicaragua y en que la Argentina había sido acusada de intervención en la política interna de ese país. La discusión nos había enfrentado a un grupo grande de países militantes en el grupo de los No Alineados" (Costa Méndez, N., op.cit.: 184). A confesión de parte, relevo de prueba.

La sesión continuó al día siguiente cuando el operativo de desembarco se había consumado exitosamente. Diplomáticos argentinos como Miguel Ángel Zavala Ortiz, canciller de Illia, el nacionalista Mario Amadeo y el desarrollista Oscar Camilión, también esperaban que todo transcurriera por vías pacíficas como si Gran Bretaña no tuviera la voluntad política y la capacidad militar para enfrentar en el campo de batalla a la Argentina. La gran mayoría, por no decir la totalidad de las fuerzas políticas, sindicales y culturales apoyaron la acción del gobierno. Costa Méndez basó su estrategia diplomática en los casos de Goa, la pequeña colonia portuguesa recuperada por la India en 1961, la crisis de Suez por la respuesta británico-francesa-israelí a la nacionalización egipcia de la compañía operadora del Canal de Suez y a la salida de Gran Bretaña de su colonia Rhodesia en el sur de África. El canciller aseguró y los militares compraron que en el caso de Goa, Estados Unidos había condenado a la India. Empero, un imperio colonial decadente de una pequeña nación como Portugal no estaba en condiciones

por sí mismo o por sus aliados, de recuperar la pequeña colonia poblada mayoritariamente por indios. La catástrofe británica del Canal de Suez implicó una intervención mediadora de Estados Unidos que deseaba ingresar de manera más sólida en Medio Oriente y la causa de la triple invasión era apenas una nacionalización que la propia acción de Gran Bretaña empujaba a Egipto hacia la URSS y el bloque socialista. Rhodesia era una colonia que, tenía una minoritaria población blanca de ascendencia británica, el 5 % del total de la misma.

La situación internacional había cambiado en otros planos. Estaba en auge el neo-liberalismo que Reagan y Thatcher encabezaban con entusiasmo. El enfrentamiento con la Unión Soviética era ardorosamente atizado por Washington. Difícilmente, los EEUU hubieran dejado en la estacada a Gran Bretaña cuando el conflicto en Europa Occidental era tan grande y EEUU necesitaba el apoyo de los gobiernos de Europa Occidental para instalar los cohetes y misiles que amenazaran más aún a la URSS. Por otra parte, la eventual caída de la dictadura argentina no presentaba, precisamente, una alternativa revolucionaria en esa circunstancia. Por otra parte, el apoyo militar contra las guerrillas revolucionarias centroamericanas podía ser suplido por las propias fuerzas de EEUU. La participación criminal de los militares argentinos en Centroamérica no era equivalente a la alianza noratlántica entre Washington y Londres.

Cuando se desarrolló la instancia decisiva de la sesión del Consejo, la votación de las resoluciones, el embajador Parsons podía contar con los votos de Estados Unidos y Francia y quizás con los de Japón e Irlanda. Se necesitaban 9 votos para lograr una moción afirmativa. Los otros miembros eran Guyana, Jordania, Uganda, Togo y Zaire, las cuatro primeras ex colonias británicas y miembros de los No Alineados. España estaba entre los vacilantes. La Argentina buscaba abstenciones de los No Alineados

y el veto de la URSS o de China. El Movimiento de Países No Alineados había votado a favor de la "restauración" de la soberanía argentina en Malvinas, pero la dictadura se enfrentaba severamente a Nicaragua en la ONU y era castigado por su intervención subterránea militar contra el gobierno sandinista. El propio canciller argentino se había declarado firmemente partidario del "occidente blanco y cristiano". La diplomacia del régimen militar se acordaba de Santa Bárbara cuando tronaba. Una reunión realizada con las delegaciones de los países No Alineados en la previa de la votación resultó un fiasco. No es muy verosímil haber sido y seguir siendo el ejecutor de la guerra "contra revolucionaria" y de un día para otro convertirse en un comprensivo analista de las "guerras de liberación nacional".

Resultado: ni la URSS, como fue explicado más arriba en la interpretación de Rogelio García Lupo, quería favorecer la eventual instalación de una base norteamericana como precio de la recuperación de la soberanía territorial argentina en Malvinas, precio que el aventurerismo de la Junta estaba dispuesto a pagar alegremente para ayudar a ganar la "tercera guerra mundial", ni la China pos Mao que recién construía una política de potencia mundial y quería recuperar Hong Kong, precisamente, vetaron el victorioso proyecto británico. España se abstuvo: no quería que Europa la rechazara cuando procuraba ingresar en la CEE. La señora Thatcher llamó por teléfono al agente británico que regía Jordania, el rey Hussein, y consiguió fácilmente su voto. El monarca no se parecía al coronel Nasser. Los otros integrantes del campo No Alineado se juntaron con Londres y solamente Panamá, pese a las presiones norteamericanas votó en contra del eje Londres-Washington. La resolución aprobada (la 502/1982) rezaba que "profundamente preocupada por los informes acerca de una invasión por fuerzas armadas de la Argentina el 2 de abril de 1982. Declarando que existe un

quebrantamiento de la paz en la región de las islas Falkland: 1) exige la cesación inmediata de las hostilidades; 2) exige la inmediata retirada inmediata de todas las fuerzas argentinas de las islas Falkland; 3) exhorta a los gobiernos de la Argentina y el Reino Unido a que procuren una solución diplomática a sus diferencias y a que respeten plenamente los propósitos y principios de la carta de las Naciones Unidas (anexo 255)" (Costa Méndez, N., op.cit.:202).

La sorpresa y la decepción fueron notorias en el campo militar. El general Menéndez relató que en el momento de la resolución del Consejo "me acuerdo que estaba hablando con el general Vaquero y en un determinado momento entró el general Sotera, Jefe II de Inteligencia del Estado Mayor, y dijo:"Mi general: el Consejo de Seguridad votó en contra de Argentina". "¡La pucha!" dijo Vaquero y yo le comenté: "Fíjese, el Canciller decía que ganábamos o teníamos veto de Rusia o de China ... ¿Qué pasó? Ahora resulta que perdimos diez a uno y hay cuatro abstenciones". (Túrolo, C.M., op.cit.:38). Se empezaba a venir abajo la tesis de "toco y me voy" y aparecía un vacío: el de los planes de una guerra, en serio, no de un ejercicio militar más o menos violento.

Ello no implicaba que la diplomacia se frenara sino todo lo contrario. Costa Méndez se entrevistó con Haig el 5 de abril en Washington. El argentino explicó todas las posiciones de su gobierno. Allí para demostrar la exageración que Gran Bretaña daba al tema, quiso disminuirlo indicando las islas tenían solamente 1800 habitantes". "Le dije -recordó años después- todos juntos cabrían en un gran teatro o en la tribuna de un estadio de tenis y que las islas estaban administradas como una gran estancia" (Costa Méndez, N, op.cit.:215-216). Esto último pareció ser dicho como una crítica lo que era inadecuado por parte del integrante de la clase social que realmente administraba a la Argentina como una gran estancia. Haig, de pasada, le manifestó:"que suerte que la

Unión Soviética no acordó el veto; esto hubiera sido muy malo y nos hubiera colocado en mala posición a todos..." Quizás hubiera correspondido completar la frase con "...nosotros (Costa Méndez, N., op.cit.: 217). Allí nació la idea de una administración interina integrada por Gran Bretaña, Argentina y los Estados Unidos. Esa idea la que el secretario de Estado propuso a Gran Bretaña.

Desechando el consejo de su antiguo jefe, Henry Kissinger, Haig visitó primero Londres que Buenos Aires en su ronda de mediación. Allí encontró, según la embajada de su país "un clima belicoso, como no se había visto en mucho tiempo". Era la presencia del síndrome de Suez: la posibilidad de una nueva humillación por parte de una potencia menor. Esa no era la convicción de todo el gobierno conservador, pero sí la firme decisión de la primera ministra. Que impuso el bloqueo a las islas con la que sería célebre y polémica "zona de exclusión" de 200 millas alrededor del centro geográfico del archipiélago. Thatcher[60] rechazó entonces la propuesta de Haig de una autoridad interina, la primera de sus afirmaciones negativas ante las propuestas que no significaran la reafirmación del control británico del archipiélago. "No he enviado una flota para promover un arreglo nebuloso que carezca de autoridad", afirmó sencillamente en la circunstancia (Freedman y Gamba, op.cit.:181).Galtieri, por su parte, ya había pronunciado la que sería célebre frase: "si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla".

Menéndez en Malvinas. Políticos entusiastas

Además del entusiasmo popular, el desembarco en las Malvinas despertó un cerrado apoyo de casi toda la dirigencia de los partidos políticos. Un ex presidente como Arturo Frondizi afirmó que "nosotros prestamos nuestra total solidaridad con las Fuerzas Armadas que ha recuperado las Malvinas para la patria" (En pocos

días, Frondizi morigeraría su posición y , siguiendo el consejo de los Estados Unidos, pondría paños fríos sobre su primera entusiasta manifestación). Oscar Alende, líder del partido Intransigente y ex gobernador de Buenos Aires expresó: "Afortunadamente, éste día (2 de abril) en que los argentinos podemos afirmar con el pecho bien ancho, que las Fuerzas Armadas han interpretado el sentimiento y el pensamiento popular, en la integración de nuestro territorio nacional, porque las Malvinas y toda su esfera habían sido realmente usurpadas en 1833". El radical Raúl Alfonsín que, por su enfrentamiento a los militares en el tema de la vigencia de los derechos humanos lograra sumar voluntades para ganar el gobierno que sucedería a la dictadura sentenció: " Este hecho militar tiene el apoyo de todo el país. Es una reivindicación histórica que tiene el asentimiento y la unanimidad de todos los argentinos". El ex gobernador de La Rioja, Carlos Menem, preso de la dictadura y futuro sucesor de Alfonsín en la Presidencia también estaba entusiasmado como el líder radical: "Las FFAA se hicieron eco del clamor popular y siguieron los lineamientos del reclamo: recuperar las islas e izar el pabellón celeste y blanco. Éste es el camino propicio para que el pueblo argentino recupere su total soberanía a través de la institucionalización democrática que establece la Constitución Nacional". Deolindo Bittel, vice presidente del partido Justicialista que también estaba exaltado proclamó: "Sí señor, estamos de acuerdo, porque si no estuviéramos de acuerdo no estaríamos acá (en la Casa Rosada). Yo tengo fe en el futuro de que vamos a salir bien de esto en la medida de que podamos consolidar la unidad interior". Lorenzo Miguel, el más poderoso líder del movimiento obrero y figura destacada del peronismo también apoyó la operación militar: "En materia de soberanía, no puede haber dos actitudes, sino la plena solidaridad nacional. Y cuando se trata del tema de las Malvinas, eso se fortalece con el indiscutible derecho de la Argentina a integrar su territorio nacional, por lo que recomiendo, en la circunstancia, se proceda con

extremado dinamismo y sin pérdida de tiempo". Ante este apoyo, el entusiasmo del gobierno militar no pudo menos celebratorio. El ministro del Interior, el general Saint Jean celebró el apoyo inmediato y casi total de la dirigencia política. La recibió en su despacho y los invitó a concurrir a la asunción del general Menéndez^[61] como gobernador de las Malvinas el 7 de abril, que muchos de ellos aceptaron con entusiasmo. El que no estaba contento con esta última convocatoria era Costa Méndez, quien se enfrentó con Saint Jean por el tema. El argumento era claro: si además de nombrar a un militar como gobernador, se sumaba la presencia de los políticos en apoyo de tal medida, no aparecía como creíble que el desembarco había sido hecho para negociar. La contraria también: era que Galtieri se había entusiasmado con el apoyo popular medido en Plaza de Mayo, en todo el país y en las encuestas de opinión del momento. La hipótesis que se configuraba claramente era que el propio Galtieri, les garantizaría a los partidos el retorno a la vida institucional con su propia candidatura presidencial y el respaldo que se acumulaba. Costa Méndez apeló ante el propio Galtieri, pero éste le manifestó: "Los planes originales han sido modificados" (Cardoso, et al, op. cit.:153). No habría retirada y solo se aceptaría el reconocimiento de la soberanía argentina. Una improvisación tan repentina como el entusiasmo nacional ante el desembarco. Todo ello estaba basado en una convicción militar: la flota británica partiría de bases británicas pero nunca llegaría al Atlántico Sur, donde el 3 de abril habían sido ocupadas las Georgias por un destacamento de la Infantería de Marina, al mando del teniente de navío Alfredo Astiz, el infiltrado en las Madres de Plaza de Mayo como secuestrador y participante central en el operativo de raptó de las monjas francesas y el secuestro y asesinato de la ciudadana sueca-argentina Ragmar Hagelin. El impacto en toda la política argentina, y también en el peronismo, había desconcertado a la dirigencia. En sincera confesión,

Antonio Cafiero escribió en su diario personal por esos días: "2 de mayo de 1982. Guerra con los ingleses, combates aéreos y navales sobre las Malvinas. Increíble, pero ahí está. Estados Unidos plegado a los ingleses. ¿Admitirán la derrota? ¿Debemos dejarnos llevar por la euforia bélica de los irresponsables? ¿Existe algún secreto de la Historia, algún imponderable escondido que nos sitúe como ganadores? Lo curioso, lo inexplicable, es esta unanimidad nacional. ¿Cómo explicar que los cipayos y la prensa liberal apoyen la guerra? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Cómo termina? ¿Cuáles son los términos de la paz? Los militares van a querer utilizarnos a los políticos para salvar su cara. ¿Y qué hacemos? ¿Nos dejaremos utilizar? Debemos esperar más y más sufrimientos. Entre tanto, no se me ocurre ninguna idea salvadora, como a nadie. ¡Santo Dios ¿Qué hacer y cómo salir de ella? ¿Qué debería hacer el PJ y sus dirigentes? Yo mismo: la guerra hasta el final sería una inmolación absurda. La paz, la pérdida del honor y la etiqueta de derrotista y traidor. ¿Qué hacer?" (Cafiero, A., 2011:380).

El desembarco en Malvinas había pegado fuerte en el exilio. La mayoría de los sectores peronistas y de izquierda refugiados en México, Europa Occidental y otros países apoyaron la operación con matices en sus diversas voces, frontalmente enfrentadas a todos las demás políticas del gobierno dictatorial. Hubo solitarias voces críticas radicalizadas ante el malvinazo.^[62]

La primera visita de Haig

El viernes 9 de mayo llegaba a Buenos Aires el secretario de Estado de los EEUU, Alexander Haig, en la primera de las dos visitas que realizara durante el conflicto a la Argentina. Este militar conocido por su desempeño como administradora militar, venía de una carrera iniciada en la administración de la ocupación

norteamericana del Japón luego de su derrota en 1945, había combatido en Vietnam, se había desempeñado como segundo de Henry Kissinger durante el desempeño de éste en la administración Nixon y había sido cinco años comandante general de la OTAN, en Europa.

Haig se entrevistó en la Rosada con Galtieri. El militar norteamericano, canciller de la administración ultra conservadora republicana de Reagan, estaba acompañado de otro general Vernon Walters, experto en inteligencia. Galtieri ordenó que Costa Méndez y el contralmirante Moya, fueran sus laderos en la importante conferencia. Moya era un hombre que, destacado por la Armada en el comité político asesor en la guerra, fue tomando gran influencia sobre el Presidente a medida que se precipitaron los acontecimientos bélicos.

Haig empezó con los reconocimientos a los militares argentinos, encomiando "la lucha argentina contra la subversión que sus predecesores no entendieron (...) que los militares argentinos condujeron con éxito a pesar de la irracional e ilógica crítica internacional". Lo que incluía la política de Derechos Humanos del desplazado presidente James Carter.

Galtieri, por su parte, habló de los problemas en El Salvador y Nicaragua -temas caros al régimen militar- y calificó inesperadamente de "grave" la situación de México, quizás para identificar el respaldo del gobierno de José López Portillo al exilio argentino con su problemática situación financiera.[63]Agradeció la cooperación "argentino-norteamericana", en referencia a los oficiales de inteligencia que se desempeñaban desde Honduras para auxiliar a la "contra" nicaragüense enemiga del gobierno sandinista. Galtieri advirtió a Haig: "Lo diré alguna vez y luego no volveré a repetirlo. En cuanto a la Argentina concierne, no estamos dispuestos a negociar con respecto a nuestra soberanía en las islas. Estamos dispuestos a negociar

sobre cualquier otro punto". Haig respondió que si Argentina mantenía un gobernador en Malvinas "habría guerra y que en ese caso, los británicos que poseían una fuerza mayor que la Argentina lograrían la victoria en caso de desatarse las hostilidades " (Yofre, J.B., op. cit.:267-268).

Salí al balcón

El 10 de abril, Galtieri tuvo su balcón de Plaza de Mayo. La convocatoria fue motorizada a través la emisora privada Radio Rivadavia.^[64] Galtieri, sin la compañía de Anaya y Lami Dozo, habló desde el histórico balcón y dijo su provocativa y fanfarrona frase: "Si quieren venir, que vengan les presentaremos batalla... En esto tenemos la solidaridad de varios pueblos americanos que están decididos a dar batalla con los argentinos (...) si es necesario, este pueblo, que yo trato de interpretar como presidente de la Nación, a va a estar dispuestos a tender la mano con hidalguía y con honor. Pero también va a estar dispuesto a escarmentar a quién se atreva a tocar un metro cuadrado del territorio argentino" (Yofre, J.B., op.cit.: 270-271). No era menos de lo que le había dicho a Haig, porque si no se estaba dispuesto a negociar la soberanía, Thatcher iba a atacar como lo creía el jefe de la diplomacia norteamericana y lo negaba la cúpula militar, empezando por el comandante en jefe del Ejército. El evento fue apoyado por los partidos tradicionales como el radicalismo, el peronismo y la totalidad de la Multipartidaria; Intelectuales como Manuel Mujica Laínez y Silvina Bullrich, así lo hicieron, como también el cardenal arzobispo de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, entre centenares de personalidades de toda la sociedad.

A Haig lo transportaron en helicóptero para volver a la embajada de su país, pero en realidad, para que se impresionara

por la multitud, que él en realidad comparó, espantado, con las masas movilizadas por la Revolución Iraní y el periodista Iglesias Rouco en "La Prensa" con las multitudes fascistas en la proclamación del Imperio Italiano en 1936 en la Plaza Venecia de Roma. Iglesias Rouco escribió enojado que "la concentración había sido uno de los más graves errores cometidos aquí desde que comenzó el conflicto. De nuevo nuestros gobernantes han puesto al desnudo el aislamiento internacional en que viven, que lamentablemente es el de una gran parte de la nación" (Yofre, J.B., op.cit.: 271). Iglesias Rouco había sido uno de los grandes promotores periodísticos del conflicto, una de cuyas alternativas era el desembarco, y la retirada inexorable de las tropas, si se cumplía el plan "toco y me voy" era la guerra. El "aislamiento internacional" de la dictadura era consecuencia de la vigencia de ella misma y de sus políticas represivas en lo interior, guerreristas contra Chile e intervencionistas en Bolivia, Nicaragua, el Salvador y Honduras contra proyectos revolucionarios o nacionalistas, a lo cual Iglesias Rouco no le daba la menor importancia. Para hacer un "populismo de derecha" y sacar la nave del "proceso" del encallamiento, había que ir a la Plaza. Pero luego había que bancarse las consecuencias. Una ecuación de resolución negativa para la operación político-militar. Luego de la guerra y la vuelta a la democracia, hubo interpretaciones liberales, entre cuasi negadoras de los derechos soberanos argentinos, críticos con mucha razón de su realización y negación del colonialismo inglés. "La excepcional densidad política de la cuestión Malvinas descansa en su vastísima popularidad: ella estaba profundamente enraizada ante todo, en su vastísima popularidad", escribieron dos politólogos (Novaro, M. y Palermo, V., 2012:411). "Mientras el Proceso se internaba más y más en su decadencia, la cuestión Malvinas se fue aproximando a una fecha de importancia simbólica, ya que en 1983

se cumplirían 150 de usurpación británica; un siglo y medio de "irredención" era una auténtica afrenta al honor nacional. A un tiempo, el norte al que se abrazaban con fervor los jefes militares en aprietos, esto es, la perspectiva geopolítica de convertirse en una potencia regional, potenciaba la demanda de raíz nacionalista territorial, al cubrirla de ropajes supuestamente objetivos, científicos (la importancia fabulosa de los recursos naturales) y la relevancia del dominio espacial para el desarrollo del Estado nacional. En suma, la idea de recuperar las Malvinas no era en absoluto artificial ni circunstancial, era un proyecto de larga data, sustentado en motivaciones sinceras del régimen militar, que se descontaba con un amplio respaldo civil" (Novaro, M. y Palermo V., op. cit.: 411-412).

Sobre esos antecedentes se montaba la motivación inmediata de la dictadura militar: su proyecto de "salida política" con control castrense. Para ello, la operación Malvinas se convertiría en la llave para sumar a la opinión pública y a los partidos, con un candidato único militar que sería, en este caso, el supuesto triunfador de la aventura, el propio Galtieri.

Llamada "causa nacional", "irredentismo" o, simplemente, "despojo colonial", la cuestión Malvinas había entusiasmado históricamente y popularmente desde el fondo de la historia argentina una convicción que se podía evaluar con emoción y razón con el mismo resultado. Por eso, pudo movilizar a la sociedad argentina, convencida por la emoción y la razón y profundamente golpeada por la brutal dictadura. Creer que es mítica la importancia estratégica y económica de las Malvinas, supone negar su lugar como punto de referencia militar, como ya fue mencionado en su valor de base militar entre los océanos Atlántico y Pacífico; la referencia como punto de soberanía hacia el territorio de la Antártida y su real importancia económica, como lo certificaron los contratos petroleros firmados durante el gobierno de Macri con

empresas británicas. Esa desconsideración deja de lado la importancia económica del antiguo mar Continental argentino y la sustancial ampliación de su Plataforma Exterior, reconocida por la ONU, durante el gobierno kirchnerista, culminando una verdadera tarea de Estado realizada por varios y diversos gobiernos argentinos. El nacionalismo pleno, que hoy deviene para una nación como la Argentina en regionalismo latinoamericano, contiene al "nacionalismo territorial", pero no es la única base de aquél. El pueblo, con el ejercicio de su soberanía, es el primer pilote de este nacionalismo pleno y los perfiles económicos, sociales y culturales, sus otros soportes. Negarlo es ideología.

El conflicto con Chile, que estuvo a minutos de llevar a una guerra con el vecino hermano, fue otra versión del falso nacionalismo de la cúpula militar que pretendía ocultar el "achicamiento" de la nación económica y social, con una política agresiva hacia el país fronterizo en un estimulado conflicto que debió haber terminado muchos años atrás con un pacífico acuerdo. Ese interminable alargamiento de las disputas por pequeños sectores fronterizos entre dos países que habían resuelto su frontera fundamental-la Cordillera de los Andes- fue una moneda de cambio política de las oligarquías y las FFAA de los dos países. La Junta Militar chantajeó a la nación y a su pueblo al que había quitado su soberanía política y sus derechos sociales, mediante la brutal represión ilegal. Para la dictadura Malvinas fue un golpe desesperado y suicida de enorme poder; que estaba basado en derechos, ilegal e ilegítimamente negados por el que fuera la mayor potencia imperial de la historia, cuya influencia sufriera la Colonia en las Invasiones de 1806 y 1807. La Argentina seguiría luego con el empréstito de la banca Baring tomado por Bernardino Rivadavia; el bloqueo anglo-francés de 1845 y la república conservadora de las vacas, el trigo y las finanzas en sus manos hasta 1945.

Menéndez en las Islas

El 7 de abril Mario Benjamín Menéndez juró como gobernador de las Malvinas, acompañado por políticos y hombre del de la dictadura, como el ex presidente Jorge Videla quién, en privado, no manifestaba su entusiasmo por la operación. Numerosos políticos de casi todos los partidos acompañaron el todavía jefe de Operaciones del EMGE.

Menéndez afirmó que "no tenía una idea clara" acerca de si se cumplirían las afirmaciones de Gran Bretaña de recuperar las islas por la fuerza."Pensaba -dijo- que lo que se debía hacer, sí, era prepararse para la defensa por si la amenaza se cumplía". Sin embargo, casi de inmediato, reconoció la confusión de lo planteado, porque nunca se le adelantó la posibilidad de asumir el mando militar en las islas. Cuando partió la Fuerza de Tareas británica, "tácitamente acepté que en un determinado momento yo podría ser el comandante de la fuerza que estuviera en Malvinas, sin tener idea de cuáles iban a ser las fuerzas ni los planes" (Túrolo, C.M., op.cit.: 58-59).

Menéndez se hizo cargo del gobierno y se encontró con la Falkland Island Company (FIC) a la que calificó como un "monopolio total y absoluto en perfecta combinación con el gobierno colonial (...) ¿No es todo esto un sistema colonial y de explotación perfecto?" (Túrolo, C.M., op.cit.: 69). Es notable que tanto Menéndez, como Galtieri y Costa Méndez asumieran rápidamente un lenguaje por el uso del cual torturaban en los CCD a los prisioneros políticos secuestrados de su dictadura. Pero recibió una lección: "el único libro de autor argentino (sic) que encontramos fue el de Jacobo Timmerman (sic), "Celda sin número, prisionero sin nombre" (Túrolo, C.M., op.cit: 70). Ya Menéndez reconocía que el periodista Jacobo Timerman había recuperado la nacionalidad argentina de la que había sido privado, junto con sus propiedades (p. ej., el diario "La Opinión"),

después de su secuestro y tortura por el general Camps, aquél que afirmara que “la flota inglesa es chatarra”.

No era la única sorpresa que podía brindar la historia de Menéndez. Después de preocuparse por el establecimiento de un “sistema mixto” de enseñanza –como si toda la cuestión de la soberanía estuviera ya resuelta– Menéndez recibió “una emisora de televisión en colores” (...) el inconveniente fue que empezaron a mandarnos programas como “La peluquería de don Mateo” o “Polémica en el bar” que a los argentinos pueden divertirnos pero que ellos no pueden entender. Lo que interesaba era el folklore o un programa con la orquesta sinfónica de Buenos Aires, para que supieran que en la Argentina también se pasa buena música. Darles una idea de nuestro nivel cultural y que no creyeran que éramos unos indios con plumas (sic) (Túrolo, C.M., op.cit.: 77-78). Por cierto, podía haber comunicado que a los “indios con plumas” los había asesinado o esclavizado el Ejército del que él formaba parte. Era sin duda, un buen gobernador para resolver la cuestión colonial... Completó su información sobre la Argentina para los pobladores cuando reveló que “a algunos (pobladores) los llamé y les dije que en la Argentina no se ponía preso a nadie por suposición” (Túrolo, C. M.: op.cit.: 80). Simplemente se lo secuestraba.

El 8 de abril, Gran Bretaña comunicó que había establecido, por su cuenta, una zona de exclusión marítima, en un radio de 200 millas marítimas con centro en las Malvinas, un bloqueo dirigido contra las fuerzas argentinas establecidas allí (Thatcher, M., op.cit.:195). El gobierno conservador no rechazó globalmente la propuesta pero fue dando respuestas negativas a cada punto; también que no iba a hacer retroceder a la Fuerza de Tareas ni dejar de acercarla a la costa argentina. Costa Méndez respondió a una consulta telefónica de Haig efectuada desde la capital británica con una nueva vuelta de tuerca. “El Reino Unido se obligaría a descolonizar en

una fecha determinada, según la obligación que había asumido ante el organismo internacional y en esa misma fecha cesaría en la administración de las islas. No se mencionaría la soberanía ni se discutiría la administración interna. La flota británica regresaría a su puerto y las tropas argentinas al continente” (Costa Méndez, N., op. cit.:226).

Costa Méndez señaló también que, por la nota publicada por el periodista Carl Bernstein, uno de los escritores de la investigación del escándalo Watergate que denunciaba que Estados Unidos brindaba información militar a Gran Bretaña en su enfrentamiento con Argentina, llamó a Haig para denunciar el hecho y que éste, lo negó como era previsible.

¿Orugas o ruedas?

El 9 de abril llegaba a Malvinas una unidad de Caballería del EA, la primera de las pocas de esa arma desplegadas en el terreno del conflicto. Eran dos secciones del Destacamento de Exploración de Caballería Blindada 181 (C 3), denominado “Coraceros General Pacheco”. Cada sección estaba dotada de cinco vehículos blindados. Una de ellas, al mando del subteniente Gustavo Tamaño^[65] era la sección AML (auto-ametralladora ligera) Panhard, un vehículo francés adquirido en 1978 a partir de las derivaciones del Plan Europa. El tema clave de este vehículo de “exploración”, es decir de avanzada para descubrir posiciones y movilidad del enemigo, es que - a diferencia de otros blindados - se movilizaba sobre ruedas neumáticas y no sobre orugas. El debate entre oruga y rueda iba a ser una de las discusiones que enfrentaron conocimientos y propuestas de soluciones para el terreno de Malvinas. El AML Panhard H90 F1 era un típico vehículo de exploración de cuatro ruedas con

tracción en todas ellas: un vehículo liviano -su peso era de 5.500 kg.- estaba dotado de un cañón de 90 mm., una ametralladora coaxial AA 52, calibre 7,62 mm. y otra similar en la torre. Alcanzaba 90 ó 100 km. por hora y tenía una autonomía de 500 km. Sus deficiencias: su falta de visión nocturna, de capacidad anfibia y de calefacción y, sobre todo, ejercer sobre el suelo una presión sobre el suelo notoriamente mayor que la que ejercen los vehículos dotados de oruga (Tamaño, G., 2013:25-27).

El debate sobre la capacidad del Panhard para operar sobre suelo malvinero se discutió en una reunión en el Comando de Fuerzas Terrestres del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur a la que fue convocado el subteniente Tamaño, como jefe de la sección. En la reunión participaron el general Daher, el capitán de navío Robascio (jefe del Batallón de Infantería de Marina 5, los tenientes coroneles Balza (jefe del GA 3) y Seineldín (RIM-25). Un auditorio en el cual el único oficial de Caballería era el oficial subalterno convocado ante un oficial superior y varios oficiales jefes. Allí Tamaño explicó las virtudes del Panhard como elemento eficaz para enfrentar una fuerza de infantería o una lancha de desembarco. Recordó la falta de visión nocturna del vehículo lo que dificultaría su operación dada las largas noches del territorio. Y, sobre todo, destacó "el difícil suelo de las islas que restringía la maniobra de nuestros vehículos prácticamente a los caminos y sendas que pudieran soportarlos. Tamaño recordó que "sobre el tema de la transitabilidad, mis palabras despertaron sorpresa. Lo noté cuando me preguntaron cómo podía tener problemas para transitar un vehículo blindado de sólo cinco toneladas y media. Fue en ese momento que deduje que no tuvieron en cuenta un importante detalle: una cuestión es el peso del vehículo, otro es el que se ejerce sobre el suelo que, técnicamente, se denomina "presión específica". Esta "presión específica" surge de la relación peso/superficie de apoyo".

Tamaño lo ejemplificaba con el tránsito de una persona deslizándose con esquíes, que transita fácilmente sobre la nieve, pero esa misma persona, si se lanzara a caminar en la nieve hundiría profundamente y hasta podría quedar inmovilizado. "Un vehículo de cuatro ruedas puede ser muy liviano, pero sobre el suelo ejercer una presión del doble o más que otros mucho más pesados pero dotados de orugas. Estos vehículos Panhard ejercían una presión mucho mayor (estimada entre 1,8 a 2 kg./cm²), aproximadamente el doble de la de un tanque Leopard I (0,86 kg/cm²) o el Tanque Argentino Mediano- TAM- (0,77 kg/cm² y más del triple del vehículo de exploración inglés Alvos FV 101 "Scorpion" (0,36 kg/cm²)" (Tamaño G., op. cit.:102).

El subteniente Tamaño recomendó traer cuanto antes a Malvinas dos modelos de vehículos de oruga: el transporte de personal M-113 (norteamericano) (0,55kg/cm²) y el tanque liviano SK-105 "Küirassier" (0,65/cm²). Cuando uno de los presentes preguntó si no era mejor traer a los muy modernos TAM, Tamaño expuso cuatro razones para desechar la propuesta: 1) la movilidad, porque el SK-105 ejercía una presión sobre el suelo menor que la del TAM (0,68 kg/cm²) contra 0,77 kg./cm² del austríaco. Aquél, de pequeñas dimensiones pesaba casi la mitad que el TAM, que alcanzaba las 18 tn., un aspecto a considerar en el suelo de turba de las Malvinas. Por lo tanto, sería más fácil desatascar al SK-105 que al TAM no solamente por su peso, sino porque el primero contaba con vehículos recuperadores mientras que el TAM carecía de los mismos. También que las reducidas dimensiones del SK-105 y su mayor capacidad para trepar pendientes, lo hacía más apto que el TAM. El SK-105 contaba, además, con visión nocturna, de la que carecía el TAM. El consumo de combustible del austríaco era de la mitad del argentino. Y su potencia de fuego era mayor para el vehículo austríaco porque empleaba un proyectil de alto explosivo.

También elogió Tamaño la versatilidad del M-113 por su capacidad para transportar infantería y equipos, dotado además de una ametralladora Browning de 12,7 mm. Hubo “un tardío intento de trasladar esos vehículos. Nunca llegaron, quizás por las dificultades generadas por la fuerza del bloqueo británico a las islas”.

Según Tamaño, el SK-105 tenía una potencia de fuego superior a los Scimitar^[66] y los Scorpion^[67] británicos que fueron los vehículos empleados por las tropas del Reino Unido en la contienda. Tamaño realizó también una sólida crítica a la falta de conocimiento de la geografía isleña. “Creo que fue en esa reunión –recordó– que un oficial naval hizo mención a una grandes algas llamadas kelp que crecen en gran parte de las costas de las islas Malvinas. Según su parecer, ello limitaba los posibles lugares de desembarco, pues estas algas constituían un serio problema para las hélices de las barcas de desembarco. Por el ulterior desarrollo de los acontecimientos parece que el problema solamente afectaba las hélices de las embarcaciones argentinas, pues las barcas inglesas no dieron muestra de haber tenido problema alguna con esa vegetación marina”. Tamaño se incomodó con “la falta de conocimiento de la geografía local. En lo específico del terreno basta decir que la Argentina había construido el aeródromo local, con lo que tenía un conocimiento de la resistencia de los suelos, las condiciones geológicas, escurrimiento de aguas y tantas otras cuestiones. Había un oficial de la Fuerza Aérea representante de LADE (Línea Aérea del Estado) que debería haber conocido en detalle las características geográficas ya que residía en Stanley. Y si hay algo a lo que son sensibles los blindados es justamente el terreno. Si el suelo de la Isla soledad hubiera sido similar al patagónico, no tengan dudas de que nuestros vehículos se habrían desplazado sin inconvenientes, tanto por las sendas como a campo traviesa” (Tamaño, G.,

op.cit.: 104-105).Un testimonio contundente para denunciar la improvisación de los altos mandos.

La flota al mar. Negociaciones

El 15 de abril, la Flota de Mar argentina volvió a partir de Puerto Belgrano a donde había repostado para reabastecerse y ponerse a punto. Allí, Lombardo despidió a la fuerza de tareas con un sorprendente discurso en el que afirmó: "Quiero decirles que tenga la esperanza de que, mientras ustedes estén en el mar, se llegue a un acuerdo en este problema, porque es la única solución. Nadie se puede engañar cuando se llegue a ese acuerdo se llegará cediendo cosas. Porque nosotros, en este momento, tenemos teóricamente todo. Tenemos la soberanía y el gobierno. Pero algo habrá que ceder para transar". Asombrado, el comandante de aquella fuerza lo interrogó en privado acerca de la posibilidad de un "acuerdo ya firmado", hecho que Lombardo negó, pero agregó:"Yo creo que la única cosa sensata y razonable es que se firme un acuerdo. Y a ese acuerdo vamos a llegar y mientras más demoremos peor será" (Cardoso et al, op.cit.: 195-196). Así fue. Lombardo guiado ahora por una dosis de razonabilidad había hecho la evaluación político-militar del conflicto y predecía su final: sin acuerdo alguno llegó la rendición incondicional.

Mientras la Flota de Mar argentina volvía a enfilarse hacia el sur, en ese mismo día el secretario Haig llegaba por segunda vez a Buenos Aires. Expuso ante Galtieri siete temas que contenían el punto de vista de Washington, aparentemente consensuado con Londres. Estos eran: retiro de tropas argentinas y detención de la flota británica; permanencia de la bandera argentina en las islas a través de una administración tripartita; expansión considerable del

papel argentino en las islas durante el período interino; garantía de que las negociaciones para una solución de largo plazo serán concluidas antes de fin; “tenemos el doloroso acuerdo de la señora Thatcher para guiar este proceso de negociación según los principios de descolonización”, le dijo Haig a Galtieri; se planteaba la normalización de las comunicación entre el continente y las islas y se levantarían las sanciones” (Cardoso et al, op.cit.:201). Los británicos rechazaron hablar de temas económicos, según transmitieron a través de Haig y Galtieri volvió a insinuar la posibilidad de convocar la amenaza de la entrada de un “tercer país” en el conflicto que no podía ser sino la URSS.

La Junta Militar elaboró una propuesta de modificaciones al papel de Haig donde, según Costa Méndez “retiramos la exigencia de obtener el reconocimiento previo de la soberanía o la declaración de que éste era el objeto final del acuerdo”. Pero para Haig “esto es inaceptable para Gran Bretaña. Esto significa la guerra” le dijo al canciller argentino Y la pidió una audiencia en pleno con la Junta, que se acordó para el sábado 17 de abril a la mañana” (Costa Méndez, op.cit.:229). Ante Haig había solicitado el visto bueno del gobierno argentino para entrevistarse con el ex presidente Arturo Frondizi y de esa reunión nació el primer traspie político interno, porque pocos días después el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), daba marcha atrás respecto de las aprobatorias primeras declaraciones del propio Frondizi y, con la venia de éste, se pronunciaba críticamente sobre la posición argentina.

Antes de la reunión final con la Junta Militar Haig discutió largamente con Haig. Costa Méndez consultaba por teléfono a Galtieri y Haig lo hacía con el canciller británico Pym telefónicamente. Londres reclamaba que la gobernación argentina no podía seguir y que los consejos de los isleños no podían tener una participación similar a la de los kelpers. Había también que aceptar

“los deseos” además de los “intereses” de los isleños, lo que era inaceptable para Buenos Aires.

En la noche del 16 se produjo una “tensa deliberación” del Comité Militar, en la que Galtieri boyaba entre la posición intransigente de Anaya y la más negociadora de Lami Dozo. Pero el frente del Ejército comenzaba a presentar fisuras por el temor a que se produjera un enfrentamiento militar en el que Estados Unidos se alineara con Gran Bretaña y los sueños de una alianza profunda con los Estados Unidos que les prometiera Galtieri a los generales quedaran en agua de borrajas.

En la media mañana del día 17 se volvieron a reunir la Junta con Haig y ese fue el encuentro prácticamente definitivo entre las dos partes. Hubo dos momentos dramáticos. El primero, cuando Anaya pretendió señalar como argumento decisivo “la sangre” de los soldados, informó que un hijo de él estaba entre los combatientes como piloto del Ejército en las islas e indicó que “como padre sería un honor que ofrendara su vida enfrentando al agresor colonial”. Haig, que conocía el currículum de Anaya le respondió: “sé que usted puede afirmar eso porque nunca ha tenido la experiencia de ver regresar los cadáveres del frente”. (Al finalizar la guerra, Anaya hizo una gestión personal por la libertad inmediata de su hijo prisionero y herido, lo que dejó en un bajo lugar su mesiánica manifestación). La segunda, fue cuando interrumpió la deliberación para afirmar que “los ingleses lo presionan porque quieren el petróleo de Malvinas (...) nosotros estamos dispuestos a hallar la fórmula para que participen de la riqueza”, cambiando de la rígida defensa del “nacionalismo territorial” a la apertura económica al capital extranjero. Haig le respondió que el petróleo no era importante en las vigentes circunstancias: “Ellos están en esto por lo mismo que ustedes. Por el honor” (Cardoso, et al, op.cit.:209). Podría haber dicho menos retóricamente, por el poder.

Costa Méndez la siguió con Haig llevándolo a cenar a su casa. Las cosas no mejoraron sustancialmente. Galtieri se reunió otra vez con Haig al día siguiente en la Rosada, el domingo 18. Le hizo la oferta final, el piso argentino. Fue para atrás con algunas demandas pero sostuvo, el puente roto, de fijar como fecha límite para resolver el conflicto el 31 de diciembre de 1982. Y otra vez, Galtieri volvió a mencionar -sin nombrarla- de manera transparente la posible convocatoria a la URSS.

Las cosas empeoraron cuando a la noche de ese domingo, otra reunión de la compleja Junta Militar volvió a cambiar las cosas, por propuesta de Anaya, quién hizo agregar a la propuesta argentina que "a partir del 31 de diciembre de 1982 y hasta tanto entre en vigencia el acuerdo sobre el status definitivo, la jefatura del gobierno y de la administración será ejercida por un funcionario designado por el gobierno argentino" (Cardoso et al, op.cit.:212).

La retoma de las Georgias

Mientras tanto, los británicos atacaron las islas Georgias el domingo 25. Había sido enviado como refuerzo argentino el submarino ARA-Santa Fe, una unidad anticuada y en mal estado. En la mañana del 25 de abril desembarcaron 40 hombres de refuerzo en la bahía Cumberland. Pero varios helicópteros británicos atacaron al submarino argentino. Entró con dificultad a la bahía de Grytviken y la tripulación lo abandonó habiendo sufrido una baja. Tras la "evidente confusión que imperaba en la guarnición argentina" (Freeland y Gamba, op.cit.: 227), los británicos atacaron con 75 hombres. Hubo cañoneo del HMS Antrim y el HMS Plymouth que produjo la rendición del capitán de fragata Bicain, comandante del ARA-Santa Fe, en King Edward Point y luego y tras un breve combate la poco gloriosa

rendición del teniente de navío Alfredo Astiz. El intento argentino de atacar a los barcos ingleses y a sus tropas desembarcadas por medio de Canberras debió cancelarse por las pésimas condiciones meteorológicas.

Ahora, Altair

Mientras esto ocurría, Costa Méndez tuvo que transmitir la grata noticia de las nuevas demandas argentinas a Haig con el agregado de que, como la Royal Navy había alcanzado la isla de Ascensión, la Argentina había tomado la decisión de solicitar la aplicación del TIAR. Cuando el canciller argentino le dijo esto a Haig, el secretario de Estado le pidió que no lo hiciera porque se esperaba que Nicaragua atacara Honduras. En realidad, esto era poco probable porque Nicaragua intentaba colocarse en la posición que le era fuerte: ser agredido por los contras antisandinistas. Haig no quería que se produjera un maremoto anti imperialista, nada menos que en la OEA, organización que la Revolución Cubana había rebautizado en la década del '60 como el "ministerio de colonias de los EEUU" y las multitudes de izquierda desmerecían escandiendo aquello de "con OEA o sin OEA/ las ganamos la pelea".

El 26 de abril, se celebró la reunión de consulta de la OEA para decidir la aplicación solicitada por la Argentina del TIAR, dada la agresión de un país extra continental contra un estado americano. En esta ocasión, a diferencia de octubre de 1962 en que la URSS instaló armas nucleares en la isla de Cuba, se daba en éste caso un desplazamiento de fuerzas armadas en disposición de realizar un ataque militar directo y anunciado.

Antes de la reunión hubo varias convocatorias de Haig a Costa Méndez para que pidiera la postergación de la reunión del Consejo. El canciller argentino escribió al recordar su actuación en

aquella reunión que :“viví la mayor emoción de mi vida pública (...) terminado el discurso comenzó una ovación que aumentaba minuto tras minuto; los cancilleres de América Latina se pusieron de pie en homenaje a la Argentina y a su gente, y a su actitud independiente, libre y soberana. Los representantes de los Estados Unidos permanecieron sentados y callados” (Costa Méndez, N. op.cit.:). La reunión terminó el día 28 con una votación de 19 votos a favor de la resolución, cuatro abstenciones (incluida la de EEUU, Chile, Colombia y Trinidad-Tobago) y ninguno en contra.^[68] Fue paradójico que fuera Costa Méndez, un destacado pro norteamericano quién consignara que “por primera vez en la historia de los Estados Unidos sufrían una derrota tan aplastante”. En cambio, el general Balza al recordar que Costa Méndez había dicho en la OEA “que la bandera argentina, la bandera americana, no será arriada mientras corra una gota de sangre por las venas del último soldado argentino que defiende las islas Malvinas” juzgó que “indudablemente se trató de una arenga bélica, que comprometió nuestra posición” (Balza, M., 2003:192).

Mientras se sucedieron las exposiciones en el Consejo de la OEA, Haig pidió y logró hablar con Costa Méndez para plantearle una nueva alternativa que fue recordada como “Haig II”. Allí se planteaba: instalar una autoridad especial interina tripartita; se izarían las banderas de los tres países integrantes de la Autoridad Interina; se consideraba que el período provisional de negociación terminaría el 31 de diciembre de 1982; se tomarían en cuenta los deseos e intereses de los habitantes de las islas. Para Cardoso, Kirschbaum y Van Der Kooy esta propuesta “contenía aspectos sustancialmente distintos de las alternativas iniciales” de Haig. “Implicaron para los intereses argentinos, inocultables mejoras” (Cardoso et al, op.cit.:239-240). Esta situación pareció abrir una pequeña brecha en Gran Bretaña porque frente a la insistencia de Thatcher de defender

su política de dureza “la oposición laborista ensayó un tímido intento de fractura del consenso que los partidos habían dado a la primer ministro, Michel Foot (líder laborista, JBL)exigió –en cinco oportunidades– el envío de Francys Pym a Nueva York, para solicitar la mediación del secretario general” (Cardoso et al, op.cit:240). Costa Méndez hablaron una vez en una larga y muy tensa conversación en la que Haig, al final frente al rechazo de sus demandas por parte de Costa Méndez le advirtió: “ya no será sólo Gran Bretaña. Estados Unidos la respaldará, y junto con la OTAN presionará e inevitablemente el gobierno militar argentino va a caer. Esté usted seguro”. Costa Méndez concluyó la conversación respondiéndole: “Esa amenaza, señor, es indigna de un secretario de Estado” (Cardoso, et al, op.cit.:244).

Luego, en un reportaje a la BBC británica Costa Méndez donde afirmó temerariamente: “Las Malvinas pueden resultar un Vietnam para Gran Bretaña. Es un lugar ubicado a 10.000 millas de Londres y muy difícil de defender para los británicos” (Cardoso et al, op.cit.: 245).

En tanto, el Senado norteamericano, por moción presentada por los senadores Patrick Moynihan y Joseph Biden^[69] aprobaba por 79 votos a 1 (el del senador ultra conservador Jesse Helms) una moción que pedía el retiro argentinos de las islas.

Los comandos operativos

Una multitud de comandos operativos fueron creados para la conducción de la guerra, pero no fueron muy adecuados para la dirección conjunta de la misma. En primer lugar, estaba el propio Presidente de la República, quién teóricamente era “el comandante supremo de las Fuerzas Armadas”, condición fijada en la vulnerada Constitución. En realidad, su función la desempeñaba la Junta Militar que se travestía en Comité Militar porque estaba tanto

aquella como éste integrada por las mismas personas: el propio teniente general Galtieri, como comandante en jefe del Ejército y Presidente, el almirante Anaya como comandante en jefe de la Armada y el brigadier general Lami Dozo, como comandante en jefe de la Fuerza Aérea. Luego le seguía el jefe del Estado Mayor Conjunto de las FFAA, vicealmirante Leopoldo Suárez del Cerro; el comandante del Teatro de Operaciones Sur, general Osvaldo J. García; el comandante de la Fuerza Aérea Sur, brigadier Ernesto Crespo; el comandante de la Guarnición Militar Malvinas, general de brigada Mario Benjamín Menéndez. De éste último dependían, a su vez: el comandante de la Agrupación "Ejército" Malvinas, general de brigada, Omar Jofre; el comandante de la Agrupación "Aérea" Malvinas, brigadier Luis Castellanos; el comandante de la Agrupación "Armada" Malvinas, contralmirante Gualter Allara; el Centro de Operaciones Conjuntas, en Comodoro Rivadavia, a partir del 24 de mayo, triunvirato integrado por el general García, el vicealmirante Lombardo y el brigadier Helmut Weber), Comando de las Fuerzas Terrestres del Teatro de Operaciones (creado y disuelto a los pocos días); Centro de Operaciones Conjuntas; Comando Aéreo de Defensa: Comando Aéreo Estratégico; Comando Aéreo de Transporte; Comando de Defensa Aérea Sur y Centro de Operaciones Conjuntas.

17 instancias de Comando que se explicaban por mentalidad burocrática, competencias de poder. Y, por sobre todo, falta de "doctrina conjunta". Balza comentó al respecto: "un principio estratégico vigente a través de la historia de las guerras -seguido por Alejandro, Napoleón, San Martín, Eisenhower y muchos otros- es el de "unidad de comando" que, como se puede apreciar, en este caso brilló por su ausencia, en cambio, se instrumentó una ingeniería operativa curiosa, desconcertante e inservible que, en lugar de soluciones y fluidez, sólo afectó negativamente el principio estratégico citado" (Balza, M., op. cit.: 65).

Descubrimiento de la flota británica

El día 21 de abril comenzaron una serie de vuelos que, sobre la base de un avión improvisado para acciones de inteligencia, un transporte de pasajero Boeing 707^[70], procuraba llegar a descubrir la posición de la flota británica. Al mando del vicecomodoro Jorge Eduardo Ricciardini, la tripulación inició un vuelo de búsqueda en el marco de un triángulo imaginario entre la isla Ascensión y las Malvinas y las Georgias. El Boeing tendría un vuelo previsto de 12 horas, con dos puntos de referencia fijados a partir del último de los cuales (el punto "Bravo") emprenderían el regreso. El avión partió con carga completa y lo hizo desde el aeropuerto de Ezeiza, utilizando la pista de mayor longitud. Llevaba dos tripulaciones para efectuar el relevo en el mismo vuelo. Los tripulantes fueron oficiales y suboficiales de la FAA y de la ARA. Por la índole de la tarea y las características del equipo utilizado quedaban expuestos al ataque de la artillería británica. Al encontrar un eco en la pantalla del radar, el Boeing descendió abruptamente desde las nubes y encontró la vanguardia de la fuerza de tareas británicas navegando hacia el sur a la altura de la ciudad brasileña de San Salvador de Bahía. Un Harrier^[71] británico se acercó al Boeing pero probablemente no atacó en virtud de que todavía continuaban las negociaciones diplomáticas. El Boeing regresó a Ezeiza con la flota detectada en su rumbo y altura (Andrada, B.H., 1983: 45 y ss). Esta era la versión de la Fuerza Aérea. Para la Armada, de acuerdo con lo informado por el vicealmirante Lombardo, comandante del TOAS, fue un avión Neptune de su Fuerza el que había detectado la presencia de la flota británica. La Junta deliberó acerca de tomar una actitud de contraofensiva pero no decidió nada, sino esperar.

El 30 de abril, Haig tomó una actitud pública y oficializó la posición de su país: sancionó económica y militarmente a la Argentina y la calificó de "país agresor". Ya las posiciones habían

sido definidas y Gran Bretaña asumió que tenía las manos libres para atacar. En esa misma jornada, la FAA tomaba, se sorpresa, precauciones de evacuación de la BAM "San Julián", ante el eco sospechoso no identificado: "la posibilidad de un bombardeo británico no era descabellada", dado que a la definición de Haig se sumaba el hecho de que "la flota (británica) se había acercado ya lo suficiente como para permitir una arriesgada, pero factible penetración de un porta aviones sin descartar que los ingleses poseían aviones Vulcan que podían alcanzar el continente" (Andrada, B.H., op.cit.: 75). La alarma disparada condujo a los pilotos a ponerse sus equipamientos de combate y a los mecánicos a retirar las bombas de 250 kilos de los aparatos y llevarlas a los depósitos de dispersión. Los Douglas A-4C Skyhawk^[72] comenzaron a despegar y luego lo hicieron los Mirage V Dagger^[73]. A las 20 hs. el último de los aviones era evacuado. A las 22, hora argentina, despegaba de la isla Ascensión un bombardero Vulcan.

El ataque del 1 de mayo

"El 1 de mayo -escribió Balza- se inició la guerra con el ataque aéreo británico a Puerto Argentino. Finalizó la crisis iniciada en marzo y agudizada desde el 2 de abril (Balza, M. op.cit.:192). Un bombardero Vulcan^[74], abastecido en el vuelo, atacó a las 4:45 de la madrugada el aeródromo de Puerto Argentino en la isla Soledad, desde el mar y a baja altura. Lanzó 21 bombas sobre la pista. El ataque sorprendió a los defensores de la pista(Andrada, B.H., op.cit: 84-85).

"El relevo de las defensa antiaéreas se había efectuado apenas cuarenta minutos antes y la guardia se hallaba a cargo de la batería Skyguard con cañones Oerlikon de 35 mm. Su operador se vio sorprendido al observar el eco del bombardeo en

la pantalla, desconociendo aún que se trataba de un ataque británico" (Moro, R.O., 2000: 119).

El daño causado fue un orificio calculado, según diversas versiones, entre 12 a 20 metros de diámetro y de una profundidad de 7 u 8 metros, pero que no impidió que fuera utilizada por los Hércules C-130^[75] de la FAA y de otros aviones de menor porte. Los daños en las instalaciones fueron menores y el funcionamiento del aeropuerto no se detuvo. Los defensores del aeropuerto simularon luego con acciones de enmascaramiento que los daños en la pista habían sido mayores que los realmente causados.

A las 7:40 un avión Harrier realizó un vuelo de reconocimiento a gran altura para verificar los daños producidos. El avión Vulcan atacante aterrizó en la base Wideawake de la isla Ascensión en medio del Atlántico, 16 horas después de haber partido de la misma.

Reacción aérea argentina. Ataque inglés a Darwin

A las 8:25 los aviones británicos volvieron a atacar. Lo hacían desde los portaaviones HMS-Invencible a 70 millas marítimas (130 km.) de Puerto Argentino como nave líder y el HMS-Hermes^[76] a 50 millas marítimas (93 km.) Desde éste último partieron los 9 Sea Harriers que bombardearon Malvinas, mientras que los Harriers del HMS-Invencible^[77] actuaban en acción protectora como PAC (Patrulla Aérea de Combate). Los atacantes dejaron caer bombas de casi 500 kilos mientras la artillería antiaérea hacía fuego ensayando "puntería real". Dos Sea Harrier cayeron por acción de los cañones y otros fueron dañados, retirándose rumbo a los portaaviones. "Uno de ellos cayó al mar fuera del alcance de los radares y, finalmente un Tigercat de la Infantería de Marina dio cuenta de haber derribado un cuarto avión" (Moro, R.O., op.cit.: 123).

La denominada Base Aérea Militar (BAM) "Cóndor" había sido establecida en la zona de Darwin, ese estrechamiento de isla Soledad que unía la parte norte de la isla con la sur en un estrechamiento estratégico, situado al sur del puerto y de la bahía de San Carlos que se presentaban en la costa occidental de la isla Soledad sobre el canal de San Carlos. Se la consideró para alojar a un escuadrón de Pucará. La pista era, en realidad, "un potrero irregular de unos 500 metros de largo por 100 de ancho con una pronunciada depresión en el centro" (Moro, R.O., op.cit.:125). El ataque del avión Vulcan 2 de la RAF sobre "Cóndor" obligó a la evacuación de la dotación de Pucará que fue desplazada hacia el norte y hacia la zona de la isla Gran Malvina, específicamente en la isla Borbón, cercana a aquella. Allí se instaló en la bahía Elefante, la Base Aeronaval "Calderón", que era otro rudimentario aeródromo de campaña.

A las 7:30 de la mañana del 1 de mayo, habían sido evacuados dos de los tres Pucará, el último de éstos rompió la rueda de nariz por las dificultades de la pista y quedó atrapado en la misma, recibiendo el impacto de los disparos de tres Sea Harriers que ocasionó la muerte al piloto, teniente Antonio Jukic y a siete suboficiales mecánicos que intentaban auxiliar al piloto, en tanto que otro nueve suboficiales quedaron heridos.

A ello se sumó que la defensa anti aérea de la base (6 cañones Rheinmetal 20 mm., una sección de 2 cañones Oerlikon de 35 mm. un radar, más un director de tiro Skyguard del Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 601) estaban preparados para operar a partir de las 8:25 para no perturbar con fuego amigo la evacuación de los aviones propios. Pero cuando se produjo el veloz y a baja altura ataque de los Harriers, la defensa fue superada y no pudo entrar en acción.

En Puerto Argentino, "la artillería antiaérea confirmó sus cuatro derribos, más dos aviones averiados; los británicos han aseverado que no sufrieron bajas; los radares del CIC y de la 3ª. batería

que siguieron en sus pantallas con toda exactitud e inmutabilidad el desplazamiento de los aviones y averiguaciones ulteriores, permiten suponer que, al menos tres aviones no regresaron al Hermes” (Moro, R.O., op.cit.:126).

El supuesto bautismo de fuego de la FAA

El 1 de mayo la FAA replicó al ataque inglés, lo que dio origen con posterioridad al establecimiento de esa fecha como la del “bautismo de fuego de la FAA”, lo que constituyó una falacia histórica. Para desgracia de la Nación y su Pueblo, ese “bautismo” se había producido -como se consignó más arriba- el 16 de junio de 1955, cuando una parte de sus aviones, un escuadrón de cazas Gloster Meteor se sublevó contra el gobierno constitucional de Perón y se sumó al levantamiento de la Aviación Naval, bombardeando Plaza de Mayo en esa jornada donde más de 300 civiles fueron asesinados desde el aire. El levantamiento de los pilotos de los Gloster fue parcial y la base de Morón, desde donde operaban volvió en la misma jornada a la legalidad y dos de sus aviones derribaron a máquinas navales rebeldes o “subversivas”. Ni el ataque de los aviones de la FAA ni el de la Aviación Naval mereció autocrítica o análisis alguno de las conducciones de ambas fuerzas hasta 2022 por lo menos.

El enfrentamiento aéreo en la región se daba en condiciones difíciles para la Aviación Naval, que no operaría desde el portaaviones y más para los pilotos de la FAA que no tenían instrucción de combate sobre el mar.

“Nuestros pilotos de la Fuerza Aérea no estaban preparados para atacar blancos navales -apuntó el general Menéndez el 3 de abril- iban a tener que empezar un entrenamiento muy intenso, por si después (sic) tenían que participar en operaciones.

Para esto último debían trasladarse a Puerto Belgrano” (Túrolo, C.M., op.cit.: 44).

En esas prácticas, se había verificado que “el ataque” a una de las fragatas 42 de la ARA había resultado un fracaso de acuerdo con la evaluación de los marinos dado que todos los aviones atacantes habían sido evaluados como “derribados”.

“Los mandos de la FAA no estaban completamente convencidos de esta aseveración: se había observado, al penetrar en el lóbulo del radar de las fragatas que un avión volando al máximo de velocidad y al mínimo de altura, atacando por sorpresa, no otorgaba el tiempo necesario a las defensas del buque para dar el preaviso y disparar sus armas antiaéreas antes de que el avión in cursor hiciese empleo de sus propias armas: cañones, cohetes o bombas” (Moro, R. O, op.cit: 127).

Para el ataque en el mar la FAA había realizado consultas a “fuentes de información”, evidentemente “abiertas” de EEUU y otros países de la OTAN, de Israel y del Tratado de Varsovia, una réplica de la OTAN -fundada en 1949- por parte de los países socialistas, que suscribieron el pacto en la capital polaca en 1955 (Moro, R.O., op.cit.:127).

Con esa información se decidió el primer combate aéreo en Malvinas. La primera formación partió el 1 de mayo desde Río Gallegos a las 8:44 integrada por dos aviones Mirage-III en versión aire /aire. Estuvieron a las 7:45 sobre Puerto Argentino y regresaron a su base por falta de combustible y de enemigos a tiro. La segunda salió de Río Grande y estuvo integrada por dos M-V- Dagger. Fue interceptada por una PAC de Harriers. El encuentro a 18.000 pies de altura fue eludido por la falta de combustible de los aparatos argentinos, lo que iba ser su talón de Aquiles durante todo el conflicto.

Desde Río Gallegos despegaron dos KC-130 para reaprovisionar en vuelo a los Skyhawk de la FAA, tarea que luego cumplirían en su momento con los Super Etendard^[78] y los A4Q navales.

Otros A4B y A4C despegaron también con la misión de atacar objetivos navales, en tanto que 2 Mirage III y dos Mirage V los hicieron para confundir a los perseguidores eventuales de los primeros. En combinación con el sistema de radares de Puerto Argentino se volaba con la idea de interceptar el posible desembarco británico de tropas terrestres.

A las 9:55 el CIC de Puerto Argentino informaba de una presencia fuerte de helicópteros en aproximación, lo que indicaba el mencionado desembarco, pero luego dada la presencia de aviones argentinos, recibieron la orden de regresar. "La cantidad de aviones argentinos hubiese saturado la capacidad de colocar PACs` en el aire por parte del PAL Invencible, restringiéndose la posibilidad de interceptar y derribar a todos los incursos de la FAA que en ese momento estaban llegando a la vertical de las islas" (Moro, R.O., op.cit.:130).

Hubo un aviso del contralmirante Otero acerca de una operación de desembarco helitransportada que no se verificó finalmente. A las 16:30, el Mirage del teniente Perona se entremetió en combate con un Harrier que lo derribó con un Sidewinder, pero el piloto argentino se eyectó sobre la isla Borbón y fue rescatado con posterioridad.

En cambio, el jefe de sección capitán García Cuerva piloteando su avión intacto e intentándolo proteger, lo condujo hasta la pista de Puerto Argentino, pero su aviso al control de la base no fue entendido por la artillería anti aérea argentina que lo derribó, cayendo en el mar al sur de la península de Freycinet en la isla Soledad.

El primer teniente Jose Ardiles^[79] a bordo su Mirage V se enfrentó con los Sea Harriers de una PAC al sur de Puerto Argentino. Uno de los aparatos británicos disparó su poderoso misil que hizo impacto neto sobre el avión argentino que se desintegró sobre la isla Bougainville, muriendo instantáneamente su piloto. Por su parte, la escuadrilla al mando del capitán Norberto Di-megliio integrada por tres aviones Mirage V volaba al ras de las

olas a 213 km. de Puerto Argentino en búsqueda de tres barcos británicos en la boca de la bahía de la Anunciación, aunque no los encontró en el lugar previsto. Quedaron con poco combustible y por lo tanto teniendo que regresar a la base. La escuadrilla pasó frente a Puerto Groussac y divisó el cabo San Felipe en la península Freycenet. Allí se hallaban los tres buques británicos bombardeando Puerto Argentino. Eran un destructor tipo 42^[80] y dos fragatas tipo 21^[81]. Fue una sorpresa total y los Dagger lanzaron su carga; dos bombas cada uno del tipo BRP^[82] de 250 kilos de peso. El destructor quedó con fuego a bordo y la fragata con averías menores.^[83] Fue el primer ataque desde un avión de combate a un buque de guerra desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial.

En la batalla comenzó a intervenir el grupo de aviones bombarderos Canberra^[84] de la FAA. Éstos partían de la base Aeronaval "Almirante Zar" de Trelew, para no saturar a los aeródromos de los cuales partían los demás aparatos. Adquiridos a Gran Bretaña a comienzos de los años '60. Salieron en esa misma jornada a las 15:33 y se dirigieron a Puerto Argentino con el objetivo de bombardear barcos enemigos instalados en la inmediación de bahía de la Anunciación. Su rumbo los enviaba hacia una fuerza de tareas compuesta por el portaaviones HMS-Invencible, un destructor y un grupo de fragatas. Un barco les lanzó un misil y fueron atacados por una PAC compuesta por Harriers, que divisaron el barco insignia del grupo pero no pudieron atacarlo y se retiraron. La segunda escuadrilla de Canberra, compuesta por tres aviones, fue atacada y uno de sus componentes fue golpeado por un misil Sidewinder disparado por un Harrier. Los dos tripulantes, el teniente primero Ibañez y el teniente González se lanzaron en paracaídas sobre el mar pero no pudieron ser rescatados.

Acciones terrestres

Los efectivos del Ejército ubicados en Puerto Argentino respondieron en la jornada. El RIM-25 abrió fuego de morteros sobre la isla Pájaros en donde efectivos ingleses transportados por helicópteros fueron atacados a las 18:16 y a las 18:30 fueron golpeados por el GA-3, con sus cañones Otto Melara de 105 mm. que no eran capaces de alcanzar las distancias desde donde atacaba la artillería naval británica. Escribió después Balza, jefe del GA-3, que "con mi artillería, la del GA-4 y una batería del Batallón de Infantería de Marina 5 (BIM 5), teníamos que apoyar en Puerto Argentino una defensa perimétrica, muy sobre extendida y con piezas de artillería liviana de reducido alcance; sabía desde el inicio que enfrentaríamos a una artillería superior en cantidad de cañones y de alcance. Con la finalidad de disminuir esa seria ventaja, le propuse en varias oportunidades al general Oscar Jofre traer del continente cañones pesados Sofma-Citer de 155 mm. de calibre y un alcance de 20 km. Para mi sorpresa, sólo recibí un lacónico "hablemos en serio" por parte de mi Comandante, que en ese momento no creyó que yo hablaba bien en serio. Sin embargo, iniciadas las operaciones el general cambió de opinión" (Balza, M., 2003. :69).

Balza señaló que, luego de solicitar por segunda vez el envío de los Sofma-Citer el general Jofre le manifestó: "Tengo la información de que vamos a disponer del crucero ARA-General Belgrano en la rada de Puerto Argentino". Para Balza fue "una gran noticia", porque el Belgrano disponía de 23 cañones de gran calibre y alcance. "Nunca pude comprender el porqué de haber sustraído de la defensa de las islas a tan importante medio de combate", señaló el artillero. Balza apuntó que el Belgrano solo podría haber sido hundido por la aviación británica en la rada, lo que era poco probable por los muchos medios anti aéreos allí instalados. En cambio, a partir de la visita de Galtieri a las islas el

22 de abril éste dispuso “en forma inconsulta y poco evaluada el envío de otra Brigada Malvinas, lo que no respondía a lo que se le había solicitado: tropas reducidas de la especialidad de montaña” (Balza. M., op.cit.:70)

En cuanto a la planificación de la guerra Balza señaló que “todos los miembros de la Junta Militar fueron impuestos de la situación por el general Jofre, pero sólo con referencia a los aspectos terrestres de la defensa, omitiéndose cuestiones sustantivas como relaciones de comando y coordinación entre quienes operaban en el continente y las islas. Esto ponía de manifiesto una total anarquía entre la forma de proceder de los medios aéreos, aeronavales, navales y terrestres, no solamente desde el punto de vista operativo sino logístico, lo que hacía que la mayoría de la provisiones adolecieran totalmente de factibilidad (...) la falta de movilidad táctica, por no disponer de vehículos y helicópteros en cantidad suficiente, obligó inicialmente a que la defensa se circunscribiera a un perímetro del orden de más de 50 km. totalmente sobre extendido” (Balza, M, op .cit.: 71).

La insistencia de Balza respecto de la falta de previsión fue observada además acerca de la carencia de dispositivos para llevar carga por helicópteros y para que éstos estuvieran dotados de instrumental para vuelo nocturno. Para colmo, al personal de tierra se lo obligaba a marchas que no podían superar los 3 km. de día y uno de noche, contando además con la molestia de que el personal no disponía de mochilas, sino de bolsones, lo que incrementaba la incomodidad. (Balza, M., op. cit.:73).

La mediación de Belaúnde

A las 22 hs. del día 1 de mayo, esa jornada de combates aeronavales y costeros, el canciller del Perú Javier Arias Stella llamó a su colega Nicanor Costa Méndez para proponerle un diálogo entre Galtieri y el presidente peruano Fernando Belaúnde Terry. Fue el gobierno de los EEUU el que alentó la gestión dada que el arquitecto que presidía el Perú había hecho "muy sólida su relación con el Norte, especialmente con los sectores financieros", desde su representación de la pequeña burguesía, había sido el mandatario que encabezara el restablecimiento de la democracia liberal en su país^[85](Cardoso et al, op.cit.:258 y ss).

Galtieri, envalentonado por la jornada militar que fue considerada favorable por el comando argentino, envió a la mediación peruana a hablar con Costa Méndez. Haig, por su parte, le insistió a Belaúnde en una conversación telefónica: "Presidente -le advirtió - yo soy un militar. Los ingleses vencerán. Han enviado cien buques y si les hundiesen uno, mandará tres en su reemplazo. Si les bajan un avión, mandarán cuatro. Los ingleses tienen un armamento muy sofisticado, que los defensores de las islas, por valiente que sea su resistencia, no podrán contrarrestar" (Cardoso, et al, op.cit.: 259).

El "plan Belaúnde" constaba de 7 puntos entre los que se contaban, por supuesto, la cesación de hostilidades y el retiro simultáneo de las fuerzas y, entre otros planteos, que ambas partes reconocían que "los puntos de vista y los intereses de los habitantes locales tienen que ser tomados en cuenta" en la solución del problema. "El plan derivaba claramente del plan de Haig y así fue juzgado por todos los que lo examinaron. Enders ha afirmado que él lo elaboró con Haig esa tarde en Washington"(Freedman y Gamba, op.cit.:272).

Los británicos dieron largas a la respuesta. Propusieron enfren-
tar el problema como había sido resuelto un año antes el de

su colonia centroamericana Belice. No era el caso: Belice tenía una población nativa de origen africano y había existido una presencia española compartida con los británicos durante un tiempo. Muy diferente a la desposesión violenta por parte de Londres y la expulsión de la pequeña población nativa[85] producida en Malvinas en 1833.

Costa Méndez y Belaúnde discutieron, por supuesto, por el pedido de Londres de incluir "los deseos" de la población en lugar de "intereses", el permanente debate entre Londres y Buenos Aires. En estos diálogos se percibía la aceleración del presidente peruano por dar por culminado el tema, teniendo al secretario Haig dialogando con él de un lado y el canciller británico Pym del otro. Pym era uno de los posibles "dialoguistas" del gabinete Thatcher que, en esos mismos momentos estaba reunido en Chequers, la residencia de fin de semana del primer ministro, resolviendo un denso tema.

El tema quedaría develado cuando en la reunión de la Junta Militar donde Costa Méndez comenzaba a exponer tímidamente el plan Belaúnde, llegó último el almirante Anaya quién demudado afirmó: "La Armada se retira de la negociación. Nos hundieron el "Belgrano".

El hundimiento del Ara-Belgrano

La disposición naval de las operaciones había conducido a que el 1 de mayo tres submarinos británicos operaran en la ZET (Zona de Exclusión Marítima). Ellos eran: el "Conqueror", el "Spartan" y el "Splendid". Para enfrentar ese peligro la Fuerza de Tareas 79, es decir, la Flota de Mar argentina en Operaciones se dividió en tres grupos. El GT 79.1, compuesta por el ARA 25 de Mayo y la 2da. división de destructores se situó a 500 km. del golfo de San

Jorge. El GT 79.4, la división corbetas fue colocada al noreste de esta última posición y el GT. 3 con el crucero ARA-Belgrano y los destructores "Bouchard" y "Piedrabuena" se desplazó a 480 km. al sur de la isla Soledad. Desde el punto de vista militar, la primera prioridad en el mar para los británicos era cazar al ARA-25 de Mayo y la segunda al ARA-Belgrano. En el comando de Lombardo se había entendido que las acciones del día 1 de mayo por parte del enemigo llevaban un propósito de desembarco en la península de Freycenet, frenado luego del ataque aéreo masivo de la FAS (Moro, R.O., op.cit.: 150-151).

Antes de que se desechara el supuesto propósito británico, Lombardo había enviado al contralmirante Allara, jefe de la Flota, la orden: "Enemigo aferrado. Queda en libertad de acción". Lo que significaba que la Royal Navy estaba preparando el desembarco y la Flota de Mar argentina podía actuar libremente de acuerdo con el criterio del comandante en la zona de operaciones.

Allara se planteó atacar al corazón del dispositivo enemigo (uno de sus dos portaaviones) desde el ARA "25 de Mayo". Pero la meteorología era un jugador importante. "Toda la región se hallaba afectada por un anticiclón (centro de alta presión), con componentes de viento casi nulo. En tales condiciones para que el avión A4Q pudiese operar con carga de guerra y el combustible necesario (máximo peso operativo) se requerían componentes de viento superiores a los 20 nudos (unos 37 km./h). Pero con viento calmo, sólo se disponía de la velocidad del buque para obtener vientos favorables, lo cual tornaba la operación no factible o inaceptable, dada la distancia que las A4Q deberían cubrir para llegar a sus blancos y regresar luego" (Moro, R.O., op.cit.:153). El ataque se postergó para el día siguiente también porque la luz se reducía y ello no permitiría operar a los aviones. Hubo, en cambio otra acción, la del submarino ARA-San Luis que, al mando del capitán de fragata Fernando María Ascueta, lanzó

sus torpedos sobre barcos enemigos no identificados. El sistema de guiado de estas armas no se pudo poner a punto por la urgencia del desembarco en las islas. El ataque fracasó y se desató una persecución británica de 24 horas que el sumergible pudo eludir. Cuando se tuvo la evidencia de que el desembarco británico no se produciría, el comando naval argentino estimó que al no hallarse el enemigo "aferrado", es decir comprometido con una operación, el GT 79.1 quedaba en peligro de ser atacado por la Royal Navy. En esos momentos, uno de los submarinos británicos, el "Conqueror" había comenzado a seguir al ARA-Belgrano. En tanto, Lombardo ordenó el repliegue del portaaviones y sus escoltas hacia aguas poco profundas para evitar, precisamente, el ataque submarino. El ARA-Belgrano se dirigió a la base naval de Puerto Belgrano "lugar donde permanecería hasta la finalización del conflicto" (Moro, R.O., op.cit: 155).

El Grupo de tareas 79.3 salió del puerto Ushuaia el 26 de abril. El crucero Belgrano iba acompañado por dos destructores que lo escoltaban. Ha sido una hipótesis que la inteligencia chilena informara al Reino Unido de este desplazamiento. Los barcos argentinos se colocaron al norte de la isla de los Estados a la espera de órdenes. Estaban fuera de la zona de exclusión. Podían impedir el avance buques logísticos o el ingreso eventual de otros barcos británicos desde el Pacífico. Moro coincidió también con Balza que el Belgrano, dotado de "una artillería superior a la de cualquier nave de la Task Force hubiese realmente constituido una amenaza difícil de neutralizar de haber sido anclado en bahía Stanley" (Moro, R.O., op.cit.:157-159).

El grupo recibió orden de replegarse hacia aguas continentales y se supuso que dada la forma abierta en que fue emitida fue captada por los servicios británicos y de los EEUU. Moro supuso ingenuamente que por "la idiosincrasia de una nación occidental y cristiana" (sic), los británicos no iban a violar las

reglas de empeñamiento que se habían impuesto con el bloqueo a la penetración en la ZET de barcos de otra nación. El submarino había detectado por el sonar al barco argentino y lo había avistado por su periscopio. A las 13:30 del 2 de mayo fue emitida desde el cuartel general naval británico de Northwood, la orden de hundir al "Belgrano" que el comandante se hizo repetir dos veces. El "Conqueror" disparó tres torpedos MK-8, dos de los cuales impactaron en la banda de babor del viejo crucero. De los 1093 hombres a bordo murieron 323. Los dos barcos escoltas lanzaron cargas antisubmarinas y abandonaron la zona para evitar otro ataque del submarino. La operación de salvamento fue un éxito porque de los marinos muertos solamente 15 lo fueron estando ya en el mar en las balsas de salvamento, pese a que el mar estaba notablemente picado. La enorme mayoría de los 323 tripulantes del ARA "General Belgrano" murió en el barco como consecuencia del impacto de los torpedos, las explosiones y los incendios subsiguientes. Cardoso et al, citaron a Paul Foot, periodista del diario inglés "Daily Mail" quién opinó que "el crucero Belgrano fue hundido para impedir que se obtuvieran efectos positivos en el intento de mediación promovido por Perú". Los citados autores afirmaron que "la óptica inglesa poco tuvo que ver con las expectativas que la mediación de Belaúnde despertó en la Argentina y en el Perú. Acaso esa colisión de actitudes sirva para comprender que a esa altura la voluntad negociadora del gobierno conservador inglés parecía muy debilitada. ¿Cómo se explica, si no, la persecución del crucero "Belgrano" por el submarino nuclear "Conqueror" durante más de 30 horas? ¿Por qué consumir el ataque cuando la Argentina, al menos, creía estar cerca de una solución? ¿Por qué hacerlo fuera de la denominada zona de exclusión? Los interrogantes llevan casi inevitablemente a fortalecer la hipótesis de que Gran Bretaña, una vez

desatado el incidente en las Georgias y enviada la flota hacia el Atlántico sur, nunca creyó seriamente en la posibilidad de concluir el litigio acudiendo a la vía diplomática" (Cardoso, et al, op.cit.: 255-256).

La versión oficial británica sobre el hecho, brindada por Thatcher, señaló que "se tomó la decisión de hundir al "Belgrano" por motivos estrictamente militares y no políticos: quiénes mantienen que intentábamos sabotear una prometedora iniciativa de paz por parte de Perú están muy equivocados. En ese momento quienes tomamos la decisión en Chequers no teníamos noticias de las propuestas peruanas, que en cualquier caso se parecían mucho al plan de Haig que los argentinos habían rechazado algunos días antes" (Thatcher, op.cit.: 215). Evidentemente, no parece plausible que Thatcher señalara que no tenía noticias del plan Belaúnde, aunque pudiera pensar que debía ser rechazado. También Thatcher anotó que tanto el "Belgrano" como sus escoltas estaban equipados con misiles Exocet lo que era bastante posible. El "movimiento de pinzas" que atribuye a la flota argentina estaba lejos de producirse por la distancia entre los dos grupos en que se había dividido al norte y al sur el GT 91. Ella misma reconoció que "el cambio de normas de combate" se remitió al "Conqueror" horas antes de que se produjera la orden de hundimiento. Es decir, que fue casi simultáneo, una para la otra. Thatcher afirmó que el repliegue del ARA-25 de Mayo se produjo a causa del hundimiento del Belgrano y ese repliegue de la flota argentina justificaría el ataque. En realidad, el apronte de ataque del portaaviones argentino y su repliegue se produjo el 1 de mayo.

El tema es que había una guerra que, como toda guerra moderna después de la fundación de la ONU, no se declara iniciada ni se informa de concluida, sino que -en general- se define como "operaciones de defensa" y, en algunas ocasiones, se concluyen con un tratado de paz.

La Royal Navy tenía la oportunidad de atacar al ARA-Belgrano y ya no al portaaviones ARA-25 de Mayo. El gobierno conservador había decidido enfrentar militarmente a la Argentina con el apoyo logístico y de inteligencia de los Estados Unidos. El cambio de "reglas de empeñamiento" formó parte de la estrategia política de la guerra.

De allí que resulte significativa la opinión del general Balza quien escribió que "sobre el ataque al crucero, comparto el comentario atribuido al vicealmirante Juan José Lombardo de la Armada argentina: "En circunstancias como las de la guerra de las Malvinas, yo hubiera ordenado el hundimiento de un hipotético crucero General Belgrano de la flota inglesa, simplemente porque se trataba de una guerra" (Balza, M., op.cit.: 85). La responsabilidad de la guerra había estado en manos de los tres comandantes.

El avance de la guerra

La improvisación que reinó en la guerra fue subrayada en el caso de la defensa costera por artillería. Las reiteradas demandas del teniente coronel Balza al general de brigada Jofre para conseguir los cañones SOFMA^[86] de gran alcance fueron, como se vió, rechazadas irónicamente por el alto jefe. Pero Balza, sobrepasó la cadena de mandos y pactó con el brigadier Castellanos, jefe del componente aéreo en Malvinas, un acuerdo cuyos detalles no reveló pero que hizo que dos de las poderosas piezas llegaran por medio de un vuelo de C-130 al teatro de operaciones con lo que los ataques nocturnos navales británicos se redujeron porque sus barcos tuvieron que tomar distancia ante el amplio alcance de los nuevos cañones empleados por la artillería argentina. "¡Cómo hubiera querido tener una docena de ellos!", memoró Balza (Balza, M., op.cit.:89). Los cañones eran del Grupo de Artillería 101 de

Junín, al mando del teniente Luis Daffunchioy se constituyeron en la cuarta batería del GA 3.

Mientras los británicos preparaban su operación de desembarco, desde el aire, las fuerzas argentinas atacaron a los barcos británicos. Mientras tanto, la Royal Navy y la RAF volvieron a atacar a las bases argentinas. El 4 de mayo un avión Vulcan volvió a intentar poner fuera de servicio a la pista de Puerto Argentino, dejando caer 21 bombas de 50 kg. cada una, pero las mismas no impactaron sobre el vital punto de aterrizaje. Aviones Harrier lanzados desde los porta aviones se dirigieron a la base "Cóndor" de Darwin. Tres aviones se lanzaron sobre la pista y el primero de ellos fue impactado por la defensa aérea argentina a través de los cañones Oerlikon. El segundo Harrier fue impactado por los cañones de 20 mm. y con una estela de humo negro pareció precipitarse al mar en un derribo no confirmado. El tercero lanzó una bomba frenada -por paracaídas- y regresó rápidamente a su portaaviones.

El mismo día 4 de mayo, se produjo una acción importante como lo fue el ataque al destructor HMS-Sheffield, un destructor liviano. Un avión C-130 de la FAA mientras trataba de llegar a Puerto Argentino desde el continente detectó tres naves británicas, aparentemente un buque de apoyo dos fragatas 110 km. al sur del cabo San Felipe. Ello puso en alerta a la base de Río Grande donde estaba apostada la dotación de SUE (Super Etendard). La ARA disponía solamente de cinco unidades de éste tipo y no habían sido experimentados en condiciones reales.

Dos aviones SUE despegaron en la mañana, y fueron reabastecidos en el aire por un avión KC-130. El guía de la formación era el capitán de corbeta Augusto Bedacarratz y su numeral (segundo), el teniente de fragata Armando Mayorga. Se deslizaron a ras del agua y ambos aviones lanzaron sus Exocet desde una distancia de 48 km. aproximadamente de la escuadrilla británica. En la zona,

aparentemente, se desplazaba el portaaviones HMS-Hermes que había servido de base a los Harrier que habían atacado la base de Darwin. El HMS-Sheffield fue impactado^[87] y se incendió y, a diferencia de su par HMS-Glasgow que navegaba junto a él, sus tripulantes no estaban con sus trajes anti flamas puestos. El Glasgow lanzó a su helicóptero Sea Lynx que lanzó torpedos anti submarinos, pero lógicamente no pudo realizar operaciones contra los SUE que inmediatamente de lanzar sus misiles habían girado para regresar al continente. A las 4 de la tarde, el Sheffield fue abandonado y, se hundió cuando era remolcado el 10 de mayo. De acuerdo con otras hipótesis no confirmadas el impacto de los Exocet lanzados había alcanzado al portaaviones Hermes y que la Armada británica escondió el hecho por razones obvias de su impacto en la opinión pública y también trató de disminuir la eficacia del Exocet, en momentos que la Argentina estaba lanzada al mercado mundial para obtener otros de éstas mortíferas armas. En ésta hipótesis habría sido la escuadrilla "Torno" compuesta por tres Mirage Dagger la que habría impactado al HMS-Sheffield en tanto que los Exocet lo habrían hecho con el HMS-Hermes. Mientras tanto habían seguido las gestiones de Belaúnde, en Gran Bretaña tanto el hundimiento del Belgrano, como mucho más el del Sheffield habían llevado a la oposición laborista a cuestionar al gobierno por haber iniciado las acciones militares cuando todavía se pensaba en alguna salida diplomática. Pero "el epicentro de toda la cuestión se había trasladado al frente de batalla donde un golpe certero -el hundimiento del Sheffield- templó el espíritu de las tropas y la fantasía de una victoria volvió a seducir a muchos jefes militares" (Cardoso et al, op.cit.:285). Entre tanto, los problemas de coordinación entre las fuerzas argentinas eran considerables. El general Menéndez cavilaba: "Nosotros en Puerto Argentino teníamos que tomar el problema terrestre sin integrarlo, como hubiera sido lógico, a la parte naval y

aérea que desconocíamos en ese momento. Al principio no sabíamos con cuántos o con qué tipo de aviones íbamos a contar en la islas; tampoco cómo iba a actuar la Fuerza Aérea desde el continente, luego esto se aclaró sólo en parte" (Túrolo, C.M., op. cit.:87). El que hablaba era el jefe de Operaciones del Ejército Argentino, amén de gobernador de las Islas...

La acción de Pérez de Cuellar

El secretario general de la ONU, Pérez de Cuellar convocó al embajador argentino ante ese organismo, Eduardo Roca, y le entregó una propuesta escrita, denominada diplomáticamente "aide-memoire" en la que proponía cinco medidas: que la Argentina comenzar el retiro de sus tropas de las Malvinas y el Reino Unido realizara el redespliegue de sus fuerzas ; que ambos gobiernos empezaran a negociar; que los dos países cesaran en sus medidas de bloqueos y zonas de exclusión; que ambos países pusieran fin a las sanciones económicas y que "arreglos de transición" rigieran para el cumplimiento de las medidas mencionadas. En los dos países parecían existir sectores dispuestos a negociar luego de los fuertes enfrentamientos. Roca aceptó los buenos oficios del Secretario General y recibió un nuevo pronunciamiento del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados. Ante este cuerpo Roca había pronunciado un encendido mensaje en el que decía en uno de sus párrafos: "No es solamente esa alianza colonial espuria lo que merece nuestra repulsa, sino que ella traiciona una aspiración legítima y denodada por lograr la paz. Como dijera mi canciller, el pueblo argentino no comprenderá ni olvidará que en una de las horas más críticas de su historia, contrastando con la solidaridad que le llega de todos los rincones del

continente, los Estados Unidos hayan preferido tomar el lado de una potencia ajena al hemisferio, cooperando con sus designios agresivos" (Cardoso et al, op.cit: 295-296).

La pieza de Roca era digna de la nacionalismo popular argentino o de la diplomacia cubana o soviética, expresiones todas ellas que repugnaban a una dictadura cuya carta ideológica y operativa más fuerte en su tercer y anteúltima etapa había sido alinearse de manera casi humillante ante Washington y procurar en el curso de pocas semanas travestirse en un imposible gobierno radicalizado del odiado Tercer Mundo.

Londres pareció ingresar en la gestión del alto funcionario de la ONU pero, al mismo tiempo, resolvió embarcar en la flota en operaciones la tropa de infantería para operar en las islas. Al tiempo, procuraba realizar los gestos que dieran a Washington la impresión de que hacía todo lo posible por acordar. El gobierno británico tenía en su memoria frente la lección histórica de la crisis de Suez de 1956, cuando pactaron con Francia e Israel, invadir Egipto sin el ok de los EEUU.

Las negociaciones que incluyeron una activa participación de la embajadora Kirkpatrick y del empresario argentino Wenceslao Bunge, fracasaron finalmente porque la insistencia del Reino Unido de enmarcar las negociaciones en el artículo 73 de la carta de la ONU que planteaba la autodeterminación del territorio, produjeron el total rechazo argentino dado, según señalaba Costa Méndez, ello implicaba perder toda posibilidad argentina de recuperar la soberanía. También incidió en el tema la poca posibilidad de influencia del ala encabezada por el canciller Pym en Londres frente a la intransigencia visceral de Thatcher y el empeño del secretario de Estado en que esa gestión de Pérez de Cuellar fracasara por sus principios ideológicos y un poco por no dar el brazo a torcer y conceder un éxito diplomático en donde él había fracasado. En la Junta Militar,

Galtieri y Anaya habían sido visceralmente intransigentes y los contactos de Lami Dozo con Bunge no habían dado frutos para quebrar la mayoría en el órgano de conducción político-militar de la Argentina. Tampoco Costa Méndez logró resultados y las negociaciones naufragaron. Cuando Canoro volvió a Buenos Aires, Galtieri le encomendó a Costa Méndez, nada menos que concurrir a La Habana a la reunión plenaria del Movimiento de los No Alineados. Le dijo: "Con mi amigo Fidel Castro haremos poner de rodillas a la Thatcher" (Cardoso et al, op.cit.: 311). ¿Era posible que el general anti-subversivo y anti-castrista se transformara, de repente, en un "amigo" de la Revolución Cubana? ¿Qué clase de disparate del oportunismo sin fin se alojaba en la conciencia o en el inconsciente de Galtieri? ¿Y de los que lo acompañaban sin uniforme, como Costa Méndez y Eduardo Roca?

La misión Walters

El lunes 10 de mayo a las 10 de la mañana el general norteamericano Vernon Walters, que había acompañado a Haig en su viaje a Buenos Aires, volvió a presentarse discretamente en Ezeiza. Viajó solo y sin anuncios, custodias o secretarios. El militar retirado, embajador itinerante de Reagan, antiguo sub-director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), eminencia gris del Plan Marshall, negociador secreto en el tema Vietnam encomendado por Henry Kissinger, realizó un pasaje por Buenos Aires con la misión de hacer cesar las operaciones militares en una maniobra de último momento. Según la versión periodística por dictadura realizada en el marco del conflicto, Walters no venía en nombre de Haig, y habría prometido que Estados Unidos suspendería el apoyo logístico a Gran Bretaña. Se le atribuía haber dicho que "hay que llegar a un

punto tal de flexibilidad que impida a la señora Thatcher negarse a aceptar el acuerdo. Le pidió al gobierno argentino un alto el fuego. Galtieri y sus más cercanos adláteres militares se habrían quejado de la presunta actividad del embajador Harry Shlaude-man. Al diplomático lo vinculaban con repetidos contactos políticos para apoyar el plan atribuido a Raúl Alfonsín de constituir un gobierno encabezado por Arturo Illia como forma de resolver el conflicto sin guerra y avanzar hacia la normalización institucional. Walters habría negado ese compromiso. (Somos, 21/5/82:9-16). Para Cardoso et al, el viaje de Walters tenía que ver con la preocupación de Washington por la reacción latinoamericana de apoyo a la Argentina o de rechazo a la vinculación estrecha del gobierno norteamericano con el británico. En una infrecuente declaración pública hecha al regreso de su "misión secreta" afirmó que "el conflicto entre Argentina y Gran Bretaña por las islas Malvinas es una guerra tonta (...) el machismo de las mujeres es más sensitivo que el de los hombres", en una referencia no muy amable hacia la señora Thatcher. Añadió, con toda razón, y reforzando sus argumentos en contra de la guerra que "la Argentina tiene el gobierno más pro occidental que se haya visto desde hace tiempo" (Cardoso et al, op.cit.:299-300). La misión de Walters no logró aflojar la intransigencia dictatorial que se sentía atrapada en su propia salsa.

El desembarco en San Carlos

Los británicos realizaron la primera y decisiva operación de desembarco de sus tropas de infantería en Bahía San Carlos y el puerto de San Carlos, situados en el estrecho homónimo, que separaba a las dos islas Malvinas. Cuando se hicieron las apreciaciones militares argentinas sobre el punto de desembarco de

los británicos, éstos se identificaron en nueve puntos, ninguno de ellos era San Carlos. ¿Por qué? Porque los británicos, según Menéndez “hacia el oeste, arrojándose al continente se ponían muy a tiro de nuestra Fuerza Aérea y quedaban muy expuestos. El estrecho de San Carlos, por ejemplo, estaba en esa situación y además, se consideraba que en ese lugar la flota no iba a poder moverse con comodidad (...) el componente naval hizo sus apreciaciones y asesoró que era altamente improbable y hasta temerario meter la flota ahí” (Túrolo, C.M., op.cit.: 83).

Las operaciones previas al desembarco del 21 de mayo, dos acciones de gran importancia fueron realizadas en la noche del 15 al 16 de mayo: el ataque de una fragata inglesa que destruyó al ARA-Isla de los Estados que llevaba abastecimientos a las tropas que estaban en la isla Gran Malvina y llevaban a bordo una plataforma de lanzamiento de cohetes múltiples, de gran utilidad para la artillería. El otro golpe fue hecho en la isla Borbón donde estaba situada la Base Calderón, una pista de tierra donde estaban estacionados aviones livianos como los Pucará y los Mentor T-34, custodiados por tropas de la Infantería de Marina.

Para el almirante Sandy Woodward, comandante de la fuerza expedicionaria británica “aquellos aviones estaban terriblemente cerca de la bahía de San Carlos, a sólo 19 millas volando en línea recta, lo cual en mi opinión sería, precisamente, lo que harían ellos para lanzarse sobre la fuerza de desembarco británica. Si se movían a una velocidad de 200 millas por hora, no les llevaría más de cuatro minutos, desde el momento del despegue, llegar a las playas de la bahía de San Carlos, sin dar tiempo a aviso alguno” (Balza, M., op.cit.:91).

Para Balza, la posición de la Base “Calderón” debería haber sido defendida por la Compañía de Comandos de Ejército 601 que ya estaba en las islas al mando del mayor Castagneto. La operación británica fue realizada los comandos navales

del Special Boat Service (SBS) "que no tenían adiestramiento y equipamientos muy superiores a los nuestros a los de nuestros Comandos" (Balza, M., op.cit.:92). Fueron 45 británicos los que sorprendieron en tierra a los custodios de los once clave aviones argentinos y se replegaron en sus helicópteros al portaaviones HMS-Hermes, de donde habían partido.

El general Julián Thompson dijo sobre la selección del lugar de desembarco: "un asalto en cualquier parte de Puerto Argentino probablemente caería dentro de las bien preparadas posiciones defensivas, alambradas y playas cubiertas por los fuegos de artillería. Además de las bajas entre la población civil y los daños a los edificios". Balza comentó sobre esta apreciación que "en realidad, no todas las posiciones estaban bien preparadas, pero en términos generales estoy de acuerdo con el general Thompson" (Balza, M., op.cit.: 93).

Para Menéndez, las fuerzas argentinas tenían como punto más probable desembarco una zona hacia el este cerca de Puerto Argentino. La larga lista que según el jefe militar se elaboró acerca de los puntos de desembarco eran siempre los que estaban situados más cerca de la capital malvinenses. "Finalmente, como todos sabemos, -concluyó Menéndez- ellos se metieron por San Carlos, sin importarles nuestras acciones aéreas, la distancia, ni el espacio reducido para la flota. Pagaron su precio, pero desembarcaron y se afianzaron" (Túrolo, C.M., op. cit.: 85). El jefe de la Fuerza de Tareas "Mercedes", el teniente coronel Ítalo Piaggi, ubicada en Pradera de Ganso recibió la orden de cubrir la zona del puerto de San Carlos. Envío para ello una sección de la Compañía C del Regimiento de Infantería 25 y una sección de apoyo del RI 12, se trasladaron a la zona junto con 2 cañones de 105 mm. y dos morteros (Camogli, P., op.cit.:186-187).

Para Balza el tema principal era enfrentar exitosamente el desembarco, evaluando en que zona los británicos iban a lanzarse

a tierra. "Después de ello ni tendríamos ninguna posibilidad, pero no se hizo nada por impedirlo. Así las cosas, la zona de San Carlos, totalmente desarmada, quedó a cargo del teniente primero Carlos Esteban, quién disponía de muy pocos hombres, con armas livianas, frente a una fuerza inicial de alrededor de 4000 ingleses" (Balza, M., op. cit.:95). El jefe artillero desmiente la versión que señaló que los buques británicos bombardearon baterías de costa que supuestamente protegían San Carlos con unos 1500 hombres, planteo de Mario de Arcángelis.[88] "Un total disparate: no existían baterías y el teniente primero Esteban sólo contaba con 62 soldados", desmintió Balza.

Al producirse la alerta naval por la operación al barco "Isla de los Estados", la Fuerza de Tareas "Mercedes", ubicada en Darwin-Pradera de Ganso, al mando del teniente coronel Ítalo Piaggi, recibió órdenes de cubrir la zona de San Carlos. Fue enviada a la zona, una sección de tiradores de la Compañía C del RI-25 al mando del teniente primero Carlos Esteban, equipados con dos cañones de 105 mm. sin retroceso y 2 morteros (Camogli, P., 2007: 186-187).

Balza estimó también que "la errónea apreciación e imposición de Galtieri, no contradicha por el general Menéndez, distrajo dos regimientos en la isla Gran Malvina, aislándolos y sustrayéndolos al combate, cuando por lo menos uno de ellos bien podría haber estado en San Carlos. Es una lástima que nuestros generales no hubieran leído a Liddell Hart^[89], quién dijo: "Nuestro examen ha revelado que un gran número de campañas en las cuales lo indirecto de la aproximación es tan significativo como lo decisivo de sus resultados (...) y es que a través de las épocas raramente se han logrado resultado efectivos en la guerra a menos que la aproximación tuviere tal sentido indirecto, que asegurara que el enemigo no estaría listo en tiempo para enfrentarla" (Balza, M., op.cit.: 94-95).

Balza calificó el desempeño de Esteban y su gente de "encomiable" porque alertaron a Puerto Argentino, averiaron helicópteros y causaron bajas al enemigo. Marcharon en repliegue a Puerto Argentino en una marcha de tres días. El 21 de mayo, cuando se produjo el desembarco inglés, Esteban recibió de uno de sus soldados observadores en la costa la noticia de había "una fragata enemiga en el estrecho". Extrañado de que el soldado conscripto de 18 años supiera identificar un barco de guerra, Esteban le preguntó cómo lo sabía. El soldado extrajo una caja de los populares fósforos Fragata y le indicó la silueta situada en la parte posterior de la caja: "Es igual a ésta, mi teniente primero". Era una fragata y era británica. "Tomé los binoculares y me desplazé rápidamente hacia su puesto observatorio. Quedé atónito. Media flota estaba en la boca norte. Silenciosamente habían entrado, atacaron a nuestra gente y la dejaron sin comunicación. Era un desembarco masivo del enemigo. Había fragatas, destructores, decenas de helicópteros sobrevolaban la zona y lanchones se desprendían en todas las direcciones. En el centro la figura majestuosa del Canberra" (Balza, M., op.cit.: 96). El teniente primero se comunicó con su comando, informó del desembarco y rompió luego las comunicaciones. ("En Buenos Aires, el jefe del Ejército, general Vicente Meli, recibió la información del desembarco y al parecer no le asignó mayor importancia pues, según fuentes con fiables, expresó: "Después lo analizamos. Ahora tengo una reunión importante. ¿Reunión importante?", se indignó Balza (Balza M, op. cit, :101). Esteban y su gente comenzaron entonces a batallar derribando un helicóptero Sea King, lo impactaron pero el piloto pudo posar la máquina en tierra; luego otro helicóptero de ataque, un Gazzelle avanzó hacia las posiciones argentinas y contra él hubo fuego reunido de todas las armas, lo derribaron y se hundió en el estrecho de San Carlos. Un tercer helicóptero,

otro Gazzelle, se aproximó y fue golpeado, otra vez con fuego reunido. El piloto pudo posarlo en tierra. La tropa de Esteban causó diez bajas, derribó un helicóptero y causó graves daños a otros dos. Desde allí con la inferioridad numérica y tecnológica emprendió una larga retirada de más de 20 días.

“Consolidada la cabeza de playa en San Carlos, con tropas británicas del orden de 3 mil a 4 mil hombres, Menéndez pidió un regimiento de paracaidistas en las inmediaciones de Darwin para contraatacar. Le negaron el pedido. Hubiera sido una carnicería, como consecuencia de la superioridad aérea y antiaérea inglesa” (Balza, M., op. cit.:102).

La escuadrilla inglesa desplazada a San Carlos estaba compuesta por los buques anfibios “Fearless” y el “Intrepid”, los transportes “Canberra” (con 1500 hombres a bordo), Fort Austin, Europic Ferry Elk (con 2 mil toneladas de munición) el Norland. A ellos se sumaron los buques logísticos Sir Geraint, Sir Tristram, Sir Galahad, sir Perciavale y Sir Lancelot. Ellos llevaban también personal para ser desembarcado y sus respectivos pertrechos, entre ellos 8 baterías del moderno misil antiaéreo “Rapier”. El equipo de protección estaba integrado por el destructor misilístico clase County Antrim y las fragatas tipo 22 Broadsword y Brilliant, las fragatas tipo 21 Ardent, Antelope y Argonaut, además de las Plymouth y Brilliant (clase Rothesay). El destructor tipo Coventry fue colocado en la boca norte del estrecho en funciones de “piquete radar” (Moro, R.O., op.cit.: 276).

Para reunir semejante fuerza, el almirante Woodward debió dejar a sus dos portaaviones al este de las islas, escoltados solo por dos buques de guerra: el destructor Glamorgan y la fragata Ambuscade. A ellos sumó un submarino, los otros tres cerca del continente para dar alarma sobre desplazamientos de aviones argentinos. Fue una jugada arriesgada, que tuvo éxito (Moro, R.O., op. cit.: 276).

Los hombres del 2 Para (Regimiento 2 de Paracaidistas) fueron los primeros en tocar tierra bajo el mando de su jefe el teniente coronel Jones.

El desplazamiento de la flota inglesa no fue detectado por las fuerzas argentinas, lo que constituyó un hándicap notable en la batalla. La reacción argentina fue aérea. Mientras un avión KC-130 había sido enviado por la FAS para prever el reabastecimiento de sus aviones, desde Puerto Argentino despegó un avión naval Aeromacchi MB 339^[90] en misión de reconocimiento. Tripulado por el teniente de navío Crippa, se encontró sorpresivamente con la enorme flota inglesa y sin tiempo para elegir blanco disparó sobre el HMS-Argonaut. Le causó tres bajas y daños al radar de reconocimiento y salió rápidamente del escenario de combate hacia su base.

Desde la base de San Julián salieron escuadrillas de aviones MV-Dagger. Una sección piloteada por el capitán Di Meglio y el teniente Castillo, llevaban en cada una de las máquinas dos bombas de 2150 kilos. Al llegar al estrecho de San Carlos se encontraron con no menos de ocho barcos enemigos. "Los dos aviones, uno detrás del otro y algo desplazado hacia un lado, debían efectuar un pasaje, un ataque y a un solo buque. Era la forma de asegurar el resultado. La elección fue instantánea. A menos de dos mil metros y directamente de frente, vieron un barco separado de los demás. El buque atacado no abrió fuego de artillería ni alcanzó a lanzarles misiles. Estaba en una posición de popa y al parecer, no había visto ni detectado a los aviones argentinos. Los dos pilotos dispararon sus cañones de 30 mm. y lanzaron sus bombas sobre el blanco" (Andrada, B.H., op.cit.: 125-126). El ataque causó graves daños al barco de la Royal Navy. Los aviones regresaron sin daños a San Julián.

En la base de Rio Gallegos se aprontaban los pilotos de A4B. Una de las escuadrillas estaba integrada por el capitán Carballo,

el teniente Rilke, el primer teniente Cachón y el alférez Carmona. Se encontraron con el avión Kc-130 y se reabastecieron salvo uno de ellos que debió volver al fallar el sistema de conexión. Volaron a 20 ó 30 metros sobre el agua. Uno de los pilotos, el número 2 tuvo inconvenientes con su combustible y su jefe le ordenó que regresara. Obedeció la orden con renuencia y los otros dos llegaron a encontrarse con un barco inglés al que uno de los dos aviones lanzó una bomba que lo averió. El jefe de la escuadrilla le ordenó a su numeral que volviera a la base porque ya no tenía material ofensivo. Voló a baja altura y se encontró en la bahía de Ruiz Puente con una fragata inglesa, completamente detenida. Sin embargo, desde ella hicieron fuego sobre el avión argentino. Éste lanzó la bomba y en segundos debió hacer una increíble maniobra: pasar con sus alas casi verticales entre medio de una torre de antenas y un mástil. El impacto de la bomba se retardó pero produjo una fuerte explosión. El A4B rodeó la Gran Malvina y volvió a su base de Río Gallegos (Andrada, B.H: op.cit.: 129-130).

En Río Grande, una escuadrilla denominada "Libra" en la operación, compuesta por 4 aviones Dagger se aprestaba a operar en la tarde. El capitán Mir González, el teniente Bernhardt, el capitán Robles y el primer teniente Luna, comandaban cada un aparato que antes de despegar debían realizar casi 30 operaciones de control exterior y 64 operaciones de control en cabina.^[91]

A la hora señalada, las 14:30, los aviones despegaron para alcanzar Puerto Howard en la isla Gran Malvina siempre a baja altura a 750 km por hora. Entraron a la zona operativa por un hueco entre las montañas y las nubes. Solo pasaron tres porque el teniente Luna con su Dagger C-409 fue derribado por un Harrier, se eyectó y fue rescatado. Ya en el estrecho de San Carlos encontraron una fragata en posición transversal a la trayectoria de los Dagger. Hubo ataque de la antiaérea del barco

británico. Pasaron la línea de fuego lanzando el jefe de la escuadrilla su bomba de 500 kilos. La fragata Ardent había sido alcanzada. Los tres Dagger escaparon hacia la bahía de Ruiz Puente y viraron al sur para salir al mar abierto y regresaron a Río Grande (Andrada, B.H., op.cit.:134-136).

Desde San Julián partieron otras dos escuadrillas de Dagger a las 14:50 y 14:51 de ese día. Los integrantes de los grupos eran el primer teniente Román, el mayor Puga y el primer teniente Callejo en una escuadrilla y el capitán Dandille, el mayor Piuma y el primer teniente Senn. Según Andrada, en estas escuadrillas se valoraba más la cantidad de horas que cada piloto había recogido en temas de pilotaje y tácticos que el nivel jerárquico que, en última instancia se hacía por la antigüedad en la carrera (Andrada, B.H., op.cit., 137). Con inteligencia, los pilotos hicieron prevalecer las capacidades y los conocimientos adquiridos por sobre la rutina del mero transcurso del tiempo fijado por los estatutos castrenses. Al acercarse al estrecho de San Carlos se enfrentaron con dos fragatas. Los pilotos de la segunda escuadrilla se dividieron los blancos y atacaron. Las fragatas se defendieron. Uno de los pilotos lanzó sus bombas y golpeó sobre la fragata. La otra escuadrilla tuvo que enfrentarse con un Harrier, integrante probablemente de un grupo de 8 detectados por el radar de Puerto Argentino. Uno de los Dagger fue impactado y su piloto se eyectó, lo mismo que sus compañeros, superados por la diferencia tecnológica de los Harrier sobre los Dagger. Sus compañeros también se eyectaron y fueron rescatados.

Los aviones de Darwin

En la base aérea de Darwin se alojaban aviones Pucará, sumamente inferiores frente a los Harrier, pero aptos para enfrentar a los helicópteros británicos y a fracciones de infantería enemiga desplegada en el terreno. Las condiciones de vida en Darwin eran difíciles. La temperatura oscilaba entre 5 y 15 °; el techo de nubes muy bajo; los pilotos carecían de agua caliente y tenían que prepararse sus comidas. Enfrentaron presencia de los Harrier. El suelo blando de la pista, la turba, impedía cargar a los aviones con bombas porque el incremento de peso hubiera impedido el despegue. Los Pucarás de la base atacaron blancos en tierra: dos galpones ocupados por los británicos desembarcados. Luego de ese combate, uno de los pilotos de Pucará fue tocado por un misil lanzado por un Harrier y se eyectó, nada menos que, a cuatro metros del suelo.^[92]

Sigue el desembarco

El día 21, en sus primeros minutos, la flota británica internada en San Carlos, lanzaron un grupo de 40 integrantes del SAS haciendo una maniobra de diversión. Otros grupos de comandos británicos atacaron a la fracción de infantería argentina al mando del subteniente Reyes. Fueron superados por los británicos, agotaron sus municiones y se retiraron dejando cinco heridos en el campo. Marcharon como el resto de las tropas del teniente primero Esteban en un viaje de 80 kilómetros, sin ropa adecuada y alimentos. Los últimos 11 hombres de este grupo se entregaron prisioneros el 14 de junio; algunos de estos soldados se les debieron practicar amputaciones por causa de la gangrena en manos y pies (Camogli, P., op.cit.:188). Primero el Para 2 británico y luego el Comando 40 realizaron el desembarco mientras en esos primeros minutos se producía el

ataque de la aviación argentina. Las condiciones del combate fueron duras para los ingleses, según relató uno de los timoneles del desembarco británico: "Llevábamos apenas una hora en el golfo de San Carlos cuando tuvimos nuestra primera incursión aérea. Allí comprendimos cuántos hombres pueden trepar al mismo tiempo una escala de cuerdas. Superamos otros tres ataques aéreos mientras armábamos nuestra balsa de poco más de 20 metros. En determinado momento estábamos junto al RFA-Stromness cuando nos atacó la aviación argentina. Cuando ellos volaban entre nosotros y la RFA- Fort Grange fueron lanzadas cuatro bombas de mil libras (500 kg.). Completamos la carga y zarpamos pasando muy cerca del HMS-Broadsword cuando apareció la segunda oleada que usó cohetes para atacar al Broadsword. De modo que allí estábamos nosotros rodeados de una balsa con proyectiles Rapier[93], granadas y otras municiones. En tales condiciones se siente la tentación de meter la propia cabeza entre las rodillas y darse un beso de despedida en el propio trasero" (Thompson, J., 1985:117).

Según el jefe de la brigada británica desembarcada "la batalla crucial de toda la campaña a partir del Día D y que se extendió a los cinco días siguientes, fue por el control del aire, a fin de que tales operaciones en gran escala fuera de la sombrilla de la defensa antiaérea pudiesen realizarse (...) Esta batalla de desgaste, que costó tres buques de guerra hundidos y las vidas de setenta y siete hombres, en su mayor parte marineros, aplastó a la aviación argentina a tal punto que después del 25 de mayo dejó de constituir una amenaza importante para la conducción de las operaciones en tierra. El control del aire no se arrebató por completo al enemigo hasta el final, pero tal como venían las cosas antes del Día D, lo que se consiguió fue toda una victoria" (Thompson, J., op.cit.:119-121).

Thompson reconoció, sin embargo, que los planes de utilizar el "Canberra" para que sirviera como hospital de campaña flotante

fueron abandonados porque el barco debió salir precipitadamente de la zona.

En tanto se completaba el desembarco, Thompson recibió instrucciones de su jefe el general Moore. Fue entonces que reflexiono acerca de que "las posiciones enemigas más próximas a la cabecera estaban en Darwin el Prado de Ganso, a unos 19 y 21 km., respectivamente, a vuelo de pájaro del lugar en que yo me hallaba junto a (el coronel) Jones (...) Las posiciones enemigas en Darwin y Prado del Ganso parecían ser el único objetivo posible para ser tomado por Gran Bretaña sin realizar otra operación anfibia en Gran Malvina o sin acercarse a Puerto Argentino. Mientras se desembarcaban los pertrechos lo que más parecía satisfacer las directivas de Moore acerca de "establecer el dominio moral y físico sobre el enemigo" era una incursión contra la guarnición argentina en Darwin y Prado de los Gansos" (Thompson, J., op. cit.:125). La fuerza militar británica y el gobierno británico buscaban una victoria inmediata para fortalecer el ánimo en los medios y los ámbitos políticos de Londres y su opinión pública. Finalmente, la guerra es una operación política suprema.

Cuando al finalizar el día "se confirmó que las tropas argentinas de Darwin no se habían adelantado ni un solo metro en el terreno, los británicos sintieron que tenían ganada buena parte de la guerra. El hecho de no haberse producido un contra ataque contra la cabecera de playa, sorprendió tanto a los ingleses como la ausencia de defensa sólidas en San Carlos" (Camogli, P., op.cit.:194).

Thompson elogió "la política de mantener a los portaaviones tan alejados de las Malvinas", ejecutada por el almirante Woodward como pertinente porque el máximo jefe naval británico "era el único que podía haber perdido la guerra en una tarde", afirmación que subrayaba la capacidad de las fuerzas aéreas argentinas (Thompson, J., op.cit.: 119-121).

El combate de Darwin-Pradera del Ganso

El istmo de Darwin-Pradera del Ganso se encuentra a 90 km. de Puerto Argentino, en donde existían dos pequeñas poblaciones de unos 200 habitantes. Estaba comunicado por una senda apenas transitable con Puerto Argentino. En esa zona llana se había instalado la Base Aérea "Cóndor", en realidad una precaria pista de aterrizaje donde operaban los mencionados Pucará. Estaba a cargo del vice-comodoro Wilson Pedrozo. En la zona estaba desplegada, la que según Balza "se denominó ampulosamente Fuerza de Tareas Mercedes". Esta guarnición estaba constituida "sobre la base del esquelético Regimiento de Infantería 12 (500 hombres a pie) que, después de haber sido "paseado" y desgastado por la Patagonia, fue enviado a las islas, para recalar al fin en Darwin, con su personal agotado, sin sus armas pesadas y, lo peor, sin una clara misión. Se hallaba a cargo del teniente coronel Ítalo Piaggi" (Balza, M., op. cit.: 113).

El debilitado regimiento estaba dotado en artillería de un mortero de 120 mm.; 2 morteros de 81 mm. y un cañón anti tanque. Aunque recibió luego tres obuses de artillería con dos cañones bitubo de 35 mm., disponía de escasa munición.

Según Balza, el general Parada había recibido la orden de Menéndez de trasladarse a la zona para hacerse cargo del comando. No lo hizo aduciendo las dificultades para el vuelo de helicóptero "aunque conjeturo -escribió Balza- que nada habría impedido hacerlo en moto, a caballo o a pie (sic) (Balza, M., op.cit.: 114).

Más aún, de Parada (cuyo nominativo para la comunicación militar, por él elegido, era "Capanga"^[94]) dijo el general Jofre: "había seguido la evolución de ese combate a través de los medios de comunicaciones radioeléctricos". De manera duramente sarcástica, Balza escribió: "No recuerdo una situación similar en toda nuestra historia. Es como si el director técnico del club River Plate dirigiera por teléfono a su equipo en un partido de visitante

contra Boca Juniors, guiándose por el relato radial y fragmentado de un comentarista deportivo". De acuerdo con Balza "las órdenes de Parada eran imposibles de cumplir, pero sus subordinados combatieron en forma encomiable, exhibiendo valentía y profesionalidad ejemplares y enfrentaron el primer combate terrestre (la intervención del teniente primero Esteban en San Carlos fue una acción limitada" (Balza, M., op.cit.: 116).

En el combate de Darwin-Pradera del Ganso, comenzado el 26 de abril, se destacó la actuación del teniente Roberto Estévez lanzándose al ataque frente al enemigo que atacaba con fuego de artillería y fue herido en un brazo y una pierna y continuó al frente de su sección hasta que fue muerto por un disparo en un ojo^[95]. El soldado Fabricio Carrascal asumió el mando de la castigada sección cuando no quedaban en pie ni oficiales ni suboficiales y cayó en acción. Ambos fueron condecorados post-mortem.

En Howard, casi enfrente de San Carlos, en tierra de la isla Soledad, había sido enviada la Compañía de Comandos 601, al mando del mayor Castagneto que había llegado a Malvinas el 27 de abril. Allí enfrentaron los ataques aéreos británicos ejecutados por los Harrier. En uno de esos bombardeos, los comandos replicaron con fuego anti aéreo. El teniente primero Sergio Fernández logró derribar con uno los cohetes disparados a un avión Harrier (Ruiz Moreno, I., 1986:148).

A las 10:30 del día 28, la situación en Darwin estaba estabilizada, cuando en el sector noroeste del istmo el ataque británico estaba contenido; en el noreste, la compañía A de paracaidistas británicos había llegado a las cercanías del establecimiento Darwin y en el sector Prado del Ganso-Base Aérea se encontraba otra sección al mando del subteniente Gómez Centurión y llegaba a ocupar posiciones el "equipo de combate Güemes" comandado por teniente primero Esteban. El teniente coronel Piaggi ordenó un contraataque, que quedó a las órdenes de Gómez Centurión.

Fue en esas circunstancias, al encabezar una carga de infantería contra las posiciones argentina, que murió el jefe del batallón de paracaidistas británico, teniente coronel Hebert Jones. Finalmente, los británicos tomaron la posición usando masivamente los misiles guiados Milan^[96].

Hubo un último refuerzo desde Puerto Argentino: parte de la Compañía B del RI-12 que estaba en Puerto Argentino, fue trasladada provista de un cañón y un mortero, 4 helicópteros (1 Chinook, un Puma y 2 Bell), uno de cuyos pilotos fue Hugo Pérez Cometo. Llegaron en la madrugada del día 29 cuando la batalla estaba casi definida (Camogli, P., op. cit.: 209).

Las fuerzas argentinas habían retrocedido. El mayor Kleebe, que había sucedido en el mando a Jones, solicitó refuerzos. Le fue enviada la Ca. J de Comandos de Infantería de marina, junto con 3 cañones de 105 mm., 6 morteros, un radar de localización de morteros, 2 vehículos oruga, 2 helicópteros y refuerzo de municiones (Moro, O.M., op.cit.: 333-344).

“El disminuido RI 12 resistió más de lo razonable. Uno de sus pelotones defendía un local conocido como “la Escuela”, que fue atacado por los paracaidistas ingleses con todo tipo de proyectiles. El edificio se incendió”. Un diario inglés escribió sobre el hecho: “cuando abrieron las puertas, todo lo que quedaba de los defensores argentinos era una masa de cuerpos calcinados, retorcidos y carbonizados, imposibles de identificar” (Balza, M., op. cit.: 118)

Ante la evidente disparidad de fuerzas, el teniente coronel Piaggi ordenó la rendición después de una fuerte discusión entre los oficiales. A las 11 de la mañana del 29 de mayo, con 50 muertos argentinos y 17 británicos cesó el fuego y las fuerzas argentinas se constituyeron en prisioneros. En medio del combate, el 26 de mayo había arribado a las islas la Ca. 602, al mando del mayor Aldo Rico y la Ca. de Fuerzas Especiales de Gendarmería, a cargo

del comandante José Spadaro. Ocurrió que las dos fueron organizadas recién después del desembarco en San Carlos. Ya era demasiado tarde. Otra improvisación de la conducción de Galtieri y sus generales.

El cerco sobre Puerto Argentino

Luego de su excursión "política" hacia el sur, la fuerza de desembarco británica comenzó a organizarse para marchar hacia el este y sobre Puerto Argentino. La artillería argentina tenía limitaciones frente a la británica que tenía un alcance de 17 km., en tanto la argentina solo llegaba a 10 km. excepto los dos cañones pesados de 155 mm. traídos "de contrabando" por el teniente coronel Balza en complicidad con la Fuerza Aérea, acción que fue duramente criticada por el general Jofre.

Balza marcó otras dificultades de la artillería que especificó en cuatro puntos: "escasísima disponibilidad de proyectiles de iluminación 105 mm. y munición de 155 mm.; imposibilidad de disponer de movilidad helitransportada; deficiencia del trabajo en equipo con los regimientos de infantería, como consecuencia de no haber existido adiestramiento previo entre nosotros. Las excepciones fueron las coordinaciones con el Batallón de Infantería de Marina 5, a cargo del capitán de fragata Robacio y con la Compañía de Comandos 602, a cargo del mayor Rico" (Balza, M., op.cit.).

Balza apoyó explícitamente la actuación de los Comandos argentinos en Malvinas: "El comportamiento de nuestros Comandos fue altamente meritorio y aportaron su cuota de muertos y heridos" (Balza, M., op. cit.: 128). Sin duda fue cierto en Malvinas, pero no lo fue en varios de ellos antes de Malvinas y después de Malvinas. Antes cuando algunos de ellos estuvieron como

protagonistas de acciones represivas, como el capitán en Malvinas Héctor Losito, condenado posteriormente por la masacre de prisioneros políticos en la localidad chaqueña de Margarita Belén o el teniente primero en Malvinas, Sergio Fernández, que sería acusado, con el grado de general de brigada, por falso testimonio en ese juicio, o el propio Aldo Rico, protagonista de las rebeliones carapintada de 1987 y 1988, sin olvidar al maestro de éstos últimos, el coronel Mohamed Seineldín.

La coordinación de artillería con los comandos se realizaba en el puesto de comando de Balza con los mayores Castagneto (Ca.601) y Rico (Ca. 602) para que pudieran solicitar los fuegos de artillería para respaldar sus acciones. Balza, que reprimió luego de Malvinas a los carapintada, escribió sobre él: "En la guerra fue un excelente soldado que se caracterizó por su valentía, profesionalidad y liderazgo".

"Desde los primeros días de junio sabíamos -consignó Balza- que el asalto final se aproximaba y se ponían más en evidencia la burocracia y la tendencia separatista, y hasta egoísta, de los distintos servicios de abastecimiento. Su mayor incidencia negativa se daba en el Ejército. Cada fuerza privilegiaba a sus hombres, lo Conjunto no existía" (Balza, M., op .cit: 133). Era un déficit, más aún una característica de las FFAA que venían de una trayectoria histórica de enfrentamientos en conspiraciones y derrocamiento de gobiernos, y luchas entre ellas por compartir el poder político usurpado en golpes. Estaban desprofesionalizadas por la lucha antisubversiva; lo conjunto nunca ocupó el lugar que la doctrina planteaba. El secreto y la competencia tomaron su espacio.

La batalla final

Las fuerzas británicas se dirigieron hacia Puerto Argentino. La defensiva argentina le correspondió en primera línea al Regimiento de Infantería 4, que se asentó en los cerros Challenger (356 m.), Wall (226 m.) y Harriet (272 m.). Para el transporte de la logística se apoyó al RI 4 con helicópteros y camiones pesados, muchos de los cuales se quedaron atascados en el suelo dominado por la turba.

Por su parte, la Ca. B del RI-6 que estaba en el cerro Dos Hermanas, fue colocada en el valle que separaba a éste del monte Longdon, posición que sería lugar de feroces combates.

Como se descartó el empleo de lanzamiento de paracaidistas, se debieron emplear para hacer reconocimientos a las Compañías de Comandos 601 y 602 del Ejército, los efectivos de elite de la Infantería de Marina, a la propia FAA y al batallón comando "Alacrán" de la Gendarmería Nacional (Camogli, P., op. cit.:213-214).

Una sección de la Ca.602 al mando del capitán José Vercesi con 13 hombres quedó detrás de las posiciones inglesas, con grandes dificultades para su desplazamiento. Agotados se refugiaron en una vivienda conocida como Casa Malo. Fueron descubiertos por los británicos que llevaron 20 hombres de sus propios comandos. Producido el ataque, los argentinos fueron derrotados sufriendo la muerte del teniente Espinoza y otro efectivo, y 6 heridos. Los británicos tuvieron 2 muertos y 8 heridos y capturaron a los comandos argentinos.

Los ingleses llegaron rápidamente al monte Kent. Eran 230 hombres con 6 morteros de 81 mm. y 3 cañones de 105 mm. Era el Batallón 42 que pronto fue reforzado con la totalidad de sus efectivos y su artillería de campaña compuesta por 54 cañones. Mientras la 3ra. Brigada se coloca en posición de aproximación y cerco sobre Puerto Argentino, en San Carlos desembarcaba la 5ª. Brigada con un total de 4 mil soldados

que llegaron a bordo del enorme barco de pasajeros "Queen Elizabeth" (Camogli, P., op. cit.:217-218).

En los primeros días de junio, relató Balza, los británicos avanzaron hacia los montes Kent y Challenger, como ya se ha mencionado. Lo hicieron a pie y en parte con sus helicópteros. Lanzaron fuego de hostigamiento sobre las posiciones argentinas en los montes Dos Hermanas, Harriet y Longdon, en cuyas cercanías estaba dispuesta la compañía C del GA-3 bajo el mando del capitán Héctor Tessey. Las bajas de los artilleros de Balza eran pocas porque habían cavado pozos (de zorro) cerca de cada cañón. Procedían a disparar y, de inmediato, se lanzaban adentro de las excavaciones, en donde se protegían adecuadamente del fuego enemigo. Balza observó que no hubo un adecuado apoyo de fuego en esa circunstancia de parte de "la Fuerza Aérea Sur que operaba desde el continente, al mando el brigadier Ernesto Crespo. Por diversas razones, de trece requerimientos efectuados se cumplieron sólo seis" (Balza, M., op.cit.:135).

Entre los días 4 y 8 de junio, los regimientos RI-4 y RI-7, rechazaron diversos intentos de infiltración de pequeñas fracciones británicas de infantería, pero fueron sometidos a un duro fuego aéreo y naval de unidades de la Royal Navy ya cercanas a la costa. Hubo muchas bajas, con muertos y heridos. Balza se quejó de las manifestaciones propias de quien calificó como un "bravucón", el propio Galtieri, quien había afirmado públicamente que los británicos "pagarán un alto precio por la agresión (...) La acción militar nos costará muchas vidas y pérdidas materiales, pero será mucho más alto el precio que paga y pagará la incalificable osadía del invasor" (...) que confundió prudencia con debilidad". Galtieri, escribió Balza, desconocía la situación. (Balza, M., op.cit.:136).

Desembarco en Bahía Agradable

El día 8, los observadores adelantados de Balza ubicados en el monte Harriet descubrieron visualmente barcos británicos que navegaban hacia Bahía Agradable y solicitaron el apoyo aéreo a la Fuerza Aérea Sur (Balza, M., op.cit.: 137). Según otra versión fue la Compañía de Comunicaciones 3, fue la que detectó la operación cuando recorría el tráfico radial enemigo. Según ésta, un avión Pucará fue enviado para confirmar la presencia, al igual que personal del ROA y del BIM-5 (Camogli, P., op.cit.: 165). Su partida se produjo a las 10:26 de la mañana.

Desde el continente fueron enviados dos escuadrillas de 4 aparatos A-4B cada una, dotados de bombas de 230 kilos. Éstos iban a enfrentar barcos que se disponían a desembarcar otras fuerzas de infantería. Transportaron hombres y materiales del HMS- Fearless hasta el RFA Sir Galahad. El transporte de estas tropas, entre las que se encontraba la Ca. 3 del Regimiento del Príncipe de Gales, fue acelerado y estos barcos habían perdido la oportunidad de cubrirse con la noche. Por otra parte, los británicos estimaban que la FAA no estaba ya en condiciones de hostigarlos (Moro, R.O., op.cit.:379).

“El sir Galahad y el sir Tristram eran dos buques de desembarco, de cinco mil setecientas y cuatro toneladas que transportaban setecientos hombres de tropa de los Welsh Guards y los Scotch Guards, desde San Carlos hasta las playas elegidas para desembarcar, en Bluff Cove, Bahía Agradable” (Andrada, B.H., op.cit.;;: 207).

El barco Sir Tristram estaba descargando munición y explosivos desde el día anterior en Puerto Agradable. La poca profundidad de la Hoya Fitz Roy le impedía hacerlo allí. Por su parte, el Sir Galahad echó anclas en la bahía y comenzó a realizar su propia descarga. Los guardias galeses se encontraban todavía en el barco. A las 14:00 hs. los aviones argentinos llegaron a

la bahía y comenzaron a atacar al Sir Galahad y su compañero. El primer avión piloteado por el primer teniente Cachón lanzó sus bombas en el centro del Sir Galahad. El avión nro. 2 con el alférez Carmona disparó pero las bombas no se desprendieron y el tercer avión piloteado por el teniente Rinke lanzó sus bombas, que pasaron por arriba del barco y fueron a parar a la playa donde las mismas explotaron en la concentración de hombres y materiales. El ileso sir Tristram recibió impactos debajo de la línea de flotación que, sin explotar, le causaron bajas y un incendio (Moro, R.O., op. cit.: 380). Los daños fueron causados por una escuadrilla; la otra, debió regresar con sus tres aparatos por fallas mecánicas (Camogli.P., op.cit.: 165). Los daños causados fueron importantes. Toda la fuerza de helicópteros británicos fue enviada a bahía Agradable para socorrer a sus compañeros. Las aspas de los helicópteros fueron alejando las balsas de los barcos incendiados, especialmente del Sir Galahad.

Casi simultáneamente del ataque de los aviones A-4B se produjo la intervención de dos Mirage piloteados por el capitán Cimatti y el mayor Martínez" (Moro, R.O., op.cit.: 382). Los Mirage hicieron impacto en la fragata del tipo 12, identificada como la HMS-Plymouth. Los ingleses reconocieron el ataque, pero afirmaron que se había producido en el estrecho de San Carlos, lo que fue considerado imposible por la FAA.

Otras dos salidas de aviones argentinos fueron efectuadas a continuación: dos de aviones A4-B y una de A4-C. Pero allí hubo encuentros con los Sea Harrier que, en esta ocasión, habían estado alertas. Tres de los cuatro aviones de los A4-B fueron derribados, pero uno de ellos logró impactar a una embarcación menor el Foxtrot-4, golpeado con una bomba de 250 kg. que lanzó el primer teniente Danilo R. Bolzán quién fue derribado y murió en acción.

“Esta operación por parte de los británicos- consideró Balza -al igual que el ataque a Darwin- Pradera del Ganso, fue innecesaria, y ocasionó al enemigo importantes bajas” (Balza, M., op. cit.:137). “Habían muerto 51 británicos, la mayoría integrantes de la sección de morteros de la Guardia Galesa y se produjeron 200 heridos” (Camogli, P., op.cit.: 166).

Los británicos llamaron a éste “el día más negro de la Royal Navy” en la guerra, o “el desastre de Bluff Cove”.

Producido con estas pérdidas el desembarco, la fuerza argentina en la zona se dispuso a enfrentarlo. El teniente de ingenieros Horacio Blanco, voló el puente tendido sobre el estuario del río Fitz Roy, que unía al establecimiento de ese nombre con Bluff Cove. Por ello, los ingleses tuvieron que realizar una marcha a pie para poder llegar a su objetivo.

Los ingleses sufrieron más de 100 bajas entre muertos y heridos y el almirante Woodward reconoció respecto al desembarco:“- Debí haberlo impedido, por supuesto. Es mi propia culpa. Una de mis profundas tristezas acerca del desastre de Bluff Cove es que siempre será la imagen viva de la guerra de las Falklands (con) las terribles imágenes en vivo de los soldados quemados y gravemente heridos” (Balza, M., op. cit.:140).

¿Por qué lo hicieron? Quizás “para que las fuerzas de tierra pudieran avanzar desde dos zonas diferentes, en un movimiento de pinzas sobre Puerto Argentino” (Balza, M., op .cit.:140).

¿Pudo haber existido un contraataque argentino al desembarco? Para Balza (Balza, M., op .cit.:142), hubo varias razones: se carecía de reservas adecuadas y el contraataque no había sido planeado; no se disponía de movilidad terrestre ni helio transportada y los dos Chinook de la FAA, con capacidad para transportar 30 efectivos, habían sido replegados al continente por orden del general García; la artillería propia estaba fuera de alcance y sin movilidad; los ingleses ocupaban la línea general monte Kent,

monte Wall y monte Challenger; un ataque sobre Bluff Cove debía pasar por el flanco de tropas británicas.

El 10 de junio comenzaron a llegar pequeñas fracciones de tropas supuestamente de refuerzo. El 11 se produjeron las únicas bajas civiles: tres mujeres muertas de la población de las islas a causa del bombardeo naval británico. Fue la jornada de la llegada del Papa Juan Pablo II a la Argentina quién se hizo presente en el país, dado que había visitado Gran Bretaña pocos días atrás en un viaje planeado mucho tiempo atrás que no quiso suspender. La visita imprevista a la Argentina intentó ser, evidentemente, compensatoria.

Lo único que tenía de ofensivo la tropa argentina era la artillería que ya daba sus últimos golpes. El viernes 11, el GA-3 realizó el primer caso de aero cooperación interfuerzas de la historia militar argentina. Así lo consideró Balza, quién articuló el mismo con 3 Pucará de la FAA.

En el ataque final a Puerto Argentino, el general Moore eligió un ataque frontal a la línea general dibujada por los cerros Longdon -Dos Hermanas- Harriet. Atacó con tres batallones. El Para 3 atacó el Monte Longdon defendido por una compañía del RI-7, al mando del mayor Carlos Carrizo Salvador; el Batallón de Comandos 45 lo hizo en el cerro Dos Hermanas, resguardado por una compañía del RI-6 a cargo del mayor Oscar Jaimet y el batallón de Comandos 42 atacó el monte Harriet, ocupado por parte del RI-4 a órdenes del teniente coronel Diego Soria.

Los británicos recibían el respaldo del fuego naval de los barcos Avenger, Glamorgan y Yarmouth de la Royal Navy.

La sorpresa del ataque se perdió cuando un paracaidista británico pisó una mina antipersonal. Balza anotó :“Así se inició el combate más duro de toda la guerra, que duró casi toda la noche y se decidió en la madrugada, cuando los efectivos a órdenes del mayor Carrizo Salvadores se replegaron hacia Wireless

Ridge" (Balza, M., op. cit.:148). Se luchó, cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, como en una batalla del siglo XIX. Los cañones del GA-3 apoyaron al RI-7 y uno de sus oficiales - observador adelantado - el teniente de artillería Alberto Ramos murió combatiendo junto a los infantes del RI-7. Su cuerpo no apareció. Los británicos demostraron en la ocasión su superioridad en la combate nocturno para el que estaban mucho mejor adiestrados que las tropas argentinas. Las dificultades fueron enormes para esas fuerzas -duró 8 horas el choque- comandadas por el teniente primero Julio Navone y el teniente Oscar Martínez Conti.

Monte Longdon: el combate

En el cerro Longdon, el batallón de paracaidistas 3 británico atacó con 600 hombres a los 260 efectivos conscriptos de la compañía B del RI-7 y, con su apoyo de fuego terrestre y naval, su poder de combate relativo era de 5 a 1. El combate duró 10 horas: "A mi juicio, el combate de Longdon y sus héroes anónimos, ha sido incorporado a las páginas de nuestra historia militar" (Balza, M., op.cit.:155).

La batalla en el monte Dos Hermanas tuvo diversos perfiles. Esa altura constituida por dos pequeños picos de 300 m. de altura estaba ocupada por efectivos del RI-4 al mando del segundo jefe de esa unidad, mayor Ricardo Cordón que "no ofreció resistencia y cedió en forma prematura la posición mediante desordenados repliegues hacia Puerto Argentino, sin que a mi juicio se hubiera hecho el esfuerzo necesario para sostenerla (Balza, M., op.cit.:156). En cambio, "el mayor Jaimet, que evidenció gran presencia de ánimo, profesionalidad y liderazgo. Por su comportamiento fue uno de los que recibieron la condecoración al "Heroico Valor en Combate". El mayor Cordón, en cambio, fue pasado a retiro después de la guerra" (Balza, M., op. cit.:156).

Junto a los combates de Darwin-Pradera del Ganso y el de monte Longdon, el tercero de los más importantes fue el de Tumbledown. Este cerro de 230 m. era una de las últimas posiciones a defender antes de la entrada de Puerto Argentino. Estaba defendido por el BIM-5 al mando del capitán de fragata Carlos Robascio. Este cuerpo de la Infantería de Marina estaba integrado por soldados conscriptos que, como los convocados la Armada, cumplían dos años de servicio. Pero además, la incorporación a los Infantes se hacía de manera trimestral lo mismo que su baja. Ello permitía que siempre hubiera un alto número de soldados entrenados. También el adiestramiento de este cuerpo era muy intenso. Lo ejemplificaba el hecho de que el BIM-5 y el BIM-4 hubieran tenido 5 ejercicios de desembarco en el año anterior a la guerra de Malvinas. Otro detalle fue que las cocinas del BIM-5, como todas las de la IM eran de fabricación israelí funcionaban a gas oil, a diferencia de las del Ejército que lo hacían a leña, un elemento no muy presente en la agreste naturaleza de la turba malvinera. La ropa y el equipo personal del BIM-5 era completamente invernal, era el que utilizaban habitualmente en su base fueguina de Río Grande. Dado que la logística seguía siendo independiente por cada arma, la Armada abastecía de manera puntual a su Infantería en las islas. Poseía una batería de 6 obuses de 105 mm. (Otto Melara) que se incorporó al sistema unificado de control y dirección de fuego que operaba el Comando de Artillería del Ejército en Malvinas.

“Con el BIM-5 realicé coordinaciones estrechas que dieron resultado en los combates más intensos que se libraron en las últimas 48 horas. Puedo expresar que trabajamos -escribió Balza- con una precisión y una integración que parecían haber sido consecuencia de ejercitaciones previas en el continente, cuando en realidad nos conocimos el 15 de abril en Malvinas” (Balza, M. op.cit.:166).

Exocet sobre el Glamorgan

En la noche del 11 al 12 de junio, las fuerzas argentinas realizaron una improvisada acción coordinada entre la Armada y el Ejército. Se trató de la instalación en las playas de la península de Freycinet de un proyecto Exocet M-M (mar-mar), desembarcado de uno de los barcos de la Armada argentina que, desde el hundimiento del Belgrano, estaban fuera de la zona de operaciones. Un equipo de la Armada, integrado por dos ingenieros, uno de ellos, el capitán de fragata Julio Pérez, llegaba a la posición con el objetivo de que esa arma pudiera ser utilizada, de manera improvisada desde tierra.

El capitán Dávila construyó una rampa de lanzamiento con grupo electrógeno adosado. Improvisaron "al estilo argentino en las emergencias": tomaron un chatón^[97] y sobre él armaron una estructura de hierro, de tal modo que sobre esa improvisada plataforma se pudieran instalar dos misiles Exocet MM-38 (Falcón, A.E., marzo 2006: 159-160). Este trabajo se realizó en el taller de misiles de la base de Puerto Belgrano. El dispositivo se armó, como es lógico, en secreto y con humor, sus responsables lo denominaron ITB (Instalación de Tiro Berreta^[98]). Los técnicos Torelli y Shut señalaron que, después del trabajo de una semana se le dió una mano de pintura y se lo cubrió con lona. El siguiente paso era trasladarlo a las islas. La Fuerza Aérea dispuso dos aviones Hércules, dado que sólo el chatón pesaba seis toneladas y cada misil 1800 kilos. Con el ITB, una criatura mortífera para neutralizar en parte el incesante bombardeo inglés, viajaba su papá, el capitán de navío Julio Pérez". ¿Dónde se lo instalaría en Malvinas? El capitán Pérez y los tenientes Mario Abadal y Eduardo Rodríguez "vieron que la única posibilidad era el camino que unía Puerto Argentino con el aeropuerto. Único lugar que podía soportar semejante peso en forma estable". Se trabajó de noche para mover el equipo para evitar inteligencia por parte de los kelpers.

El teniente coronel Balza fue requerido para que brindara su experiencia de ataque a los barcos británicos con los cañones SOFMA de 155 mm. El objetivo era el destructor HMS-Glamorgan que, ya reparado de los daños sufridos por los ataques realizados por la aviación argentina, realizaba apoyo con fuego de dos cañones al avance del comando 42 de las fuerzas británicas desembarcadas. El barco británico de 4.500 tn. se desplazaba fuera del alcance de la artillería costera argentina. A Balza le solicitaron en la ocasión que apoyara la operación con la actividad de un radar Resit del GA-3. El radar servía para brindar el ángulo de tiro y marcar la distancia al blanco. El sargento Raúl Orcasitas, apoyado por los auxiliares soldados Velázquez, Radelli y Soto -todos ellos del GA-3, y el oficial de marina Ríos Centeno construyeron tablas de cálculo con una calculadora manual (Falcón, A.E., op.cit.: 160). El grupo enganchó al Glamorgan, cuando éste concluía sus operaciones de fuego sobre el cerro Dos Hermanas. El misil se había montado y desmontado durante varias noches porque no podía permanecer a la vista en la playa durante el día. Se desarrolló una operación tecnológica no prevista por sus fabricantes, ni practicada por las FFAA con anterioridad. El disparo se hizo cuando el barco estaba a 29 km. Otro barco inglés, el HMS-Avenger dio la alarma al Glamorgan detectando el vuelo del Exocet y aquél disparó dos misiles Sea-Cat para tratar de interceptarlo, lo que no logró. Sin embargo, el capitán Mike Barrow consiguió colocar de popa a su Glamorgan frente al misil para evitar un impacto de éste sobre el centro del barco. Pese los productos de diversión lanzados para desviar al Exocet, los chaffs, éste impactó por atrás. El misil golpeó en sobre la cubierta superior y explotó en la zona cercana al hangar. Un enorme destello iluminó la noche malvinera el que fue contemplado tanto por las tropas argentinas como las británicas instaladas en la zona. El barco atacado había estado a sólo 2 km.

de quedar fuera del espacio de impacto al que podía llegar el Exocet que se disparaba desde una posición fija. Como consecuencia, 13 marinos murieron. El barco sobrevivió aunque con graves daños. Terminada la guerra fue cedido por Gran Bretaña a Chile (Balza, M., op.cit.: 156-159; Moro, O.M., op.cit: 398). "Por primera vez en la historia, se había logrado que el disparo de un Exocet, concebido (para dispararse) de buque a buque, fuera disparado desde tierra (Falcón, A.E., op.cit.:160).

Tumbledown

En la noche del día 13 de junio, los Guardias Escoceses atacaron Tumbledown. Los británicos consideraron las posiciones de los Infantes de Marina argentinos como "excepcionalmente bien preparadas". Esa noche se produjo el trabajo de equipo entre el GA-3 y el BIM-5 y una lucha final encarnizada.

Aunque fueron una tropa de reserva en este combate, los soldados nepaleses denominados "gurkas" tuvieron "solo un pequeño rol en el asalto final y su fiereza como soldados fue totalmente sobredimensionada e intencionalmente publicitada por los británicos, como parte de su acción psicológica" (Balza, M., op.cit.: 173). En las acciones finales en Tumbledown intervinieron junto al BIM-5 y el GA-3, una fracción a pie del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 10. En las últimas operaciones, los disparos del GA-3 cayeron a menos de 100 m. de los efectivos del BIM-5, lo que era la única forma de desprender a los infantes del aferramiento del enemigo.

Los ingleses dijeron haber enfrentado a "una batallón de elite de Infantería de Marina". En realidad, se trataba de una unidad compuesta por soldados conscriptos, sólidamente entrenada y equipada para el combate.

La rendición

La batalla del 13 de junio culminó cuando se produjo la rendición argentina al día siguiente. En cuartel general argentino el capitán de navío Melbourne Hussey (un apellido adecuado para el momento), le dijo a su jefe Menéndez que había captado un mensaje británico ofreciendo condiciones para la rendición. El gobernador se comunicó de inmediato con el jefe del CEOPECON, el general García, su superior, quién compartió la idea de aceptar la resolución 502 de la ONU. Ambos coincidieron en que Galtieri no entendía lo que estaba sucediendo en el real lugar de las operaciones. García autorizó a Menéndez a entablar las conversaciones con los británicos, a las que el gobernador argentino asistió acompañado por Melbourne y por el comodoro Bloomer Reeve: el dominio pleno del idioma inglés era imprescindible en aquellas circunstancias.

Dos oficiales británicos, el teniente Rose y el capitán Roderick Bell, como intérprete, se reunieron con el desmoralizado jefe argentino. Galtieri, entretanto consultaba a Costa Méndez a cerca de los alcances de la rendición que se venía venir. ¿Iba a capitular toda la Argentina? Costa Méndez lo negó. Lo que se iba a rendir era el contingente de tropas desembarcado por la Argentina en el archipiélago. Este diálogo duró alrededor de tres horas. El general argentino cuidó que los términos de la rendición debían aplicarse en los marcos de la Convención de Ginebra. Siete años atrás en el monte de Tucumán, Menéndez no estaba convencido para nada de ello cuando enfrentaba al ERP. Se preocupó, con mucho, en que los oficiales argentinos mantuviesen el mando de sus tropas, no fuera a producirse alguna rebelión o dispersión o toma de represalias contra jefes arbitrarios o despóticos. Las armas en cambio, establecieron los ingleses, debían ser entregadas.

Los términos de la rendición incluyeron 6 puntos: 1) las unidades conservarían sus banderas; 2) los oficiales mantendrían

sus armas personales en las islas; 3) el comando de las tropas argentinas sería ejercido por sus jefes; 4) se formarían grupos mixtos argentino-británicos para resolver problemas de personal y logística; 5) el regreso de las tropas argentinas al continente se podría hacer en barcos de bandera nacional; 6) las tropas argentinas deberían agruparse en la zona del aeropuerto, pero serían evacuadas al día siguiente. Había cerca de 14 mil soldados argentinos en Malvinas.

Thatcher celebró insensatamente: "Hemos dejado de ser una nación en retirada -proclamó en un discurso el 3 de julio- En su lugar tenemos una nueva confianza en nosotros mismos, nacida de las batallas económicas dentro del país". Es decir, que el combate económico social del neo liberalismo se había prolongado en una guerra colonial-imperial a 8 mil km. de Londres. Embebida con la victoria que salvó su gobierno proclamó también, con soberbia: "Nos alegramos de que Gran Bretaña haya recuperado ese espíritu que alimentó en generaciones pasadas y que hoy comienza a arder tan intensamente como antaño". Es decir, que enamorada del Churchill de la Segunda Guerra y melancólica del Imperio victoriano, suponía que había un renacimiento de Gran Bretaña. Sin embargo, debería entregar Hong Kong y sus sucesores torys iniciarían el camino de salida de la Unión Europea, atravesarían grandes tormentas secesionistas en Escocia, el conflicto permanente en Irlanda del Norte y protagonizarían otras insensatas intervenciones imperialistas en Irak y Afganistán (Thatcher, M., op.cit.: 235).

La hora de la firma del documento (que Galtieri desesperadamente trataba de que Menéndez no suscribiera, y procuraba ordenar a Menéndez que lograra un imposible, jurídica e internacionalmente "acuerdo de caballeros") se fijó para las 19 hs. locales. "El gobernador se comunicó por radio con Galtieri quién le dio instrucciones para una capitulación lo más honrosa posible", pero

primero le había dicho que “no se rindiera y que ordenara a los soldados salir de los pozos para contraatacar a los ingleses” (Vedia de, Mariano, 12 de junio 2022: 24). El brigadier Eugenio Miari, abogado militar que había sido secretario de Justicia del gobernador argentino le reiteró que no era posible un “pacto de caballeros”: “Eso es un mamarracho, porque cuando usted acepte la capitulación hay responsabilidades frente al enemigo, frente a otros Estados, organismos internacionales, como la Cruz Roja y la población civil” (Vedia de, Mariano, 12 de junio 2022: 24)^[99]. Menéndez que estaba inmerso en la derrota, esta vez se dio cuenta de la realidad, pero para aceptarla, se afeitó, bañó y se hizo lustrar sus botas, mientras el general Moore realizaba lucía su uniforme sucio en su hora de triunfo.

Cuando se encontró con Jeremy Moore, el jefe militar de los británicos, Menéndez se enojó porque el texto del acuerdo figurara el concepto “rendición incondicional”. El acuerdo fue una rendición “sin condiciones”, protestó el jefe argentino. Pragmático, como buen inglés, Moore ejecutó su última operación de la guerra. Tomó su lapicera y tachó “incondicional”. Entonces sí, Menéndez que acababa de entregar todo, firmó (Cardoso et al, op.cit.: 345-346).

Los dos militares se dieron la mano y hubo una foto de pie, pese a que Menéndez había querido que se repitiera la escena del secuestrador Astiz rindiendo las Georgias sentado frente a una mesa. El final de la trágica aventura quedó documentado para los tiempos.

Un final a dentelladas

El martes 15 de junio a la noche Galtieri brindó un patético mensaje en cadena nacional donde formalizó la derrota con una descarada ambigüedad: "El combate de Puerto Argentino ha terminado -dijo- (...) los que cayeron están vivos para siempre, pelearon contra la incomprensión, el menosprecio y la soberbia. Enfrentaron con más coraje que armamento la abrumadora superioridad de una potencia apoyada por la tecnología militar de los Estados Unidos de Norteamérica, sorprendentemente (sic) enemigos de la Argentina y su pueblo (...) No habrá paz definitiva si se vuelve al status colonial". El régimen había convocado a la Plaza de Mayo al pueblo confiando insensatamente en su apoyo y lo que recibió fue su repudio que reprimió violentamente con la fuerza policial. Raúl Alfonsín lanzó su convocatoria para que la dictadura finalizase de inmediato y se formara un gobierno civil de transición. Iniciaba así su camino al gobierno.

Los partidos políticos habían sido convocados en un último esfuerzo del régimen por salvarse. Ni los radicales, ni los desarrollistas ni el peronismo respondieron positivamente. Un sector radical con Carlos Contín, presidente de la UCR, a la cabeza se entrevistó con los generales retirados Bussi y Bignone que trabajaban en contra de Galtieri y aconsejaron no concurrir a la Rosada (Yofre, J.B., op.cit.:495). Al final, la Multipartidaria con todas sus dudas dejó solo al gobierno. Es decir, con la módica compañía de los jefes de la FUFEPO (Guillermo Acuña Anzorena, Ismael Amit y María Cristina Guzmán); del partido Federal (Francisco Manrique); del partido Demócrata Progresista (Rafael Martínez Raymonda y José de Cara). Eran las menguadas fuerzas de la derecha. También estuvieron dos retazos de la izquierda: un dirigente del Socialismo Popular (Víctor García Costa) y Jorge Abelardo Ramos (Frente de Izquierda Popular), el hombre que buscaba un "ejército nacional" donde no lo había. Después de pronunciar su discurso Galtieri

marchó el edificio Libertador en donde sostuvo una tormentosa reunión con los mandos en la que Calvi, Reston y Varela Ortiz le insistieron en que debía irse. Galtieri todavía no entendía lo que pasaba y les pidió a ellos el retiro. Los mencionados lo pensaron mejor y después de un trago con el demolido teniente general, pidieron que los nervios se calmaran

Reunidos en una nueva junta Galtieri y los generales de división (Reston, Varela Ortiz, Calvi y Vaquero) le insistieron al Presidente-Comandante que debía irse. Galtieri se fue a Campo de Mayo, donde a la mañana siguiente, el propio jefe del EMGE, Omar Vaquero lo convenció de que su suerte estaba echada. La Junta estaba destrozada, porque todos peleaban con todos y Lami Dozo pensaba que, por el desempeño de su fuerza, él podía ser la solución a la crisis, es decir, el reemplazante de Galtieri. La Armada odiaba esta alternativa, pero no tenía mucho que decir porque su prestigio militar estaba muy abajo.

Los candidatos a suceder a Galtieri en el Ejército fueron volteados por la convicción dominante de no colocar generales que hubieran estado en el Ejecutivo o tenido que ver con la derrota en puestos eminentes. Así quedaron en el camino Vaquero, Reston (ex ministro de Trabajo de Videla) y Osvaldo García (jefe del Teatro de Operaciones Malvinas). Los generales del Estado Mayor (Rodolfo Whener, Eduardo Espósito, Alfredo Sotera, Carlos María Filips entre otros), resolvieron en poco tiempo -de mucho no disponían- que Cristino Nicolaides^[100] fuera el comandante. No era el militar más ilustrado de los cuatro que fueron jefes del Ejército durante la dictadura. Había exhibido sus dotes intelectuales en 1981 cuando afirmó en una conferencia que "debemos pensar que hay una acción comunista-marxista internacional que desde quinientos años antes de Cristo tiene vigencia en el mundo y que gravita en el mundo" (Yofre, J.B., op.cit: 502). Los generales decidieron- quizás recordando ese texto liminar

de Nicolaidides- separar el cargo de presidente de la máxima conducción del Ejército. Empezaban a pensar en Bignone, pero la Fuerza Aérea -Lami Dozo- no lo quería. Al final, Lami Dozo no pudo ser Presidente y dejó de ser comandante el día siguiente en que asumiera Bignone, siendo reemplazado por el brigadier mayor Augusto Hughes. Los planes más disparatados de tres candidaturas militares y las de Amadeo Frúgoli (¡ministro de Defensa de Galtieri!) y Costa Méndez... circulaban en el vaho del delirio que producía el derrumbe.

En esos cuatro días tormentosos, los altos mandos del Ejército, sus generales de división, discutieron con Galtieri, entre sí y con las otras dos fuerzas. La única salida había sido Nicolaidides. Galtieri luchó para lograr ceremonia: entregó el mando del Ejército a su sucesor y pidió que, mientras sus pares le encontraban sucesor, lo reemplazara interinamente el ministro del Interior, el general de brigada Saint Jean, su buen compañero de correrías políticas. El Proceso marchaba hacia lo que no había querido (irse como en el '73). Su salida sería peor que en el '73'.

BIGNONE. EL HUNDIMIENTO DEL PROCESO

BIGNONE. EL HUNDIMIENTO DEL PROCESO

El 23 de junio, el general (retirado) Reynaldo Bignone^[101] fue designado Presidente por los altos mandos del Ejército estando fuera de dicha nominación tanto la Armada como la Fuerza Aérea, que declinaron responsabilidades. Lo paupérrimo de la situación lo indicaba el comunicado emitido por el jefe del Ejército: "El comandante en jefe del Ejército, teniente general don (sic) Cristino Nicolaidés, comunica al país que, conforme a la decisión adoptada en el día de la fecha por los señores comandantes en jefe integrantes de la Junta Militar, el Ejército Argentino asume la responsabilidad de la conducción política del gobierno nacional". Es decir, visto que la Armada y la Fuerza Aérea se retiraron de la Junta Militar, la pelota quedaba en las manos del Ejército. Y "en virtud de ello le ha ofrecido el cargo al señor general (R.E.) don Reynaldo Benito Antonio Bignone, quién lo ha aceptado para cumplir con un período de gobierno de transición limitado, cuya orientación política estará dirigida a: 1) Institucionalizar la Nación en el menor tiempo que sea posible, el que será acordado con los dirigentes políticos en función de los pasos que sean necesarios para la organización de los partidos y otras estructuras fundamentales del quehacer nacional y producir una transferencia del poder ordenada, que garantice su estabilidad. La decisión es que esta fecha no debe ir más allá de los primeros meses de 1984; 2) mejorar la situación general en todos los ámbitos, en la medida posible, y considerando que por la brevedad del período de gobierno la acción debe ser orientada a promover y fortalecer fundamentalmente aquello que tendrá continuidad en el siguiente período institucional". De manera patética, el comunicado afirmaba que, pese a la salida de la ARA y la FAA de la Junta "esta decisión no vulnera la cohesión de las FFAA, las que permanecen unidas en salvaguardia de los más altos intereses de la Nación" (Verbitsky, H, 1987: 155-156).

Los repudiados políticos eran convocados para recibir la herencia de los desaparecidos, la derrota en Malvinas, la enorme deuda externa, la destrucción del aparato productivo, la desocupación laboral y el deterioro educativo, cultural, y científico-tecnológico. En el mismo día, la decadente Junta Militar había emitido otra comunicación en la que Nicolaidis, Anaya y Lami Dozo se habían puesto de acuerdo en que “esta etapa del Proceso de Reorganización Nacional deberá indefectiblemente concluir con la institucionalización del país” (Verbitsky, H., op.cit.:157) ¿Qué había sucedido, pues? Que la Marina y la Aeronáutica no coincidían con el nombre del candidato a presidente y dejaban toda la responsabilidad al Ejército, mientras todavía sostenían a los comandantes de la derrota en Malvinas en sus cargos. Antes de tomar la Presidencia, Bignone les dijo a sus socios del proceso que el gabinete iba a ser de su responsabilidad y, por ello, no iba a convocar la continuidad de Costa Méndez en la Cancillería como reclamaba la Armada con Anaya todavía a su frente, que consideraba aún que la acción de Nicanor Costa Méndez en el Palacio San Martín tan había sido eficaz que hasta podría ser designado Presidente ... Y si la propia acción naval la consideraba buena en Malvinas... En un diálogo de derrotados con Anaya y Lami Dozo, el todavía jefe de EMGN, le comentó respecto al pedido de Bignone que los miembros de sus dos Fuerzas no se retirarían de sus cargos como embajadores, gobernadores y otros cargos públicos. Anaya le dio su asentimiento con una esquizofrénica respuesta: “Creo que la solución está en que las FFAA se subordinen al Presidente, como establece la Constitución”. La Fuerza Aérea intentó sacar provecho de su mejor desempeño en Malvinas para tratar de bloquear la designación de un general. Pero hasta Lami Dozo debió dar un paso atrás designar como sucesor a su colega Hughes. También la Fuerza Aérea ahora reclamaba un programa nacionalista que

el Ejército rechazó con las designaciones de Dagnino Pastore y Whebe en Economía.

Mientras tanto se producía el vergonzoso ocultamiento de las tropas vencidas y rendidas en Malvinas en su vuelta al continente. La conducción de las FFAA se desentendió de ellas y las ocultó, prohibiendo a sus componentes hablar de la Guerra, tratando de negar la derrota y descargando en los soldados y las masas de suboficiales y oficiales jefes y subalternos la responsabilidad del fracaso. Según el testimonio de Balza "la historia universal es pródiga en calurosas acogidas de tropas derrotadas; en nuestro caso, el recibimiento, que estuvo a cargo del general Osvaldo García^[102] y un par de coroneles, fue formal y distante. No había nadie en el muelle de Puerto Madryn, pues las órdenes de Nicolaidis y su Estado Mayor indicaban que el pueblo no debía recibir a los soldados; a pesar de ello, cuando pasamos por la ciudad, hombres, mujeres y niños nos saludaban con banderas y con lágrimas". Cuando arribó a la base aérea de El Palomar Balza descubrió a "un grupo de oficiales superiores que habían concurrido a esperar a los generales Ménendez, Jofre y Parada, (que) me vieron y me ignoraron manifiestamente; yo era uno de los tantos "estorbos" y estoy seguro de que hubieran deseado que el buque "Saint Edmund" no hubiera llegado nunca al continente con los jefes de Malvinas. Hasta me pareció que iniciaban la búsqueda de víctimas propiciatorias de la derrota, y no creo haberme equivocado" (Balza, M.,2003:233-234).

Dirigentes que también se iban

El 25 de junio, Bignone se reunió en la sede del Congreso con los representantes de los ahora reconvocados partidos políticos que estaban reconocidos al 24 de marzo de 1976 y que concurren con sus máximas autoridades. Lo que más preocupó a Bignone, y lo destacó en sus memorias fue que de la lectura de las actas taquigráficas de la reunión "surge nítidamente que en ese momento no existía en la dirigencia política argentina -y eso vale para todos, desde la izquierda hasta la derecha - la menor inquietud por revisar lo actuado en la lucha contra la subversión" (Bignone, R, 1992: 129). Solo recordó Bignone que únicamente se refirió al tema el derechista Francisco Manrique, con el expreso señalamiento que "no estaba proponiendo un Nüremberg". Faltaba más. En los años de vigencia de la recuperación de la democracia a partir de 1983 y cuando fueron derogadas las leyes de amnistía, punto final y obediencia debida, Bignone fue condenado a cadena perpetua, sumando siete causas inculpatorias: por la desaparición de tres soldados; por la causa Campo de Mayo II; por la causa del Hospital Posadas; por la causa Campo de Mayo III; responsabilizado por participar del Plan sistemático de apropiación de menores; por la causa Campo de Mayo IV; y por la causa del Plan Cóndor. Bignone como Comandante de Institutos Militares, máximo responsable de la guarnición de Campo de Mayo y jefe de la Zona IV de represión, tuvo una enorme responsabilidad en los crímenes aberrantes de secuestros, torturas, asesinatos y desaparición de personas. Era un representante paradigmático de los generales de la dictadura, mucho peor que un simple "general de escritorio", que lo era sin duda. En esa reunión se dijeron muchas cosas y se callaron otras como dijo el propio Bignone sobre el silencio acerca de los desaparecidos por parte de los políticos presentes. El máximo dirigente de la UCR, Carlos Contín, sucesor y continuador de

Ricardo Balbín en la presidencia del partido y que sería desplazado poco tiempo después por la renovación y el cambio de Raúl Alfonsín, proclamó que "en primer lugar hay una situación cívico-militar que evidentemente tenemos que mantener (...) lo que nos preocupara tremendamente es que por primera vez las Fuerzas Armadas han roto el trípode donde se asentaba el Proceso y el Ejército ha tenido que asumir la responsabilidad exclusiva del Gobierno". En lugar de ver la ruptura como una de las expresiones de la derrota de la dictadura y uno de los elementos que permitiría su desplazamiento, Contín lamentaba la división castrense. Esa había sido la mirada de muchos dirigentes sobre la dictadura, bien denominada luego como "cívico-militar". El conservador Ismael Amit (Fuerzas federalistas Populares-FUFEPO), habitual acompañante de las maniobras políticas procesistas, solicitó tímidamente lo que Contín calló porque demandó que fuera "resolviéndose la situación de los detenidos políticos y gremiales". Oscar Alende del PI juzgó que "no puede haber continuismo, todo debe darse en el marco de la Constitución". Jorge Abelardo Ramos del FIP habló del "auge horroroso del terrorismo"; que las FFAA habían actuado en el marco de la doctrina de la seguridad nacional que, pese a que tenía "orígenes predominantemente norteamericanos", había adquirido "alguna vigencia" porque el país se había convertido en "una pesadilla". También mencionó que las FFAA habían asumido "la compleja, terrorífica tarea de eliminar al terrorismo". No mencionó a los desaparecidos ni a los presos políticos. Y también señaló que "si el Ejército esclarece, concreta las líneas generales del programa que el señor general ha dispuesto, está lejos de debilitarse, al contrario, va a fortalecerse si concurre a restaurar el reinado de la soberanía de la población, de la soberanía económica y de la soberanía política". El ex presidente Frondizi le aseguró "el mayor de

los éxitos". Deolindo Bittel del peronismo sorprendió cuando manifestó dirigiéndose al militar: "usted nos ha dado una lección de humildad que nos reconforta (...) hay que confiar en la democracia (...) y hay que hacerlo inmediatamente, dentro del tiempo que las circunstancias permitan". Rafael Martínez Raymonda, demoprogresista, reconoció que "todos nosotros alguna vez hemos aplaudido algún pronunciamiento militar en la República" (Bignone, R., op.cit.: 243 y ss.)

Bignone se instaló, con el acuerdo de los generales división, por 10 días en la sede de la Escuela Superior de Guerra para organizar su gabinete, auxiliado por el general de brigada Alberto Marque^[103] como secretario general de la presidencia y el entonces coronel Minicucci y el coronel (retirado) Alfredo Atozqui en los ámbitos de su secretaría privada.

La pálida voz del final

El 1 de julio de 1982 Bignone asumió como Presidente de la República de la dictadura del proceso, luego de Videla, Viola, Galtieri y los interinos. Él iba a ser el último en el régimen militar que más presidentes designó.

En la noche de ese día, Bignone le habló al país por cadena nacional de radio y televisión y apenas comenzó, luego de un rutinario homenaje a los soldados caídos en Malvinas proclamó su único y obligado cometido: "asumo el gobierno con una misión clara y concreta: institucionalizar al país, a más tardar en marzo de 1984". De inmediato emitió este juicio fatalmente contradictorio: "No tuve ni tengo apetencias políticas", decía el que asumía la Presidencia de la República y que reconocía lo evidente: "he vivido en el seno de las FFAA" y después de todo lo pasado proclamaba que "a ellas rindo

mi gratitud y homenaje". Bignone informaba en ese mensaje que se levantaba a partir de la fecha la suspensión de los partidos políticos.

Cuando se refirió a la economía apenas señaló que "estamos enfrentado los duros efectos de una crisis", cuyos responsables -que eran los mismos mandos militares- no reconocía. Pero, de inmediato, se comprometía a "diagramar, rápida y energicamente, una economía de producción opuesta a la estructura especulativa que ha afectado las bases de la economía nacional y la paz social". Esa era la política de Martínez de Hoz, Sigaut y Alemann y quién sino los uniformados la habían impuesto a sangre y fuego en el país, mientras Bignone la juzgaba como caída en un paracaídas sobre la geografía nacional. El patético, contradictorio e hipócrita mensaje de Bignone alcanzaba su punto culminante con la definición de la política exterior de su dictadura: "nos apoyaremos en los grandes principios tradicionales de nuestra política exterior. Autodeterminación de los pueblos, no intervención en los asuntos internos de otros estados, pluralismo diplomático y comercial e igualdad entre las naciones". ¿Qué podrían decir de estos Bolivia, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala, penetrados por los comandos de la muerte de la inteligencia del Ejército ¿O Chile, amenazado con la guerra, después del rechazo ominoso del laudo y el árbitro libremente aceptado? ¿Quién había inventado a los cancilleres de la Marina? ¿O a Costa Méndez? Bignone remataba esta pieza maestra de la confusión de la derrota oligárquica y militar cuando se preguntó, y preguntó, a sus compatriotas: "¿Qué nos pasa a los argentinos? ¿Qué parte de la culpa me cabe en lo que nos pasa a los argentinos?" En los juicios a los responsables de los crímenes de lesa humanidad el país encontraría parte de una respuesta, no Bignone ni sus camaradas del proceso (Bignone, R., 1992: 251 y ss).

Gabinete del elenco estable

El gabinete que acompañó a Bignone fue el típico de los anteriores de esta dictadura militar, de la anterior de 1966 y de gobiernos civiles ilegales e ilegítimos. Eran parte del elenco estable del establishment que rotaban, se intercambiaban y disputaban, con diferencias conceptuales menores, los porcentajes materiales y simbólicos de la economía y el Estado argentinos. El de Bignone fue así integrado: Interior (general Llamil Reston^[104]); Relaciones Exteriores (Juan Ramón Aguirre Lanari); Economía (José María Dagnino Pastore desde julio de 1982 hasta agosto de 1982 y Jorge Whebe de agosto de 1982 a diciembre de 1983); Educación (Cayetano Licciardo); Obras y Servicios Públicos (Conrado Bauer); Acción Social (Adolfo Navajas Artaza); Salud Pública y Medio Ambiente (Horacio Rodríguez Castells); Defensa (Julio Martínez Vivot); Justicia (Lucas Lennon) y Trabajo (Héctor Villaveirán). Reston había sido promovido a general de brigada y luego a general de división durante la dictadura. Ocupó el ministerio de Trabajo durante la gestión de Videla entre enero de 1979 hasta el final de la misma en marzo de 1981, cargo en que se caracterizó por la dureza aplicada a los sindicatos. Comandó entre 1977 y 1979 la Brigada de Infantería III con sede en Curuzú Cuatiá donde la represión fue la típica del proceso y por ese desempeño fue acusado en causas por violaciones a los DDHH, que se interrumpieron por su muerte sin haberse llegado a sentencia. Había participado de una selección donde compitió con el general Martínez, hasta ese entonces titular de la SIDE y uno de los mayores responsables de la Inteligencia dictatorial y su colega Saint Jean que fuera titular de Interior con Galtieri y ocupaba interinamente la Casa Rosada a la renuncia de éste. El canciller Aguirre Lanari se desempeñaba como embajador de Galtieri en Venezuela y como conservador correntino del Pacto Autonomista Liberal, era parte del grupo de pequeños partidos

de la derecha que formaron parte de todas las operaciones políticas de la dictadura.

Por su parte, Dagnino Pastore^[105] fue un notorio integrante del establishment académico y ejecutivo y participante de las dictaduras de 1966, antes de la de 1976, ministro de Economía en la gobernación del general Francisco Imaz en la provincia de Buenos Aires, luego director del CONADE y ministro de Economía de Onganía desde 1969 hasta su derrocamiento. Whebe, que reemplazó a Dagnino Pastore había sido, luego de graduarse como abogado en la UBA, integrante del directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires bajo la dictadura de la libertadora en la gestión de Aramburu. Afiliado a la UCRI de Frondizi, éste lo designó ministro de economía en marzo de 1962 cuatro días antes de ser derrocado. Con la asunción del presidente provisional del Senado, José María Guido -sostenido por diversas fracciones militares- continuó hasta abril de 1962. Volvió al ministerio de Economía con la dictadura del general Lanusse en el final de la revolución argentina desde octubre de 1972 hasta mayo de 1973. Llegó al gabinete Bignone con esa especialidad de desempeñarse en el final de gobiernos dictatoriales o civiles ilegítimos. Whebe había reemplazado en Economía bajo Lanusse a Cayetano Licciardo, pero éste lo acompañó en éste último gabinete procesista como titular de Educación. Licciardo venía de ser el ministro de Educación de Galtieri y siguió en esa posición con Bignone, como exponente del catolicismo liberal-conservador. Este lugar educativo lo logró desde su desempeño como profesor en la FCE de la UBA donde la dictadura procesista lo designó decano. Licciardo venía de una larga carrera en gobiernos dictatoriales. Fue subsecretario de Hacienda en el régimen de Guido en el 62-62, subsecretario de presupuesto entre 1966 y 1968 en la dictadura de Onganía, fue director del Banco Central y dirigió el Banco Nacional de Desarrollo en el mismo lap-

so gubernativo^[106]. El ingeniero civil con especialidad hidráulica Conrado Bauer también se desempeñó como alto funcionarios de dictaduras. Fue ministro de Bienestar en un caso, y de Acción Social en el otro, en los gobiernos de las dictaduras militares de Onganía (marzo de 1968 a junio de 1969) y de Bignone entre junio de 1982 y diciembre de 1983. El empresario correntino de la yerba mate, Adolfo Navajas Artaza, propietario del enorme emprendimiento "Las Marías", había sido interventor federal en Corrientes desde septiembre de 1969 a enero de 1973 bajo la dictadura de Onganía y, como está dicho acompañó a Bignone, en Acción Social hasta el fin de la dictadura procesista. Fue enjuiciado por delitos de lesa humanidad acusado de que en el cementerio privado del establecimiento "Las Marías", se realizaron se sepultaron cuerpos clandestinamente.^[107] Horacio Rodríguez Castells alcanzó una alta marca en el desempeño de Ministro o Secretario de Salud Pública en dictaduras y gobiernos ilegales. Lo protagonizó durante la presidencia de Guido (1963), la dictadura de Levingston (1970), Lanusse (1970-71), Galtieri (1982) y Bignone (1982-1983).^[108] Julio Martínez Vivot era un abogado cuyo desempeño en el ministerio de Defensa cubría las, por lo menos, muy modestas funciones de la cartera que no gobernaba a las Fuerzas. Lo hizo como ministro con Galtieri y cerró el terror de la dictadura con Bignone. Este abogado especialista en derecho laboral, ganó ese lugar público probablemente por los vínculos establecidos como profesor de Historia Argentina en el Colegio Militar de la Nación, función docente que cumplió hasta 1980 como un civil claramente militarizado a la derecha. Lucas Lennon, por su parte, representó el rol de jurista del proceso militar. Este abogado graduado en la UBA, se desempeñó como decano de la Facultad de Derecho de esta Universidad entre 1977 y 1981, mientras que desarrolló una carrera judicial que remató siendo ministro de Justicia de Galtieri y de Bignone.

[109] Héctor Villaveirán, abogado graduado en la UBA y profesor en su Facultad de Derecho fue funcionario en trabajo por dos décadas y acompañó como subsecretario a Rúbens San Sebastián, secretario de Trabajo de Onganía y ministro de esa cartera con Lanusse. Villaveirán culminó su carrera acompañado el final del proceso. Estos hombres eran su cara y su cerebro civil. Entre ellos asomaban algunas que comenzarían su relevo por el mismo rumbo, como Domingo Cavallo, “el discípulo más brillante que tuve”, le dijo Dagnino Pastore a Bignone acerca del hombre que presidiendo el Banco Central estatizó la deuda privada argentina pasando la cuenta de los ricos al conjunto de los ciudadanos. Otros protagonistas de la última etapa de la dictadura fueron Julio Gancedo, en la Secretaría de Cultura: Oscar Magdalena, en Información Pública y Eduardo Maschwitz, como vocero presidencial, función creada por Bignone.

La Armada y la Fuerza Aérea se desvincularon del gobierno en su etapa de conformación, pero no tuvieron más remedio que volver a participar de la Junta Militar el 21 de septiembre. Bignone volvía a ser como Videla en su tramo final y Viola, el “cuarto hombre”.

Si Bignone pensaba que todo había terminado en el tema de las “secuelas de la lucha antisubversiva”, el 4 de agosto, las Madres de Plaza de Mayo y familiares de desaparecidos los desalentaron al iniciar un camino judicial cuando solicitaron a la Corte Suprema de Justicia su intervención en los casos de 1500 desaparecidos.

Massera y la descomposición del proceso

En septiembre de 1982, comenzó a extenderse una viscosa red de crímenes y denuncias que develaban ante la opinión pública aún más las violentas pujas de poder entre los sectores de la dictadura. El día 3 de aquel mes, el ex secretario de Hacienda de Martínez de Hoz, durante los cinco primeros años de la tiranía, Juan Alemann, hermano a su vez de Roberto Alemann, ministro de Economía de Galtieri, publicó una declaración estridente

en la que, al recordar sus declaraciones críticas respecto a los gastos efectuados para el Mundial de fútbol de 1978, memoraba una supuesta campaña en su contra que ahora recrudecería. "Tengo motivos -advertía Alemann- para temer un atentado contra mi persona, del cual hago responsable desde ya al vicealmirante (RE) Carlos Lacoste y al almirante (RE) Emilio Eduardo Massera" (Uriarte, C., 1992: 374). En el explosivo texto, Alemann recordaba que se estaba por publicar el gasto efectuado por el gobierno dictatorial para el Campeonato que llegaría a 520 millones de dólares en lugar de los 150 millones de la misma moneda oficialmente gastados. Alemann atribuía la bomba que estalló en su casa el día del partido Argentina-Perú del Mundial a esa conspiración y denunciaba un plan que atribuyó a Massera en esa época para asesinarlo. Massera respondió violentamente recomendando a Alemann, un destacado representante del establishment, que se "hiciera examinar por un médico del Borda". Alemann replicó en un reportaje en el "Buenos Aires Herald", 48 horas después, acusando de manera transparente a Massera y la Armada de ser responsables del asesinato del embajador de la dictadura, el político radical Héctor Hidalgo Solá y de la diplomática Elena Holmberg.

Massera, que se estaba lanzando, insensatamente, para proclamar candidato a presidente de la Nación, tuvo que replicar en el terreno que menos le gustaba: hablar sobre sus crímenes o las sospechas de que los hubiera cometido en lugar de emprender en sus predilectas tiradas mesiánicas sobre el porvenir nacional y la grandeza de la patria, con aires nacionalistas cada vez menos creíbles.

"Alemann -escribió el biógrafo de Massera- actuaba manejando la información precisa de que disponían los órganos de inteligencia del Ejército sobre los crímenes de Massera, y al tiempo vindicaba a su propia clase social contra la ilegalidad

masseriana al enfocarse sobre dos claros personajes del establishment" (Uriarte, C., op.cit.: 376).

A esta prédica se sumó un diplomático, Gregorio Jorge Dupont quien afirmó que "pocos días antes de ser asesinada, Elena Holmberg le había dicho que Massera había entregado más de un millón de dólares al líder montonero Mario Firmenich" (Uriarte, C., op.cit.: 377). Massera tuvo que desmentir, sin mayor eco positivo, esta denuncia y también la de ser o haber sido miembro de la logia masónica P-2, en la que el misterioso Licio Gelli había tenido un papel preponderante. Tuvo que ver con las compras de armas para la Argentina durante la dictadura y quedó involucrado en el escándalo del Banco Ambrosiano de Roma, cuyo presidente -Roberto Calvi- pareció colgado de un puente en Londres en 1981. Calvi, Gelli y Massera habían negociado las compras de armas para el reequipamiento de la Marina. Aunque Massera intentaba tomar distancia del escándalo era evidente que la Armada tenía algo que ver con el tema: el titular de la filial argentina del Banco Ambrosiano era otro almirante retirado, Carlos Guido Natal Coda, el último jefe de la ARA durante la dictadura de la revolución argentina.

Todo se complicó cuando después de la denuncia de Gregorio Dupont, su hermano Marcelo desapareció el 30 de septiembre y luego su cadáver apareció en un edificio en construcción del barrio de Belgrano en Buenos Aires. Bignone lo llamó el "caso Dupont" y escribió sobre el tema que "el episodio no pudo ser aclarado ni por mi gobierno ni los constitucionales que siguieron" (Bignone, R., op.cit.:142). El tema central de toda esta novela realista y sucia era Massera. Lo que se decía también contenía versiones que fueron refutadas por sus inculpatos. Así, los Montoneros desmintieron haber entregado dinero a Massera y lo enlodaron aún más. Aquellos señalaron que un detenido desaparecido en la ESMA, Toño González de Langarica,

convertido en amplio colaborador de la dictadura, que estaba a cargo de las compras de armas de la organización guerrillera, había revelado la cuenta en Suiza donde estaban depositados un millón de dólares, a un grupo de tareas de la ESMA y que éste lo habría entregado a sus camaradas de la ARA en el llamado Centro Piloto de París, desde donde la Armada desarrollaba tareas propagandísticas y de espionaje sobre el exilio. Holmberg, férrea partidaria de Videla, tomó como propia esa versión, deformándola y denunció el supuesto connubio entre el almirante y los guerrilleros peronistas. Poco tiempo después fue secuestrada en Buenos Aires, muerta y su cadáver lanzado al río Paraná (Perdía, R.: 2013:527).^[110]

Camino a las elecciones

Con su capital político incrementado por su posición crítica respecto a la guerra de Malvinas, en la que no participó con el entusiasmo de muchos dirigentes políticos, entre ellos los principales de su propio partido, Raúl Alfonsín comenzó su camino hacia la Presidencia de la Nación el 16 de julio de 1982, cuando encabezó un acto en la Federación Argentina de Box en Buenos Aires. Su consigna era prudente: "Recuperemos la Nación con democracia y partidos". Allí emitió parte de su programa hacia las FFAA: "Se deben producir cambios en la educación de los militares para impedir que sean usados como brazo armado de un esquema de dominación social y sepan rechazar el manipuleo del Pentágono. No habrá democracia sin FFAA democráticas. Debemos decirles a los militares que no nos hemos juntado para derrotarlos. Pero también debemos decirles que estamos absolutamente decididos a impedir la derrota del pueblo argentino". Era el primer acto político

producido después del levantamiento de la veda política (Muñoz, O., 2011:467-468).

Mientras tanto la reorganización de los partidos despertaba entusiasmo. El que no lo reconoció fue el presidente Bignone quién escribió que existía “una gran indiferencia por parte de la población sobre todo para con las afiliaciones partidarias” (Bignone, R, op.cit.:146). Miraba otro país: el justicialismo alcanzó las tres millones de afiliaciones y el radicalismo un millón y medio, cifras que nunca habían existido en la historia de la Argentina.

Se comenzaban a insinuar las primeras candidaturas. En el radicalismo el panorama era más claro porque la Línea Nacional (balbinista) promovía la candidatura de Fernando de la Rúa -ex aspirante a vice con el fallecido Balbín en septiembre de 1973- Alfonsín levantaba las expectativas de la juventud partidaria nucleada en la Junta Coordinadora Nacional y sectores independientes del radicalismo. En el justicialismo el panorama era más oscuro. Se levantaban la candidatura de Luder como ex presidente interino de Isabel, daba vueltas Bittel y se asomaba Cafiero. En septiembre de 1982, un conjunto de dirigentes entre los que descollaba Cafiero fundó el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), como línea interna del PJ. El 16 de septiembre, Argentina y Chile acordaron extender el tratado de no agresión de 1972 en la disputa por el Canal de Beagle. El 28 de septiembre en un acto de campaña celebrado en el estadio de Ferrocarril Oeste, Alfonsín planteó las características básicas de la política militar de su candidatura. Allí esbozó la teoría de los tres niveles de responsabilidad en la represión y la intención de la reducción del presupuesto militar

El 20 de septiembre el jefe de la base de Usuhaia y, por extensión de las bases cercanas a esa jurisdicción naval, contralmirante Horacio Zaratiegui^[111], se declaró en estado de rebelión y desconoció la autoridad del jefe del EMGN, almirante Jorge

Anaya. El rebelde informó por el sistema de comunicación de la Fuerza su gesto. Dijo que interpretaba a toda la Armada en su estado después de Malvinas, pero no dijo que proponía. El raro movimiento golpista no implicó movimiento de tropas o acción armada alguna. El golpista en el sur fue destituido por comunicación interna en el raro episodio indisciplinario en una Fuerza que se caracteriza por su verticalidad. Lo que externó el contralmirante rebelde era que el malestar en las FFAA se extendía a todas las ramas del golpeado aparato militar que, sin embargo, no tuvo otro brote en las fuerzas colegas, mucho más adeptas a los golpes internos. Los cambios en el Ejército y la Fuerza Aérea los ejecutaron los generales y brigadieres de mayor jerarquía en cónclaves oficinescos, como también lo concluyó resolviendo la Armada. La derrota de Malvinas no originó un estado de asamblea o anarquía en los cuadros. Los generales, almirantes y brigadieres no fueron derrocados.

El discurso en Ferro de Alfonsín

El 30 de septiembre en un acto de la campaña electoral realizado en el estadio de Ferrocarril Oeste, Alfonsín anunció públicamente los ejes de la propuesta de su política militar. "Uno de los primeros mensajes que enviaré al Congreso de la Nación será una modificación del Código Penal, estableciendo la misma pena para el homicida que para el torturador. ¡Se acaba la tortura en la Argentina! ¡No más baños de sangre! No más represión ilegal, todo en el marco de la ley, en el estado de derecho, del imperio de la ley (...) Democracia integral, democracia en todas partes, democracia en las Fuerzas Armadas, lo que significa la supeditación de los poderes militares a los poderes institucionales". Anunció aquí que se acabarían los comandantes en Jefe de

las Fuerzas Armadas porque "habrá un solo comandante en Jefe de las tres FFAA, el que establece la Constitución: el Presidente de la Nación Argentina (...) Queremos superar todos los antagonismos, no sólo entre la civilidad, necesitamos también superar los antagonismos entre la civilidad y las FFAA, pero necesitamos FFAA de la Nación, de la Constitución y la democracia (...) No vamos a aceptar la autoamnistía, vamos a declarar su nulidad; pero tampoco vamos a ir hacia atrás, mirando con sentido de venganza, no construiremos el futuro del país de esa manera". Y se esforzaba en conciliar estas dos direcciones subrayando que no se podría avanzar "tampoco sobre la base de una claudicación moral que sin duda existiría si actuáramos como si nada hubiera pasado en la Argentina". Dijo también entonces el candidato radical que para subir el presupuesto de salud y educación se iba a reducir el presupuesto militar. Fue en ese evento político de significación en donde Alfonsín proclamó los tres niveles de responsabilidad en las acciones represivas de las FFAA y de seguridad. "Aquí hay distintas responsabilidades; hay una responsabilidad de quienes tomaron la decisión de actuar como se hizo. Hay una responsabilidad distinta de quienes, en definitiva, cometieron excesos en la represión. Y hay otra, distinta también, de quienes no hicieron otra cosa que - en un marco de extrema confusión - cumplir órdenes. Esto cualquier juez de la República, cualquier ciudadano argentino sabe que señala distinciones fundamentales en cuanto a los grados de responsabilidad. Y de esa manera es cómo vamos a salir adelante, no con leyes de auto amnistía que igualan en el delito a todos y que hacen que el que tenga mayor culpa se iguale con el que no tenía ninguna" (Calcagno, J.L., 2013: 31-32).

La plataforma partidaria de la UCR en 1983 afirmaba en sus lineamientos generales, que "la explicación de nuestra crisis no puede hallarse exclusivamente en la acción de un poder militar que ha

funcionado como tutor de la sociedad argentina. El poder militar sirvió, además, para que una minoría accediera al control del Estado y ejerciera una política de represión social y empobrecimiento, a cuyas consecuencias nos enfrentamos hoy". La observación de este vínculo espúreo de las FFAA permitía analizar la situación argentina más allá de la observación del puro fenómeno militarista aislado de la realidad social. "A raíz de la alianza entre las FFAA y esas minorías -proseguía la plataforma radical- la República ha sido conducida durante catorce de los últimos veinte años a espaldas de la decisión e intereses de las mayorías. Es prioridad para la acción política deshacer esta alianza, pero no para neutralizar a las FFAA, sino para convertirlas en el brazo armado de la democracia argentina" (Calcagno. J.L., op.cit.: 33-34).

La importancia del tema en la campaña radical pudo verificarse en que "la UCR distribuyó centenares de miles de ejemplares de un folleto titulado "Cien medidas para que su vida cambie", que contenía una síntesis de la plataforma partidaria"; en éste folleto, el primer capítulo estaba destinado a las FFAA y el segundo a Justicia y DDHH, de siete puntos cada uno."Es decir que el 14 % de las ofertas electorales del radicalismo versaban sobre la cuestión" (Verbitsky, H., op.cit.:44).

Pese a las interpretaciones apologéticas posteriores de los doctrinarios alfonsinistas, muchas de estas aspiraciones fueron ampliamente recortadas en un marco de impotencia política. Mientras tanto, el curso de denuncias del horror se comenzó a acelerar el 23 de octubre cuando familiares de desaparecidos denunciaron el hallazgo de 400 cadáveres en fosas comunes en el cementerio de Grand Bourg en la provincia de Buenos Aires. Se sucedieron entonces cadenas de denuncias que comenzaron a colocar el tema represivo de manera abierta en los, hasta entonces bloqueados, canales de expresión de los grandes medios de comunicación social.

La comisión Rattenbach

El 26 de noviembre, el gobierno de la dictadura anunció la creación de una comisión especial para investigar el desempeño militar en la Guerra de Malvinas. Fue integrada por oficiales superiores (retirados) del más alto grado de las tres FFAA. Como la presidió el teniente general Benjamín Rattenbach, fue conocido públicamente como la "Comisión Rattenbach". El 2 de diciembre una resolución de la Junta Militar decidió analizar y evaluar en el conflicto bélico de Malvinas "la conducción política y estratégico militar del mismo". Dada "la alta investidura de quienes ejercieron dicha conducción, se hace imprescindible que la Junta Militar, como Órgano Supremo de la Nación, asuma la facultad de ordenar estas tareas". Así por una resolución de aquella fecha, la Junta Militar creó la "Comisión de análisis y evaluación de las responsabilidades políticas y estratégico militares en el conflicto del Atlántico Sur", que tendría por fin "asesorar" a la Junta Militar en la materia. La Comisión tendría que "analizar y evaluar las responsabilidades de quienes integraron la Junta Militar y el Poder Ejecutivo Nacional, en cuanto hace a la conducción política y estratégico militar del conflicto bélico del Atlántico Sur" (Informe Rattenbach, 1988: 15).

La Junta Militar ordenaba que la Comisión estuviera formada por 6 oficiales del Grado de General o equivalentes, dos por cada Fuerza Armada. Utilizaría las disposiciones del Código de Justicia Militar y su reglamentación, las del Código Penal de la Nación Argentina y del Código de Procedimientos en Materia Penal de la Capital Federal y Territorios Nacionales. Tomaría declaraciones testimoniales, recibir toda información verbal o escrita de los responsables de los hechos analizados, solicitar informes, documentos, antecedentes, y todo elemento que se considere útil a cualquier organismo público y a personas físicas o jurídicas, todas las cuales estarán obligadas a proporcionarlo dentro

del término que se fije bajo apercibimiento de ley. La Comisión concluirá sus funciones elevando "un informe a la Junta Militar que contendrá su opinión sobre "el desempeño en el ejercicio de las funciones y las responsabilidades emergentes respecto de la conducción política y estratégico-militar del conflicto" (Informe Rattenbach, op. cit.:15-16).

En un prólogo de la edición el Centro de Ex Combatientes de Malvinas La Plata (CECIM), manifestaron su indignación porque "nos sentimos traicionados en el frente pero, además, nos sentimos marginados de todas las instancias de decisión en las que se ha encarado algún enjuiciamiento de lo ocurrido (...) juzgan nuestro testimonio como "subjetivo", "interesado", "pasional", cuando no lo consideran simplemente como una falacia (...) queremos destacar que, si recordamos frases tales como "vamos ganando", "no arriaremos el pabellón" o "somos la vida", puede apreciarse claramente que no somos nosotros los que faltamos a la verdad (...) Malvinas es también una categoría política, causa de un pueblo que jamás admitirá la presencia imperialista, que jamás admitirá la traición a sus soldados y que, seguramente, comparte la necesidad de una justicia soberana". Este informe fue pedido por los altos mandos a una comisión formada por sus propios pares retirados. No contaron con que éstos se plantearan una investigación veraz, ética, soberana, en lugar de seguir el camino del oprobio y degradación moral por el que se habían optado. Esta divergencia fundamental lo transformó en un boomerang político que silenciaron con la desaparición" (Informe Rattenbach, op.cit.:7-8). El "Informe Rattenbach" producto de la actividad de la Comisión respectiva fue considerado de carácter secreto. Sin embargo, fue publicado a comienzos de la restauración constitucional por la revista semanal "Siete Días" los días 23 y 30 de noviembre de 1983 en los números 858 y 859 de esa publicación. Luego tuvo dos ediciones en formato libro^[112].

En su reunión del 7 de diciembre de 1982, la Junta Militar integrada por los comandantes en jefe de las tres fuerzas: teniente general Cristino Nicolaidis (Ejército), almirante Rubén Franco (Armada) y brigadier general Jorge Hughes (Fuerza Aérea), designó como integrantes de la Comisión a seis oficiales superiores retirados: teniente general Benjamín Rattenbach, teniente general Tomás Armando Sánchez de Bustamante, almirante Alberto Pedro Vago^[113], vicealmirante Jorge Alberto Boffi^[114], brigadier general Carlos Alberto Rey y brigadier mayor Francisco Cabrera. Rattenbach, nombrado por sus pares presidente de la Comisión, había alcanzado la Secretaría de Guerra en la presidencia de Guido cuando Juan Carlos Onganía era comandante en jefe del Ejército; había renunciado a la misma en discrepancia por al autonomismo del jefe azul. Gozaba de amplio prestigio intelectual en su fuerza. Sánchez de Bustamante, golpista de 1951, fue el jefe del Cuerpo I en la etapa final de la dictadura de Lanusse. Vago también había sido golpista en 1955 y luego ejerció el cargo de Comandante de Operaciones Navales durante la presidencia de Frondizi, ante quién se insubordinó personalmente, logrando el desplazamiento del ministro de Marina, su colega el almirante Eduardo Estévez. Carlos Alberto Rey^[115] fue el jefe de la Fuerza Aérea durante los mandatos de Levingston y Lanusse durante la dictadura de la revolución argentina. Cabrera era brigadier mayor en épocas de Isabel y defendió la comandancia del brigadier general Fautario, depuesto por un golpe encabezado por el brigadier Jesús Capellini en diciembre de 1975. Fautario intentó colocar a Cabrera como su sucesor para salvar la situación, pero tanto él como Cabrera fueron detenidos por los rebeldes apoyados por Videla y Massera, quiénes finalmente instalaron ante la parálisis del gobierno peronista, a Orlando Agosti como jefe de la FAA, completando el trío golpista de marzo de 1976.

El Informe pasaba revista en primer lugar a la acción diplomática previa al estallido de las hostilidades en cuyas conclusiones anotó: la decisión previa de Galtieri y Anaya, y luego Lami Dozo, de emprender la acción de ocupación tomada antes de completar las acciones diplomáticas fundamentales. Cuestionó "la velada amenaza contenida en el comunicado ampliatorio del 2 de marzo de 1982 (que) constituyó desde el punto de vista diplomático, un ingrediente inoportuno, cuyo único resultado fue encrespar la resistencia en (la Cámara de) los Comunes (británica)". También señalaba que "el gobierno británico había resuelto desactiva para el mes de mayo de 1982 una parte sustancial de su fuerza naval de superficie. Esa información fue ampliamente comentada por la prensa. El Canciller (Costa Méndez) no tomó en consideración ese dato. Omitió consultar ese dato con el embajador argentino en Londres". También el Informe consideró que "con respecto a la ocupación militar, Costa Méndez no tenía una idea clara de cuál era el límite del objetivo que se había propuesto la Junta y cuál era la alternativa en caso de producirse al respuesta militar por parte de Gran Bretaña". Fue muy duro el texto final respecto a la actuación en la ONU: "No podían ser peores las condiciones para presentar batalla en este foro". Entre ellas, el Informe mencionó el rechazo de parte de los países del Tercer Mundo dado que existía una "denuncia de Nicaragua ante el Consejo de Seguridad por la presencia de tropas argentinas " y que "a principios de marzo, el ex canciller había declarado que no pertenecíamos al Tercer Mundo (...) En estas condiciones resultó inexplicable la premura por la ocupación. En la obsesión de resguardar la sorpresa estratégica, se eligió el peor momento desde el punto de vista de la política internacional. Lo sensato era superar la crisis de las Georgias y mantener la previsión de ocupación para una fecha posterior, y enderezar, mientras tanto, nuestra política

exterior hacia el campo de los "no alineados" para conquistar apoyo. Esto debió ser advertido por el ex canciller".

La Comisión Rattenbach también estimó como un "error fundamental" la decisión de los tres Comandantes y Costa Méndez de estimar que la crisis de las Georgias decidió la ocupación de Malvinas.

En cuanto al planeamiento de la Junta Militar, el informe verificó que la constitución de la Comisión de Trabajo (CT), constituida por el general de división Osvaldo García, el vicealmirante Juan José Lombardo y el brigadier mayor Sigfrido Martín Plessl[116] no fue incorporada al acta de la reunión de aquel cuerpo celebrada el 12 de enero de 1982. Esta Comisión recibió la directiva no escrita de "analizar la previsión del empleo del Poder Militar para el caso Malvinas con un enfoque político militar que especificar los posibles modos de acción". El Informe señaló que la CT realizó su tarea prácticamente sin colaboradores y "manuscibieron" los documentos. Señaló el informe que "la directiva no escrita que recibieron fue la de planificar la toma de las islas Malvinas. Cabe acotar que esta decisión resulta prácticamente inédita en los procesos de planeamiento, teniendo en cuenta que se estaba previendo simplemente la materialización de una hipótesis de guerra no desarrollada hasta ese momento, cuando lo normal hubiera sido asignar la tarea al Estado Mayor Conjunto, organismo específico para ella". El Informe señaló que "la designación de la CT como organismo ad hoc resultaba "improcedente" dado que existían organismos específicamente preparados". También el Informe señaló que el 2 de abril al desembarcarse en Malvinas "no existía en concreto un plan para su defensa, en el caso de que Gran Bretaña decidiera recuperarlas por la fuerza". La Comisión observó en su Informe las contradicciones e improvisaciones resultantes de la superposición y preparación fuera de orden de las directivas elaboradas y concluyó

que "el procedimiento adoptado por la Junta Militar para preparar la Nación para la guerra contradijo las más elementales normas de planificación vigentes en las Fuerzas Armadas y en el Sistema Nacional de Planeamiento".

En cuanto al conflicto específico de las islas Georgias, que obró como disparador en la etapa previa al desembarco en Malvinas, la Comisión señaló que "la supuesta arbitrariedad en el manejo del incidente Georgias por parte de Gran Bretaña fue afirmación que no se ajustó totalmente a la realidad, debido a que ha de reconocerse que también la hubo del lado argentino". En este sentido apuntó también que "el intento de exagerar el conflicto al máximo para justificar un pedido de congelamiento definitivo de toda conversación por la soberanía de las islas, es una apreciación que no surge tan clara de los hechos, salvo la declaración o proposición de congelar definitivamente las negociaciones, que se observaba en los debates del Parlamento británico. De haber sido así, lo conveniente hubiese sido disminuir la tensión para descolocar la posición británica de negativa a la negociación". Es decir, la Comisión criticaba la ausencia, muy probablemente deliberada, de reducir los márgenes de negociación para dar pie a la situación entonces ineludible de pasar a las vías de hecho.

El Informe confirmaba al país lo que luego de la derrota sabían muchos: "La decisión de "ocupar las islas Malvinas" fue tomada porque ya existía, desde diciembre de 1982, la idea de que para llegar a negociaciones exitosas con Gran Bretaña iba a ser necesario hacer uso del poder militar. La decisión se adoptó con rapidez puesto que ya estaba planeada la ocupación, lo que permitía cumplir la etapa inicial, pero nunca se planificó como defender las islas una vez ocupadas. En definitiva, la decisión que se mantenía latente, estuvo influida por aspectos políticos particulares, tal, por ejemplo, la conveniencia de producir una

circunstancia significativa que revitalizara el Proceso de Reorganización Nacional, sin juzgar éticamente, unida también a la poco manifiesta vocación negociadora de Gran Bretaña”.

Al analizar el desembarco en la Georgias por parte de la Armada argentina, el Informe juzgó que “el incidente de la Islas Georgias del Sur se originó al desembarcar personal argentino en la isla San Pedro, izar el pabellón nacional –por propia iniciativa– y no cumplimentar requisitos de inmigración exigidos por las autoridades británicas. Este hecho se transformó en el elemento desencadenante del conflicto del Atlántico Sur, al producir una reacción británica considerada exagerada y precipitar la decisión de la Junta Militar de adelantar la Operación Azul”.

Explicando de manera minuciosa la cuestión de las islas Georgias, el Informe señaló que “las negociaciones para superar el problema fracasaron, en parte debido a la discordante reacción mutua, que impidió llegar a un acuerdo respecto del trámite a realizar para legalizar la permanencia de los obreros en la isla. En esta tesitura, por un momento, se estuvo a punto de lograr un entendimiento, pero éste se malogró por la intransigencia de nuestra cancillería ante un Foreign Office que hacía esfuerzos por dirimir la cuestión sin pasar a mayores, pero con fuertes condicionamientos especiales (...) Nuestro Canciller complicó las gestiones al exigir que, para poder solucionar diplomáticamente el incidente se debía incluir en las tratativas la negociación de la soberanía argentina sobre los archipiélagos en disputa”.

El Informe castigó a Costa Méndez otra vez al señalar respecto del viaje de negocios de Davidoff que “se cometieron errores en lo referente al alcance de los certificados de viajes y del convenio de comunicación es de 1971, tema respecto del cual el Canciller no asesoró debidamente a la Junta Militar. Por otra parte, aquél debió aceptar la propuesta de Lord Carrington acerca de que los obreros (de Davidoff) fuesen a Grytviken a sellar dichos documentos,

pues esto, implícitamente favorecía la posición Argentina, que las Islas Georgias del Sur quedaban incluidas "de facto", por una decisión británica, en el Acuerdo de Comunicaciones de 1971".

Concluía la Comisión Rattenbach que "no se justificó adelanta la operación en un "ahora o nunca", ya que históricamente se podía seguir esperando hasta que la situación se tornara favorable a nuestras FFAA, salvo que la Junta Militar deseara recuperar las islas durante su mandato (limitación de tiempo disponible para revitalizar el PRN)".

Conclusión lapidaria: la Junta Militar realizó respecto de la operación Malvinas "una serie de medidas irreflexivas y precipitadas que la convirtieron en una aventura militar, sobre todo cuando se hizo efectiva la reacción bélica británica y no se tuvieron implementadas las alternativas diplomáticas para neutralizarla".

Con respecto a las previsiones militares ("el planeamiento contribuyente"), la Comisión observó críticamente la falta de previsión respecto del eventual estallido simultáneo con el desarrollado contra Gran Bretaña, respecto de Chile, cuando en el planeamiento nacional y militar estaba contemplada la hipótesis de guerra con Chile. Al abrirse el TOAS por parte de Argentina, Chile movilizó efectivos de sus fuerzas armadas hacia la zona sur. Por ello, en "en la asignación de refuerzos del Ejército a las Islas Malvinas se asignó prioridad al dispositivo contra Chile, no enviándose por tal motivo los efectivos de las Brigadas de Infantería de Montaña VI y VIII. Algunos comandos propios, con elevado nivel de decisión, consideraban que Chile podría intervenir en el conflicto. Esto fue considerado aparentemente, más allá del análisis sistemático de la información disponible". Es que, los sectores más radicalizados de las FFAA argentinas consideraban que la "cuestión del Beagle" se resolvería, más allá de los fallos internacionales contrarios a la Argentina dispuestos por jueces y mediador libremente aceptados por el país, con la posición de fuerza que daría la victoria en

el conflicto por las Malvinas... en lugar de cerrar el tema con Chile previamente, para tener las espaldas cubiertas y apelar también allí a la solidaridad latinoamericana tan declamada por esos días por los defensores del "Occidente cristiano".

Al analizar las conductas de los Comandantes en Jefe de las FFAA, la Comisión afirmó en el caso de Galtieri que el Ejército "no se hallaba debidamente adiestrado ni capacitado para sostener el conflicto porque "la mayor parte de la clase 1962 había sido dada de baja, mientras la 1963 apenas había comenzado su incorporación". Cuestionó también la selección de tropas empleadas en la operación, con excepción de la Brigada X de Infantería, dado que fueron enviadas tropas no adaptadas ni equipadas para soportar el clima y las condiciones de vida de la región. También fue fustigada la imprevisión del Comandante en Jefe respecto de la logística que se vería exigida dado el bloqueo que establecerían los británicos. También criticó duramente el envío imprevisto ordenado por Galtieri de la Brigada de Infantería III, la que no contaba con equipo y personal adecuado, dado que la mayoría de sus soldados eran originarios de las provincias del Litoral. No se explicó tampoco porque dos regimientos de infantería fueron enviados a la isla Gran Malvina, donde no se registraron operaciones de importancia, todo ello sin consultar con su Estado Mayor.

En el punto 609 del Informe, la Comisión evaluaba el desempeño de las tropas el que calificó "salvo honrosas excepciones" como "no satisfactorio". Las excepciones consignadas fueron: "la artillería de campaña y de defensa aérea, las compañías de comandos, el escuadrón de exploración de caballería, los elementos de aviación de ejército (helicópteros), algunos elementos de apoyo de combate y especialmente elementos del Regimiento 25 de Infantería (que) demostraron un elevado grado de adiestramiento y profesionalismo, así como una adecuada acción de comando,

lo que fue puesto de manifiesto especialmente en la defensa de Puerto Argentino, donde tuvieron un desempeño destacado”.

El Informe remató las críticas a Galtieri señalando que “impartió diversas órdenes “per se”, apartándose de la cadena de comando que como integrante del COMIL (Comité Militar), había aprobado al ratificar el contenido de los documentos estratégicos oportunamente elaborados”.

Al almirante Anaya le fue reprochado también que la Armada no se hallaba operacionalmente lista para enfrentar “esta hipótesis de guerra inédita”, entre otras situaciones porque “el sistema de armas Super Etendard-Exocet no se hallaba completado ni a punto”. También fue criticada la disposición de la Fuerza Submarina por no estar “convenientemente dimensionada pese a ser un arma capital de las guerras modernas”.

Calificó al entrenamiento conjunto como “prácticamente inexistente. Por lo tanto, y ya iniciado el conflicto, se debieron improvisar dos prácticas con medios de la Fuerza Aérea”.

De manera capital, la crítica a Anaya aludió a “la falta de capacidad integral de la flota, no se correlaciona con su decisión de impulsar la idea de recuperar los archipiélagos australes, que se hizo ya presente en diciembre de 1981, cuando reunió a sus comandantes operacionales para imponerles sobre este propósito”.

El máximo jefe naval y principal impulsor del desembarco en Malvinas, señaló el Informe Rattenbach, “convalidó la decisión de retirar los medios navales de superficie, debido a la amenaza de los submarinos nucleares enemigos. Si bien esta decisión se justificaba, dado el análisis del poder relativo y la posibilidad de enfrentamiento masivo con la flota británica, ella no era válida, sin embargo, en cuanto al empleo de unidades en forma aislada. Esta última proposición debió ser alentada por él desde el seno del COMIL al CTOAS (Comando del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur), como medio de preservar la elevada responsabilidad

de su Fuerza para con la Nación. La comprobación de que medios de superficie no eran empleados ni siquiera en forma restringida para combatir al enemigo, aceptando los riesgos inherentes al combate, afectó la moral propia”.

Al analizar el desempeño de la fuerza aeronaval, consideró el Informe que, si bien no pudo operar embarcada porque el ARA-25 de Mayo fue replegado a su base, en virtud del retiro de la Flota de Mar de la zona de operaciones, los aviones A4Q operaron desde tierra y por medio de los recientemente incorporados Super Etendard, “infligieron daños fuera de toda proporción con respecto a los análisis previos de poder relativos”, aunque en el parágrafo 615 volvió a insistir en que “estos medios no fueron utilizados en forma conjunta, lo cual hubiera permitido lograr una mayor operatividad y disminuir las pérdidas propias en combate”. En cambio, la Comisión dedicó un elogioso párrafo al Batallón de Infantería de Marina 5: “El BIM-5, en cambio, demostró vocación conjunta, un elevado grado de alistamiento, profesionalismo y equipamiento adecuado, lo que puso de manifiesto en el combate terrestre, durante la defensa de Puerto Argentino, acción donde tuvo un desempeño destacado”.

Respecto de Lami Dozo las críticas se refirieron también a la falta de aplicación de la doctrina y del adiestramiento conjunto, por lo que se debieron “improvisar” dos prácticas con medios navales; y al hecho de que la Fuerza Aérea no se hallaba “operacionalmente lista” para enfrentar el conflicto.

Sin embargo, la Comisión estimó que “el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea asumió la responsabilidad de hacer intervenir a la Fuerza en la guerra, infligiendo al enemigo pérdidas significativas. Estos medios no fueron empleados en forma conjunta, lo cual hubiera permitido lograr una mayor operatividad y disminuirlas pérdidas propias en combate” aunque reconoció que “la formación de su personal combatiente respondió cabalmente

a exigencias de la guerra. Sus pilotos debieron experimentar y llevar a la práctica sistemas inéditos de ataques a buques de superficie. Pero la falta de adiestramiento específico para este tipo de lucha, sumada a la gran capacidad tecnológica y dimensión de la fuerza enemiga, provocó numerosas pérdidas de vidas y material aéreo”-

Otro punto destacado fue mencionado en el párrafo 621 del informe: La eficacia de esos ataques estuvo considerablemente disminuida por la cantidad de bombas que hicieron impacto y no explotaron. Esto sucedió, según informaciones provenientes del enemigo y corroboradas por fuente propias, en el 60 % de las bombas que hicieron blanco en los buques británicos. Ello se debió a que las bombas disponibles no tenían su tren de fuego preparado para blancos navales, ni para la forma de ataque empleada, única posibilidad que permitía lanzar las armas propias con alguna posibilidad de supervivencia ante las modernas armas antiaéreas enemigas”. Concluyó que “la Fuerza a su cargo, no contaba con los medios adecuados ni sus tripulaciones estaban adiestradas para sostener adecuadamente un conflicto bélico de naturaleza aeronaval (...) las deficiencias anotadas obedecieron a la doctrina operacional vigente hasta ese momento, la cual limitaba la jurisdicción de la Fuerza Aérea para realizar operaciones sobre el mar”.

Al juzgar la responsabilidad del jefe del CTOAS, vicealmirante Lombardo, le criticó la limitada utilización del poder naval y la “sobrestimación del bloqueo británico. Señaló que su autoridad había sido ignorada “en varias oportunidades” por el Comandante Militar Malvinas (el general de brigada Mario Benjamín Menéndez); que no prestó “adecuada protección naval de superficie a los distintos barcos mercantes que operaron en la zona”, los que brindaron con enorme esfuerzo abastecimiento a las tropas en las islas. También el Informe reprochó que Lombardo no pusiera

bajo el comando del Componente Aéreo, a las fuerzas aeronavales y a los medios aéreos del Ejército. También fue consignado el hecho de que no intentara “desgastar a la flota enemiga mediante acciones aisladas de superficie”.

En cambio, fue elogiado el proceder del Comandante Aéreo Estratégico (CAE) que efectuó “un planeamiento ordenado, oportuno y eficaz de sus medios dependientes”, aunque le reprochó haber “asignado a la Fuerza Aérea Sur (FAS) excesiva libertad de acción. Fue cuestionado el accionar del CEOPECON (Centro de Operaciones Conjunto), porque “el mantenimiento del CTOAS, a pesar de la creación del CEOPECON, no resultó conveniente pues incrementó el número de autoridades en la cadena de comando son producir efectos significativos”. Y fustigó que “los integrantes del CEOPECON no hicieron efectiva su presencia en las islas, circunstancia que hubiese facilitado la conducción de las operaciones al permitir conocer en detalle la situación de las tropas”. Después de elogiar que “los requerimientos de Transporte Aéreo de las Fuerzas Terrestres fueron cumplidos de conformidad, aún después del bloqueo con gran riesgo de las fuerzas empleadas”, analizó el problema del combate aéreo.

Allí identificó, en el párrafo 657 del Informe que en él “hubo una neta superioridad por parte del enemigo, debido a que éste disponía del misil de última generación “Sidewinder AM-9L” provisto a Gran Bretaña por los Estados Unidos y a la falta de autonomía de los aviones propios que limitaban su permanencia sobre los objetivos a 2/3 minutos para no quedarse sin combustible”.

Con referencia al comandante de Aviación Naval (COAN) observó que luego de que los aviones navales no pudieron operar embarcados, es decir, desde el porta aviones ARA-25 de Mayo, lo hicieron desde tierra y “desarrollaron operaciones eficaces que infligieron serios daños al enemigo”.

Como era de esperar, el Informe dedicó una amplia atención al desempeño del Comandante de la Guarnición Militar Malvinas

(CMM), el general Menéndez. Señaló el Informe que este comando pasó a convertirse en "el elemento básico" del CTOAS. Y, por lo tanto, asumió una responsabilidad decisiva. El Informe le cuestionó que no confeccionara formalmente con su Estado Mayor un Plan de Operaciones Conjunto. Recordó que los primeros planes fueron elaborados por el general Daher, comandante "inicial" de la defensa de las islas hasta la creación del TOAS y la llegada del general Jofre a Malvinas. Las previsiones de Daher se modificaron con la llegada de las Brigadas de Infantería X y la III. Pero todos los planes estuvieron aprobados por Menéndez. Los elementos de la FAA no fueron incluidos en los planes de defensa y el BIM-5 de la ARA dependía del comandante de las fuerzas terrestres y, por ello, estaba incluido en sus planes. Tanto la FAA como la ARA no tuvieron que hacer planes contribuyentes "a la resolución del CMM", dado que no había plan conjunto ordenado por éste. Estos elementos -señaló el Informe- eran "consultados", pero "no se puede afirmar que ellos fueran "conducidos" por el Comandante de la Guarnición Malvinas. Respecto de la cadena de mandos, la Comisión estimó que hubo en Menéndez "una evidente subordinación psicológica al Comando de las Fuerzas Terrestres, general de brigada Jofre". No hubo centro de operaciones conjunto y la falta de "estricto control" de las comunicaciones "proporcionó al enemigo inteligencia de las fuerzas argentinas". En realidad, el juicio de la Comisión estableció que Menéndez, le otorgara "una mayor importancia a las tareas de gobierno sobre las del específico ejercicio de la conducción militar". Luego, la Comisión le endosó el volumen demoledor de once críticas a su accionar en el lapso de los casi 30 días desde su llegada a Malvinas a las primeras acciones bélicas: no previó un esquema flexible de defensa; no organizó un régimen logístico que posibilitara "una mayor y mejor subsistencia" durante las

operaciones; no organizó un adecuado sistema de relevos para el trabajo de preparación de las posiciones; no ensayó acciones conjuntas; no instaló sistemas de comando y control ágiles; no agrupó a todos los medios aéreos en un mando único; no requirió “desde el primer momento” los cañones SOFMA de 155 mm. para la defensa de costas; “indujo en el espíritu de cuadros y tropas la idea preconcebida de que no iba a existir enfrentamiento bélico”; prejuzgó en el planeamiento de la defensa de Puerto Argentino que el enemigo iba a desembarcar en las proximidades de dicho puerto; debió manifestar su acción como comandante, “aproximándose a todos los sectores del dispositivo”. El duro juicio crítico continuó en lo relativo al desempeño de Menéndez en la conducción de la lucha. Le reprochó seis déficits: un aferramiento a ideas preconcebidas; un ejercicio ineficaz del mando y delegación excesiva de autoridad en sus comandos dependientes; el escaso empleo del “arbitrio esencial para la conducción: la presencia del Comandante”; el asignar poca importancia a las situaciones que se desarrollaran fuera de Puerto Argentino, como el convalidar la capitulación de Darwin-Pradera del Ganso, “sin un conocimiento cabal de la situación”.

En relación a la capitulación de Puerto Argentino señaló que “la concepción estratégica inicial, basada en el empleo decisivo del poder naval, se transformó en la resistencia posible y con limitados apoyos del poder terrestre” (...) la capitulación en sí, se realizó cuando ya no existían posibilidades de controlar a los efectivos propios que se replegaron desordenadamente a Puerto Argentino, empujados por el accionar del enemigo. No se habían agotado las municiones ni el número de bajas se aproximaba a lo establecido por el Código de Justicia Militar (...) Tampoco se destruyó el material de guerra que podía ser de utilidad al enemigo”.

En el extenso Informe se cuestiona la oportunidad de la acción emprendida dada “la crisis socio-económica reinante en un país

postrado; la situación interna que, como consecuencia de lo expresado en el inciso anterior, se hallaba altamente sensibilizada con movimientos políticos y sindicales internos que alteraban la paz social y ejercían una considerable oposición al gobierno; las autoridades nacionales eran duramente atacadas, particularmente por el problema de los derechos humanos (...) la República Argentina se hallaba sancionada por los EEUU con embargos a sus embargos de importaciones de armamentos” y, con cierta ironía, señalaba que “las relaciones con el Tercer Mundo/No Aliados no pasaban por su mejor momento”.

El Informe Rattenbach encuadraba la responsabilidad basada, según los casos, en la Constitución Nacional, en el acta de la Junta Militar (junio de 1976), en el Código de Justicia Militar y en los disciplinario militar al teniente general Leopoldo Galtieri, el almirante Jorge Isaac Anaya, el brigadier general Basilio Lami Dozo, el doctor Nicanor Costa Méndez, el vicealmirante Leopoldo Alfredo Suárez del Cerro; el vicealmirante Juan José Lombardo, el brigadier mayor Hellmuth Conrado Weber, el general de brigada Mario Benjamín Menéndez, el general de brigada Oscar Luis Jofre, el general de brigada Omar Edgardo Parada, el coronel Juan Ramón Mabragaña, el coronel Ernesto Alejandro Repossi, el teniente coronel Italo Piaggi, el comodoro Wilson Rosier Pedrozzo, el capitán de corbeta Luis Carlos Lagos y el teniente de navío Alfredo Astiz (Informe Rattenbach, 1988).

Con posterioridad, los mencionados fueron sometidos a tribunales militares y sufrieron diversas condenas. En el primer trimestre de 1986, el Consejo Supremo de las FFAA solamente condenó a Galtieri y Lami Dozo a 12 años de prisión y a Anaya a 14. La apelación ante la Cámara Federal de la Ciudad de Buenos Aires ratificó las absoluciones a los demás acusados y subió las condenas a Galtieri y Lami Dozo a 14 años. Ellos fueron, finalmente, los únicos condenados por la Justicia. Serían luego liberados por indulto presidencial de Carlos Menem.

Las torturas a los soldados conscriptos

El gran vacío del Informe Rattenbach fue la apreciación de la situación de los soldados conscriptos que no fueron llamados como testigos. Tampoco fueron incluidos en el análisis de dicha Comisión los malos tratos y torturas por parte de algunos oficiales hacia sus propios soldados. En el informe se mencionaba el mal abastecimiento alimentario y la falta de oportuna instrucción como alusiones a la situación de los soldados. Fue más tarde, por acción de algunos centros de ex combatientes que se presentaron denuncias contra responsables de las acciones mencionadas. En el año 2009 se realizaron presentaciones que siguieron un lentísimo camino judicial y, en definitiva, quedaban impunes.

Derechos humanos, derechos políticos

El 10 de diciembre, los organismos de derechos humanos entre los cuales se contaban las Madres de Plaza de Mayo convocaron a la primera Marcha de la Resistencia en la Plaza de Mayo realizando su más importante presencia pública desde que comenzaran su actuación anti dictatorial.

Unos pocos días después, las fuerzas congregadas en la Multipartidaria celebraron el primer aniversario de la firma del documento "Antes de que sea tarde" en el que reclamaban la institucionalización del país. La marcha fue multitudinaria. Los observadores radicales comenzaron a ver algo distinto: "Al llegar a Plaza de Mayo, por primera vez en décadas, los radicales parecen superar en número la convocatoria peronista" y la Coordinadora se convierte a su vez en el contingente más grande de la UCR. Lo notable es lo que cantan los convocados: "Paredón, paredón/ paredón, paredón/ a todos los milicos/ que

vendieron la Nación". Según ese observador "la derrota militar y el fracaso económico -no la ferocidad represiva- han derrumbado al último gobierno de las Fuerzas Armadas" (Muiño, O., op.cit.:468). Este último juicio compartido por otros historiadores del período que señalaron que la situación era "esencialmente el resultado de la crisis interna del régimen, crisis generada más por omisión que por acción de los grupos sociales y políticos frente al autoritarismo y la derrota militar (si se deja de lado la contribución importante pero para nada decisiva del movimiento de derechos humanos") (Novaro, M. y Palermo V., op.cit.:469). Las convicciones precedentes sobre el papel de los organismos de derechos humanos pudieron ser consideradas correctas si se midiera solamente la capacidad de movilización de dicha tendencia en aquella época, pero no si se considerara la influencia que crecientemente fueron ejerciendo sobre la sensibilidad culpable de crecientes sectores de la población avergonzados de la orgía de consumo de una parte de la sociedad y la masacre clandestina sobre la otra, todo al mismo tiempo en una perversa combinación. Fue importante la influencia que la acción de los organismos ejerció sobre los dirigentes partidarios. Así lo reconoció, como fue mencionado hasta en el propio Informe Rattenbach.

Porque como lo escribió Eduardo Luis Duhalde "las protestas obreras, los reclamos de libertad y democracia de los sectores más consecuentes de las fuerzas política, la presencia demandante de la juventud, las acciones en el plano de la cultura contra toda forma de censura, las movilizaciones de repudio ante los atropellos militares, la descalificación de los beneficiarios del régimen, las denuncias de la corrupción generalizada, la actividad de millares de exiliados quitando espacio internacional a la dictadura, fueron marcando el camino del agotamiento del tiempo dictatorial a través de

tres grandes vertientes: la señalada ante la represión, el reclamo por el genocidio económico popular y el repudio a la aventura y derrota en las Malvinas (Duhalde, E.L, 2013: 418). Un muerto y 120 detenidos fue el saldo de la represión que siguió desatando la dictadura contra la movilización de la entente opositora, aún con la reaparición legal de la actividad política. La Multipartidaria fue elevando el tono opositor. La alianza política demandó "el cese inmediato de los frecuentes atentados contra la libertad de expresión así como los evidentes propósitos del oficialismo de proyectarse hacia el futuro mediante adjudicaciones arbitrarias de medios de comunicación social". Pidió las libertades de presos políticos y gremiales e hizo subir la temperatura, por solicitud de Alfonsín al pedir que se determinaran "los distintos niveles de responsabilidad por los excesos cometidos en la represión del terrorismo y la sistemática violación de los derechos humanos y constitucionales". También le reclamó al gobierno la fijación definitiva del calendario electoral y la entrega del gobierno no más allá del 12 de octubre de 1983 (Muiño, O., op.cit.: 468-478).

El 18 de enero de 1983 murió el ex presidente radical Arturo Illia, no solamente el presidente civil que la clase media había despreciado en junio de 1966 y era aplaudido en los años finales de la dictadura cuando viajaba en tren a Buenos Aires, sino el que había sido propuesto por Alfonsín como presidente para la transición hacia un gobierno electo constitucionalmente.

La oposición política no había sido tan dura como la que se había opuesto a la dictadura militar griega caída en 1974 por el desastre de la invasión a Chipre. También esa oposición argentina había sido extremadamente cuidadosa y moderada en la mayor parte de sus elencos dirigentes para poder convocar a una población, primero entusiasmada con el "orden antisubversivo" y la "plata dulce", luego aplastada por la crisis económica, inflamada

luego por la beligerancia malvinera y desplomada moralmente por la derrota (Novaro, M. y Palermo, V., 2012: 464 y ss).

El 14 de febrero renunció en Israel el ministro de Defensa de Israel, Ariel Sharon, acusado de haber instigado la matanza de palestinos en los campos de refugiados de Sabra y Chatila en la invasión al Líbano por parte del ejército hebreo en 1982.

La barbarie final

En marzo de 1983, el régimen en retirada continuó con sus crímenes que afectaron a jefes de Montoneros. En Córdoba, un integrante de la conducción nacional de Montoneros, Jorge (verificar) Yaguer fue asesinado al allanarse su vivienda en Córdoba. En Rosario, luego de ser detenidos fueron asesinados por la policía de la provincia de Buenos Aires, el también dirigente de la conducción nacional de Montoneros, Julio Pereyra Rossi y el dirigente Oscar Cambiasso, los que perecieron a manos del subcomisario Luis Abelardo Patti, a quién Bignone calificó como un hombre dotado de "celo y eficacia profesional".

El 24 de marzo, fecha aniversario de la barbarie represiva, el comandante en jefe del Ejército, Cristino Nicolaidis, reconoció que se estudiaba una "ley de pacificación nacional", es decir, una vía de escape para los responsables de la represión.

El 20 de abril, el CELS denunció que durante la dictadura se habían instalado, por lo menos, 47 clandestinos de detención. Esa cifra iría creciendo con el avance de la investigación de los organismos de derechos humanos.

El pacto militar sindical

El 25 de abril, Alfonsín lanzó uno de sus más potentes misiles contra el peronismo: denunció un acuerdo de la dirección de los gremios con la conducción del Ejército: "Tengo noticias de un pacto militar-sindical. Yo no diría entre FFAA y sindicatos; lo que a mí me ha llegado son acuerdos que se producirían entre el general Nicolaidis, el general Trimarco y el general Suárez Nelson^[117] con algunos hombres del sindicalismo". Uno de sus rivales en la disputa interna de la candidatura presidencial de la UCR, Fernando de la Rúa coincidía con aquél: "el temor a que el radicalismo gane las próximas elecciones le ha quitado el sueño a Miguel y otra vez ha golpeado la puerta de los cuarteles" (Muiño, O., op.cit.: 483). Pero el tercer candidato en discordia en la UCR, Luis León, descartaba que se hubiera producido ese acuerdo. Empero, en 1980, cuando concluyera la detención en barco, en cárcel y en su propia casa, Alfonsín había visitado a Miguel reconociendo que "ha enfrentado al sector más colaboracionista del sindicalismo: Calabro, Rubén Marcos, Luis Guerrero, Lisandro Zapata" (Muiño, O., op.cit.: 482). Los perseguidos, por lo menos algunos de ello, parecían aliarse o vincularse con sus perseguidores. El paso inmediatamente siguiente de la dictadura no iba a ayuda a desmentir esos escauceos de acuerdo entre sectores militares y sectores del peronismo.

Deolindo Bittel, el vice-presidente del PJ, afirmaba que Alfonsín "pretende llevar a la ciudadanía a definir el futuro de la Nación en una falsa opción entre guerrilleros y militares". Alfonsín le replicó al afirmar que "estamos denunciando una maniobra que significaría una sentencia de muerte para el futuro gobierno popular, cualquiera sea éste. Lo que equivale a decir el fracaso de la democracia argentina. Que nadie se confunda, estas no son banderas antiperonistas. Este es un intento responsable para preservar la unidad de las fuerzas populares". Alfonsín

machacaba sobre el punto: "Hay algunos militares que se han creado la ilusión de que podrán resolver sus responsabilidades del pasado reciente, y así piensan que en un pacto de esta naturaleza podrán: echar un manto de olvido sobre los excesos cometidos durante la represión al terrorismo; mantener sin mayores variantes la continuidad de la actual cúpula del Ejército durante el comienzo del próximo gobierno constitucional; evitar la intervención del poder constitucional en la reorganización de las FFAA y en la determinación de los planes de defensa; garantizar la no revisión de los actos ilícitos cometidos durante el proceso. Y del otro lado, a cambio, se busca, obtener el control de los sindicatos clave, para lo que necesitan evitar o demorar el proceso de democratización sindical, recibiendo el control de los gremios a través de mecanismos no previstos por la ley" (Muiño, O., op.cit.: 483).

El documento final de la dictadura

El 28 de abril la Junta de Comandantes dio a conocer un texto que llamó, impropiaemente el "Documento Final de la lucha contra la subversión", por el que las operaciones represivas de sus fuerzas debían ser consideradas "actos de servicio" y no pasibles, por lo tanto, de acción judicial alguna. Como no podía ser de otra manera, Bignone consideró a ese texto como "un trabajo realista, serio, donde son reconocidos errores y se hace un llamado a la reconciliación". La Junta Militar proclamaba que era la "lucha contra la subversión" la que diseñaba la situación y que, por ello, "en este marco de referencia, no deseado por las FFAA y al que fueron impelidas por defender el sistema de vida nacional, únicamente el juicio histórico podrá determinar con exactitud a quién corresponde la responsabilidad directa

de métodos injustos o muertes inocentes". El grado de cinismo del documento se expresaba también en su afirmación que consideraba "el accionar de los integrantes de las FFAA en las operaciones realizada en la guerra librada como constituyendo un acto de servicio" (Bignone, op.cit.: 477-478). Ese mismo 28 de abril un Acta Institucional de las FFAA subraya que "todas las operaciones contra la subversión y el terrorismo (...) fueron ejecutadas en conformidad con los planes aprobados supervisados por el comando superior orgánicos de las FFAA y por la Junta Militar desde su constitución" (Muiño, O., op.cit.: 478). Raúl Alfonsín proclamó que "ésta no es la última palabra". Convocó a un conjunto de juristas prestigiosos: Carlos Nino, Eugenio Bulygin, Eduardo Rabossi, Jaime Malamud Goti, Andrés D'Alessio, Enrique Paixao, Ricardo Gil Lavedra, coordinados por Genaro Carrió. Nino será la cabeza redactora del proyecto de anulación de la llamada "ley de autoamnistía" que como ley aprobará el Congreso de la Nación en diciembre de 1983 (Muiño, O., op.cit.: 479). Allí comenzó probablemente la victoria electoral de Alfonsín en octubre. En cambio, quién sería su oponente peronista, Ítalo Luder, un constitucionalista y convencional constituyente en 1949, señaló que, aunque no le gustaba la norma militar, era válida porque por aplicación del artículo 2 del Código Penal, todo acusado puede solicitar la aplicación de la ley más benigna. Además, el documento militar -durante todo el debate político sobre este tema se lo recordó- invocó el decreto firmado por Luder durante su presidencia interina que convocaba a la participación de las FFAA en la lucha "anti subversiva". Que contenía la polémica palabra "aniquilamiento", que Clausewitz consideró como la destrucción de la voluntad de lucha del adversario, pero que el régimen procesista entendió que constituía la legitimación para asesinar a sus prisioneros mantenidos como clandestinos.

El 2 de mayo, el gobierno socialista de España, encabezado por el socialista Felipe González rechazó el "Documento Final" de la dictadura en sus referencias sobre los desaparecidos de ese país en la Argentina durante el proceso.

El 21 de mayo, una enorme marcha desde el estadio Luna Park al Congreso Nacional manifestaba el repudio de la oposición y los organismos de DDHH al "Documento Final" de la dictadura que ya empezaba a ver que su salida iba a ser mucho menos armoniosa que el modo en el que se la había imaginado y, sobre todo, deseaba.

El 27 de mayo, en Washington se producía un relevo represivo: instructores norteamericanos se ocuparían de adiestrar a los soldados del régimen represivo vigente en El Salvador que, en su momento, y quizás todavía entonces, estaban siendo preparados por militares del servicio de inteligencia del Ejército.

El 4 de junio, el régimen militar restableció el derecho de huelga. Cinco días después Margaret Thatcher, como efecto directo de la victoria en Malvinas lograba la mayoría absoluta en la Cámara de los Comunes al celebrarse elecciones generales en el Reino Unido.

En junio, Bignone viajó a Belgrado en la todavía existente Yugoslavia a la reunión de la UNCTAD, en representación del Movimiento de Países No Alineados. Cuánto había cambiado la orientación militar respecto del MPNA a partir del emprendimiento de la guerra de Malvinas; el odiado populismo tercerista se volvía ahora el comfortable aliado del régimen occidental y cristiano.

El 30 de julio se produjo una mala noticia para el gobierno militar: Raúl Alfonsín, que levantaba la posición de mayor enfrentamiento a la dictadura en el radicalismo, fue proclamado candidato a presidente de la Nación.

El 19 de agosto, el almirante Massera fue procesado por vinculaciones con la Triple A y también por los excesos represivos, todavía

lenguaje dominante de la época. En esa misma jornada, miles de personas encabezadas por Adolfo Pérez Esquivel- premio Nobel de la Paz- y otros dirigentes de las organizaciones de DDHH, marcharon contra la auto amnistía propuesta por el régimen militar.

La candidatura peronista

El 3 de septiembre se reunía en el teatro Odeón de Buenos Aires el Congreso Nacional del partido Justicialista. Unos días antes, en una salita del mismo Teatro Odeón, propiedad del empresario Carlos Spadone se convocaron cinco protagonistas fundamentales: Luder, Cafiero, Miguel, Iglesias y Bittel. Habían sido descartados ya como precandidatos Ángel Robledo y Raúl Matera. Bittel fue el primero que habló para descartarse como candidato a presidente pero proponerse como vice. Miguel dijo a continuación: "Creo que el mejor candidato a presidente que tenemos es Ítalo Lúder". Iglesias apoyó la proposición de Miguel, con la condición de que él fuera, a su vez, el candidato a gobernador de Buenos Aires. Cafiero tuvo que aceptar la derrota y analizó años más tarde que "Luder tenía un alto prestigio que impactaba favorablemente en los sectores medios no peronistas, cuyo voto era indispensable para ganar los comicios. Aparecía como un peronista bienvenido (a pesar de que algunos señalaban en mí la misma condición) que equilibraba los temores que ya empezaban a despertar las huestes "populistas" y arrabaleras de Herminio Iglesias, a quién Miguel temía"(Cafiero, A. ,op.cit.:386). Tres días después, en el polideportivo del club Gimnasia y Esgrima en La Plata, se reunió el Congreso Provincial del PJ. Allí se tenía que definir la candidatura a gobernador por la que Iglesias había aceptado la presidencial de Luder. Los golpes y empujones del sector de Herminio provocaron la respuesta de los cafieristas y la suspensión del Congreso,

que se dividió en dos sectores. El de Cafiero, lo hizo en el hotel Corregidor en La Plata, en tanto que Herminio reunió a su sector en Lanús. La apelación de Iglesias al juez De la Serna resultó triunfante y validó el Congreso del polideportivo y la fórmula Iglesias-Carmelo Amerise de allí resultante. El escándalo comenzaba a alimentar la derrota de Lúder, y la de Herminio Iglesias.

Dos días después, el cónclave resolvía –por aclamación– la fórmula Luder-Bittel. Una formal Comisión de Acción Política fue integrada por Cafiero, Matera, Robledo, Rogelio Papagno, Antonio Benítez, Vicente Saadi, entre otros. Pero careció de entidad porque la campaña fue centralizada en el comando de Lúder. “Con el correr de los días, la anarquía se apoderó de la campaña –recordó Cafiero– simultáneamente le llegaban al electorado mensaje diferentes y hasta contradictorios. Todo este caos se agravaba al compararlo con la prolija campaña del radicalismo, a la que se sumaba el carisma de Alfonsín que deslumbró con su habilidad para la comunicación con las masas” (Cafiero, A., op.cit.:389).

Según Cafiero, “Herminio concentró en sus huestes toda la “locura” del aparato, sumando también a un sector de militares que encontraron en sucesivos diálogos con el candidato a gobernador un receptor de sus propuestas y acuerdos” (Cafiero, A., op. cit.: 390). No había un pacto formal pero, a medida que Alfonsín castigaba a los militares y Luder reiteraba su criterio de sostener la auto amnistía militar, mientras crecía del desgobierno de la campaña y el estilo de Herminio, progresistas y gorilas ultras se sumaban a votar por Alfonsín y contra Herminio Iglesias.

La campaña de Alfonsín sumaba canciones y estribillos elaborados por el equipo de campaña^[118] que enfocaban a los militares. Algunas de estas consignas rezaban: “No hubo errores/ no hubo excesos/ son todos asesinos los milicos del proceso”; “Que le pasa a los milicos/ que amargados se los ve/ se viene el alfonsinazo/ y nunca más podrán volver”; “Cuida Bignone tu

gallinero/ los radicales vamos a ganar/Oí Lorenzo, no tengas dudas/ no queda nada del pacto sindical". Y así de seguido. Ni siquiera en la campaña peronista de 1973 se había concentrado tanta dureza contra los militares, porque entonces se había enfocado sobre todo en el sector lanussista de las FFAA y en el ensalzamiento de las organizaciones guerrilleras.

En medio de la campaña electoral el 18 de octubre, Miguel sufrió una estruendosa silbatina en un acto convocado en el estadio de Vélez Sarsfield en Buenos Aires. Miguel recibió golpes a derecha e izquierda. El sindicalista Jorge Triacca, líder del sector más colaboracionista con la dictadura acusó a Miguel de recibir los mayores beneficios en la devolución de los sindicatos a los trabajadores. La izquierda peronista que sumaba a la Tendencia Revolucionaria, hegemonizada por Montoneros y los partidarios de Vicente Saadi, denunció a través de una de sus dirigentes, Nilda Garré -futura ministra de Defensa con Néstor y Cristina Kirchner- al líder metalúrgico de "estar preparando un acuerdo o concertación con los militares".

El 17 de septiembre se conocía como Francia seguía haciendo negocios de armas: ese día su gobierno encabezado por Francois Mitterand, entregó al Irak de Saddam Hussein, al que después atacó militarmente en 1991 siendo parte de la Coalición Occidental contra el líder baazista, cinco aviones Super Etendard equipados con misiles Exocet, que estuvieron destinados para la Argentina y que no fueron entregados en 1982 a causa del apoyo del mismo mandatario a Gran Bretaña en la guerra de Malvinas.

El apoyo del establishment

El 21 de septiembre en una solicitada que publicó el diario "Convicción", las organizaciones más destacadas del orden establecido reafirmaban su apoyo a los militares del proceso en términos que no dejaban dudas acerca de donde había proveniendo el fuerte respaldo civil a la dictadura, además de las amplias simpatías que despertó la represión en amplios sectores de la clase media. ¿Qué decían los poderosos? Pues proclamaban que "los argentinos estuvimos en guerra. Todos la vivimos y la sufrimos. Queremos que el mundo sepa que la decisión de entrar en la lucha la provocó y impuso la subversión, no fue privativa de las Fuerzas Armadas. Tampoco fue privativa del Gobierno Argentino. Fue una decisión de Argentinos. Todos, absolutamente todos los hombres de buena voluntad que habitan el suelo argentino, pedimos en su momento a las Fuerzas Armadas que entraran en guerra para ganar la Paz. A costa de cualquier sacrificio. Y todos deseamos que la guerra terminase cuanto antes. Hoy la guerra terminó, aunque no la vigilia. Y tal como cualquier otra guerra, la nuestra también tuvo su precio. Su enorme cuota de dolor y sacrificio. Porque en ella hubo muertos y desaparecidos. Argentinos que cumplían con su deber, defendiendo nuestro derecho a la Paz, y nuestro tradicional modo de ser, que una minoría cuestionaba. Y murieron muchos de aquellos que, temerariamente, pretendieron imponernos ideologías extremistas, y un sistema de vida totalmente ajeno a nuestro sentir nacional. Ése fue el precio de la guerra en la Argentina. Las instituciones que abajo firmamos queremos refrendar de esta manera nuestro apoyo a aquella dolorosa pero imprescindible decisión. Aunque en idénticas circunstancias volveríamos a actuar de idéntica manera, quiera Dios que nunca más tengamos que pagar este precio para vivir en Paz". Quienes firmaban eran: la Asociación de Bancos Argentinos, Asociación de Industriales Metalúrgicos, Asociación de Rehabilitación del Niño Lisiado, Asociación Internacional del Club de Leones (distrito múltiple), Bolsa

de Cereales de Buenos Aires, Cámara Argentina de Anunciantes, Cámara Argentina de Comercio de Buenos Aires, Cámara Argentina de Editores de Libros, Cámara Argentina de la Construcción, Cámara Argentina de Comercio, Industria y Producción de la República, Centro Argentino de Ingenieros, Consejo Empresario Argentino, Consejo Publicitario Argentino, Liga Argentina de Lucha contra el Cáncer, Liga de Madres de Familia, Rotary Club de Buenos Aires, la Sociedad Rural Argentina, entre otras (Novaro, M. y Palermo, V., op.cit.: 505-506). Reafirmaban su apoyo a los crímenes cometidos y afirmaban su creencia de que en las mismas circunstancias el genocidio debería repetirse, para lo cual estaban en guardia. El diario en el que lo publicaron, dependiente de la Armada, indicaba que la iniciativa de la declaración debía haber estado en fuentes militares, aunque sus firmantes no tenían empacho a días de las elecciones en manifestar su respaldo a la dictadura que se marchaba derrotada. La mayoría de estas instituciones serían férreas opositoras al gobierno de Alfonsín y a los gobiernos de los Kirchner y plenos simpatizantes de las políticas de la administración de Carlos Menem.

En tanto, siete de los organismos de derechos humanos (Abuelas de Plaza de Mayo, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Centro de Estudios Legales y Sociales, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, Liga Argentina por los Derechos del Hombre, Servicio de Paz y Justicia para América Latina y Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos), firmaron un documento que era un extenso y minucioso programa de propuestas y reformas sobre el tema que se dirigía claramente a operar sobre las consecuencias brutales de la represión ejecutada por la dictadura. El texto proponía medidas de corto plazo y otras de fondo: libertad de los detenidos desaparecidos; reintegro de los niños secuestrados a sus familias; levantamiento del estado de sitio; declarar por ley la calificación del delito de des-

aparición de personas como "crimen de lesa humanidad" y, por lo tanto, certificarlo como imprescriptible, no amniable, extraditable e insusceptible de asilo político y la sanción con la máxima pena del delito de torturas. Solicitaba nueve reivindicaciones: nulidad de las leyes de excepción dictadas para recubrir la represión clandestina y dotarla de legalidad; desmantelamiento del aparato represivo; ratificación de los pactos forjados en las Naciones Unidas y en la OEA sobre derechos humanos, económicos, sociales y culturales; perfeccionamiento de la legislación sobre habeas corpus y amparo; facilidades para el regreso de los exiliados; designación de nuevos jueces e investigación sobre las responsabilidades del Poder Judicial durante la dictadura; modificación del Código de Justicia Militar eliminando el fuero personal contrario a la Constitución Nacional; remoción de los diplomáticos que se hubieran comprometido con la violación de los derechos humanos; investigación sobre el secuestro de niños y de los nacidos en cautiverio y anulación de las adopciones que se hubieran producido. Los organismos pedían la constitución de una comisión investigadora parlamentaria para investigar todas las responsabilidades políticas respecto a la política represiva dictatorial (Verbitsky, H., mayo de 1987: 69-70).

El documento se convirtió en una suerte de programa máximo de los organismos (aunque el más reconocido de entre los mismos, las Madres de Plaza de Mayo se mantuvieron al margen del mismo y de una acción conjunta con las otras organizaciones) y después de las elecciones, en el período constitucional, su contenido fue influyendo progresivamente en el conjunto de la sociedad argentina. Empero, la demanda de conformar una comisión parlamentaria de investigación fue desechado por el gobierno radical que emergió de los comicios. El peso de la política de derechos humanos se convirtió en mucho más que en disposiciones legales. Llegó, en una proyección de décadas a

introducirse en las organizaciones deportivas y hasta en las propias FFAA. El desarrollo de esta política fue posible por una destacada intervención femenina -proto feminista- en su planificación y militancia, una de las transformaciones más notables de toda la sociedad civil y el Estado que incluyó, aquí también, a las FFAA. El régimen militar encabezado por Bignone y Nicolaidis, acompañados por los jefes de la ARA y la FAA no se dio por vencido ni convencido y promulgó el 23 de septiembre un decreto ley para evitar los enjuiciamientos por "Actividades Subversivas" a sus propios camaradas, lo que fue denominado por los sectores mayoritarios de la sociedad, como "la Ley de Auto Amnistía". La norma levantó una ola de repudios de sectores políticos y de los organismos de derechos humanos. En la Iglesia, hubo respaldo de la mayoría de los integrantes del Episcopado. Los arzobispos Primatesta, Quarracino y Rubiolo consideraron que "el documento es valiente y está bien hecho, en tanto que la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina integrada por el mencionado Primatesta, Aramburu y López lograban advertir en el texto dictatorial "aspectos positivos que pueden constituir un paso hacia la reconciliación". En cambio, el arzobispo de Santa Fe, monseñor Zaspé, hizo tronar toda su voz pastoral contra "la insólita calificación de actos de servicio para la tortura, el secuestro impune, la muerte clandestina, la detención sin proceso, la entrega de niños de desaparecidos y el latrocinio descarado de los hogares" (Calcagno, J.L., 2013:23-24).

El 24 de octubre, "el imperialismo invadió Granada", condenó Alfonsín al desembarco de los Marines en la isla caribeña en la que un proceso revolucionario conducido por Maurice Bishop con el apoyo de la Revolución Cubana se había desarrollado hasta ser abruptamente concluido [119]. Lo hizo en el enorme acto de cierre de campaña celebrado dos días después con la presencia de 600 a 800 mil personas, un poco menos que el

del cierre peronista en el mismo lugar - el Obelisco de la ciudad de Buenos Aires. Las encuestas, aun las que había encargado el justicialismo, daban ya el perfil de la primera victoria del radicalismo sobre el peronismo.

El día 29 de octubre, la dictadura levantó el estado de sitio vigente desde hacía 9 años y anunció a través de Bignone que el gobierno sería entregado antes de la anunciada fecha del 30 de enero de 1984.

Al día siguiente, Raúl Alfonsín alcanzaba el 51.75 % de los votos (7.724.559 votos) y 338 electores (mayoría absoluta) en el Colegio Electoral, contra el 40.16 % de Ítalo Luder (5.995.402 votos) y 245 electores, en un sólido resultado electoral y político en el que por primera vez el peronismo era derrotado en una elección presidencial sin proscripciones. La diferencia con los otros candidatos fue abrumadora; Oscar Alende, del partido Intransigente, logró el 1.19 % (177.426) y Francisco Manrique, de la Alianza federal llegó al 0.72 % (107.188 votos). El reparto de poder político en el plano legislativo nacional y de las gobernaciones provinciales fue más parejo. La UCR logró 129 diputados nacionales sobre 254 y el peronismo 115; los senadores fueron 18 radicales sobre 46 y el peronismo se quedó con 21. La UCR obtuvo siete gobernaciones y el PJ catorce. El 23 de diciembre, el teniente general Nicolaidis ordenó a las diversas dependencias del Ejército destruir los archivos de la represión, con el absurdo argumento de que la información sobre el tema sería centralizada. La medida generó un alto nivel de repudio en la opinión pública.

Pese a en los comienzos de la salida de la dictadura, el régimen había planteado entregar el poder el 25 de mayo de 1984, luego se rectificó para la insólita fecha del 30 de enero de 1984. Empujado por el absoluto desprestigio, la crisis económico-social, la demanda de justicia por las atrocidades cometidas, el proceso

aceptó adelantar la fecha, que fue fijada por Alfonsín para el 10 de diciembre, Día Internacional de los Derechos Humanos. En esa jornada, Raúl Alfonsín juró como presidente de la República y la pesadilla dictatorial concluyó.

CITAS Y NOTAS

[1] Gregorio Pomar nació en Córdoba en 1947. Ingresó en el CMN en 1964 y egresó en diciembre de 1966 como subteniente de Infantería, ocupando la posición 23 entre los 159 integrantes de la promoción 77. Alcanzó el grado de teniente primero. Obtuvo la baja en 1978.

[2] Alberto Alfredo Valín nació en Córdoba en 1926. Ingresó en el CMN en 1945 y egresó en 1947 como subteniente de Artillería, ocupando la posición 126 en el orden de méritos de la promoción 77. Logró el título de OIE y alcanzó el grado de general de brigada con el que se retiró en 1982. Murió en 1995.

[3] “El mejor enemigo es el enemigo muerto” fue la consigna utilizada por la revista peronista de ultra derecha “El Caudillo”, dirigida por Felipe Romeo, y que estaba estrechamente vinculada al ministro de Bienestar Social, José López Rega, también secretario privado de Perón y luego de Isabel Perón, e inspirador de la organización terrorista de ultra derecha “Triple A”.

[4] El libro es “La Segunda Guerra Mundial”, del mayor general J.F. Fuller, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar Argentino, vol. 382, pag.18.

[5] Federico Mittelbach nació en la provincia de Buenos Aires en 1929. Ingresó en el CMN en 1948 y egresó como subteniente de Caballería en 1950, ocupando el lugar 2 en el orden de mérito en la promoción 80. Alcanzó el grado de capitán y fue dado de baja en 1987. Mittelbach había pasado a retiro en 1976. En 1987 fue dado de baja por negarse a participar de un “tribunal de honor” que debía juzgar sus artículos periodísticos sobre la represión en la dictadura militar, cuyos textos forman parte del libro citado aquí.

[6] La información sobre los Cuerpos de Ejército, Zonas, Subzonas y Áreas proviene del citado libro de Federico Mittelbach “Informe sobre desaparecidos”.

[7] Curiosamente, Montoneros varios años después utilizaría como su propia caracterización, la de “organización político-militar”, antes de mutar ésta para utilizar las de Partido y Ejército Montonero.

[8] La información sobre los Comandos, Subzonas y Áreas esta extraída del mencionado “Informe sobre Desaparecidos” de Federico Mittelbach.

[9] Calveiro, Pilar, “Poder y Desaparición. Los campos de concentración en la Argentina”. Editorial Colihue, Buenos Aires, 2019.

[10] Difícilmente, Rico podría presentar un ejemplo de éste tipo porque nunca se registró un ataque a una escuela por parte de las organizaciones guerrilleras. Éste es el caso de una situación inventada para dar justificación a la tortura.

[11] Estos libros eran: "El Uruguay y la política internacional del Río de la Plata" de Eduardo Víctor Haedo, importante dirigente del partido Nacional (Blanco) de ese país; "Manuel Ugarte" de Norberto Galasso; "De la economía social justicialista al régimen liberal capitalista" de Antonio Cafiero; "La batalla de Panamá" de Omar Torrijos; "La revolución peruana" de Juan Velasco Alvarado; "Neocapitalismo y comunicación de masas" de Heriberto Muraro; "La dominación imperialista" de Carlos María Vilas; "Dependencia y empresas multinacionales" de Salvador María Lozada; "Montoneras y caudillos en la historia argentina" del nacionalista ortodoxo Atilio García Mellid; "Bases históricas de la doctrina nacional" de Eduardo Astesano; "Santa Cruz, realidad y futuro" de Horacio Raúl Lafuente; "Los derechos constitucionales del trabajador" de Daniel E. Rudi; "El presidente colgado" y "Metal del diablo" ambos del autor boliviano Augusto Céspedes; "La misión Ponsonby" de Luis Alberto de Herrera. (Invernizzi, H., 2005:46) También fueron agregados a la lista "Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne" de Rodolfo Puiggrós; "Asalto a Cuba" de Oscar Pino Santos; "La Revolución Peronista" de Héctor Cámpora y "La Revolución Chilena" de Salvador Allende.

[12] Juan Carlos Walther nació en Córdoba en 1911. Ingresó en el CMN en 1927 y egresó en 1930 como subteniente del arma de Infantería ocupando el lugar 39 en el orden de mérito de la promoción 56. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de coronel con el que se retiró en 1958. Murió en 1981.

[13] Entre ellos se contaban: "Informe de la comisión exploradora del Chaco" de Arturo Seelstrang, 1977; "La nueva línea de frontera" de Adolfo Alsina, 1977; "Ejército guerrero, poblador y civilizador", Eduardo Ramayón, 1978; "Geopolítica, ciencia y técnica a través de la campaña del desierto" de Nora Siegrist de Gentile y María Haydeé Martín, 1981 (Concurso Homenaje Centenario de la campaña del desierto", Secretaría de Ciencia y Tecnología, Segundo Premio); "Diario de un viaje a las Salinas Grandes", coronel Pedro A. García, 1974 y 1976.

[14] Alberto Mario Xifra nació en Mendoza en 1948. Ingresó en el CMN en 1965 y egresó en 1969 como subteniente del arma de Infantería ocupando el lugar 41 en el orden de mérito entre 140 integrantes de la promoción 100. Obtuvo el título de OIM y ascendió a coronel. En 2001 continuaba en actividad.

[15] Estos intelectuales y científicos fueron, según consignó el acta 374 del 30 de marzo de 1977, el biólogo y futuro Premio Nobel Luis F. Leloir; el crítico literario y profesor universitario Ángel Battistesa; Francisco García Olano; el historiador Enrique Barba; José F. Westerkampf- un destacado físico que se convirtió en cofundador del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) luego de que un hijo suyo

desapareciera en ocasión de ser convocado en 1975 al servicio militar obligatorio; la jurista y primera mujer en integrar la Corte Suprema de Justicia con la dictadura de Onganía, Margarita Argúas; el filósofo Eugenio Pucciarelli, la pedagoga Fryda Schultz de Mantovani y Vicente Forte.

[16] Corbetta había sido jefe de la Policía Federal cuando ocurrió en 1976 el terrible atentado montonero contra la sede Coordinación Federal donde una poderosa bomba mató a muchos policías e hirió y mutiló a otros. La negativa de Corbetta de proceder de inmediato a fusilar a prisioneros políticos en represalia originó un virtual amotinamiento de la Policía Federal, lo que originó que fuera relevado de su cargo, aunque siguió en actividad. Esa negativa le brindó cierta fama luego de caída la dictadura cuando su actitud había sido apenas cumplir con la ley y las leyes de humanidad.

[17] Las referencias al tema Operación México están tomadas de la novel-fiction "Recuerdo de la Muerte" de Miguel Bonasso, en ese momento, secretario de prensa del Movimiento Peronista Montonero (MPM), la estructura política que intentaba desarrollar el partido Montonero. Bonasso fue receptor privilegiado de la revelación de la operación de la dictadura y escribió- con primera publicación en 1984- este texto sobre la base de la realidad. Fue una de los primeros escritos literarios en denunciar descriptivamente las acciones represivas de la dictadura en la ESMA y en el increíble operativo ideado por el general Galtieri.

[18] Valenzuela, pese a su revelación de la operación fue degradado por los Montoneros a teniente en su escalafón militar. Debió, por orden de su organización, regresar clandestinamente a la Argentina, donde fue nuevamente detectado por las fuerzas represivas, pero aparentemente logró suicidarse con una pastilla de cianuro. Su esposa María y su hijo Sebastián que habían permanecido secuestrados en la Quinta de Funes continúan desaparecidos.

[19] Carlos Alberto Martínez nació en Córdoba en 1928. Ingresó en el CMN en 1944 y egresó en 1947 como subteniente de Artillería ocupando el lugar 94 en el orden de mérito entre 233 cadetes de la promoción 76. Obtuvo los títulos de OEM y OIM. Alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en enero de 1982. Fue procesado por violaciones a los derechos humanos, pero no condenado. Detenido en su casa, murió en ella.

[20] Lino Daniel Montiel Forzano nació en Córdoba en 1924. Ingresó en el CMN en 1941 y egresó en 1944 con el grado de subteniente de Caballería con el tercer lugar en el orden de méritos de la promoción 72 integrada por 144 cadetes. Obtuvo el título de OIM. Alcanzó el grado de general de brigada. Se retiró en febrero de 1973. Su hermano Juan José Montiel Forzano fue coronel del Ejército y participó en el intento de toma de la Guarnición Curuzú Cuatiá en el golpe de la revolución libertadora. Sergio Montiel, hermano de los anteriores, fue gobernador radical de

Entre Ríos entre 1983 y 1987. Éste último derogó una “semana de la memoria” en la provincia con el objetivo de propiciar “la reconciliación nacional”.

[21] Pablo Pineau señaló en el texto mencionado que fue por medio de la nota secreta 48/14 hallada en el archivo BANADE. Se denominó así al hallazgo realizado por un empleado en el local del ex Banco Nacional de Desarrollo de un conjunto caótico de copias en papel carbónico, remitos, borradores y gruesas carpetas conteniendo documentación que señalaba diversos mecanismos de persecución ejecutados durante la dictadura.

[22] Jorge Eduardo Méndez nació en Santa Fe en 1927. Ingresó en el CMN en 1946 y egresó en 1948 como subteniente del arma de Artillería, en la posición 22 en el orden de mérito entre los 294 integrantes de la promoción 78. Logró el título de OEM. Alcanzó el grado de teniente coronel con el que se retiró en junio de 1963. Fue también abogado. Murió en 1986.

[23] Agustín Camilo Valladares nació en la provincia de Buenos Aires en 1924. Ingresó en el CMN en 1942 y egresó en 1944 como subteniente del arma de Infantería, ocupando la posición 98 en el orden de mérito entre los 196 integrantes de la promoción 73. Obtuvo el título de OIM. Alcanzó el grado de coronel. Pasó a retiro en 1972.

[24] Hugo Gambini fue un reconocido periodista y escritor argentino, con un paso destacado por los semanarios “Primera Plana” y “Panorama” entre otros medios. Militante socialista del ala derecha del partido Socialista (el partido Socialista Democrático) y férreo anti-peronista.

[25] No quedan dudas de las responsabilidades criminales de Menéndez en su gestión al mando del Tercer Cuerpo durante la dictadura. En el caso de la frustrada guerra con Chile un cruce que se hubiera realizado de la forma en que se menciona en el texto, hubiera sido de una desastrosa ingenuidad táctica.

[26] El brigadier Pastor era el cuñado de Jorge Rafael Videla.

[27] Se trata, probablemente, del coronel Santiago Manuel Hoya, nacido en Córdoba en 1924. Ingresó en el CMN en 1943 y egresó en 1946 como subteniente de Infantería, ocupando la posición 126 en el orden de mérito entre los 193 integrantes de la promoción 75. Obtuvo el título de OIE (Oficial de Informaciones) y alcanzó el grado de coronel, con el que pasó a retiro, probablemente por su pertenencia al banco “colorado”. (Figueroa, A.M. op. cit.)

[28] Julio César Durand nació en Tucumán en 1936. Ingresó en el CMN en 1955 y egresó en 1958 con el grado de subteniente de Infantería, ocupando la posición 31 entre 117 integrantes de la promoción 88. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado de coronel con el que pasó a retiro en 1986.

[29] Julio Víctor Carreto nació en 1942 en la provincia de Buenos Aires. Ingresó en el CMN en 1961 y egresó en 1964 como subteniente del arma de Ingenieros, ocupando la posición 15 en el orden de mérito entre los 102 integrantes de la promoción 94. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado de coronel con el que pasó a retiro en 1991.

[30] Onganía intervino con una declaración pública pocos días después de su derrocamiento para rechazar indignado la especie que pretendía vincularlo con el secuestro de Aramburu, deslizada por los amigos ultra gorilas y "colorados" del ex presidente capturado por los Montoneros. Brindó en esos días contactos con dos revistas semanales -Panorama y Análisis - donde no dejó que se transcribieran citas textuales de sus dichos. En 1995 dejó su silencio para proclamarse candidato presidencial por un pequeño grupo político, pero al poco tiempo renunció a la postulación, aunque su nombre quedó inscripto en las boletas electorales. No dejó memoria alguna que justificara su accionar político.

[31] La observación crítica sobre esta afirmación de Quiroga en modo alguno cuestiona la rigurosidad de su trabajo, un sólido análisis del intento de los militares por implantar un sistema político como descendencia de la dictadura.

[32] Revista Panorama, años XIV, nro. 1, junio 1976, pag.4, en Quiroga, H, op.cit.p.63.

[33] Entre éstas Canelo señala las llevadas a cabo por Azpiazu, Basualdo y Khavisse; Canitrot, Castellani; Pucciarelli; Rougier; Schorr y Schvarzer.

[34] Canelo construye su investigación sobre la lectura de las 280 Actas Secretas de la Junta Militar redactadas entre julio de 1976 y noviembre de 1983, descubiertas en el Edificio Cóndor, sede del Estado Mayor General de la Fuerza Aérea en 2013, durante la primera gestión en Defensa de Agustín Rossi, como elementos jurídicos de enorme importancia y los denominados "Planes Políticos" de la dictadura de diversos orígenes castrense y civil, elaborados desde variados espacios del gobierno con contribuciones de asesores e ideólogos del régimen dictatorial.

[35] Integraban, entre otros, la promoción 74 del CMN, Ramón Genaro Diaz Bessone, Santiago Omar Riveros, Otto Carlos Paladino, Luciano Benjamín Menéndez, Osvaldo René Azpitarte, Guillermo Ezcurra, Carlos Alberto Dallatea, Albano Harguindeguy, Eduardo Episcopo, Alberto Garasino, Leopoldo Fortunato Galtieri, Jorge Carlos Olivera Rovere, Juan Jaime Cesio, Hugo Raúl Miori Pereira.

[36] Guevara, retirado de la vida política fundó una comunidad en Córdoba en la que sus habitantes participaban haciendo eje en la caridad, la penitencia y el ayuno. Cuando enviudó ingresó en una orden terciaria. Murió en el Hospital Militar de Campo de Mayo.

[37] Es en ese momento, 1973 que Diaz Bessone y sus colaboradores crean la "Fundación Argentina año 2000" y los "Centros de Estudios Prospectivos. La Fundación, dirigida por fray Michel Jean Paul Ramlot (1925-2004) toma como base el citado documento "Proyecto Nacional" (documento de trabajo). (Quiroga, H. op.cit: 2106) El padre fray Ramlot era un sacerdote dominico de origen belga que llegó a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Mendoza en 1969 para estudiar el problema del agua y la regionalización. Fue, además de sacerdote, economista, geógrafo, sociólogo. Era discípulo del padre Louis Lebret, el dominico francés que fundó el Centro de Economía Humana, una corriente social cristiana también liderada por Francois Perroux. El Centro Argentino de Economía Humana (CAEH), agrupó en la argentina a democristianos progresistas, algunos de los cuales devinieron peronistas del ala izquierda. Desde 1954 a 1969 Ramlot vivió en Uruguay, año en que se trasladó a la Argentina donde vivió hasta 1986, cuando viajó a Francia donde residió hasta su muerte. Fue prior, máxima autoridad de la orden en la provincia dominica argentina.

[38] Los colaboradores radicales del general Villareal tuvieron importantes desempeños en los gobiernos civiles posteriores a la dictadura. Yofre fue el hacedor del tema del pacto "militar-sindical" para la campaña de Alfonsín en 1983, tuvo estrecho contacto con el primer ministro de Defensa de Alfonsín, Raúl Borrás y, finalmente, fue jefe de campaña de la candidatura presidencial de Eduardo Angeloz en 1989. José María Lladós fue secretario de Producción para la Defensa en el ministerio comandado por Horacio Jaunarena y en el mismo ministerio fue secretario de Planeamiento cuando el ministro fuera López Murphy en la presidencia de De la Rúa. Virgilio Loiácono fue asesor de la Comisión de Asuntos Constitucionales de la Cámara de Senadores durante el gobierno de Alfonsín. En 1999, durante la presidencia de De la Rúa fue subsecretario de Asuntos Legales y en el 2000, Secretario Legal y Técnico de la Presidencia.

[39] El general de división Alfredo Saint-Jean era hermano del general de brigada (retirado), Manuel Ibérico Saint Jean, que fuera con Videla gobernador de Buenos Aires y líder del muy duro políticamente "Grupo La Plata". Alfredo nació en la provincia de Buenos Aires en 1926. Ingresó en el CMN en 1945 y egresó en 1947 con el grado de subteniente de Caballería ocupando el lugar 46 en el orden de mérito de los 236 integrantes de la promoción 77. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Se retiró en 1983 y murió en 1987.

[40] Nicanor Costa Méndez un abogado, profesor universitario y ensayista que ingresó en la diplomacia por afuera de la carrera profesional. Fue embajador en Chile a partir de 1962, durante la instancia Guido en la presidencia durante "azules" y "colorados", hasta 1964. Ejerció la profesión con un estudio particular y como abogado de importantes empresas extranjera cuyos directorios integró. En 1966 fue convocado por el teniente general Onganía para que lo acompañara en la cartera

de Relaciones Exteriores. Fue un integrante de cenáculos nacionalistas conservadores, acendradamente antiperonista y sobre todo fervoroso anticomunista y en ese carácter integró el "Ateneo de la República", fundado por el admirador de Franco y Mussolini, Mario Amadeo. La institución proveyó de muchos funcionarios del régimen de Onganía, hasta el Cordobazo de 1969.

[41] Roberto Alemann fue un abogado especializado en temas económico-financieros. Con su familia fue propietario del diario en alemán "Argentinisches Tageblatt", editado en Buenos Aires. Fue representante de la Unión de Bancos Suizos (UBS). Ocupó el ministerio de Economía del presidente Frondizi, embajador en Estados Unidos durante la gestión del presidente Guido. y otra vez ministro de Economía con Galtieri durante toda su breve gestión.

[42] Cayetano Licciardo fue contador público nacional graduado en la UNLP. Fue militante de la Acción Católica durante largos años. Ocupó ministro de Economía del régimen de Alejandro Agustín Lanusse. Desempeñó el decanato de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA durante la primera etapa del "proceso" y fue convocado a la cartera de Educación. Luego de la caída de la dictadura fue el rector de la conservadora Universidad Católica de La Plata.

[43] Sergio Martini nació en Roma y se graduó como ingeniero en los Estados Unidos. Fue directivo de la tabacalera Massalin y Celasco. En 1980 fue nombrado por la dictadura como presidente de la estatal Gas del Estado. Con el gobierno de Galtieri fue designado ministro de Obras Públicas. Integró los lobbys empresariales Consejo Empresarial Argentino (CEA, el Instituto de Desarrollo Económico Argentino (IDEA) y la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL). Fue miembro también de Instituto Argentino del Petróleo y el Gas (IAPG) y de la Cámara de la Industria Química y Petroquímica.

[44] El vicealmirante Carlos Alberto Lacoste egresó de la ENM en 1948 y alcanzó el grado de contralmirante en 1977, durante la dictadura y luego fue ascendido a vicealmirante. Era primo hermano de la esposa de Jorge Videla y su segunda esposa tenía el mismo parentesco con Leopoldo Galtieri. Ocupó el cargo de integrante del Ente Autárquico Mundial (EAM) 78, organismo encargado de la organización del mundial de fútbol, donde registró numerosas polémicas con el secretario de Hacienda, Juan Alemann, a propósito de los costos del evento que el secretario consideraba desmesurados. Luego del asesinato, durante el proceso del general Omar Actis, atribuido a los grupos de tareas de la Armada, Lacoste lo reemplazó en toda la realización del torneo. Ocupó cargos en la Confederación Sudamericana de Fútbol y en la FIFA. Ocupó interinamente la presidencia de la República por once días entre el derrocamiento de Viola y la asunción de Galtieri. Fue acusado ante la Justicia de un incremento inexplicable del 443 % de su patrimonio. Pero no fue condenado. El ex capitán naval Alfredo Scilingo lo mencionó en un libro de su autoría como participante de los grupos de tareas de la ESMA.

[45] Horacio Rodríguez Castells se graduó como médico en la UBA, con especialidad en fisiología y se integró como docente a la cátedra que encabezara el premio Nobel Bernardo Houssay. Se desempeñó como presidente de la Sociedad Internacional de Lucha contra la Tuberculosis. Fue ministro o secretario de Salud Pública en los gobiernos dictatoriales de Guido, Levingston, Lanusse, Galtieri y Bignone.

[46] Lucas Lennon se recibió como abogado en la UBA donde ejerció como profesor del mismo modo que en el Museo Social Argentino y en la Universidad Católica Argentina. Fue juez penal y conjuer de la Corte Suprema. Fue ministro de Justicia con Galtieri y con Bignone y luego defensor de éstos y otros represores en los juicios iniciados por Alfonsín.

[47] Julio Porcile fue brigadier de la Fuerza Aérea Argentina. Se especializó como oficial de informaciones. Fue interventor de la CGT con la presidencia de Videla; luego ministro de Trabajo de Viola, interino de Interior durante la transición Viola-Galtieri y nuevamente ministro de Trabajo con Galtieri.

[48] Jorge Isaac Anaya nació en 1926 e ingresó en el ENM en 1944 ocupando el segundo puesto en orden de mérito de la promoción 75, egresada el noviembre de 1948.

[49] En 1939, en la Segunda Guerra Mundial, los alemanes situaron al mejor de sus "cruceiros de bolsillo" - así llamados por las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles- en la persecución de presas mercantes en todo el Atlántico Sur, operación en la que tuvo gran éxito. El nombre del barco era "Graff Spee" y fue vencido después de una dura batalla, en las aguas del Río de la Plata, por tres cruceros ingleses el "Ajax", el "Achilles" y el "Exeter". El capitán alemán hundió el barco en el Plata, habiendo desembarcado antes en Buenos Aires a su tripulación, que recibió asilo del gobierno neutralista de Ramón Castillo y se suicidó en tierra.

[50] Carlos Obligado fue un escritor argentino, hijo de Rafael Obligado - autor del poema gauchesco "Santos Vega" - graduado en letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Fue director de la Comisión de Bibliotecas Populares.

[51] No era la única manifestación de prensa de la época que anticipaba por años el clima que el tema Malvinas podría desencadenar. En ese mismo mes de diciembre, el semanario liberal "Análisis", competencia de "Primera Plana", publicó un editorial debido a la pluma de su director Fernando Morduchowicz, socio del político conservador Julio César Cueto Rúa, acerca del episodio Lord Chalfont, Stewart y Costa Méndez. Decía "Análisis", una revista severamente enfrentada a la política de Onganía, salvo en el tema económico y que se había opuesto al golpe, que "nuestro pueblo no ha olvidado ese despojo "en referencia a la ocupación inglesa". Agregaba que "está en juego la integridad territorial de la Nación y la defensa de su patrimonio político, cultural, e histórico(..) la actitud de los conservadores británicos es particularmente

expresiva del aprovechamiento que puede hacerse con fines políticos internos de un tema que toca zonas sensibles del orgullo nacional (..) Atacan (los conservadores) con saña al gobierno, cuyo vocero ocasional en los Comunes, hostigado por la oposición, debió recordar que las gestiones entre Gran Bretaña y la Argentina obedecían a una resolución explícita de las Naciones Unidas, que la primera se comprometió a cumplir (..) el reintegro de las islas Malvinas está escrito en la pared (..) El orgullo de ver reparada una lesión a nuestra soberanía deben alegrar a todos los argentinos y justificar la celebración del acontecimiento por todos, sin distinción de clase alguna”.

[52] Juan José Lombardo nació en 1927 e ingresó en la ENM en 1946. Ocupó el tercer lugar en el orden de mérito de la promoción 77 integrada por 69 integrantes. Egresó en diciembre de 1950.

[53] En 1965, un futbolista del Racing Club, Luis Pentrelli, vuelto de Italia después de una larga campaña, revolucionó los conceptos tácticos empleados hasta entonces en el estancado fútbol criollo, enunciando una fórmula que practicaba: apenas recibía la pelota la pasaba a un compañero y se desplazaba velozmente para volver a recibirla en soledad. La adaptación a la política fue fulminante y se convirtió en una fórmula que predicaba la movilidad y el cambio posicional como elemento clave.

[54] Jesús Iglesias Rouco era un periodista español que había llegado a la Argentina en 1981 después de desempeñarse en el prestigioso matutino “El País” de Madrid, desde donde según una versión - no confirmada- fue despedido por plagio. En Buenos Aires se desempeñó como columnista político de “La Prensa”, recogiendo información privilegiada de diversas fuentes militares. Luego del restablecimiento del orden constitucional fundó el semanario “El Informador Público”, un medio intensamente opositor al gobierno del presidente Raúl Alfonsín y difusor de las políticas de los militares “carapintadas”.

[55] Según su biógrafo Claudio Uriarte la opinión de Massera respecto del tema fue prescindente. Un vicealmirante lo visitó en la sede del diario “Convicción” y le dijo, radiante, “-El almirante Anaya me manda decirle que espera que el próximo 2 de abril usted se encuentra aquí, en su posición de mando. Massera contestó, displicente:- El 2 de abril yo voy a estar en Pinamar (Uriarte, Claudio, Almirante Cero, Espejo de la Argentina, Planeta, 1992, pag.357). Claro que “Convicción” la propició y respaldó, pero Massera se mantuvo en segundo plano. Nunca la condenó con posterioridad.

[56] Título de una zamba compuesta por Atahualpa Yupanqui, dedicada a las Malvinas.

[57] Las islas Georgias y Sandwich del Sur habían sido incluidas en el protocolo de 1971 formado por Gran Bretaña y la Argentina para que ésta última, estableciera una línea aérea que uniera Río Gallegos y Stanley y proveyera de combustible a la población. La operación estuvo a cargo de LADE, es decir, de la FAA. En ese acuerdo las

Georgias y las Sandwich quedaban contenidas dentro de la jurisdicción de las Malvinas. Pero cuando se desató el conflicto por el viaje de Davidoff, el gobernador Hunt señaló que ellas no eran parte de Malvinas, sino directamente de la Corona británica. Esa disposición había sido consentida por la Argentina en el acta británico-argentina de Nueva York que fue luego rechazada por la Junta Militar, entre otras razones, porque omitía a las Georgias y las Sandwich de las jurisdicción Malvinas.

[58] HMS es la abreviatura en inglés de Her Majesty Ship (el barco de su majestad), con el que se identifican todos los barcos que pertenecen a la marina de guerra de Londres, la Royal Navy.

[59] El Comité Militar, de acuerdo con la complicada burocracia de la dictadura estaba integrado por los tres comandantes de las FFAA y el Presidente, "el cuarto hombre". Pero como se había vuelto a saltar la tesis de que el Presidente fuera un militar retirado y se había retornado, como en la primera época de Videla a unificar el cargo de Presidente con el de Comandante en Jefe del Ejército, el Comité Militar equivalía en la práctica a la Junta Militar, aunque en algunas reuniones admitía personal militar y aún civil en carácter de asesor político-técnico.

[60] Thatcher había manifestado su dureza brutal cuando se produjo la huelga de hambre de los prisioneros del IRA en Irlanda del Norte. Los reclusos reclamaban el tratamiento de presos políticos, lo que los apartaría de diversas normas vigentes para los comunes. El 5 de mayo de 1981, un año antes del desembarco argentino en Malvinas moría en la cárcel el más popular de los huelguistas, Bobby Sands, condenado a 14 años de prisión por "posesión de armas". Sands había sido electo en abril como miembro de la Cámara de los Comunes por una circunscripción de Irlanda del Norte, donde todos los partidos pro unificadores con la República de Irlanda (de obediencia católica) apoyaron al candidato del IRA y el partido Sinn Fein. Thatcher se negó explícitamente a ceder en el tema y la muerte de Sands causó un gran repudio en el país, que ya estaba además azotado por movilizaciones y huelgas en rechazo a la durísima política social de la primera ministra neo-liberal. Casi inmediatamente a la muerte de Sands, la Cámara de los Comunes votó una ley prohibiendo participar como candidato a integrar ese cuerpo a todo condenado a más de un año de prisión. La primera ministra había gobernado con huelgas mineras de diciembre de 1978 a enero de 1979, que enfrentaban como otros sectores de la sociedad sus políticas de desregulación financiera, flexibilización laboral, privatización de empresas públicas y reducción del poder sindical. El mismo programa frente al IRA en Irlanda del Norte y toda la sociedad británica que la dictadura militar del proceso desarrollaba en la Argentina.

[61] Mario Benjamín Menéndez nació en Córdoba en 1930. Ingresó en el CMN en 1947 y egresó en 1949 como subteniente de Infantería ocupando la posición quinta en el orden de mérito de los 223 integrantes de la promoción 79. Obtuvo el título de

OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en enero de 1983 (Figueroa, A.M., op. cit.: 297). Tuvo entre sus destinos el regimiento 11 de infantería de Rosario y la Escuela de Tropas Blindadas. Fue profesor de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército boliviano durante dos años, profesor en la ESG y profesor invitado en la Escuela de Guerra de la Infantería de Marina-ARA, segundo jefe del regimiento 17 de Infantería Aerotransportada en Catamarca, jefe de operaciones de la VII brigada de infantería de Corrientes. Luego fue jefe del Estado Mayor en Operaciones del "Operativo Independencia" en Tucumán- zona de lucha contra la guerrilla del ERP -, fue luego jefe del Depto. De Estrategia para la lucha contra la subversión, dentro del EMGE, durante 1976 y 1977. Después pasó a ser jefe de la Escuela de suboficiales; ascendió a general y fue destinado a la comandancia de la Brigada VI de Infantería de Montaña en Neuquén. Finalmente, fue nombrado jefe III (Operaciones) del EMGE y en ese cargo fue destinado a ser gobernador militar de Malvinas jefe del Comando Conjunto en las islas (Túrolo, C. M., op. cit.: 53-54). Murió en 2015.

[62] El Grupo de Discusión Socialista, conocido también como Mesa Socialista, afirmó desde México en un documento que "la soberanía argentina sobre las Malvinas abre la posibilidad de una lucha popular en el interior del país para impedir que los gobernantes de turno la desbaraten en los hechos mediante la entrega (..) por eso, el apoyo de los países no alineados; por eso el apoyo de Cuba, de Nicaragua o del Frente Farabundo Martí. Porque produjeron un hecho con consecuencias ya no le pertenecen plenamente (..) la postura anglo-norteamericana es de una nitidez que no admite confusiones; resulta absolutamente coherente con la política exterior de Reagan y de Thatcher y se llama colonialismo. Firmaban esta comunicación, entre otros: José Aricó, Sergio Bufano, Gregorio Kaminsky, Ana María Kaufman, Ricardo Nudelman, Norma Osnajansky, Haydée Birgin, Emilio de Ipola, Néstor García Canclini, José Nun, Ana María Pérez, Juan Carlos Portantiero, Enrico Stefani y Sergio Sinay. A este texto respondió el filósofo marxista León Rozitchner en un largo y duro análisis de esta posición donde afirmaba: "¿Qué pueblo es el nuestro que se anota en todas y que sin embargo, lo fundamental que lo aprieta, lo atosiga y que mira de costado, siempre queriendo darse un espectáculo, aunque sea el de su propia destrucción como nación?" (Rozitchner, L., 2005: 121-122, 146-147). Por su parte, un sector significativo del peronismo de izquierda, también de México, señalaba que "ante el legítimo acto de recuperación del territorio de las islas Malvinas, opinaba que "la posesión de las Malvinas por la Corona Británica es una situación colonial, como son los casos de Puerto Rico, las bases yanquis de Guantánamo (Cuba) y el Canal de Panamá, o aquellos de la Guayana francesa, Martinica y Guadalupe, en poder de Francia (..) Sabemos que la Junta Militar realizó este acto nacionalista para modificar su imagen teñida de sangre argentina y ahora también centroamericana (..) La soberanía nacional es indisociable de la lucha popular por la recuperación de todos los derechos democráticos, la aparición con vida de los desaparecidos y la defensa integral del patrimonio nacional (..) La Junta Militar encabezada por el general Leopoldo Galtieri usurpa los derechos soberanos del pueblo argentino y es responsable de la desaparición y encarcelamiento de más de 30 mil compatriotas. Entre Las firman que

lo acompañaron figuraron las de Juan Carlos Añón, Norma Barros, Jorge Luis Bernetti, Luis Bruschtein, Pedro de Sarrasqueta, José Ricardo Eliashev, Fermín Estrella, Miguel Espejo, Lilia Ferreira, Mempo Giardinelli, Ernesto López, Eusebio Maestre, Héctor Mauriño, Liliana Mazure, Sara Melul, Adriana Puiggrós, José Serra, Elena Squarzon, Silvia Yulis (Bernetti, J.L. y Giardinelli, M., 2003: 229-231).

[63] El 1 de septiembre de ese 1982, el presidente mexicano López Portillo emitió dos decretos estableciendo el control de cambios y nacionalizando la banca privada en todo el país. Era la primera vez desde la Revolución Cubana en 1959 y la segunda en América Latina que se producía semejante hecho, luego revertido por sus sucesores.

[64] La radio, la de mayor audiencia en el país por varias décadas, señaló por boca de Jorge Talamoni, presidente de su directorio que era "una iniciativa para defender la soberanía argentina en las Malvinas. La convocatoria se hacía a los sones de la Marcha San Lorenzo, por el programa de Fernando Bravo, entre otro. (Yofre, J.B., op. cit.)

[65] Gustavo Adolfo Tamaño nació en Corrientes en 1957. Ingresó en el CMN en 1976 y egresó en 1979 como subteniente de Caballería en la posición 81 de los 148 integrantes de Armas de la promoción 110. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de coronel con el que se retiró en el 2010. Desempeñó durante la gestión del teniente general Bendini como jefe del EMGE, el cargo de jefe de Prensa del Ejército. Fue gravemente herido en los combates y trasladado al hospital naval de Puerto Belgrano, donde después de un largo y serio proceso recuperatorio, salvó su vida.

[66] El Scimitar inglés es un vehículo de Reconocimiento y Combate (CVRT), tanque liviano construido por la empresa Alvis y dotado de un cañón automático de 30 mm.

[67] El Scorpion es un vehículo de reconocimiento y combate (CVRT), otro tanque liviano construido por Alvis y exactamente igual que el Scimitar y dotado de un cañón automático de 30 mm.

[68] En los 9 puntos resolutivos, la asamblea de la OEA decidió: "Urgir al gobierno del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte a que cese de inmediato las hostilidades que realiza en la región de seguridad definida por el artículo 4º. del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y a que se abstenga, además, de cualquier acto que pueda afectar la paz y la seguridad interamericanas: urgir al gobierno de la República Argentina a que se abstenga de cualquier acción que pueda agravar la situación; instar a dichos gobiernos a que establezcan una tregua que permita la reanudación del normal desenvolvimiento de las gestiones conducentes a la solución pacífica del conflicto, teniendo en cuenta los derechos de soberanía de la República Argentina sobre las islas Malvinas, así como a los intereses de sus pobladores; tomar nota de las informaciones recibidas sobre las importantes gestiones del Secretario de Estado de los Estados Unidos de América y expresar sus votos

por qué contribuyan efectivamente a la solución pacífica del conflicto; deplorar la adopción por los miembros de la Comunidad Económica Europea y otros Estados de medidas coercitivas de carácter económico y político que perjudican al pueblo argentino y exhortarles a que dichas medidas sean levantadas, señalando que constituyen un grave precedente por cuanto no están amparada en la resolución 502 (1982) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y son incompatibles con las Cartas de la ONU, de la OEA y con el Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT); encargar al presidente de la Vigésima Reunión de consulta que presente formal e inmediatamente esta resolución al Presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para que la haga del conocimiento de los miembros del Consejo; mantener abierta la Vigésima Reunión de Consulta, especialmente con el objeto de velar por el cumplimiento de esta resolución y tomar las medidas adicionales que estime necesarias para restablecer y preservar la paz y resolver por medios pacíficos el conflicto surgido (Cardoso, et al, op. cit.: 241-242).

[69] Candidato a presidente de los Estados Unidos por el partido Demócrata en los comicios de 2020.

[70] El Boeing 707 es un avión de transporte cuatrirreactor de largo alcance. "Por su gran autonomía de vuelo resultó apto para empleos de búsqueda, exploración y reconocimiento sobre el mar, a pesar de no estar provisto en esas circunstancias (de la guerra) de equipos especiales de búsqueda electrónica" (Andrada, B.H., 1983: 22).

[71] El Harrier era un avión de caza fabricado por la British Aerospace que comenzó a ser utilizado por la Royal Navy en 1979. Su característica más original es que puede despegar y aterrizar en forma vertical, lo que lo independiza de pistas y aeropuertos y, por cierto, desde portaaviones con mucha más facilidad que los aviones tradicionales. Estaba equipado con cañones Aden de 30 mm. y de los temibles Sidewinder AIM 9L infrarrojos. Alcanzaba una velocidad supersónica de 2,5 Mach.

[72] El avión de caza Mc Donnell A-4, B y C Skyhawk había sido diseñado y construido en los EEUU sobre la base de la experiencia de la guerra de Corea. Cazabombardero, monoplaza y monomotor. Posee distintas versiones, según sus motores, equipamiento electrónico y armamento. En servicio en la FAA desde 1967.

[73] El avión Dassault Mirage V "Dagger" es un aparato construido en Israel a partir del Mirage III C francés. Está concebido para operaciones aéreas tácticas, de ataque a fuerzas de superficie. Posee 7 estaciones de carga para tanque externos de combustibles; está equipado con bombas y misiles. Participó de manera destacada en los ataques a buques ingleses (Andrada, B.H., op. cit.: 23).

[74] El Vulcan (Hawker Siddeley Vulcan B Mk. 2) era un bombardero estratégico cuatrirreactor de alta delta, con capacidad convencional o nuclear, capaz de cargar 10

tn. de bombas. Con velocidad transónica, puede ser abastecido en vuelo y estaba en servicio en la RAF desde 1950 (Andrada, op.cit.:35).

[75] El Lockheed C-130 "Hércules" fue un avión diseñado en los Estados Unidos para las necesidades del Comando Aéreo Táctico de la USAF. Es un cuatrimotor turbohélice que puede transportar tropas de asalto, paracaidistas, cargas y heridos. Tiene la capacidad distintiva de operar en pista cortas y aún en las no pavimentadas. Fue decisivo en el puente aéreo a Malvinas (Andrada, B.H., op. cit.: 21).

[76] El porta aviones HMS-Hermes de 28.000 tn. Estaba en servicio en la Royal Navy desde 1959 era el único con una cubierta convencional de gran longitud.

[77] El HMS Invincible era un portaaviones de 19.500 tn. en servicio desde 1980, integrante de una nueva generación de barcos muy livianos construidos especialmente para cumplir tareas anti submarinas. Llevaba como dotación 8 Sea Harriers y un número de helicópteros Sea King. Poseía para su defensa cañones antiaéreos y misiles Sea Dart. En el marco del programa de transformación de la Royal Navy que la guerra de Malvinas vino a interrumpir, el portaaviones había sido vendido a Australia, país al cual se lo debía entregar en 1983 (Andrada, B.H., op.cit.: 30).

[78] El avión Dassault Super Etendard fue construido en Francia y fue utilizado por la Aviación Naval. Es un mono reactor de ataque a media y baja altura para ser empleado desde porta aviones. Su arma principal fue el misil Exocet AM 39, pero está equipado además con dos cañones de 30 mm., bombas de 250 y 400 kg. y misiles aire-aire o cohetas múltiples (Andrada, B.H., op.cit.:25-25).

[79] José Ardiles era primo del jugador de la selección argentina de fútbol Osvaldo Ardiles, integrante del equipo que ganó el campeonato mundial de ese deporte en 1978.

[80] El destructor tipo 42 era un barco construido para la Royal Navy. Se dio la particularidad que, por primera vez en las guerras navales del siglo XX fueron utilizados por flotas enfrentadas. El Sheffield y el Coventry británicos fueron hundidos por la aviación argentina. En la Flota de Mar argentina navegaban el ARA-Santísima Trinidad y el ARA-Hércules. Estaban equipados con misiles Sea Dart y contaban con 2 cañones Oerlikon de 20 mm.; 4 lanzadores de misiles MM-38 Exocet (en los barcos argentinos) y dos lanzadores de cohetes UGM-88 Harpon. Estaban provistos de tubos lanzatorpedos para la lucha antisubmarina.

[81] La fragata tipo 21 era un barco de la Royal Navy construido como escolta de propósito general a fines de los 60 en servicio hasta los 90. De 2750 tn. desplazaba una eslora de 110 metros; manga de 12,7 y calado de 5,8 m. Estaba equipado con lanzadores de cohetes Sea Cat y también con MM38 Exocet.

[82] La BRP es una bomba lanzada con paracaídas que tiene la particularidad de sofrenarse cuando es lanzada y permite entonces escapar al avión lanzador. (Moro, op. cit)

[83] Las referencias a estos ataques aéreos son extraídas del minucioso libro de Rubén Oscar Moro "La guerra inaudita", Edivérn.

[84] El avión Canberra era un bombardero de fabricación inglesa denominado English Electric Canberra o MK-62. Tenía versiones de y otra de 3 tripulantes, uno de los cuales ocupaba la posición de bombardero. Tenía 20 metros de largo y un peso total de 25 tn. pudiendo llevar cargas de bombas hasta de 5 mil kilogramos.

[85] Belaúnde Terry había sido derrocado en 1968 por el golpe militar nacionalista encabezado por el general Juan Velasco Alvarado que realizó un gobierno reformista en el que nacionalizó el petróleo, gran parte de la minería, impulsó la reforma agraria, cooperativizó la gran prensa escrita y armó a las FFAA con material francés y soviético. En 1975, fue derrocado por el general Morales Bermúdez que convocó a elecciones para formar un gobierno civil, el primero de la historia de ese país que surgió de elecciones donde votaron los analfabetos. El gobierno de Velasco Alvarado y su tendencia "peruanista" fueron considerados aliados por la conducción militar del general Carcagno al frente del Ejército argentino en 1973. El derrocamiento de Velasco Alvarado y la victoria electoral de Belaúnde fueron considerados éxitos por Washington.

[86] El SOFMA es un cañón argentino de calibre 155 mm.; alcance de 20 km. y un peso de 8,600 kg.

[87] Según la historia oficial de la Royal Navy el impacto del Exocet abrió un orificio de 1,20 m. de profundidad y 5 m. de largo. La cabeza explosiva de 168 kg., no estalló pero el combustible remanente de su motor produjo el incendio que obligó a su abandono y su posterior hundimiento.

[88] De Arcángelis, Mario, Historia de la guerra electrónica, Editorial San Martín, Madrid, 1983.

[89] Liddell Hart fue un militar inglés, teórico e historiador de la guerra, que desarrolló una interpretación innovadora de la estrategia: la de la "aproximación indirecta".

[90] El Aeromacchi: el MB es un reactor de entrenamiento avanzado, biplaza y de doble comando, equipado con un motor turbojet Rolls Royce Viper. Fue diseñado por la empresa italiana Aeronáutica Macchi SpA. Posee 6 estaciones para cargas alter natives de empleo, que incluyen cohetes, bombas, ametralladores y cañones o tanque de combustible (Andrada, B.H., op.cit.:25)

[91] Éstas incluían: 1. en la nariz del avión: entrada de aire izquierda, libre; el cono

retraído hasta la marca roja. Cubierta retirada. 2. Puerta de aire adicional: estado del resorte,3) Cañón: libre. 4. Rueda de nariz: a) palanca de traba de la puerta: retraída; b) franja reflectora en la válvula para extensión de emergencia; c) el anti-shimming: conectado: d) lockin roller: gira libre; tijeras: conectadas. La inspección exterior seguía con otras decenas de ítems a controlar: agujas de trabas quitadas, tapones de drenaje, fundas de los tubos pito, entradas de aire y otro número de comprobaciones que continuaban desde la escalerilla de acceso donde se habían 8 comprobaciones y luego venía la inspección de cabina con 64 controles más (Andrada, B.H., op. cit.:132-133). La complejidad y número de operaciones a realizar daba cuenta de la dificultad que se planteaba a un equipo de cierta vetustez para operar adecuadamente, un Fórmula 1 viejo en el aire.

[92] El Pucará contaba con un asiento eyectable Marín Baker 0-0, es decir, que podía utilizarse a una altura de cero metros, aun estando en tierra el avión (Andrada, B.H., op. cit.: 156).

[93] El Rapier es un misil británico tierra-aire.

[94] "Capanga" es una voz criolla derivada del guaraní que significa "capataz" y "autoritario" o "arbitrario".

[95] Estévez se convirtió en el relato oficial del Ejército en su máximo héroe militar y paradigma del oficial combatiente. Dejó una carta para su padre, para ser entregada para el caso en que muriera, en que dejó consignada su ideología tradicionalista católica de raíces hispánicas.

[96] El Milan es un proyectil antitanque teledirigido, muy útil para destruir refugios o casamatas (Thompson, J., op. cit.: 16).

[97] Chatón parece ser aquí aumentativo de chata, vehículo plano para desplazamiento de materiales, sobre todo en el campo.

[98] "Berreta" es una palabra del lunfardo argentino porteño que se utiliza como sinónimo de "vulgar", "poco refinado" o de segunda o tercera mano,"improvisado".

[99] El entonces vice comodoro Eugenio Miari señaló en el reportaje de Mariano de Vedia en "La Nación" que en marzo de 1982, fue informado que iba a Malvinas, y se dirigió a preguntar en la Cancillería. por las regulaciones del transporte en el archipiélago y fue recibido ante el pedido con una pregunta:"¿Ah, usted viene por la invasión ?" ¡ Qué gran secreto militar!

[100] Cristino Nicolaidés nació en Córdoba en enero de 1925. Ingresó en el CMN en 1944 y egresó en 1947 como subteniente del arma de Ingenieros, ocupando

el lugar 86 en el orden de mérito de promoción 76 integrada por 233 integrantes. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado de teniente general. Paso a retiro en diciembre de 1983.

[101] Reynaldo Antonio Benito Bignone nació en la provincia de Buenos Aires en 1928. Ingresó en el CMN en 1944 y egresó en 1947 como subteniente de Infantería ocupando la posición 32 entre los 233 integrantes de la promoción 76. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado de general de división con el que fue pasado a retiro en enero de 1982. Ocupó la presidencia de la Nación como el último de los dictadores del "proceso". Murió en 2018. Fue condenado por violaciones a los derechos humanos durante su actividad en el Ejército.

[102] Osvaldo Jorge García nació en Chaco en 1927. Ingresó en el CMN en 1945 y egresó en 1947 con el grado de subteniente de Infantería ocupando el lugar 24 en el orden de mérito de los 130 cadetes de la promoción 77. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado de general de división. Se retiró en agosto de 1982. Fue juzgado por violaciones a los derechos humanos cometidos en la dictadura donde el militar fuera Director de la Escuela de Infantería del Ejército y Director Nacional de la Gendarmería. Condenado a 18 años de prisión, murió en prisión en 2016.

[103] Jorge Alberto Marque nació en Córdoba en 1929. Ingresó en el CMN en 1947 y egresó en 1949 como subteniente del arma de Caballería, con el orden de mérito 4 entre los 223 integrantes de la promoción 79. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en enero de 1984.

[104] Llamil Reston nació en Santiago del Estero en 1926. Ingresó en el CMN en 1944 y egresó en 1947 como subteniente de Infantería. Ocupó la posición 197 entre los 233 integrantes de la promoción 76. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en 1983. Murió en 2019. Fue enjuiciado en procesos por violación a los derechos humanos pero falleció sin sentencia sobre las causas.

[105] José María Dagnino Pastore se graduó como contador público y licenciado en economía en la UNLP. Fue master de Economía en la Universidad de California y doctor en la misma materia por la Universidad de Harvard. En la actividad privada fue socio con Mario Brodherson y Alieto Guadagni de la consultora Econométrica y directivo en las empresas Loma Negra, Pirelli y el banco Sudameris. Participó de FIEL y el CARI y presidió la Academia Nacional de Ciencias Económicas. La Facultad de Derecho de la UBA donde era profesor lo excluyó en 2005 de sus planteles docentes por "falta de idoneidad moral" al haber formado parte de los gobiernos de dictaduras militares. El Congreso de la Nación le quitó su jubilación de privilegio por las mismas razones.

[106] Cayetano Licciardo se convirtió en rector de la muy conservadora Universidad Católica de La Plata. Fue un activo dirigente de la Acción Católica Argentina y de la Comisión Nacional de justicia y paz de la Conferencia Episcopal Argentina.

[107] Adolfo Navajas Artaza fue candidato en 2005 a gobernador de Corrientes por una alianza denominada Proyecto Corrientes auspiciada por el partido Demócrata y un sector de derecha del peronismo. Afirmó después de 1983 que “estamos en democracia porque la dictadura militar derrotó la subversión”. Recibió la Orden Ecuestre de Caballero Granaderos de los Andes, otorgada por el Regimiento de Granaderos a Caballo y el título de Gran Maestro de la Orden del Mérito en Paraguay, por el gobierno de ese país. En 2008 le fue anulada por el Congreso de la Nación la jubilación de privilegio que había recibido por haber sido ministro de la dictadura del proceso.

[108] Horacio Rodríguez Castells se graduó en la UBA como médico especializado en fisiología. Fue decano de la facultad de Medicina de la Universidad del Salvador. Obtuvo el premio Konex. Fue presidente del Rotary Club y vicepresidente del Buenos Aires Lawn Tennis Club.

[109] Lucas Lennon fue defensor de Bignone en los juicios que le fueron seguidos al ex dictador por violaciones a los derechos humanos. Lennon fue también profesor en la Universidad Católica Argentina y Museo Social Argentino.

[110] El que sí se entrevistó con Massera en el exilio fue el ex miembro del Peronismo de Base (PB), el periodista Pepe Fianza, él mismo refugiado en México. Lo hizo en Europa adonde viajó para verse con Massera. La entrevista no tuvo peso político y fue repudiada por el exilio en México. Fianza ya no pertenecía a su antigua organización y nunca había sido montonero.

[111] El contralmirante Zaratiegui fue condenado después de 1983 cuando afirmó que el dirigente docente Alfredo Bravo había sido detenido pero no torturado durante su secuestro. La Justicia lo encontró culpable por difamación.

[112] El 25 de enero de 2012, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner ordenó por el decreto 200/2012 la publicación oficial y total del mismo y la integración de una comisión para analizarlo de la que fue parte, un hijo del teniente general Rattenbach, un oficial retirado del Ejército. El texto publicado ratificó las versiones que se habían publicado violando el secreto militar.

[113] Alberto Pedro Vago nació en 1910. Ingresó en el ENM en 1926. Egresó en 1931 como guardiamarina, ocupando el quinto lugar en el orden de mérito entre 35 integrantes de la promoción 57. Llegó al grado de almirante. Se retiró en diciembre de 1962.

[114] Jorge Alberto Boffi nació en 1917. Ingresó en el ENM en 1936. Egresó en 1939 como guardiamarina ocupando la posición sexta entre los 53 integrantes de la promoción 66. Alcanzó el grado de vicealmirante con el que se retiró en diciembre de 1970.

[115] Carlos Alberto Rey nació en Corrientes en 1922. Ingresó en el CMN en el momento de la independencia del arma aeronáutica del Ejército y luego pasó a desempeñarse como alférez en la Fuerza Aérea en la cual alcanzó el máximo grado de teniente general. Pasó a retiro en mayo de 1973.

[116] Sigfrido Martín Plessl nació en Córdoba en 1928. Ingresó en la EAM en 1946 y egresó en 1949 con el grado de alférez. Entre los diversos destinos ocupados lo fue ser parte del Grupo de Tareas Canberra integrado por 10 aviones Canberra MK-2 y 2 TMK-4. Fue agregado aeronáutico en Francia en 1976 y 1977. Ascendió a brigadier en diciembre de 1978. Fue en 1979 jefe de la Brigada Aérea I. En 1980 y 1981 director de la Escuela de Aviación Militar. Fue ascendido al grado de brigadier mayor en diciembre de 1981 y designado entonces como Jefe de Personal del EMGFA para 1982. En esa condición integró la mencionada Comisión de Trabajo (CT), decisiva para toda la operación Malvinas. Retirado a fines de 1982, murió en un accidente cuando el avión Guaraní IA-50 en el que viajaba, que había partido de la Fábrica Militar de Aviones en Córdoba, cayó en un campo militar cercano pereciendo la tripulación y los pasajeros que eran 7 oficiales retirados de la Fuerza. Fue el menos conocido de los integrantes de la mencionada CT.

[117] Jorge Ezequiel Suárez Nelson nació en la provincia de Buenos Aires en 1928. Ingresó en el CMN en 1947 y egresó en 1950, ocupando el orden de mérito 116 de entre los 296 integrantes de la promoción 80. Obtuvo los títulos de OEM y OIE. Alcanzó el grado de general de brigada. Fue pasado a retiro en enero de 1984.

[118] Esas consignas fueron elaboradas por un equipo integrado por Rodolfo Escalada, Roberto Vásquez y Oscar Muiño y supervisadas por el dirigente Jesús Rodríguez (Muiño, O., op.cit.: 484). El equipo que sostuvo la campaña de Alfonsín se integró con Dante Caputo, el publicista David Ratto y Ricardo Yofre. Los periodistas y comunicadores del mismo fueron Milo Gibaja, Enrique Fernández Cortés, Hugo Gambini, Mario Monteverde y Rodolfo Pandolfi. En tanto, que el candidato fue rodeado por los dirigentes como Raúl Borrás (futuro ministro de Defensa), Roque Carranza (otro futuro ministro de Defensa), Germán López, Conrado Storani, y Grinspun (futuro primer ministro de Economía).

[119] La invasión fue directa como la practicada en la República Dominicana en 1965 y en Panamá en 1989, replicaba las indirectas de Guatemala en 1954 o la de Bahía de Cochinos en 1961, en Cuba. Las dictaduras latinoamericanas cerraban un ciclo pero la presencia del Imperio se mantenía plenamente vigente.